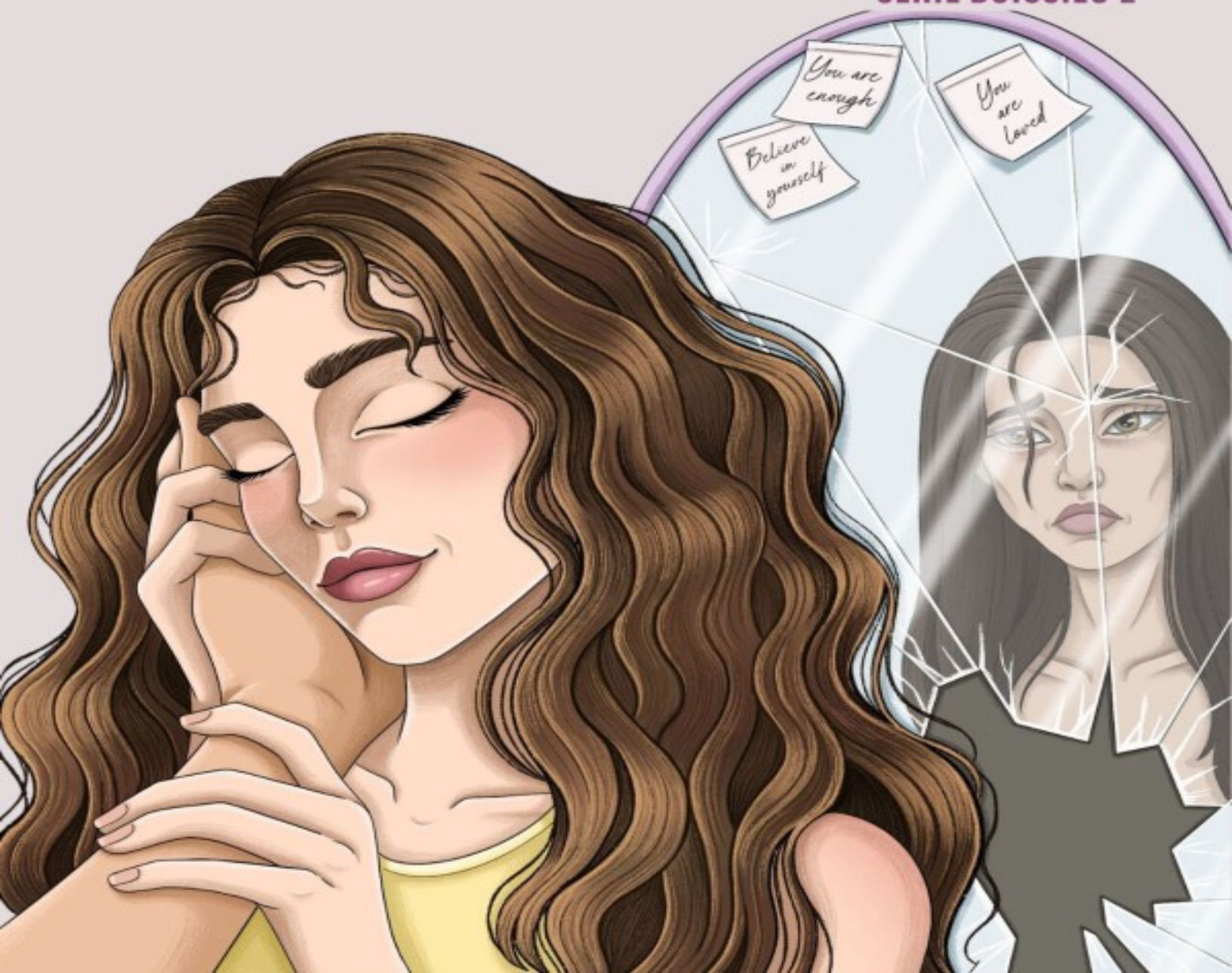
ANDREA CANNELLE

El chico que abrazó mis cicatrices

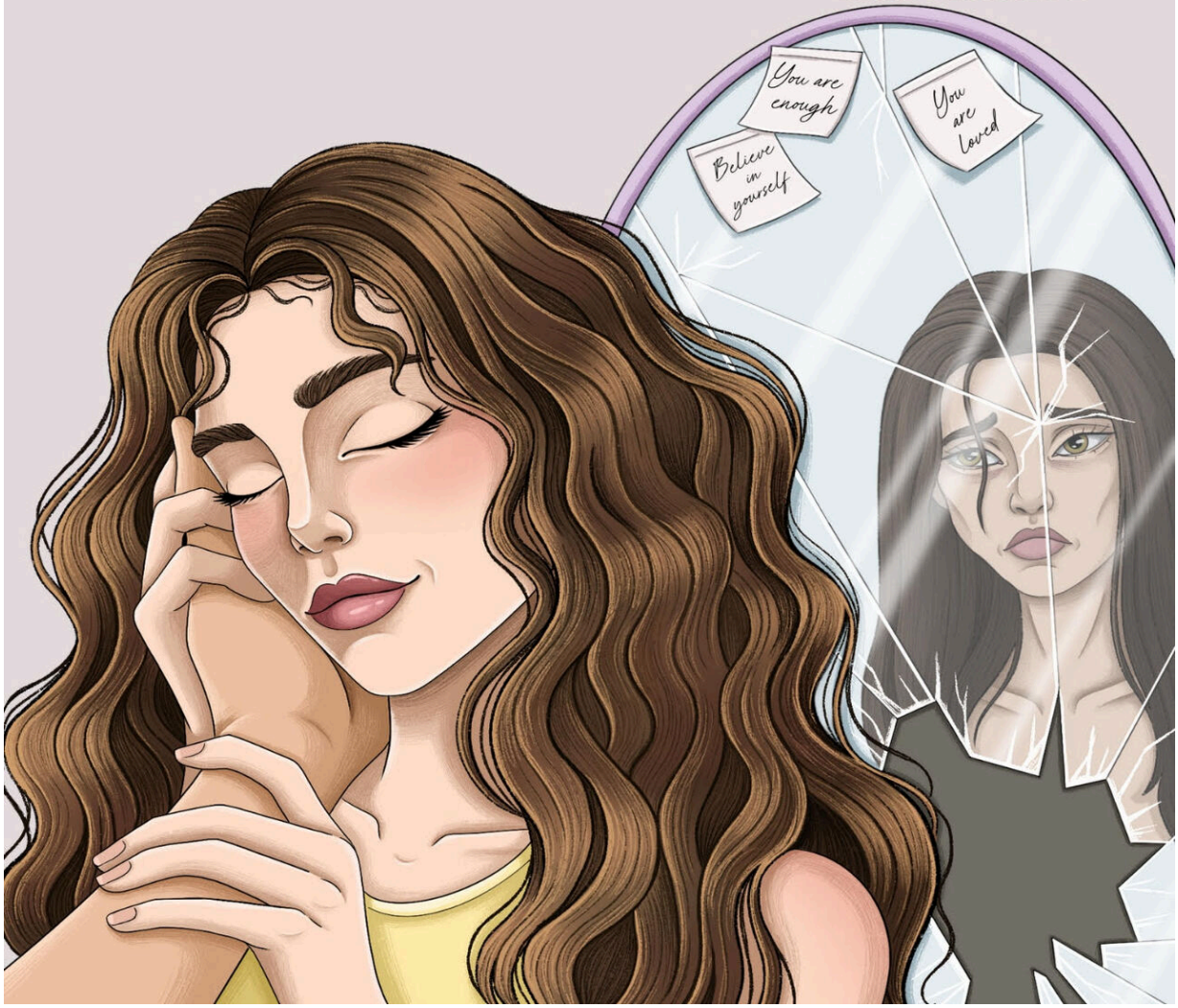
SERIE BOISSIEU 2



ANDREA CANNELLE

El chico que abrazó mis cicatrices

SERIE BOISSIEU 2



El chico que abrazó mis cicatrices

SERIE BOISSIEU 2

ANDREA CANNELLE

© Andrea Cannelle, 2025
Maquetación hecha por: Románticas Corrección
Corrección hecha por: Andrea Canela
Ilustración de la portada e ilustraciones del interior hechas por: Ana Espí

ISBN: 9798292236016

Sello Independently published.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción parcial o total de esta obra ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro) sin el permiso previo del autor.

A quienes le robaron a una niña llena de sueños,

la confianza en sí misma y las ganas de vivir.

A quienes convirtieron cada día de su semana,

en una batalla contra su mente y su propio cuerpo.

A quienes intentaron silenciar su risa, y a todos los

que la hicieron pensar que nunca sería suficiente.

Ahora sé que el problema nunca estuvo en mí,

sino en vosotros. Os perdono.

Y, por fin, me perdono a mí también.

NOTA DE AUTORA

Este libro es el segundo de una serie. Aunque son autoconclusivos, recomiendo leer los tres y hacerlo según el orden de publicación.

A pesar de estar inspirada en la realidad, esta novela es una obra de ficción, por lo que me he tomado muchas libertades a la hora de hablar de la ciudad, las costumbres del sitio, la universidad y el equipo deportivo, etc.

Advertencia: Este libro es una historia de romance sano y trata la superación, la magia de las primeras veces, la pasión por el fútbol, el amor propio y la salud mental. Pero también toca temas (algunos en menor detalle que otros) que pueden resultar difíciles de leer para algunas personas, como un TCA, ansiedad, ataques de pánico y bullying.

Si crees que puede afectarte de alguna forma, prioriza tu bienestar primero. Y si decides adentrarte en esta historia y en algún momento necesitas parar, hazlo. Tu salud mental es lo más importante.

PRÓLOGO

Bella

Tomo aire lentamente y lo aguanto durante algunos segundos en mis pulmones. Me limpio el sudor de las manos sobre la tela de mis pantalones y esbozo una sonrisa cuando me miro en el espejo. Todavía me emociono cuando me recibe un reflejo sano y feliz.

Salgo del cuarto de baño y camino por los pasillos, con mi carpeta de color naranja, apretada contra el pecho. Cruzo el patio esquivando a algunos adolescentes que no escatiman en miradas y comentarios, con cierto respeto, como si mis pasos pudieran despertar a los fantasmas del pasado y hacer mis pesadillas de nuevo una realidad.

Siento un pellizco en el estómago cuando veo la esquina en la que me solía esconder de mis compañeros, o los baños en los que me solía encerrar en cada uno de los descansos. Recuerdo el banco desgastado, donde unas chicas me llamaron gorda y me animaron a ponerme a dieta, y aunque había soportado todo tipo de insultos a lo largo de mi vida, fue el día en el que algo hizo clic en mi cabeza, y empecé a prestar más atención a mi cuerpo. También veo a lo lejos

a la profesora que un día me ridiculizó por estar siempre enferma; ahora mucho más mayor y con muchas más arrugas en el rostro.

Camino a paso firme y decidido, con la cabeza en alto, intentando transmitir la seguridad en la que llevo trabajando tantos años. La directora me recibe con una enorme sonrisa cuando llego a la puerta del salón de actos.

—Bienvenida, Isabella. Es un honor tenerte hoy con nosotros.

La saludo con un apretón de manos y sigo sus pasos por el camino, hasta llegar al escenario.

La sala está repleta de adolescentes y en el pasado, esto me hubiera provocado un ataque de pánico. Algunos están lo suficientemente entretenidos con sus compañeros de al lado como para notar mi presencia, mientras que otros me escrutan con atención.

Observo la enorme pantalla que hay en la pared, a modo de diapositiva, en el que se irá mostrando todo lo que vaya hablando a lo largo de esta hora, con textos e imágenes para que sean más fáciles de comprender.

—Bueno, chicos, ahora sí, os pido silencio. —La voz de la directora hace eco por toda la sala a través del micrófono de pie. Yo tomo asiento en un pequeño sillón que han preparado cerca de la pantalla. Me empiezan a temblar las piernas cuando me empiezo a sentir observada—. Como sabéis, hoy es el día internacional contra el acoso escolar, y por ello, contamos con la visita de alguien muy especial: Isabella Brown, una antigua alumna que hoy ha venido aquí, su antiguo instituto, a contarnos su historia.

PRIMERA PARTE

Aceptar mi dolor

CAPÍTULO 1

Bruno

El aire me pesa al respirar. El pecho me oprime. Cada músculo de mi cuerpo está tenso, y sé que estoy llevándolo al límite. Las gotas de sudor caen por mi espalda, y hacen que la camiseta del equipo se pegue a ella, como un recordatorio del apellido que llevo grabado en ella, del peso que cargo sobre mis hombros, de la necesidad que tengo por ser el mejor. Porque no tengo otra opción.

La presión aumenta cuando estoy a tan solo unos metros de distancia de la portería. Siento decenas de ojos sobre mí, clavados en cada uno de mis movimientos, esperando una jugada final que nos lleve a la victoria. No puedo permitirme equivocarme. No puedo decepcionar a todo el mundo. No puedo fallarme a mí mismo de nuevo.

El balón obedece cada uno de mis movimientos, y se desliza por el campo sin despegarse de mis pies.

Siento la respiración acelerada de un defensa a mi izquierda, y enseguida intenta arrebatarme la pelota. Con una pequeña patada, lanzo hacia la derecha y corro hasta conseguir capturar la pelota de nuevo, que vuelve a juguetear entre mis pies.

Mi mirada está fija en la meta, que tengo justo frente a mí. Estoy rodeado de jugadores que quieren arrebatarme esta oportunidad. Sus cuerpos chocan con el mío, sus respiraciones cada vez están más agitadas, y pese al ruido que hay a nuestro alrededor, puedo oír todas las protestas y maldiciones que sueltan por la boca.

El portero me mira desafiante, y se prepara para frenar esta jugada. La presión por ser el mejor me oprime, pero también me lleva a superarme en cada partido.

Mi pie golpea el balón en un movimiento seco, y sale disparado hasta mi objetivo. El portero se lanza en la misma dirección, pero no consigue frenarlo; el balón ya ha golpeado la red.

Mi alrededor estalla en vítores. Los gritos y aplausos que escucho hacen que mi pecho se hinche de orgullo. Mis compañeros corren hacia mí y, completamente eufóricos, levantan mi cuerpo en el aire.


LIONS
FC

Acabo de darles el gol de la victoria.

Entre la multitud, distingo unos ojos azules que me observan con atención. Su mirada es tan fría que siento que me quema, a pesar de la distancia que nos separa. Busco desesperadamente la única señal de triunfo que necesito en él, pero lo único que encuentro es decepción, como siempre.

Nada parece ser suficiente para él. Incluso cuando logre ser el mejor, estoy seguro de que siempre exigirá que consiga más, que siempre vaya por delante de mis propias limitaciones.

Corro hacia él, en busca de alguna palabra de aliento que calme esta ansiedad que siento de nuevo.

—Hola, papá —le saludo sonriente, pero lo único que recibo por su parte es un gruñido, que logra estremecerme—. Hemos ganado.

—¿Y de qué vale? Has jugado peor que nunca. Apenas has tenido control del balón, y las pocas veces que lo has hecho, has fallado pases y goles que podrían haber marcado la diferencia.

—He marcado el gol que nos ha hecho ganar.

—Y solo ha sido porque el portero no sabe jugar. Hasta tu hermano Benjamin podría haber parado ese chute tan pésimo.

Jugueteo con las puntas de mis botas sobre el césped, intentando concentrarme en algo que no sea las ganas de llorar que siento ahora mismo. Mi padre sigue con sus reprimendas, pero mi cabeza ha desconectado, y no logro escuchar nada más de lo que me dice.

Mi padre es parte de la directiva de la academia de fútbol, y también jugó cuando era joven en el mismo club en el que juego yo. Desde pequeño, me ha enseñado todo lo que sé, y se ha esforzado porque pudiera seguir jugando, para llegar a ser el mejor. Mis hermanos, Benjamin y Eliot, parecen querer seguir mis pasos, y están en un equipo de fútbol infantil. Mi padre se llena de orgullo

cada vez que los ve, y daría cualquier cosa por ver una pizca de ello en alguno de mis partidos.

Llevo bien los estudios, saco buenas notas, no me meto en problemas ni hago daño a nadie; todo lo contrario, intento siempre tratar a los demás como me gustaría que me tratasen a mí. Practico y entreno más horas de las que debería, y aún así, no interfiere con mis notas. Me esfuerzo por mejorar mis movimientos, por ser mejor cada día. Pero muy a mí pesar, nada parece ser suficiente para él.

Doy algunos pasos rápidos hasta llegar al resto de mi familia, que me esperan en las gradas.

Benjamin y Eliot corren a abrazarme con toda la fuerza que sus pequeños cuerpos les permiten. Daphne me mira orgullosa desde su asiento. A su lado, su novio Liam, da algunos silbidos y me dedica una sonrisa. Mi prima Janelle no está de humor, y con todo lo que le ha pasado estos últimos meses, la entiendo, así que no le exijo nada más que una pequeña sonrisa. Mi madre me espera con los brazos abiertos, y enseguida envuelvo mi cuerpo entre ellos, disfrutando de la sensación tan cálida que me embriaga las caricias que hace por mi espalda.

—¡Qué bien has jugado, cariño!

—Gracias, mamá. —Me separo de ella y esbozo una pequeña sonrisa forzada; mi madre no tiene la culpa de cómo me hace sentir mi padre, ella es diferente—. Ojalá papá pensara lo mismo.

—No le hagas caso a tu padre, ya sabes que es un poco gruñón.

—¿Solo un poco? —interviene Eliot, que parece estar bastante atento a nuestra conversación.

Mi madre le dedica una mirada, que transmite un mensaje tan claro, que no hace falta que le diga nada más para que el pequeño capte el mensaje y vuelva a irse con su hermano a jugar con la tablet. La verdad es que tienen una obsesión con ese aparato.

—Voy a ir a darme una ducha, que apesto.

—No te lo quería decir, cuñado, pero menudo tufo ibas soltando cada vez que corrías cerca de las gradas. —La sonrisa de Liam se ensancha con cada palabra que suelta.

—Recuérdame que no invite más a tu novio a ninguno de mis partidos —le digo a Daphne en broma.

—¡Pero si te encanta que te anime desde aquí!

La verdad es que sí.

En muy poco tiempo, Liam se ha ganado un espacio importante en nuestra familia, y también en nuestros corazones.

Hace unos meses, Daphne, una de mis hermanas mayores, nos reunió a todos en una cena, en la que nos contó que estaba saliendo con un chico. A mi padre casi le da un infarto del disgusto. Sigue sin estar de acuerdo con la relación, pero parece que últimamente está esforzándose un poco más, seguramente para contentar a Daph, que siempre ha sido ojito derecho, aunque él lo niegue.

—Espera, Bruno. —La voz de mi prima Janelle hace que me pare en seco, y doy media vuelta hasta quedar frente a ella. Las bolsas oscuras de sus ojos son una muestra de lo poco que duerme últimamente. Ha perdido algunos kilos, y vuelve a lucir una mirada triste y apagada desde que Eric se fue a Londres—. Yo me voy ya, ¿vale? Nos vemos luego en casa.

Asiento con la cabeza y la veo irse, perdiéndose entre la multitud. Aunque la terapia está ayudándola a sanar y está haciendo muchos cambios, no puede disimular lo destrozada que está.

Todos echamos de menos a Eric, y aunque según mi padre, tenemos motivos de sobra para no querer saber nada más de él, también se ganó un lugar muy importante en nuestra familia, cuando hace unos meses, las casualidades de la vida, le hicieron perderse y acabar justo en mi casa. Estuvo viviendo con nosotros

dos meses, en los que se enamoró perdidamente de mi prima. Fue una pieza clave en la reconstrucción de su corazón, que llevaba roto más años de los que puedo recordar.

Después de algunos hechos que prefiero no recordar, tuvo que volver a irse hace un mes y medio a Londres, su ciudad natal.

Está a punto de publicar un libro, y estoy seguro de que será todo un éxito.

Eric y yo seguimos en contacto. Para mí es un gran amigo, y espero que pueda solucionar sus problemas con mi prima pronto, porque estoy deseando que volvamos a pasar tiempo juntos, en familia.

Una vez dentro del vestuario, me quito la camiseta y me seco con la misma tela el sudor que todavía cae por mi frente.

Saludo a un par de compañeros que están desvistiéndose también, y abro mi taquilla, donde suelo guardar mis cosas durante los partidos. Saco la ropa limpia que ya tenía preparada, y cuando me giro, me encuentro al entrenador Jean, de brazos cruzados y con una sonrisa en el rostro.

—Date una ducha rápida y ven a mi despacho en quince minutos. Tenemos que hablar.

—¿Ha pasado algo?

¿Qué he hecho mal esta vez?, es lo que realmente me gustaría preguntar.

—Antes de que te alarmes, te aviso que no es nada malo, ¡todo lo contrario! Te espero con tu padre en mi despacho. No tardes.

Con mi padre.

Nada bueno puede salir de ahí, estoy seguro.



CAPÍTULO 2

Bella

Entramos en casa y lo primero que hago es dejar mi chaqueta tirada y tumbarme en el sofá. Lanzo los zapatos al suelo y me acomodo entre los muchos cojines que Eric usa para juguetear cuando está nervioso, aunque a él le gusta decir que los tiene ahí para decorar el salón.

Siento que la cabeza me da vueltas, y los párpados me pesan tanto, que casi se cierran solos. Tengo el cuerpo dolorido y me resulta insoportable el hecho de mover las simples manos. Estoy exhausta.

Mi mirada se pierde en el color blanco del techo, y mi cabeza, en todo lo que ha pasado en estos últimos meses.

Solo está aquí conmigo porque le doy pena.

Soy una carga para todo el mundo.

Cierro los ojos con fuerza y niego con la cabeza, intentando deshacerme de la voz que siempre me carcome por dentro.

—¿Estás bien? —Mi hermano se sienta en el sofá que hay junto a mí, y enreda sus dedos entre los mechones de mi pelo, acariciándolo

con suavidad, como siempre hacía cuando era pequeña y tenía miedo, o simplemente estaba triste.

—Sí —contesto, con la mirada todavía en el techo—. Puedes irte si quieres, no hace falta que estés las veinticuatro horas pegado a mí.

—He prometido cuidarte, Isabella. No pienso separarme de ti hasta que me asegure de que estás bien.

Él no quiere estar aquí. Solo está haciendo esto porque no tengo a nadie.

—Quiero estar sola.

Solo quiero perderme entre la oscuridad y el silencio.

No quiero pensar. No quiero sentir. No quiero vivir.

La idea de estar inconsciente entre sueños, se me hace hasta dolorosa. Lo necesito.

Necesito parar. Necesito que esto pare.

—Me da igual. No voy a dejarte sola. Tenemos mucho tiempo por delante, así que ve acostumbrándote de nuevo a mi compañía, hermanita.

Pongo los ojos en blanco, y siento que mi cuerpo por fin reacciona a lo que pasa a mi alrededor. Mis labios se curvan de forma inconsciente en un amago de sonrisa. Siento este gesto tan extraño, que hasta me provoca miedo. Enseguida frunzo el ceño.

La idea de estar junto a Eric me emociona y me aterra a partes iguales. Estar con él, siempre se siente como estar en casa, da igual el lugar en el que estemos. Porque mi hogar siempre ha sido y será él. Es mi hermano, mi mejor amigo, mi otra mitad. Pero la inseguridad y el miedo siempre están presentes. La idea de volver a sentirme abandonada, de volver a estar sola conmigo misma, me aterra. Me hace sentir indefensa.

—De verdad, quiero estar sola ahora mismo.

—Y yo quiero estar con mi hermana pequeña.

¿Y por qué te fuiste? ¿Por qué me hiciste lo que sabías que más me dolería? ¿Por qué me hiciste sentirme abandonada también por ti?

—Vale —termino cediendo, porque sé lo cabezota que es mi hermano, y que si se ha propuesto vigilarme a todas horas, lo va a hacer sin importar mi opinión.

—He hablado con papá y mamá esta mañana.

Se me acelera el corazón.

Ahí está, lo que estaba esperando. Va a abandonarme de nuevo.

—No quiero volver a esa casa —consigo decir, en un hilo de voz, antes de romperme por completo. No puedo evitarlo. Y lo odio.

Odio ser así de sensible. Odio que todo me afecte. Odio no ser tan fuerte como me gustaría, o como intento aparentar.

—Lo sé, y es por eso que no vas a hacerlo.

Abro los ojos de golpe. Siento los latidos de mi corazón, golpearme el pecho con fuerza. Me inclino hacia delante, hasta quedar sentada, y me acomodo frente a él. Me siento algo mareada y la visión se me nubla por un momento, por lo que tengo que agarrarme al respaldo del sofá durante unos cuantos segundos.

Ni siquiera me ha dado tiempo a recomponerme, cuando Eric me aparta el pelo de la cara y acaricia mis mejillas con sus manos.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo ha sido un pequeño mareo, pero estoy bien. —Sus ojos están llenos de preocupación, y veo en ellos la lucha interna que

tiene ahora mismo. Una casi tan complicada como la que siento yo —. ¿Qué me estabas diciendo?

—No tienes que volver a casa. —*Mi casa está donde estés tú*, es lo que me gustaría contestar, pero me contengo y dejo que siga hablando—. Vas a quedarte conmigo una buena temporada.

—No quiero ser una carga para ti también, Eric. Acabas de reconciliarte con Janelle, y ella está en Francia, esperándote. No tienes porqué quedarte aquí conmigo.

—Eres la persona más importante en mi vida, Isabella. Y no es solo que tenga que quedarme contigo, es que quiero hacerlo. —Se me forma un nudo en el estómago—. Podemos recuperar el tiempo perdido.

No, no podemos hacerlo. No puedes devolverme los cuatro años en los que me obligaste a estar sin ti.

—Vale.

—¿Solo vale? ¿Nada de un, eres el mejor hermano del mundo? ¿O, estoy deseando vivir contigo porque eres una persona extraordinaria?

—No has cambiado nada. —Suelto una pequeña carcajada después de dos meses.

—Tú tampoco. —Me da un pequeño toque en la punta de la nariz con su dedo índice—. Sigues siendo la misma niña pequeña y molesta de siempre.

—Oye —me quejo—. No me llames igual que llamas a tu novia. Yo no soy molesta, ella sí.

—Demasiado estabas tardando en sacar tu lado posesivo conmigo.

—No soy posesiva.

—Lo eres. Y muy celosa también.

—¡Mentira! —protesto. Me mira sonriente y suelta una carcajada.

—¿No me preguntas si a papá y mamá les importa que estés conmigo, en lugar de quedarte con ellos?

—¿Para qué? Si ya sé que les doy igual.

—Eso no es verdad. Les importas mucho, y están muy preocupados por ti.

Pongo los ojos en blanco. No se cree ni él lo que está diciendo.

—Ya, como siempre. —Hago un mohín de desagrado—. No pasa nada, no quiero hablar de ellos ahora mismo.

—Lo entiendo. A mí tampoco me hace especial ilusión mencionarlos. Pero todavía no tienes la mayoría de edad. Da gracias a que he podido convencerles de que te quedes conmigo.

Tampoco creo que a mis padres les importe demasiado. Mi madre se pasa el día en la cama, lamentándose por su vida, y mi padre pasa la mayor parte del tiempo trabajando, y la otra pequeña parte, gastando dinero.

Nunca se han preocupado por mí. Solo les ha importado que les pudiera hacer quedar mal ante sus amigos con mis «tonterías y llamados de atención».

—Suena a que me estás haciendo un favor.

—Te han aceptado el alta voluntaria con una serie de condiciones, solo espero que no se te olviden. Me he comprometido a cuidar de ti y a que no vuelva a repetirse lo que pasó. Pero tienes que poner de tu parte. Sé que lo estás intentando, y soy consciente de lo mal que estás. Pero solo te pido que no te rindas, por favor.

—¿Sabes? No te pega nada hacer de adulto responsable, ni de hermano mayor. Se ve que has perdido práctica, como me

abandonaste durante tantos años para vivir la vida mientras yo sufría un infierno cada día.

Las palabras salen solas por mi boca. Una parte de mí, se ha llenado de rabia y tiene la necesidad de hacerle daño, de que sufra casi tanto como estoy sufriendo yo ahora mismo, de que entienda mi dolor. De no sentirme sola entre tanto sufrimiento. La otra, se arrepiente enseguida de haber sido tan cruel, y de ser tan inmadura.

En sus ojos veo una pizca de arrepentimiento, y un brillo húmedo en la mirada, que me recuerda que mi hermano también es un blando como yo, y que probablemente, esté a punto de romperse frente a mí.

—¿Crees que para mí fue fácil? ¿Crees que eres la única que ha sufrido, Isabella?

—No me llames así.

Él siempre me llama Bella, o hermanita. Y odio que me llame por mi nombre completo, me recuerda a mi padre y a sus formalidades, y lo detesto.

—Contesta a mis preguntas. —Tensa la mandíbula—. ¿Crees que eres la única que sufre?

Me muerdo el labio y contengo mis lágrimas. No quiero ser débil. No ahora.

—No. Pero si soy la que siempre tiene que sufrir sola.

—¿Se te ha olvidado todo el tiempo que cuidé de ti? ¿Lo mucho que me sacrifiqué para que nunca te sintieras igual de sola que me sentí yo?

—Sabes que odio que me echen las cosas en cara.

—No te estoy echando nada en cara. Te estoy recordando, que aunque he sido una porquería de hermano estos últimos años,

siempre fui la única persona que estuvo a tu lado cuando llorabas, y la que te levantaba cada vez que te caías.

—Pero no estuviste cuando más te necesitaba, cuando más rota estuve.

Siento que mis palabras hacen pedazos algo dentro de él. No quiero hacerle daño, pero no puedo parar de escupir toda la rabia y el dolor que tengo acumulados en mi interior.

—Solo quería protegerte. —Su voz se quiebra, y sigo el recorrido que hacen las lágrimas por sus mejillas con la mirada, sintiendo cómo los pedazos rotos de mi interior me rasguñan por dentro—. Siempre… Siempre he querido lo mejor para ti. Y sentí que lo mejor era que estuvieras lejos de mí.

—Eras lo único que necesitaba. Lo único que me daba fuerzas para seguir.

—Lo… —Sorbe su nariz, y se limpia las lágrimas con el dorso de la mano—. Lo siento. Siento haberte fallado. Siento no haber estado ahí para ti. Siento todo lo que te ha pasado, y no haber podido evitar que sufrieras tanto —musita entre lágrimas—. Ojalá pudiera haber vivido por ti todo lo que tú viviste, haber sufrido todo tu dolor en lugar de ver cómo te consumías cada día.

Para cuando me doy cuenta, estoy llorando. Las gotas saladas recorren mis mejillas, y mis sollozos resuenan por todo el salón. Me siento desgarrada por dentro. Y me permito sacar parte de mis lamentos, ser vulnerable frente a mi hermano. Me permito dejarme consolar por él, aunque sienta que no merezco ningún tipo de cariño.

Me dejo acurrucar entre sus brazos, y su calidez, me hace sentirme en paz, a pesar de estar en medio de una guerra emocional conmigo misma.

Eric llora junto a mí. Me abraza. Me besa la cabeza una y otra vez. Suelta unos sollozos desgarradores, que acompañan a mis gritos

ahogados. Acaricia mi pelo, y me pide perdón. Yo me aferro a él con fuerza, le pido disculpas sin parar, y le repito lo mucho que le quiero.

CAPÍTULO 3

Bruno

Me limpio el sudor de las manos en la tela del pantalón. Carraspeo y me reincorporo frente al entrenador, que me observa con sus ojos azabache desde la silla en la que está sentado.

Toma un sorbo de café, y vuelve a colocar la taza sobre la pequeña mesa que nos separa.

—Díselo ya, Jean —gruñe mi padre después de unos segundos bastante incómodos de silencio.

—¿Qué es lo que tiene que decirme? —pregunto mirando el rostro serio de mi padre. Sus labios parecen tomar vida propia y hacen un amago de curvarse en una sonrisa, pero enseguida frunce el ceño y vuelve a tensarse de nuevo.

—Tengo un contacto importante en la universidad KingStone, que como sabes, es una de las más importantes de Londres. Está buscando nuevos talentos para incorporarse en el equipo de fútbol. Le hablé de ti y le envié algunas tomas de partidos en los que hiciste jugadas increíbles, y quedó impresionado con tu habilidad jugando siendo tan joven. —Vuelve a dar un sorbo de café antes de continuar hablando—. Después de mover algunos hilos, he conseguido que te ofrezcan una beca para estudiar allí. —Mis ojos se abren de par en

par. Soy incapaz de ocultar lo sorprendido que me siento ahora mismo—. Tendrás que pasar por una prueba deportiva para que la convaliden, pero solo será un simple trámite. Ya estás dentro.

—¿Habla en serio? —Miro a mi padre, completamente incrédulo, y veo que está sonriendo.

Casi puedo notar una pizca de orgullo en su mirada, lo que me provoca un pellizco en el pecho.

Trago saliva y vuelvo a mirar al señor Jean, que también espera mi reacción, sonriente.

—¿Crees que bromearía con algo así? Te conozco desde que llevabas pañales, y hasta puedo decir que te tengo algo de aprecio. Me llena de orgullo poder decirte que en unos meses, empezará la oportunidad de tu vida, Bruno, así que aprovéchala.

—Lo haré. —Es lo único que logro decir. Siento un nudo en la garganta que apenas me deja articular palabra.

—¿No estás feliz?

—Lo estoy, señor.

—No lo parece. —Enarca una ceja—. Pensaba que esto era lo que querías.

—Sí… Es lo que quiero… Solo es que… —Miro a mi padre, y continúo hablando—, no creo que esto esté ocurriendo de verdad.

Mi padre suelta una carcajada y me da un par de golpecitos en el hombro.

—Es una de las muchas ventajas de ser un Boissieu —murmura. Sus palabras me sientan como un jarro de agua fría. Mi apellido siempre tiene que estar en medio de todo lo que hago. Y pensar que cada cosa que consiga en la vida será gracias a mi padre y su apellido, me hace sentir patético—. Así que aprovecha la oportunidad que tienes de ser quien eres, y no me decepciones.

Se me cierra un nudo en la garganta, y me muerdo el labio con fuerza, reprimiendo las ganas que tengo de llorar ahora mismo.

Abro y cierro la boca de forma absurda un par de veces. Ahora mismo, no soy capaz de decir nada que no vaya a enfurecer a mi padre, así que decido que es mejor quedarme callado y asentir con la cabeza como respuesta. Parece aprobar mi reacción cuando imita mi gesto y esboza una sonrisa de lado, volviendo su atención hacia el entrenador.

—Aún tenemos muchas cosas de qué hablar, pero lo haremos poco a poco. De momento, te dejo que asimiles la noticia. Y que te prepares, porque en dos semanas tienes la prueba de acceso al equipo.

—¿Tan pronto?

—Sí —responde, en esta ocasión, mi padre—. Quieren evaluarte con tiempo. Ya le he pedido unos días libres al director de tu instituto. Irás a Londres a hacer la prueba, y luego volverás y terminarás el curso con la mejor nota posible. Tendremos todo el verano para preparar tu traslado, y por supuesto, para que entrenes sin parar.

—Vale, papá.

Agacho la cabeza, cabizbajo, y pierdo mi mirada en los rombos que forman las losas del suelo. El entrenador sigue hablando con mi padre, pero no capto nada de lo que dicen. Mis pensamientos ahora mismo, están en otra parte.

El fútbol lo es todo para mí, y desde que tengo uso de razón, siempre he soñado con dedicarme a ello de forma profesional. Y sé que el estudiar en Londres, y jugar en el equipo de una universidad como KingStone, es una gran oportunidad para mí. Podría ser el principio de algo mucho más grande. Pero la posibilidad de fallar, de no superar, o ni siquiera cumplir, las expectativas que tienen conmigo como jugador, me hiela la sangre.

He nacido para jugar. Necesito convertirme en el mejor. No puedo permitirme tener ni una sola distracción. No quiero sentir que soy la decepción de mi padre otra vez.

No creo ser capaz de soportar vivir con ese peso a mis espaldas por mucho más tiempo.



El aire a primera hora en una mañana cualquiera de mayo; huele a tierra mojada, por la ligera llovizna de hace un par de horas, y al perfume de las flores que adornan los jardines que tengo a mi alrededor. Pese a que las terrazas de las cafeterías empiezan a tener algo de vida, y el murmullo de la gente comienza a hacerse notar; la ciudad parece estar en silencio ahora mismo, como si se hubiera tomado una pausa para que pudiéramos disfrutar de nuestro paseo.

Mi hermana Daphne se seca las gotas de sudor que le caen por la frente con el antebrazo, y al igual que yo, intenta recuperar un ritmo normal de respiración, mientras caminamos.

Acabamos de terminar de correr, y ahora nos dirigimos a casa, mientras disfrutamos de la temperatura fresca, que se siente como un alivio para nuestro cuerpo sudoroso y que tanto calor emana ahora mismo; y del paisaje que hay a nuestro alrededor: a nuestra izquierda, el río Eure, con sus aguas en calma, casi cristalinas; con un pequeño puente antiguo y empedrado, que desde lejos, parece casi rozar el agua. Las casas de madera lo rodean, y aportan ese toque medieval que tanto me gusta.

Me encanta salir a correr por las mañanas antes de ir a clase, y los fines de semana cuando no tengo entrenamiento. Me relaja. Me ayuda a liberar cualquier estrés que tenga en el momento.

Me siento mucho más relajado y con menos peso sobre mis hombros cuando termino de hacer el recorrido. Además, disfruto mucho del ambiente tan cálido y relajado que hay a esta hora y,

sobre todo, disfruto mucho de la compañía de Daphne siempre que puede permitirse levantarse a esta hora para correr conmigo.

—Arranca —me anima Daph antes de darme un pequeño toque en el hombro con el suyo—. Di lo que te pasa por esa cabecita desde que hemos salido de casa.

—No es nada, solo estaba admirando el paisaje. —Me encojo de hombros, con la mirada fija en el frente. Me niego a que nuestros ojos se crucen. Mi hermana tiene una especie de poder que le permite saber lo que me pasa y pienso en cada momento, y a veces me asusta un poco lo bien que me conoce.

—Sí, y llevas haciéndolo más de quince minutos en silencio. Y tú nunca sueles estar en silencio.

Me da un codazo suave en el costado, y esbozo una pequeña sonrisa cuando la miro de reojo y veo que me observa con sus grandes ojos azules, bien abiertos y expectantes ante mi respuesta.

—Me da un poco de ansiedad pensar en mi futuro. No quiero que el equipo de los Lions me quede grande. Y nunca he estado tanto tiempo separado de nuestra familia, ni de mis amigos, y sé que os voy a echar muchísimo de menos cuando me mude a Londres.

—No me lo recuerdes. —Hace un pequeño puchero con su labio inferior—. Te vamos a echar muchísimo de menos. La casa sin ti no será lo mismo, Bruno. Pero tienes que echar a volar en algún momento. No puedes obsesionarte pensando en qué pasará en el futuro, porque si no, nunca disfrutarás de lo que te esté pasando en el presente. Y ahora mismo, te están pasando cosas muy bonitas. Vas a estudiar en una de las mejores universidades de Inglaterra, y además, tienes la oportunidad de jugar en su equipo de fútbol, y eso te abrirá muchas puertas dentro de unos años. También vas a viajar y vivir en otro país. Vas a conocer a gente nueva, y estoy segura de que harás nuevos amigos y vivirás muchísimas experiencias que cambiarán tu modo de ver la vida.

—¿Puedes dejar de hablar como una *coach* y dejar que me regodee en mis miedos?

Suelta una pequeña carcajada.

—No pasa nada porque tengas miedo. Todos lo sentimos alguna vez. Lo que jamás puedes permitir, es que esos miedos te paralicen o te impidan vivir.

—Lo sé —respondo en un suspiro—. Gracias, Daph. Por eso eres mi hermana favorita, porque siempre sabes qué decir.

—¿Solo por eso? —Me da un manotazo en el brazo y me río—. Has estropeado un momento precioso, en el que podrías haber aprovechado para alabar mis virtudes y lo bien que se me da ser tu hermana mayor favorita.

—Se te da genial, Daph.

Le paso un brazo por los hombros y la atraigo hacia mí. Enseguida hace una muesca de asco e intenta apartarse, pero no dejo que lo haga y aprieto más mi agarre.

—Suéltame —se queja—. Apestas, Bruno.

—Pero mira qué cosas más bonitas me dice mi hermanita. —Le revuelvo el pelo que tiene recogido en una coleta con la mano que tengo libre, y me gano un fuerte codazo en el costado por su parte. Llevo mis manos hasta la zona donde me ha golpeado, y eso le da ventaja para escaparse de mi agarre y echar a correr.

—¡No! ¡Déjame! —chilla entre carcajadas cuando estoy a punto de alcanzarla.

Agarro las puntas de su cabello, y le doy un tirón en la coleta. Se gira y me da un pequeño puñetazo en el estómago, que me hace doblarme hacia adelante, sin poder parar de reír.

—¿Esa es toda la fuerza que tienes, hermanita? No recuerdo haberte enseñado a pelear así de mal.

—No te flipes. Yo fui la que te enseñó a pelear a ti. Recuerda que yo soy la mayor.

Vuelvo a pasarle el brazo por los hombros y la atraigo hacia mí de nuevo. Le doy un beso sonoro en la cabeza.

—Qué asco, estás toda sudada. —Me lanza una mala mirada de reojo, pero el gesto es suficiente para fulminarme—. Seguro que a Liam le encantaría abrazarte ahora mismo y comprobar que no eres la princesita que aparentas ser.

—Las princesas también sudan, Bruno.

—Pero tú no eres una, Daph.

—Soy la princesa de papá. ¿No te vale?

—Espero que Tiffany no escuche nunca nuestras conversaciones, porque acabaría sintiéndose bastante mal.

—Se lo merece después de todo lo que ha hecho.

—La verdad es que sí —respondo en un suspiro.

CAPÍTULO 4

Bruno

Vislumbro la entrada de nuestra urbanización a tan solo unos metros de distancia. Está ubicada en una zona muy tranquila, así que lo único que se escucha ahora mismo son los silbidos de los pájaros, y el sonido de las hojas de los árboles bailar al ritmo de la brisa.

En esta zona, todas las casas son de un estilo bastante rural, hechas de madera, y cada una con un pequeño porche —del mismo material—, un garaje y un pequeño aparcamiento al aire libre.

—¿A qué hora te vas hoy con Liam?

—Nuestro vuelo sale a las cuatro. Es un viaje express, pero me hace mucha ilusión visitar Londres, y descubrir un pedacito de mundo junto a él.

—Qué cursi eres. —Suelta una risita—. ¿Y a qué se debe el viaje de forma tan repentina? Al final no me lo llegaste a decir.

—Bueno… Liam tiene que ver a alguien que ha pasado un mal momento…, y sé lo importante que es esa persona para él, así que me ofrecí a acompañarle. De paso, me presentará a sus padres y a algunos de sus amigos.

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿Algo a algún familiar? —pregunto con curiosidad cuando entramos en casa.

—Si te lo digo, ¿prometes no decir nada? —Asiento con la cabeza —. Janelle no puede enterarse por nada del mundo.

—¿Le ha pasado algo a Eric? —susurro.

—Ven conmigo, anda.

Me lleva con ella hasta mi habitación, aprovechando que ya no comparto habitación con nadie, por lo que podremos tener algo de privacidad, y cierra la puerta.

—¿Le ha pasado algo a Eric? —vuelvo a preguntar.

—No —responde. Se muerde el labio inferior con nerviosismo antes de seguir hablando—. A su hermana.

—¿A Isabella?

Recuerdo que Eric me contó que se llamaba así, y también lo mucho que la echaba de menos. En todas las conversaciones que tuvimos sobre ella, se notaba que la quiere un montón, y que estaba muy preocupado por ella, porque al parecer tenía algunos problemas de salud, aunque nunca me llegó a contar los detalles.

—Ha estado ingresada un mes. Acaba de salir hace unos días, y Liam se muere por verla y asegurarse de que realmente está bien. Aunque ahora mismo, está en las mejores manos. Eric está cuidando de ella, y por eso no puede volver todavía.

—¿Y por qué a mí no me ha contado nada y a ti sí?

—A mí tampoco me ha contado nada, lo ha hecho Liam.

—¿Qué es lo que le ha pasado a su hermana? ¿Por qué ha estado ingresada tanto tiempo?

—Intentó acabar con su vida.

El sonido intermitente de la videollamada sin respuesta, resuena por toda mi habitación mientras me termino de abrochar los pantalones. Aprovecho los segundos de margen para ponerme una sudadera, y cuando voy a dar por finalizada la llamada, el rostro cansado, y bastante demacrado de mi amigo, me saluda desde Londres.

—Ya pensaba que no ibas a contestar. —Sonrío a la pantalla y me siento en mi cama, con la espalda apoyada en la pared—. Dame un segundo. —Conecto los auriculares al teléfono, y le hago un gesto con la cabeza, indicándole que ya puede hablar.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —Se pasa una mano por el pelo, que está más largo que la última vez que nos vimos, aunque sigue mucho más corto que cuando lo vi por primera vez. Su aspecto ha desmejorado notoriamente: parece estar mucho más delgado; unas profundas ojeras ensombrecen sus ojos esmeralda, y su piel luce muy pálida.

—No lo sé, como casi ni me contestas los mensajes… —Entrecierro los ojos, intentando hacerle sonreír, pero obtengo un suspiro como respuesta.

—Lo siento. No estoy pasando por una buena temporada. —Su voz suena entrecortada, y noto que evita mantener contacto visual conmigo, aunque sea a través de una pantalla.

—Eso he oído.

Jugueteo con uno de los cojines que adornan mi cama con la mano que tengo libre, mientras que con la otra sigo sujetando el teléfono. Le doy algunas vueltas y sonrío cuando veo que Eric mira de reojo a la cámara, y vuelve a apartar la mirada. Espero que haya recordado las charlas que teníamos en esta misma habitación hace tan solo unos meses, en las que nos pasábamos el mismo cojín el

uno al otro; un juego tonto que se convirtió en una costumbre para nosotros.

De nuevo, revuelve los mechones rizados de su pelo, y se frota la cara con las manos.

—Siento mucho todo lo que pasó —musita.

—Eric, ¿vas a pedirme perdón cada vez que hablemos? —Enarco las cejas—. Creo que el primero que debe perdonarse eres tú.

—Me cuesta hacerlo. Yo… No estoy bien, Bruno.

—Lo sé.

—Y… mi vida se ha convertido en una maldita pesadilla. No soporto la idea de saber que rompí el corazón de tu prima, que yo también le mentí. No soporto estar separado de ella, y no tener ni idea de cuándo la volveré a ver. ¿Sabes? Hace unos días volvimos a hablar de nuevo. No quiero cagarla otra vez. Tengo miedo. Y me agobia no ser capaz de controlar lo que pasa a mi alrededor, no poder evitar que las personas que más quiero sufran.

—Lo primero que tendrías que hacer es dejar de sufrir tú. Esas personas que tanto quieres, también te quieren muchísimo a ti, y necesitan al mismo arrogante de siempre, no a esta versión cabizbaja que tengo frente a mí.

Suelta un largo suspiro.

—¿Cómo está Janelle?

—Ya estabas tardando en preguntar. —Suelto una carcajada y me acomodo el auricular bien en el oído, asegurándome de ser solo yo quien oiga bien lo que diga Eric.

—Ella dice que está mejor, y que la terapia la está ayudando mucho. Pero quiero saber la verdad, ¿está durmiendo y comiendo bien?

—Mejor que tú, seguro. Tienes un aspecto horrible, tío.

—No he estado descansando ultimamente. Estos días están siendo un caos.

—¿Vas a contarme ya lo que ha pasado, o tengo que seguir fingiendo mucho rato más que no sé nada?

—¿Cómo te has enterado?

—Por mi hermana —respondo—. Parece que mi cuñadito no es tan leal a ti como lo es a la rubia con la que está obsesionado.

—No lo culpo. Yo tampoco querría enfrentarme a una Daphne enfadada. —Por primera vez en todo el rato que llevamos hablando, esboza una pequeña sonrisa—. Mi hermana… —Se le quiebra la voz, y toma una pequeña pausa de unos cuantos segundos, antes de tomar aire e intentar seguir hablando—. Ella… Yo… —Veo como le caen las lágrimas, desbordándose sin control alguno por sus mejillas —. Yo no estuve aquí para cuidarla… No la pude proteger de sí misma… Yo… —Y entonces, incapaz de aguantar mucho más, se derrumba y rompe a llorar.

—No fue tu culpa, Eric.

—Sí. Todo es por mi culpa —responde, sorbiendo la nariz—. Por favor, no le cuentes a tu prima nada de lo que ha pasado con mi hermana.

—¿Por qué? ¿Prefieres que siga pensando que no vuelves a por ella porque te has cansado de esperar y la vas a abandonar?

Me lanza una mirada de advertencia. Sonrío satisfecho, porque sé que he tocado su punto sensible ahora mismo.

—Janelle tiene cosas más importantes de las que preocuparse, como de ella misma. No quiero ser una carga emocional para ella, no ahora que está esforzándose tanto por mejorar su salud mental.

—No tiene nada que ver, Eric. Creo que se merece saber lo que te ha pasado, y que tú también necesitas que ella esté contigo en estos momentos tan difíciles para ti.

—Lo único que necesito es que ella esté bien, que logre reconstruir el corazón que yo mismo ayudé a romper de nuevo.

—¿Te he dicho alguna vez que eres un dramático?

—Si estuviera allí contigo, ya te hubiese lanzado un cojín a la cabeza de patata que tienes, niño molesto.

Mis labios se curvan en una sonrisa sincera que ilumina mi mirada.

Echaba de menos a Eric Brown.

CAPÍTULO 5

Bella

Abro los ojos con pesadez. Siento los párpados cansados, y enseguida se me cierran solos, a pesar de la claridad que hay en mi habitación, y del esfuerzo que hago por mantenerlos abiertos.

Me estiro como puedo, extendiendo las articulaciones e intentando destensar un poco todos los músculos que esta mañana han amanecido agarrotados.

Acabo de despertarme y ya estoy cansada, y con ganas de dormir de nuevo. No me siento con fuerzas para enfrentar un nuevo día. Creo que es normal, teniendo en cuenta que he dormido menos de dos horas, otra vez.

Anoche tampoco pude dormir, así que aproveché para adelantar mi lectura, y hasta conseguí terminarla y empezar un nuevo libro. Suelo leer bastante rápido, sobre todo por las noches, cuando no puedo dormir y la ansiedad me consume desde dentro.

Me encanta perderme en mundos que no existen, si eso me permite escapar, aunque sea durante un rato, del mío.

Vuelvo a tumbarme sobre el colchón y sonrío cuando veo las pegatinas de estrellas que hay pintadas pegadas en el techo.

Eric decoró esta habitación mientras estuve ingresada, para que a mi vuelta, me sintiera lo más cómoda posible aquí. Se encargó de que pegaran en el techo las mismas estrellas que tenía dibujadas en el de mi antigua habitación desde que era una niña; el mismo en el que nos perdíamos por las noches, cuando la oscuridad nos rodeaba y, abrazados, admirábamos las estrellas, soñando despiertos con algún día dormir bajo un cielo iluminado de estrellas de verdad.

También me ha comprado una estantería enorme, que no ha tardado en llenar de libros. Puede que yo haya colaborado un poco en esta parte.

El resto de la habitación, es bastante simple. La componen: una cama de matrimonio con dos pequeñas mesitas a cada lado; un escritorio y una silla rosa de oficina, que me permite desplazarme por toda la estancia sin necesidad de levantarme, lo cual me parece maravilloso. Tengo un vestidor con mucho más espacio del que necesito, y un cuarto de baño propio. También, ha preparado una zona de la habitación para que dibuje y, ¡hasta me ha comprado un caballete y varios lienzos para que pueda pintar!

La puerta se abre, y lo primero que veo son unos rizos castaños, seguidos por unos ojos verdes que me miran llenos de un brillo que está mezclado con el cansancio que le persigue desde hace semanas.

—Buenos días —me saluda mi hermano, con una sonrisa que noto que no le alcanza la mirada, que lleva apagada bastante más tiempo del que me gustaría admitir—. ¿Cómo has dormido?

—Genial —miento. Lo que menos me apetece es preocuparle desde que me levanto hasta que me acuesto. Es agotador incluso para mí—. ¿Y tú?

—Estuve despierto escribiendo hasta bastante tarde; no podía dormir. —Se pasa una mano por el pelo, y revuelve un poco sus rizos —. Tengo una pregunta importante.

Me acomodo sobre los cojines y almohadas y lo miro con atención.

—En una escala del uno al diez, ¿qué tan increíble soy como hermano?

—¿Un seis?, ¿siete, quizás?

—¿Solo eso? —Me mira con los ojos entrecerrados y suelto una carcajada—. Y yo que te tenía preparada una sorpresa…

—¿Qué sorpresa? —Prácticamente me levanto de la cama de un salto y me planto frente a él.

—Una sacada de uno de los libros que lees, porque soy toda una fantasía, sobre todo para las mujeres y las jovencitas como tú.

—¡Liam!

Corro hasta él y le rodeo el cuello con los brazos, y dejo que toda la alegría que me provoca verle estalle en un abrazo, que enseguida me devuelve, levantando mi cuerpo del suelo y aferrándose a mí con fuerza.

Inhalo el aroma de su perfume, un olor en el que siempre predomina el pino. Noto cómo su respiración se va entrecortando, y la forma en la que su pecho vibra contra el mío. Aparto mi rostro de su cuello y levanto la cabeza, y lo que veo, me parte el corazón en dos.

Los ojos de Liam están enrojecidos y cubiertos de lágrimas que se deslizan por su rostro sin vacilar. Su pecho se agita y deja escapar algunos gritos ahogados, completamente roto por el llanto. Me destroza verle así, y saber que es por mi culpa.

Nunca antes había visto a Liam llorar. Es el tipo de persona que siempre tiene algo bonito o divertido que decir, y que siempre le regala una sonrisa a los demás. Nunca se queja de nada y desde

fuera, pudiera parecer que no tiene ningún problema, o que siempre está feliz.

Ha sido como otro hermano mayor para mí desde que era una niña. He crecido con él y siempre ha sido, junto con mi hermano Eric, mi mejor amigo.

—Lo siento mucho —sollozo, aferrándome a su cuerpo de nuevo. Él me envuelve entre sus brazos con fuerza, mientras acaricia mi pelo suavemente, como si quisiera cerciorarse de que estoy aquí, con él, y de que no me voy a ir—. Yo…

—No digas nada —me interrumpe—, solo quiero que sepas que siempre estaré aquí para ti, que no estás sola en esta lucha. —Suspira, mientras que yo dejo salir toda la culpa que siento en lágrimas rebeldes que comienzan a mojar su jersey—. Pero te odio muchísimo por haberme asustado así. Pensé que te perdía, Bella —gimotea contra mi pelo—. Y no sería capaz de soportar una vida en la que tú no estuvieras.

—Lo siento mucho. —Es lo único que consigo decir. Nuestras miradas se cruzan cuando levanto la cabeza y me dedica una sonrisa, aun con la cara cubierta de lágrimas.

—Qué fea estás cuando lloras, Isabella —bromea, haciéndome reír como siempre logra hacer—. Mira lo dramático que es tu hermano. —Sigo su mirada hasta llegar a Eric, que no se ha separado de nuestro lado, ni tampoco ha parado de lloriquear en todo este rato—. Te está dejando el suelo encharcado con sus lagrimitas.

—Cállate, pedazo de idiota. —Le da un manotazo en la cabeza, lo que le provoca una fuerte carcajada.

Liam extiende un brazo hacia él y deja un hueco entre nuestros cuerpos, ofreciéndole espacio a mi hermano para que se una a nuestro abrazo.

Se limpia las lágrimas y con un suspiro pesado, la calidez de sus brazos nos envuelve a los dos en cuestión de segundos.

Por un momento, siento que he vuelto al pasado. A los abrazos grupales. A colarme por las noches en la habitación de mi hermano y molestar a mis dos mejores amigos hasta quedarme dormida. A todas las veces que prescindieron de sus planes, aun siendo dos adolescentes, para quedarse a jugar en casa conmigo, porque no tenía amigos con los que salir. A todas las veces que me defendieron de los compañeros que intentaban amargarme la vida, aunque eso les supusiera un gran castigo a los dos. A todas las noches que calmaron mi ansiedad. A los abrazos que se sienten como un hogar.



Después de un rato hablando con Liam en mi habitación, me siento mucho más tranquila, y también de mejor humor. Tiene la capacidad de sacar siempre el lado bueno de las cosas, y de hacer que te olvides de tus problemas cuando estás junto a él, porque es imposible no contagiarte de la alegría que desprende todo el tiempo.

Salgo de la habitación y doy algunos pasos hasta llegar al salón. Eric está encerrado en su despacho escribiendo, o hablando con su querida novia, no lo sé. Y Liam está en el baño duchándose. Por lo que al llegar a la sala, me encuentro con una chica rubia, sentada con las piernas cruzadas sobre el sillón, viendo una película en el televisor.

Hasta ahora, no había tenido oportunidad de saludarla, y ella tampoco entró a mi habitación mientras estuve con Liam. Así que ahora me toca enfrentarme a la ansiedad que me entra al hablar con desconocidos yo sola.

Liam me ha hablado muchísimo de ella. Nunca le había visto tan ilusionado con nadie. Pero he de reconocer que la chica, es mucho

más guapa en persona. Tiene el pelo rubio y largo, y parece lucir sus rizos rebeldes orgullosa.

Ojalá yo pudiera hacer lo mismo.

Es una chica alta, con un cuerpo lleno de curvas que marcan su ropa de una forma que no parece importarle. Se le ve tranquila, como si su cuerpo no tuviera que pedirle perdón por ocupar tanto espacio, como si no tuviera que esconder su piel bajo capas de ropa mucho más anchas de las que necesita realmente utilizar, para ocultarlas. Siento una pizca de envidia y de repugnancia hacia mí misma. Yo no podría soportar que me vieran vestida así, que todos notaran el peso de mi cuerpo.

Ojalá pudiera verme de la misma forma en que la veo a ella: sin miedo, sin asco, sin necesidad de castigar nada.

Está pendiente de la película, y de vez en cuando, suelta unas sonoras carcajadas que llenan toda la habitación.

Me acerco un poco al sofá en el que está sentada. Vacilo durante algunos segundos, jugueteando con la manga de la sudadera que llevo puesta, que me queda tan larga que me cubre hasta las uñas de los dedos.

Carraspeo cuando estoy de pie a su lado.

¿Y si digo alguna tontería y se ríe de mí?

¿Por qué me tengo que presentar? Seguro que ni siquiera quiere conocerme.

Se da la vuelta cuando nota mi presencia, y lo primero que hace es dedicarme una sonrisa que ilumina toda la sala.

Tiene una sonrisa preciosa. Ojalá tuviera una sonrisa tan bonita como la suya; quizás así, sonreiría mucho más.

—Tú debes de ser Isabella —murmura sonriente.

Se levanta del sofá, se planta frente a mí y hace lo último que me hubiera imaginado que haría: me envuelve en un abrazo que parece tan natural, que me asusta. Me quedo quieta al principio, sin corresponderle el gesto, pero cuando intensifica la fuerza con la que se aferra a mi cuerpo, llevo despacio mis manos a su espalda, y las dejo ahí, intentando que sienta que la estoy abrazando yo también. Se separa después de mí y me acaricia la mejilla, mientras que sus ojos me observan con atención, como si intentara descifrarme a través de su mirada.

Estamos tan cerca, que seguro que se está fijando en todas las imperfecciones de mi cara

—Soy Daphne —sigue diciendo—, ¡encantada! Siento no haberme presentado antes, pero parecíais tan contentos mientras hablábais, que no he querido interrumpir.

—No te preocupes —consigo decir, con un tono de voz mucho más bajo que de costumbre. Me seco el sudor de las manos en mi pantalón de pijama y esbozo una pequeña sonrisa. No quiero caerle mal, pero siento que ya lo hago. ¿Cómo voy a caerle bien? Ni siquiera sé formular una frase coherente cuando estoy frente a alguien como ella sin parecer tonta.

—Liam y Eric me han hablado tanto de ti, que es como si ya te conociera. —No deja de sonreír. Me está poniendo nerviosa—. ¿Cómo te encuentras?

Tengo la oportunidad de hacer una amiga, y de llevarme bien con la novia de mi mejor amigo.

Tengo que ser amable.

Tengo que caerle bien.

—Estoy bien.

Parece que está esperando que añada algo más a mi respuesta, pero, cuando ve que no lo hago, continua hablando:

—¿Quieres sentarte conmigo a ver una película?

—Vale.

—No lleva mucho tiempo empezada, pero si quieres, podemos poner una que te guste.

Se sienta de nuevo en el sofá, y me anima a ir junto a ella.

—¿Es *13 Going on 30*? —pregunto entusiasmada, cuando veo aparecer en la pantalla a Jennifer Garner. Su rostro se ilumina cuando me mira. Se acomoda en el sofá y me animo a hacer lo mismo—. Matt es el mejor amigo que cualquier chica quisiera tener —murmuro en un suspiro, y ella asiente como respuesta.

—Y Lucy el tipo de amiga —murmura sin apartar la vista del televisor, haciendo comillas con los dedos al pronunciar esta última palabra—, que cualquiera querría evitar.

—Me encanta el estilo de ropa de los 2000.

No sé por qué, pero conforme pasa el tiempo, voy sintiéndome más cómoda junto a Daphne. Ella respeta mi espacio, y parece hacerlo también con mis tiempos; no me presiona, y eso es algo que agradezco a la vez que me relaja. No parece ser el tipo de chica altiva y mala que esté esperando a la mínima oportunidad para hacerme sentir mal con mi aspecto o mi personalidad, o simplemente para reírse de mí. Al menos, no tengo esa sensación al estar junto a ella.

—Ahora vuelve a estar de moda. A mí también me encanta, ¡es una pasada! —Sonrío orgullosa de mí misma. De estar aquí sentada junto a una desconocida, y no haber salido huyendo en cuanto me dedicó su primera sonrisa; de hacer algo que me gusta en compañía, y de ser capaz de tener una conversación con ella.

Me cuesta muchísimo hablar con desconocidos. Mi ansiedad me impide enfrentarme a muchas situaciones que otras personas llevan con normalidad, como socializar con otras personas, estar cómoda

en lugares donde hay mucha gente, expresarme con claridad sin trabarme con cada cosa que digo, pensando que la otra persona va a juzgarme o se está riendo de mí en su cabeza, o incluso, pedir un simple café en una cafetería.

Acabo posponiendo muchos planes con tal de no hacer frente a este tipo de situaciones. Me encierro en mí misma e impido que otra gente me conozca, que puedan aprovecharse de mi vulnerabilidad. Pero cuando le cedo a alguien eso tan preciado para mí, que tanto me cuesta sentir, y es la confianza; ya no hay vuelta atrás: pueden ver quien es la verdadera Isabella, y eso es algo que no cualquiera puede lograr.

Siempre tengo miedo. Soy una persona que se encariña demasiado rápido. Y con el tiempo, todos me acaban haciendo daño, todos se cansan de mi forma de ser y me reemplazan o buscan un entretenimiento nuevo. Y esa es una de las razones por las que tengo miedo de entregarle a alguien los pedazos de mi corazón y que los acabe destruyendo.

—¡Pero qué ven mis ojos! —La voz de Liam interrumpe mis pensamientos y también, la película que estamos viendo, que Daphne pone en pausa—. Dos de mis mujeres favoritas juntas.

—¿Dos? —Su novia alza una ceja.

—¿Quién es la otra? —sigo diciendo yo, con una sonrisa divertida.

—Mi madre —contesta despreocupado.

Las dos nos miramos y ponemos, a la vez, los ojos en blanco. Sin preguntar, Liam se hace hueco entre nosotras y se sienta en medio. Nos pasa el brazo por encima de los hombros, acercándonos a él, y nos da un beso a cada una.

—¡Oye! A ella le has dado el beso primero —comenta divertida, entre risas.

—Soy su favorita —me atrevo a contestar yo, sacándole la lengua en un gesto de burla.

—Qué feliz soy ahora mismo con mis dos chicas juntas. Solo falta mi Brownie para sentirme completo.

Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza. Liam y su obsesión con sacar de quicio a mi hermano. Su forma favorita de hacerlo: llamarle Brownie, cosa que sabe que no soporta.

Aunque en el fondo, yo sé que le encanta.

—¿Dónde está? ¿Sigue escribiendo?

—He pasado por su habitación hace un momento y lo he escuchado hablar en ese tono infantil que usa cuando está con su bomboncito.

—Ah.

—¿Qué te pasa? ¿No te cae bien Janelle o es que estás celosita?

—No la conozco, Liam. No me puede caer bien una persona sin conocerla.

—Pues a mí me caías bien desde mucho antes de conocerte, cielo —interviene Daphne, que ahora que recuerdo, es la prima de Janelle.

—Sigamos viendo la película —murmuro, cambiando de tema por completo. Me separo del agarre de Liam y me acomodo en el sofá, sintiendo sobre mí los ojos marrones de mi amigo, pero sin despegar los míos de la pantalla.

No quiero hablar de Janelle. No quiero hablar de su relación con mi hermano. Y mucho menos, de lo inmadura, patética y mala persona que me siento por desear que acabe pronto.

CAPÍTULO 6

Bruno

Los rayos de sol se resisten a desaparecer por completo hoy, coloreando el cielo con un degradado de colores que se fusionan a la perfección, desde el naranja hasta el rosado, con algunos toques de azul marino, que amenazan con tomar protagonismo en el lienzo.

La luz dorada, que cada vez es más tenue, sigue iluminando las calles de Chartres a mi alrededor, sombreando las casas empedradas, y decorando las calles con sus luces y sombras.

La brisa es menos cálida que por la mañana, y ya va dejando lugar al frescor que precede a la noche. El murmullo de la gente y las campanas de la catedral, llenan de sonido el aire, cada vez más tranquilo, indicando que cada vez falta menos para que acabe el día.

Después de un rato caminando, por fin me paro frente a la casa de Jérémie. La fachada está pintada de un color crema que ahora mismo no sé distinguir. El jardín está decorado con muchas macetas y plantas, que rodean la enorme piscina que promete darnos grandes momentos en cuanto llegue el verano, como cada año. La casa brilla por la luz que emana desde su interior, y que se ve reflejada en los grandes ventanales que la adornan.

Se escuchan voces y música desde el interior. Aun no es la hora en la que habíamos quedado, pero parece que Jer y los chicos, han decidido empezar antes la fiesta.

Subo los escalones del porche, quedando frente a la puerta de madera, y llamo al timbre. Espero algunos segundos, hasta que un chico bajito y con el rostro lleno de pecas, me recibe con una amplia sonrisa

—Ya pensábamos que no venías —ironiza, antes de darme un pequeño apretón de manos y algunos toquecitos en la espalda a modo de saludo.

—Pero si he llegado cuarenta minutos antes de la hora.

—Por eso —sigue bromeando, cerrando la puerta justo cuando entro, y guiandome por el pasillo hasta que llegamos al salón, aunque la verdad, me conozco esta casa a la perfección—, normalmente sueles llegar una hora y media antes.

—Qué gracioso. —Le doy una colleja en la nuca y con un movimiento de cabeza, saludo al resto de mi grupo de amigos, que ya están bastante relajados; algunos sentados en el sofá, otros charlando de pie y esperando al resto de invitados…, lo de siempre.

—¿Cómo estás? —me pregunta Max—. ¿Nervioso?

—Mucho. Pero supongo que ya no hay vuelta atrás. —Me encojo de hombros de forma despreocupada.

—Bueno, siempre puedes decir que no, y cedernos la oportunidad a alguno de nosotros —murmura el pelinegro, Thiago, señalándome con la botella que sujeta entre sus dedos, y dedicándome una pequeña sonrisa de lado.

—Pues creo que te vas a quedar con las ganas —contesto con el mismo tono de broma que él.

—Tenía que intentarlo.

—¡Buena esa! —interviene Felipe, que hasta ahora había estado en silencio, con la atención puesta en su teléfono, seguramente respondiendo algún mensaje de su novia, Rebecca.

—Yo sigo flipando de que tu padre te haya dejado ir, todavía no me lo creo —suelta Jérémie, antes de dar un sorbo a su bebida.

—Yo tampoco me lo creo, pero parece bastante entusiasmado.

—Está orgulloso de su hijo, es normal.

Está orgulloso de su hijo. Cinco palabras que resuenan en mi mente, atormentándome una y otra vez.

Cinco palabras que me caen como un jarro de agua bien fría, y me devuelven a la realidad; una en la que no tengo permitido disfrutar, solo entrenar. Una en la que no puedo fallar, solo ganar. Una en la que soy invisible, a menos que sea el mejor.

—Te echaremos de menos. El grupo no será lo mismo sin ti —sigue diciendo el pelirrojo.

—Y yo a vosotros, aunque aún nos queda parte del verano juntos.

—¿Cuándo te mudas?

—En julio.

—Eso nos da un margen de… —Max empieza a contar con los dedos—, ¿un mes y medio?

—Sí. No empiezo la universidad hasta septiembre, pero me vendrá bien adaptarme a la ciudad antes de empezar, y entrenar allí, con algunos de mis nuevos compañeros.

—Ninguno será como nosotros. —Thiago alza el mentón, intentando parecer ofendido, y suelto una carcajada como respuesta.

—Pero estás contento, ¿n0? Yo estaría dando brincos ahora mismo, tío, y tú estás aquí, como si nada, con cara de seta.

—No tengo cara de seta —protesto.

—Ya sabes que no tiene mucha sangre el chaval —se ríe Thiago, y lo fulmino con la mirada.

—No es eso, es que…

—¿Estás contento, o no? Es una gran oportunidad para ti.

—Lo sé, pero…

—Ey, Brunito —me saluda Gaston, interrumpiendo nuestra conversación. Trago saliva. Su presencia me pone nervioso. Y no solo por el metro noventa que tengo frente a mí, sino por todo lo que envuelve su compañía—. Pensaba que estarías ocupado haciendo las maletas. Me he enterado que tienes la prueba el viernes.

—Sí.

—Guay, lo vas a bordar. —Me guiña un ojo—. Es un fenómeno —comienza a decirle a sus dos amigos, que están parados junto a él, con un vaso lleno de bebida en la mano, y asintiendo a todo lo que el imbécil de Gaston les va diciendo—. La próxima estrella del fútbol, ¿verdad, Brunito?

Cierro los puños con fuerza, y me reprimo las ganas de gritarle que es un desgraciado, y lo mucho que lo detesto. No quiero montar un numerito, y mucho menos ahora, con todo lo que tengo en juego, y lo mucho que puedo perder.

—Voy a saludar al resto —me limito a decir.

—Espera, vamos fuera a hablar un poco.

Tiene la mandíbula tensa, y su expresión se ha oscurecido de un momento a otro. Suspiro, y le sigo el paso hasta que llegamos a la

puerta que comunica la casa con una pequeña terraza. Me abre la puerta, y sin decir ni una sola palabra, me indica con un gesto que salga, y negarme no parece una buena opción.

—¿Qué quieres?

—Relaja esos humos, tío. Creía que éramos amigos, ya sabes, como últimamente compartimos tantas cosas. —Su sonrisa burlona me hierve la sangre—. Te traigo algo para que disfrutes del viaje.

—No me hace falta nada más. Déjame en paz. Haz como que no existo. No vuelvas a hablarme, y mucho menos en un sitio como este.

—Relax, Brunito.

—Deja de llamarme así.

—Dame el dinero que me debes.

—Quedamos en que te lo daría la semana que viene.

—Una pena que haya cambiado de opinión y lo quiera ahora. —Noto cómo mi mandíbula se tensa con cada palabra que va soltando —. Quizás tu padre no tenga problema en pagarme cuando sepa el motivo por el que me debes dinero, ¿no?

—No metas a mi padre en esto.

—Los cincuenta pavos. —Eleva ambas cejas—. Ya.

—Eres un desgraciado.

—Y tú la próxima estrella de fútbol. Gracias a mí, por cierto.

Resoplo y, después de echar un vistazo a mi alrededor para comprobar que nadie nos está mirando, me saco la cartera del bolsillo trasero del pantalón y rebusco hasta dar con algo de efectivo. Lo pongo de mala gana sobre la palma de su mano, y mientras que mi ceño está fruncido y la forma en la que le he tirado

los billetes, muestra claramente que no me está gustando nada esta situación, él se dedica a sonreír.

—Toma, por lo bien que lo has hecho. —Me abre la mano y me coloca dentro una bolsa de plástico con algunas pastillas en su interior. Observo el gesto incrédulo, y vuelvo a mirar a mi alrededor, suspirando aliviado cuando veo que nadie nos está viendo—. Me lo agradecerás el día de la prueba.

Lleno de rabia e impotencia, aprieto los puños hasta que los nudillos se vuelven de color blanco. El aire entra y sale de mis pulmones de forma acelerada, y noto que la mandíbula me tiembla, quizás por la furia contenida.

Lo peor, es que no puedo hacer ni decir nada, solo puedo agachar la cabeza y retener las lágrimas que amenazan con salir, las mismas que me intentan recordar que no soy tan bueno como todos piensan, y que merezco que todos se avergüencen de mí, casi tanto como ya lo hago yo.

Doy media vuelta y prácticamente corro hasta el interior de la casa, cerrando la puerta de un portazo. Me apoyo sobre la madera, y hago algunas respiraciones lentas, intentando relajarme. Destenso un poco los músculos del cuello, y me fuerzo a sonreír antes de volver con mis amigos.

Observo el ambiente que hay a mi alrededor. Las risas de mis amigos llenan la sala de alegría. La música pop resuena por toda la casa, y los altos decibelios hasta hacen vibrar el suelo al ritmo de la melodía. Las ventanas están empañadas por el calor que emana el interior de la casa, llena de adolescentes que bailan sin parar.

El tintineo de los vasos me recuerda que todavía no he cogido mi bebida.

Camino entre suaves empujones hasta llegar a la cocina.

Me sirvo yo mismo una cerveza y con una sonrisa deslumbrante en la cara, vuelvo a ir con mis amigos.

El resto de la noche, me limito a beber, bailar, anotar el número de alguna que otra chica y disfrutar de la compañía de mis amigos. Dentro de poco, no nos veremos con tanta frecuencia. Y ahora mismo, solo me importa despedirme de Francia por todo lo alto.

Ya mañana volveré a preocuparme por ser el mejor.

Hoy, solo quiero ser yo.

CAPÍTULO 7

Bella

—Otra vez no. —Mis manos sujetan el borde del lavabo con tanta fuerza, que siento los dedos entumecidos, y la piel de mis manos está cada vez más blanca. Observo mi reflejo en el cristal del espejo, y no reconozco a la chica que hay en él. Porque hace demasiado tiempo que me perdí y, desde entonces, no he vuelto a ser la misma. Dejé de ser una niña feliz e ilusionada, llena de vida y de ganas de comerse el mundo, para ser la persona vacía que soy ahora mismo. Sin ilusión, sin ganas de vivir, ni mucho menos, de comerme el mundo, cuando no soy capaz de pegar bocado sin que mi cabeza me torture después—. Aguanta, puedes hacerlo —me digo a mí misma, con dificultad.

Un fuerte temblor me recorre todo el cuerpo, y mis piernas se mueven solas como un flan. Mi pecho se agita con fuerza. Siento que apenas me llega el oxígeno necesario para poder respirar. La garganta se me cierra en un nudo que, al concentrarme en lo pesado que siento el estómago, me ahoga cada vez más.

Dejo caer mi cuerpo, hasta quedar sentada sobre el suelo frío, y flexiono las rodillas contra el pecho. Me abrazo a mí misma, envolviendo mis brazos alrededor de mis piernas y ahora sí, consigo romperme sobre mi regazo, dejando salir cada lágrima contenida

hasta ahora; cada destello de dolor que intento ocultar para no hacer más daño a la gente que quiero, para intentar salir adelante, aunque no tenga fuerzas para hacerlo.

Cierro los ojos, notando como las lágrimas se deslizan por mis mejillas, y cierro los puños con fuerza, tensando los músculos de mi mano, intentando dejar escapar al menos un ápice de toda la rabia contenida en mi interior.

Mañana tengo que volver al instituto.

A los pasillos llenos de miradas que juzgan sin ni siquiera conocerte. A los cuchicheos y las risas mal contenidas. A preguntas malintencionadas que no quiero responder. A las opiniones ridículas sobre mi cuerpo y mi forma de ser. A los descansos encerrada en el cuarto de baño. A los empujones y los golpes. A las lágrimas y heridas que escondo. A la vergüenza. A la inseguridad. A la culpa. A la soledad. Al vacío.

Mañana tengo que volver a mi propio infierno.

Unos golpecitos contra la puerta me sacan de mis pensamientos y me devuelven a la realidad.

—¿Estás bien? —La voz de mi hermano resuena desde mi habitación.

Carraspeo y trago saliva antes de contestarle:

—Sí, lo estoy. Puedes irte.

—¿Estás visible?

—No.

Ignora mi respuesta y abre la puerta. Su mirada me recorre con una calma que no siente realmente, porque sus ojos, me dejan ver el miedo que siente ahora mismo. Me escudriña con atención, como si intentara encontrar signos visibles de dolor en alguna parte de mi cuerpo, como tantas otras veces lo ha hecho en el pasado.

Al no encontrar nada, sus ojos se fijan en el inodoro, y la culpabilidad me carcome por dentro cuando veo la forma en la que su cuerpo se destensa un poco cuando comprueba que la tapadera está cerrada.

—Vete.

—No pienso irme, Isabella —responde tajante. Sus ojos se han aguado en cuestión de segundos y le tiembla el labio inferior con cada palabra que pronuncia—. O vienes conmigo, o me quedo aquí contigo.

—Necesito privacidad, Eric.

—Y yo necesito a mi hermana. —Una frase simple, pero cargada de todo lo que no se atreve a decir en voz alta, todo lo que gritan sus ojos tristes ahora mismo: dolor, culpa, miedo.

Se acerca a mí, y me tiende una mano temblorosa. Dudo durante algunos segundos, pero acabo cediendo a su gesto y enseguida, me levanta del suelo en un rápido movimiento y me envuelve entre sus brazos. Me agarra del mentón y levanta mi cabeza, obligando a nuestros ojos a cruzarse.

Me mira como si fuera un vaso de cristal a punto de romperse.

Me ve como alguien frágil, alguien que necesita que le cuiden.

Pero no merezco que me cuiden.

Solo me tiene lástima.

Todos me tienen lástima.

—Deja a tu cabecita descansar un rato —murmura, dando algunos toquecitos en mi sien con la punta de sus dedos—. Hoy duermes conmigo.

—No quiero. Puedo dormir sola. Te he dicho que estoy bien.

—No te he preguntado. Te lo he dicho para que lo sepas.

—¿Podemos dormir en mi habitación? —sugiero una vez que hemos salido del cuarto de baño. Asiente con la cabeza y, sin decir nada más, me acompaña hasta la cama.

Destapo el edredón, y me deslizo bajo las sábanas. Mi cuerpo se estremece levemente cuando la tela fría me abraza. Me escondo bajo el edredón, deseando que también pudiera cubrir cada uno de mis miedos e inseguridades.

El colchón se hunde cuando Eric se tumba junto a mí. Me pasa un brazo por encima y me acurruca contra su pecho. Me basta con sentir su calidez e inhalar su aroma, para romper a llorar con fuerza.

—No… No puedo…

—Claro que puedes. —Me acaricia el pelo con suavidad, como si le diera miedo hacerme daño con tal roce. Dejo salir cada lágrima sin intentar reprimir ninguna de ellas.

No estoy bien. Y nunca voy a estarlo.

—Todo va a ir bien, hermanita —susurra antes de darme un beso en la coronilla. Sollozo contra su pecho y dejo salir de mi garganta infinidad de gritos ahogados. Porque no, sé perfectamente que nada va a cambiar, que todo va a doler igual—. No estás sola. Estoy aquí contigo.

—No puedo hacerlo… Dame un día más. —Me aparto un poco y dejo que nuestras miradas se crucen de nuevo—. Por favor, solo un día más. El miércoles volveré a clase, de verdad. Solo necesito un día más —susurro, sintiendo como cada súplica desesperada, me desgarra un poco más por dentro.

No quiero que sienta que estoy huyendo de nuevo, que no quiero enfrentarme a mi realidad. Solo pido algo más de tiempo. Me conformo con un día, aunque sé que mañana mismo, sentiré que

necesito otro más. Y otro justo el día después. Pero no puedo hacerlo. No me siento preparada.

Las lágrimas corren incesantes por mi rostro. No puedo evitarlo. No puedo dejar de llorar. Siento impotencia, por la forma en la que son las cosas, por no haber podido evitarlo, por no ser lo suficientemente fuerte como para ignorarlo. También por no poder parar el tiempo y quedarme en esta noche para siempre, sin tener que llegar a la mañana siguiente, sin tener que enfrentarme a mi peor pesadilla de nuevo,

Mi cabeza no ha dejado de torturarme en todo el día, recreando en bucle los peores escenarios posibles, como si quisiera convencerme de que todo va a ir mal, que no hay ninguna posibilidad de que las cosas mejoren en algún momento.

Eric se estremece al ver mi reacción. No me doy cuenta de lo que estoy haciendo, hasta que noto sus ojos clavados en mis brazos. Sigo el rastro de su mirada, y es cuando por fin lo siento: las uñas hundidas en mi piel, con tanta fuerza, que algunas gotas de sangre comienzan a deslizarse con lentitud. Lo peor es que no me duele tanto como debería hacerlo. Al contrario, me alivia de forma momentánea. Me ayuda a soltar, aunque sea durante unos segundos, el nudo tan insoportable que me ahoga por dentro.

Es como si esa molestia, me hiciera tener algo de control sobre mí misma. Como si, al centrarme en el dolor físico, pudiera hacer menos intenso el dolor emocional.

Como si pudiera callar el caos que se forma en mi cabeza, por culpa de la maldita ansiedad, al menos, por un instante.

—Me haces más daño a mí que a ti misma. —Sus grandes manos sujetan las mías, ahora temblorosas, y las apartan de estas nuevas heridas, que limpia con suavidad, con un pañuelo que encuentra en la mesita de noche. Las lágrimas corren por su rostro, y la culpabilidad me invade por dentro.

—Lo siento, yo…

—Shh —me interrumpe. Sujeta mi rostro entre sus manos con delicadeza. Y con la mirada que me dedica siento, no solo que me sostiene por fuera, sino que también lo hace con mi interior. Le limpio las lágrimas, y él no tarda en hacer lo mismo con las mías. Vuelvo a tumbarme, abrazada a él, con la cabeza sobre la zona de su corazón, el mismo que siento latir con fuerza, como si estuviera luchando por no perder el control y salir de su pecho—. Puedes faltar mañana a clase —termina diciendo, casi en un suspiro—. Pero con una condición.

—¿Cuál? —pregunto esperanzada.

—No te quedarás en casa sola. En cuanto Bruno llegue, estarás con nosotros e intentarás integrarte.

—Eso son varias condiciones —me quejo, aferrándome a él con fuerza. Siento su pecho vibrar cuando suelta una pequeña carcajada, la primera desde hace mucho rato. Odio ser el motivo por el que mi hermano esté cada vez más triste y apagado, por el que haya perdido su esencia; él siempre ha sido muy risueño y bromista.

—¿Quieres que te lea un capítulo de alguno de tus libros?

—¿Y por qué no me lees un capítulo del libro que estás escribiendo?

—¿Te gustaría?

—Claro que sí. Me encantaría ser una de tus lectoras beta. —Sonrío, aunque sé que ahora mismo él no puede apreciar el gesto.

—¿Lectoras beta? ¿Eso qué es? Usas términos demasiado modernos para mí.

Sus palabras me provocan una carcajada, y sé que tienen justo el efecto deseado cuando, al levantar la cabeza, me cruzo con una

mirada aguada, pero mucho más ligera y divertida que hace un momento.

—Empezaré por el prefacio, a ver qué te parece.

—Soy toda oídos.

Carraspea suavemente y se recuesta mejor, recolocando la espalda sobre las almohadas, con un suspiro apenas audible.

—Janelle observó por última vez el candado que tenía grabado sus nombres, y que ambos cerraron juntos entre la gran multitud, sellando de aquella forma su amor —comienza a leer—. Miró por última vez al resto de personas que cruzaban por el Pont des Arts, y finalmente decidió abrir la caja que tenía justo en sus pies, frente al candado.

Mientras él sigue leyendo el resto de texto desde su móvil, mi respiración —hasta ahora agitada—, empieza a calmarse poco a poco. No escucho con claridad todo lo que dice, pero no me importa. Sé que volverá a leerlo las veces que hagan falta, siempre que note que necesito que sus historias llenen mis silencios.

Como cuando era niña y me abrazaba por las noches cuando lloraba, mientras inventaba miles de cuentos tan solo para conseguir distraerme, hasta que dejaba de tener miedo y el sueño me atrapaba como ahora, aferrada a su pecho.

Me dejo llevar como hace años, y cierro los ojos, sintiéndome tranquila, protegida entre sus brazos, como si no importara lo rota que estoy por dentro, porque él siempre estará a mi lado para juntar cada pedazo.

Y mientras sigo el ritmo constante de su voz, el mundo pesa un poquito menos, hasta que poco a poco, me quedo dormida, con una paz que desde hace muchos años no lograba sentir.

CAPÍTULO 8

Bruno

El vuelo se me ha hecho bastante corto, cosa que agradezco, ya que nunca me ha entusiasmado la idea de tener que viajar en este medio de transporte. Siempre me ha dado mucho respeto el hecho de estar a tantos metros de altura y encerrado en un espacio tan pequeño. Si hay algún problema, ¿qué hago? No puedo escapar a ningún lado. Me agobio con tan solo pensarlo.

Miro por la ventanilla y aprecio cómo las nubes van tomando protagonismo, abriéndose sobre las tierras inglesas. Las vistas son increíbles. Creo que es lo más bonito de viajar en avión: el mundo queda como algo insignificante ante tanta altura, y sientes que todo queda lejos de ti, incluso los problemas que siempre llevas contigo. Las vistas son tan impresionantes, que hace que te olvides de todo lo demás.

Al aterrizar, me tenso un poco con cada sacudida que da el avión, pero consigo relajarme cuando por fin, una voz varonil nos da la bienvenida a Londres.

Intento esquivar a la gente que parece tener mucha más prisa que yo por irse, y suspiro aliviado cuando el aire frío golpea mi cara al salir. Todos avanzan a empujones, como si estuvieran escapando

de algo, mientras que yo intento mantenerme concentrado en el camino y en todo lo que veo a mi alrededor, repitiendo en mi cabeza todas las indicaciones que me dio Eric ayer por videollamada, para no perderme. Sigo todos los carteles y para qué mentir, también sigo a la multitud de pasajeros, porque supongo que ellos también tendrán que salir de aquí, ¿no?

Arrastro mi maleta con cuidado de no romperla más, porque sí, la rompí justo antes de pasar el control. Así soy yo: no pueden pasarme dos cosas buenas seguidas, sin que mi torpeza estropee la tercera.

Después de un buen rato, consigo salir del aeropuerto. Empiezo a buscarlo desesperado, pero no consigo ver a nadie. Espero que no se haya olvidado que tenía que venir a recogerme.

Y entonces lo veo. No a Eric, que es la persona a la que estaba esperando, sino al idiota de Liam, alzando los brazos sonriente, con un cartel enorme —ojalá fuera una exageración, pero no lo es—, en el que está escrito la frase *Bienvenido a Londres, cuñadito.*

Es en estos momentos cuando me gustaría tener mucha más fuerza y masa muscular para poder darle un buen puñetazo sin quedar como un pringado.

Busco con la mirada a mi amigo, ojalá esté aquí y pueda huir de esta persona junto a él. Pero sigo sin verle. Así que, si no quiero quedarme aquí tirado, tendré que conformarme con el bicho raro que me ha tocado como cuñado.

Doy algunos pasos hasta llegar hacia él y suelta el cartel para envolverme en un fuerte abrazo.

—Bienvenido, cuñado. ¿Cómo ha ido el vuelo? —Me sonríe como si nada, como si no me hubiera hecho pasar una de las mayores vergüenzas de mi vida al ser el centro de atención por abrazarme al tonto que sujetaba el cartel más grande de todo el aeropuerto.

—Todo iba bien hasta que hemos aterrizado —resoplo y el muy canalla suelta una carcajada—. ¿Dónde está Eric?

—Ha tenido un pequeño contratiempo y me ha pedido que te recoja. ¿Es que no te alegras de verme, o qué?

—Me alegraría más si no me hubieras recibido con un cartel enorme solo para avergonzarme.

—No ha sido solo para avergonzarte. —Entrecierro los ojos—. También ha sido para dejarte un poco en ridículo.

—Se lo diré a mi hermana.

—Ya lo sabe. Seguro que tiene que estar riéndose de ti desde vuestra casa. —Entrecierro los ojos y suelta una carcajada—. Vamos, anda, sube al coche.

—Lo que hay que aguantar. —Resoplo. Parece hacerle mucha gracia mi reacción, porque enseguida suelta una carcajada. Recoge la cartulina que dejó caer al suelo y la mete en el maletero con cuidado de no romper ni rasgar ningún trozo del papel. Lo que me faltaba es que piense que me la voy a llevar de recuerdo o algo así.

———♥♥♥———

Pasar todo el camino hasta casa de Eric sin dejar de hablar de la primera prueba que tengo esta tarde, no ayuda nada a calmar mis nervios.

Sé que Liam no lo hace con mala intención. Parece muy entusiasmado con la idea de mudarme a Londres y estudiar en la universidad Kingstone. No para de mencionar todas las ventajas, y todo lo que puedo conseguir si sigo esforzándome como hasta ahora. Me limito a contestar lo que sé que quiere oír, y a fijar mi mirada en la carretera, mucho más inquieto y angustiado que cuando me subí al coche.

No es su culpa, sino mía, por esconder todas las emociones negativas que me hace sentir el fútbol, por hacer creer a todos que estoy tranquilo y que confío en mis habilidades y que además, me emociona la idea de estudiar aquí, lejos de mi familia, mis amigos y toda mi vida en general.

Quiero pensar que al menos podré jugar y disfrutar del fútbol, sin sentirme tan presionado por mi padre cada día. Me gustaría volver al tiempo en que jugar era divertido y no abrumador; los días en los que el fútbol me hacía feliz, y no me causaba ansiedad. Y sobre todo, a los partidos en los que mi padre me recibía al terminar de brazos abiertos y con una sonrisa de orgullo en el rostro, y no a las quejas, los reproches y los continuos enfados con los que me recibe ahora.

Muevo mi pierna con nerviosismo, mientras Liam me cuenta lo poco que falta para la apertura de su nuevo hotel en París. Él tiene la vista fija en la carretera, y la mía se dirige sola hasta mi mochila, donde escondo mi mayor vergüenza, algo que a la vista parece tan pequeño pero que se hace cada vez más grande al peso de mis hombros.

—¿Me estás escuchando? —La voz de Liam me saca de mis pensamientos de forma brusca. Lo miro de reojo y asiento con la cabeza. Él me devuelve el gesto, aunque no parece muy confiado—. ¿Tienes frío? —Niego—. Estás temblando, Bruno.

—Estoy bien… —Suspiro—. Solo algo nervioso.

—Lo harás genial. Te he visto jugar muchas veces en estos meses y eres el mejor de tu equipo con diferencia.

—Ya tienes a mi hermana en el bote, no hace falta que me hagas la pelota. ¿Lo sabes, no?

—Lo sé. Lo hago porque me caes bien. —Me guiña un ojo.

La verdad es que a mí también me cae genial. En poco tiempo nos hemos convertido en algo así como amigos, y disfruto mucho de

su compañía. Es un chico divertido, y con el que se puede hablar de cualquier cosa. Además, le encanta el fútbol, así que, cuando nos vemos, siempre tenemos un tema de conversación asegurado.

—Pues ya hemos llegado —murmura, apagando el motor del coche—. Esta es la humilde morada de tu nuevo primo.

—No es mi primo —protesto.

—Ah, claro, se me olvidaba. Tu idea es ser su nuevo mejor amigo, pero siento decirte que ese puesto ya está ocupado por mí.

—¿Con mi hermana eres igual de celoso o todavía no le has enseñado tu verdadera personalidad?

—Tu hermana sabe de mí todo lo que tiene que saber ahora mismo.

Sale del coche en cuanto consigue aparcarlo, casualmente, frente a la casa a la que nos dirigimos. Guardo mis auriculares y el móvil en la mochila, que hasta ahora había estado en los pies del asiento, entre mis piernas, seguramente manchando de polvo la impoluta alfombrilla del coche de mi amigo.

Alzo la mirada y me quedo prendado con las vistas que tengo a mi alrededor. Una fila de viviendas con fachadas de colores pastel, rodean toda la zona residencial. A pesar de que las casas están unidas, no es nada agobiante; al contrario, el ambiente me transmite mucha tranquilidad.

Agarro mi maleta, que Liam acaba de sacar del maletero, y le sigo hasta quedar frente a la casa de Eric. Tiene dos plantas, y para poder acceder al interior de la casa, hay que subir por unos escalones. Una vez arriba, estoy frente a la puerta principal, pintada de un color celeste suave. Tiene un buzón empotrado, como los que salen en las películas que tanto le gusta ver a mi hermana Daphne, y justo encima, una pequeña lámpara de hierro. Las jardineras están llenas de peonías. Creo que es un pequeño guiño a mi prima, porque

son sus flores favoritas, y esta quizás sea una forma para Eric de sentir que la tiene más cerca.

En cuanto la puerta se abre, veo a un Eric sonriente que la sujeta desde el interior de la casa. Y aunque nos recibe con una sonrisa, tan solo con verlo, puedo apreciar que no está bien. Su rostro sigue luciendo mucho más cansado que cuando estaba en Francia, aunque un poco menos que en nuestra última videollamada. Sigue teniendo bolsas oscuras bajo los ojos, y se ha vuelto a dejar crecer la barba.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! Mi chico molesto favorito. —Abre los brazos, invitándome a acercarme a él. Esquivo el cuerpo de Liam y cruzo la entrada de la casa, dejándome envolver por los brazos del amigo al que tanto de menos había echado hasta ahora.

—Yo también te he echado de menos —murmuro en medio del abrazo. Le doy algunos golpecitos en la espalda, y él se aferra a mí con fuerza, aunque sin llegar a hacerme daño.

—¿Has visto qué mayor está ya? —interviene el idiota de mi cuñado, uniéndose a nuestro abrazo. Enseguida me separo de ellos y le lanzo una mirada fulminante.

—¿Eres tonto? Ni que tuviera cinco años, imbécil. Y me ha visto hace unos meses.

—Estás más alto.

—Tengo dieciocho años.

—Se puede crecer hasta los veintiuno —sigue diciendo Liam, haciéndome poner los ojos en blanco. Sé que lo hacen para bromear, y ni siquiera sé por qué les sigo el rollo y me molesto, cuando es una tontería.

Quizás influya el haber sido siempre el más pequeño de la clase, y con el que todos se metían por su altura y peso. Es cosa del pasado, y por supuesto, lo tengo superado. Aunque es algo que va conmigo,

aunque sea de forma muy superficial y solo salga muy de vez en cuando.

Quizás ese fue uno de los motivos por el que empecé a jugar al fútbol, a parte de gustarme, necesitaba ejercitarme para perder peso, y así evitar que siguieran burlándose de mi aspecto. Tonto de mí, pensé que solo así podría sentirme aceptado y menos excluído. Solo necesitaba dar el famoso estirón, para dar un cambio brutal de imagen y acabar siendo el más larguirucho de la clase.

Ahora soy un chico alto, fuerte y con algo de fibra muscular. No demasiada, ya que no ejercito como debería, pero ojalá en el futuro pueda hacerlo, porque me encantaría tener un cuerpo mucho más tonificado. Y no por la gente, porque a día de hoy, me da igual lo que piensen de mi aspecto físico, sino por mí y por sentirme aún más agusto conmigo mismo de lo que ya estoy.

—Déjalo, que no crezca más —comenta Eric, quitándome la maleta de las manos—. Un par de centímetros más y me rompe el techo con su enorme cabezón.

—Aquí el único cabezón eres tú, Brown, con o sin tu melena —bromeo esta vez yo—. Sigues ocupando el mismo espacio. Así que no era cosa del pelo, sino del tamaño de tu coco. —Le señalo la cabeza con las manos, alargando la distancia entre una y otra más de la cuenta, para exagerar su tamaño.

—Bienvenido a tu casa.

Señala la estancia con la mirada, y echo un vistazo rápido al interior, que sigue siendo bastante discreta en decoración, a la vez que acogedora. El suelo de madera cruje bajo mis pies. El recibidor es algo estrecho, pero no tanto como para llegar a ser agobiante. En el lado derecho, hay un banco de madera con cojines de colores, sobre el que cuelga un perchero con algunas chaquetas. Desde aquí veo también la escalera que lleva hasta la segunda planta, con la enorme pared que sigue cada escalón, decorada con ilustraciones pintadas a mano.

Sigo a Liam y a Eric hasta el salón, una de las zonas de la casa más luminosas gracias a las enormes ventanas, que ahora mismo no tienen las cortinas echadas, por lo que entra muchísima luz en la sala. Hay una chimenea antigua que parece haber sido restaurada, y el resto de muebles son bastante modernos.

Hay dos sofás enormes, llenos de cojines —sin duda esto es obra de mi querido amigo Eric Brown, una persona obsesionada con tener cojines en cada sitio donde se sienta—, y una colcha verde que cubre la parte superior.

La sala está unida a la cocina, tan solo separada por una isla con algunos taburetes. Hay muchas fotos de Eric con la que supongo que es su hermana, ya que son bastante parecidos, y con Liam y algunos amigos. También veo un marco un poco más grande que los demás, en el que distingo a la que claramente es mi prima, de espaldas y con la Torre Eiffel de fondo.

—¿Te gusta? —pregunta Eric al ver que estoy observando todo con atención.

—La verdad es que sí. Mola mucho.

—Antes no estaba tan decorada. —Se rasca la nuca con nerviosismo, revolviéndose los rizos que le caen por la nuca, como siempre hace cuando está nervioso—. Pero quería que Bella se sintiera lo más cómoda posible, así que la he reformado un poco. Ahora te enseño la parte de arriba, es la zona más interesante y en la que solemos hacer más vida. —Comienza a caminar en dirección a las escaleras y yo, obviamente, le sigo el paso. Liam, por el contrario, se ha sentado en el sofá y está contestando algo en su teléfono, por lo que no se da cuenta de que nos vamos—. Hay un baño en esta planta. —Señala con la cabeza la puerta y asiento—. Y también está mi despacho. —Señala la otra puerta—. Ahí es donde escribo la mayor parte del tiempo, aunque la verdad, es que últimamente lo hago en cualquier parte.

—Por lo que veo, tu inspiración está de vuelta.

—Sí. Y espero que haya llegado para quedarse.

—Te enseñaré la planta de arriba y cuál es tu habitación, por si quieres cambiarte o ponerte cómodo —murmura mientras subimos las escaleras—. Pero nada de acostarte, eh. En un rato, saldremos. Vamos a comer fuera, y luego te acompañaré a la prueba.

—¿Seguro que a tu hermana no le importa que me quede aquí unos días? —pregunto, ignorando su tema de conversación, completamente embelesado con la chica que veo en cada marco de foto que cuelga por la pared.

—Qué va.

Bella

Con el lápiz inclinado, hago un movimiento de muñeca rápido y preciso, que termina de sombrear los trazos que acabo de dibujar. Tengo los dedos manchados de restos del grafito que desprenden los lápices con los que estoy trabajando ahora mismo.

Intento controlar mi respiración mientras sigo dibujando, intentando focalizar toda mi ansiedad en esta actividad que tanto ayuda a mi salud mental. Noto una opresión en el pecho a la que ya estoy acostumbrada, y una presión en la cabeza que no me deja concentrarme tanto como me gustaría.

Me siento débil, pero mi mano se sigue moviendo sola, dibujando garabatos y trazos que dan forma a todo el caos que hay en mi cabeza, creando un cuerpo, que adorno con espirales, tachones, y garabatos sin sentido, encerrado en lo que parece a simple vista, una jaula. A su alrededor, varias mariposas enredadas entre sí, que también parecen querer escapar de su encierro.

Ni siquiera estoy prestando atención a lo que estoy creando, tan solo me dejo llevar. La voz de mi cabeza no se calla, sigue atormentándome, y aumento la fuerza con la que sujeto el lápiz, haciendo que mis líneas sean mucho más gruesas y menos delicadas.

No valgo para nada.

Solo soy una carga.

Soy un fracaso.

Rayo la hoja con el lápiz, rasgando cada línea hasta traspasar el papel.

Nunca seré suficiente para nadie.

No merezco ser feliz.

Mis dedos están blancos, debido a la presión que ejerzo sobre ellos, pero no me importa. Sigo rayando la hoja, destrozando todo el dibujo que llevaba creado hasta ahora.

Necesito escapar. De mí.

Solo seré feliz cuando alcance mi peso ideal.

No puedo aguantar más. Es demasiado para mí.

Ojalá pudiera desaparecer. Así todo el dolor y el sufrimiento terminarían de una vez.

Cojo una bocanada de aire cuando noto que el nudo que siento en la garganta, se cierra tanto que apenas me deja respirar. Lanzo el lápiz al escritorio y arranco la página del cuaderno de un tirón. Sigo haciéndolo con el resto de páginas que le siguen, llenas de dibujos y manchas sin sentido, hasta que mi atención va a parar a unos ojos verdes que me miran desde el papel arrugado. Una mirada triste y vacía, que parece estar llena de dolor, culpa, tristeza, arrepentimiento y vergüenza. Parecen ser los ojos de alguien que vive atrapado, alguien que está pidiendo auxilio a través del papel.

Miles de garabatos sin sentido adornan esta página que un día estuvo en blanco, y justo en medio, una mirada que consuigo ponerme la piel de gallina. La tristeza no solo es evidente por las lágrimas sombreadas a la perfección, sino por el dolor silencioso que esconden esos ojos vacíos. Arranco la hoja de un tirón y la lanzo junto a las demás, sin importar dónde caerá. Mi mirada sigue el recorrido, y veo que todas las bolas han ido a parar al lado de la basura, la misma que está llena de todos los envoltorios que me he comido en un momento de debilidad, en el que necesitaba calmar mi

ansiedad —entre otras cosas, la que me produce la idea de tener que conocer a una persona y entablar conversación, cuando nunca soy capaz de hacerlo con desconocidos—, dejar de pensar y castigarme un poco más con lo único que sé que no falla, que es comer de forma repulsiva para hacerme daño a mí misma.

El sentimiento de culpa me está consumiendo. Cada bocado de los muchos que he dado, se siente como si me estuvieran ahogando. La voz de mi cabeza me atormenta sin parar, recordándome que nunca seré suficiente, que jamás nadie me querrá, que soy una fracasada, y que acabo de echar a perder el esfuerzo de muchos días intentando controlar mi ansiedad.

El nudo que siento en mi garganta, cada vez me aprieta más. Siento que me falta el aire, que no soy capaz de respirar. Sentir el sabor salado de mis lágrimas me resulta aún más desagradable después de todo lo que he comido.

Corro hasta el cuarto de baño.

Caigo de rodillas al suelo, y me inclino frente al inodoro. Todo mi cuerpo tiembla,y me caen gotas de sudor por la frente. Mi respiración está agitada, y mi corazón late con fuerza. Es la única señal que mi cuerpo me da de que sigo viva, porque por dentro, siento todo lo contrario desde hace bastante tiempo.

Cada arcada va acompañada de una punzada de culpa, de un fracaso que jamás podré abandonar. Porque de nada valen los esfuerzos que hago a diario para despertar de esta pesadilla. Nunca nada será suficiente, porque ni siquiera yo lo soy.

Mis lágrimas se mezclan con el líquido amargo que sale por mi boca. El sonido de mis arcadas es un castigo para mí. Me siento desgarrada, pero no puedo parar. El alivio momentáneo que siento con cada espasmo de mi garganta, es suficiente para calmar durante unos minutos mi ansiedad.

Siento unos pasos pararse junto a mí.

Me aparto el pelo que cae por mi cara, y llevo mi mirada hacia la derecha, cerrando los ojos con fuerza, obligando a las lágrimas a deslizarse por mis mejillas. Todo ha acabado para mí de nuevo. Todos se darán cuenta de que no soy tan fuerte como creen, que he vuelto a perder en una batalla contra mí misma, una en la que mi mente me saca demasiada ventaja.

Esperándome el peor de los escenarios posibles y con el corazón en la boca, abro los ojos y me encuentro con unos zapatos que hasta ahora, no había visto. Voy subiendo poco a poco mi mirada, hasta dar con la de un chico que me observa atónito. En una de sus manos temblorosas, sujeta una pastilla blanca, que parecía estar a medio camino de tomar, hasta que me ha visto aquí, tirada en el suelo, deshaciéndome de mi vulnerabilidad.

Por la forma apresurada en la que ha entrado en el baño, y el miedo que se ve dibujado en sus ojos, deduzco que lo que estaba a punto de tomar no es un simple analgésico.

Sin dejar de mirarme, baja la mano y cierra su puño con fuerza, escondiendo en el interior de su mano la pastilla.

Veo que mueve los labios y escucho un sonido bastante lejano, que no consigo entender, ya que mi visión está cada vez más borrosa y todo el baño se mueve a mi alrededor, mientras que yo intento clavar la mirada en alguna parte que no de vueltas también conmigo.

Acabo perdida en unos ojos de un azul turquesa, como el de las aguas cristalinas de las postales. Claros y brillantes, como si el sol le hubiera cedido algo de su propia luz. Cálidos, como una tarde de verano. Inocentes y puros, sin ningún rastro de maldad. Profundos, como el inmenso océano. Y magnéticos, como un imán que te atrae con una fuerza invisible que es imposible de controlar. Hay algo hipnótico en su mirada, algo que hace que te pierdas sin darte cuenta.

Una mirada, que promete guardar un secreto que hemos gritado a voces nada más vernos.

Una mirada que es lo último que veo antes de que mis ojos se cierren y todo se vuelva completamente negro.

CAPÍTULO 9

Bruno

Me tiemblan las piernas cuando llego al campo, pero no precisamente porque tenga frío. Londres ha decidido darme la bienvenida con un día bastante más soleado de lo que es habitual en estas fechas del año.

Me arde la piel bajo la camiseta deportiva que llevo puesta. Las gotas de sudor caen sin cesar por mi frente y las limpio continuamente con el dorso de mi mano.

No puedo dejar de moverme por el césped y casi voy chocando con el resto de chicos que parecen estar entrenando, entretenidos hablando entre ellos. Casi todos parecen conocerse, menos yo, que no conozco a nadie.

Me siento bastante perdido ahora mismo, y no solo por el hecho de ser el chico más nuevo al que ningún compañero conoce, o el que ha llegado por enchufe desde Francia, sino por un motivo que pesa todavía más, y del que no puedo hablar con nadie.

Me ajusto los cordones de las botas, en un intento de hacer algo con las manos, que tampoco dejan de temblar.

El entrenador se presenta y empieza a contarnos algo que no entiendo, porque mi mente no para de dar vueltas.

Solo es para aguantar más. Para hacerlo mejor. Para no decepcionar a papá.

—Boissieu —escucho que me llaman, pero estoy tan perdido en mí mismo, que no distingo de dónde proviene el sonido. Siento que todos mis compañeros me miran y voy siguiendo el sonido de la voz, que sigue llamándome, hasta que cruzo mi mirada con la del entrenador Grayson—. He dicho que a calentar. Sales el primero.

No parece ser muy amigable. Echo de menos a mi entrenador. Al de siempre. Al que me vio chutar por primera vez, y celebró como si fuera suyo mi primer gol.

Después de unos cuantos ejercicios, nos toca hacer un calentamiento con rondos. Nos dividimos en varios grupos, y nos colocamos en círculo.

No soy capaz de distinguir qué es lo que sucede con claridad. Solo veo a mis compañeros dar cada uno tres toques al balón, antes de pasarlo al siguiente. El corazón me late con tanta fuerza, que no sé si lo que oigo proviene de mi propio pecho, o es el balón botando cerca de mí.

Cuando la pelota llega hasta mis pies, mis piernas responden más rápido de lo que deberían hacerlo. Casi tropiezo y pierdo el control. Escucho algunas risitas a mi alrededor, y siento los ojos del entrenador clavados en cada uno de mis movimientos.

Consigo dar tres toques, y justo después, vuelvo a respirar.

Cuando todos terminan de hacer el ejercicio, el entrenador nos pone un pequeño circuito que debemos completar en el menor tiempo posible: rodear los conos, sin perder el control del balón, lanzar la pelota a una pequeña portería, volver a hacer el mismo recorrido de vuelta, y hacer un buen pase de balón al siguiente compañero de la fila.

Soy el más rápido con diferencia. Todos me miran. El entrenador por fin asiente con un gesto que distingo como aprobación. Los demás, parecen estar algo enfadados. Todos quieren destacar hoy.

No pasa nada. Solo será esta vez.

Necesito entrar en el equipo. Cuando consiga que me acepten, podré ser yo mismo de nuevo.

Por último, hacemos un pequeño partido amistoso.

El balón llega a mis pies en varias ocasiones. En todas, consigo mantener el control. Me muevo rápido, con movimientos impecables. Un jugador del equipo contrario intenta hacerse con el balón, pero mis pies parecen moverse solos, ágiles y más expertos de lo que recordaba.

La cabeza me da vueltas. Empiezo a ver borroso. Tengo ganas de vomitar.

La última vez no se sintió así.

Hoy es mucho peor.

Me quitan el balón en cuestión de segundos. Una furia interna, completamente desconocida hasta ahora, se apodera de mí, y me lanzo a por el contrincante.

Mis piernas se mueven solas.

El resto de compañeros parecen estar cada vez más difuminados. Ahora mismo no consigo distinguir quiénes son mis compañeros de equipo, de los que no. Pero sigo corriendo, sintiéndome imparable.

Vuelvo a la realidad cuando me choco con otro cuerpo. Todos me están mirando. Acabo de darle una patada en el tobillo, y ni siquiera me he dado cuenta. Porque ni siquiera era yo mismo mientras lo hacía.

Escucho las quejas del entrenador, y siento las miradas desafiantes del resto.

Pido perdón. Creo. No lo sé. No me salen las palabras. Y tengo la garganta seca.

Vuelvo a hacerme con el control del balón y esta vez, lo consigo: marco un gol.

El entrenador no deja de mirarme. Siento que está escudriñándome por completo, que ha logrado ver más allá y ha descubierto cada uno de mis secretos.

¿Se habrá dado cuenta de lo que he tomado?

Sigue apuntando en su cuaderno. Se pone las gafas de sol, que hasta ahora tenía sujetas en la cabeza, y nos llama con un silbido.

—Habéis jugado bien. Pero esto es solo el principio. Nos veremos en un par de días. —Es lo único que dice antes de volver a mirar entre las notas que tiene en su cuaderno—. Williams, Smith, Gray, Jones y Owen… —comienza a llamar por su apellido a alguno de mis compañeros—, os quiero en mi despacho en diez minutos. Los demás, podéis daros una ducha y cambiaros de ropa. Ah… —Se da la vuelta de nuevo y nos mira desafiante—. Y no quiero volver a ver el vestuario como si fuera un vertedero. No lleváis aquí ni un día y ya quiero echaros a todos.

Me quedo mirando fijamente el camino que sigue hasta desaparecer de nuestra visión.

—Muy bien jugado —murmura alguien a mi lado. Es un chico de piel morena. Algo más alto que yo, aunque no demasiado, y mucho más fornido—. Soy Mason —se presenta, con una sonrisa blanquecina en el rostro.

—Y yo soy Charlie —interviene rápidamente el más larguirucho, colocándose a mi otro lado y siguiéndonos el paso.

—Yo Bruno, encantado. —Me seco algunas gotas de sudor con el dobladillo de la camiseta.

—¿No eres de aquí, verdad? —pregunta el moreno.

—Soy de Chartres, Francia —les cuento, ante sus atentas miradas. Llegamos al vestuario y vamos hasta las taquillas que escogimos al llegar hace unas horas. La de Charlie está al lado de la mía, y la de Mason, dos más hacia la izquierda, por lo que seguimos hablando mientras cogemos nuestra ropa antes de irnos a la ducha.

—¿Cómo has conseguido entrar en el equipo? Es bastante difícil.

—¿Has visto cómo juega? —menciona el pelirrojo, Charlie—. Lo raro sería si no le hubieran llamado—. ¡Y lo de hoy no ha sido nada! Estoy deseando verte jugar un partido de verdad.

—Bueno, primero necesito que me acepten en el equipo —musito.

—Ya estás dentro, tío —asegura el otro.

—¿Cómo estás tan seguro?

—¿Te han llamado para hablar después del partido? —Niego con la cabeza—. Los diez que ha citado el entrenador en su despacho, van fuera —sigue contando, cuando llegamos hasta las duchas—. Y el próximo día, solo quedaremos cinco. ¿Es que no sabes cómo funcionan las cosas aquí, o qué?

—La verdad es que no tengo mucha idea. —Me encojo de hombros.

—Cualquier cosa que necesites, puedes preguntarme.

—¡A mí también! ¡Cualquier cosa! —exclama entusiasmado, su amigo.

—Charlie, para, vas a asustar al chico.

—¡Qué va! ¡Si ya somos amigos! —Me rodea el cuello con su brazo y me atrae hacia él.

Suelto una carcajada y le doy un pequeño toque con la cabeza.

Bella

—No vas a ir a ninguna fiesta.

Pongo los ojos en blanco. Me ha repetido la misma frase como diez veces en los últimos dos minutos.

—Claro que voy a ir —replico.

—Todavía tienes que descansar. ¿Te recuerdo lo que te pasó ayer?

—Fue un pequeño mareo, nada importante. —Hago un gesto con la mano, restándole importancia.

—¿Te recuerdo también lo que te pasó la última vez que fuiste a una fiesta? Acabaste teniendo un ataque de pánico, Isabella.

—Había mucha gente y me agobié. Pero esta vez es distinto, Eric. La fiesta es en casa de Megan, y me ha prometido que habrá muy pocos invitados. Solo estará su grupo de amigos. ¡Y me ha invitado a mí! —Hago una pequeña pausa, pero su rostro serio me indica que sigue sin ceder—. Estamos hablando de Megan.

—Y esa es la mayor razón por la que no vas a ir. No me gusta esa chica.

—Es que no te tiene que gustar a ti, sino a mí. ¿Sabes lo afortunada que soy de que haya decidido hablarme de nuevo? Si consigo ser su amiga otra vez, no estaré sola el resto del curso, ni tampoco me molestarán. Seré una más.

—¿Pero tú te estás escuchando? No es normal que la única emoción que sientes después de tantísimo tiempo te la provoque la idea de que la estúpida y molesta de Megan quiera jugar contigo otra vez. ¿Ya no te acuerdas de todo lo que te hizo pasar el curso pasado? Porque yo no estuve aquí, pero Liam sí.

—Menudo traidor —balbuceo casi para mí misma.

Sigo los pasos de mi hermano por toda la cocina y sigo insistiendo un poco más. No me apetece demasiado salir, y mucho menos ir a una fiesta, pero es mi única oportunidad para volver a ser amiga de Megan, y no puedo desperdiciarla.

—Por favor, sabes que nunca te pido nada… —Hago un pequeño puchero con mi labio inferior cuando me mira.

—¿Que nunca pides nada? Te pasas el día pidiendo, Isabella. Parecemos tus criados.

—¿Con Janelle también eres así de gruñón, o con ella cedes en todo a la primera?

—Y otra vez volvemos al tema de los celos enfermizos —suelta antes de poner los ojos en blanco—. Deberías tratarlo con la psicóloga en la próxima cita.

Si supiera que no estoy acudiendo a las citas, no diría lo mismo.

—Pareces una niña cuando actúas así. Y tú nunca has sido tan inmadura como hasta ahora. —Sus palabras me sientan como un jarro de agua helada. Siento mis ojos aguarse y salgo corriendo de la cocina cuando noto que mi labio inferior empieza a temblar—. ¡Isabella, vuelve aquí! —escucho que grita desde la planta de abajo, pero yo ya he llegado a mi habitación, he cerrado la puerta y me he tumbado en la cama, a llorar como una desquiciada.

Lo peor de todo, es que lleva razón.

No me reconozco. No sé quién soy ahora mismo. Lo único que tengo claro, es que no puedo seguir así.

CAPÍTULO 10

Bruno

Salgo de la habitación en la que dormiré estos días —mientras esté en Londres, y por lo tanto, en la casa de Eric—, en cuanto escucho algunos gritos, seguidos por un fuerte portazo.

En cuanto salgo, compruebo que el golpe ha sonado desde la puerta de Isabella.

No debería meterme, ya que no soy nadie para esta familia, pero por lo que conozco a Eric, creo que ahora mismo se sentirá fatal, y me importa demasiado como para dejarlo pasar. Así que bajo la escalera, hasta llegar a la primera planta, donde me encuentro a mi amigo sentado en uno de los sofás del salón, con los codos apoyados sobre sus rodillas y la cara oculta entre sus manos.

Me acerco con cuidado y sin hacer ruido, y cojo un cojín, de los muchos que reposan y adornan el sofá, y se lo lanzo, dándole de pleno en toda la cabeza.

Se sobresalta y su primera reacción es mirarme extrañado, pero en cuanto ve que le estoy ofreciendo otro cojín y una sonrisa, su semblante se calma enseguida.

—Es difícil ser hermano mayor, eh. —Es lo único que se me ocurre decir. Me siento en el otro extremo del sofá y le lanzo el cojín, que

rápidamente coge al vuelo. Comenzamos a pasárnoslo el uno al otro, como siempre hacíamos en mi habitación cuando él estaba en Francia.

—No te haces una idea —suspira—. Bueno, tú también eres hermano mayor, pero no de una adolescente, más bien de dos fotocopias traviesas. Uno de ellos es un ladronzuelo, por cierto.

Suelto una carcajada.

—¿Estás bien?

Suspira y niega con la cabeza.

—¿Quieres hablar de ello?

—Ahora mismo no, pero te lo agradezco.

—En algún momento tendrás que hablar de cómo te sientes. Lo sabes, ¿no?

—Ha sido solo una pequeña discursión, Bella es un poco…

—No estoy hablando de Bella —le interrumpo—, sino de lo mal que estás en general. Tienes un aspecto horrible, y ya no eres el mismo de hace unos meses.

—Vaya, muchas gracias. —Me lanza el cojín de una forma mucho más brusca, pero consigo cogerlo antes de que me golpee en la cara —. Estoy yendo a terapia, y para tu información, estoy mucho mejor que hace dos meses.

—No quiero ni imaginar cómo estabas hace dos meses, entonces.

—¿Desde cuándo piensas que eres gracioso?

—Desde que te conocí y me pegaste algo de tu infinita vanidad.

—Respeta a tus mayores, molesto.

—Solo cuando los mayores se hagan respetar, pesado.

—¿Cómo te ha ido esta tarde? Qué rápido haces amigos, eh.

Mason y Charlie insistieron en ir a entrenar y jugar juntos, y así practicar para la prueba de mañana, que parece ser la más importante.

—Bien.

—El pelirrojo tiene una pinta de friki que no puede con ella, pero parece buena persona.

—Eh, no te metas con Charlie. Tú tienes más pinta de vagabundo que nunca, y nadie te dice nada.

—Qué rápido sacas las garras. Lo conociste ayer. Y te recuerdo que a mí —me señala con el dedo—, hace meses.

—Voy a pasar más tiempo con él que contigo a partir de septiembre.

—Fuera de bromas, me alegra mucho que hayas congeniado con ellos. Te vendrá bien tener amigos aquí cuando te mudes. Y por cierto, no me has comentado nada de la mudanza. Gracias a mi novia me he enterado de que te mudas a finales de agosto.

—Puede que un poco antes. Tengo que buscar un piso, y quizás la mejor idea sea compartirlo con otro estudiante. He preguntado a Mason y Charlie por si pueden ayudarme a encontrar algo que esté cerca de la universidad.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que necesites. No hace falta que busques otro sitio.

—Lo sé, lo sé. Pero me vendrá bien estar cerca de la universidad y del campo. La mayor parte de mi tiempo, estaré estudiando o entrenando. —Asiente como respuesta—. ¿A qué universidad irá Bella?

—Probablemente tenga que repetir curso. Con todo lo que le ha pasado este año, ha suspendido muchas asignaturas, y no creo que

este verano pueda recuperarlas. Además, quiero que estos meses se dedique a mejorar y estar bien, y no a agobiarse estudiando. Ya tendrá tiempo para eso el año que viene.

—¿Y ella cómo está? ¿Mejor? Ayer me asusté un poco cuando se desmayó.

—Le pasa mucho. Está un poco débil. Pero mejorará pronto. —Parece que esto último lo dice más para convencerse así mismo—. Es una chica muy fuerte.

—Lo es.

—Y muy testaruda —sigue diciendo—. Está empeñada en ir a una fiesta esta noche.

—¿Y qué tiene de malo?

—Todo. Es difícil de explicar… Da igual. Enciende la tele y pon algo interesante. —Me señala el televisor con la cabeza—. Iré a por algo para picar.

—¿No vas a ir a ver a Isabella?

—No. No quiero que me muerda. Es mejor dejarle algo de espacio hasta que se le pase el enfado. No te preocupes, en un rato se le pasará la tontería de la fiesta y bajará a molestarnos para que pongamos alguna de las películas ñoñas que tanto le gustan.



El reloj marca la 1:20. No paro de dar vueltas en la cama, pero, por más que lo intento, no consigo conciliar el sueño. Tengo el pijama empapado en sudor, y no puedo dejar de moverme, inquieto.

Respiro hondo, e intento tranquilizar mi respiración, que cada vez está más agitada.

Nada. No funciona. Sigo sintiendo el corazón como si estuviera a punto de salirse de mi pecho.

Me levanto de la cama, y cojo algo de ropa cómoda, ya que no tengo otro pijama, y este debería ponerlo a lavar antes de marcharme a Francia. Salgo de mi habitación y camino descalzo por el pasillo, hasta que entro al cuarto de baño y cierro la puerta con cuidado de no despertar a nadie, ya que Bella y Eric llevan durmiendo un par de horas.

Me desnudo rápidamente y me meto en la ducha, sin ni siquiera regular la temperatura del agua. Probablemente el frío haga que me despierte todavía más, pero necesito despejarme.

Me ducho en un silencio tan solo interrumpido por los chorros de agua cayendo sin cesar, y cuando termino de secarme, me visto y salgo del cuarto de baño, otra vez en silencio, intentando hacer el menor ruido posible.

Mi intención de volver a la cama se ve suspendida por un ruido que proviene de la planta baja de la casa. Mis músculos se tensan enseguida. Se supone que el único que estoy despierto soy yo.

Me paro a escuchar en el principio de la escalera, y me estremezco al oír varios crujidos, seguidos por un pequeño sollozo. Sin pensarlo, bajo los escalones con cuidado, arrepintiéndome en el proceso, ya que no he cogido nada con lo que defenderme en el caso de quese trate de un ladrón. O peor aún, un asesino en serie.

Me sobresalto cuando veo una pequeña figura moverse sigilosa entre las sombras. Qué mal rollo. Debería haberme quedado arriba.

—¡Colabora un poco! —Escucho la queja de una voz femenina, que desde luego, no parece la de alguien peligroso. O quizás sí, porque parece bastante enfadada. Enciendo la luz del recibidor, y me encuentro con Isabella, intentando colocarse una bota de tacón que parece tres veces más pequeña que su número de pie, teniendo en

cuenta la forma en la que está luchando con el zapato, al que por cierto, le acaba de gritar.

—¿Qué haces?

—¿No lo ves? Intento ponerme el maldito botín. No entra. No hay manera. Se ve que también me ha engordado el pie. ¡Genial! Justo lo que me faltaba ahora mismo —dice todo demasiado rápido, pero consigo entender su inglés a la perfección.

—¿No deberías estar durmiendo?

—¿Y tú no deberías estarlo también?

—He preguntado primero.

—Y yo he decidido no contestar a tu pregunta. Podrías acercarte y echarme una mano con los zapatos.

Alzo una ceja y la miro, intentando descifrar algo en su mirada, pero no, no entiendo absolutamente nada de lo que está pasando. Aun así, como si de un imán que intenta atraparme se tratara, mis piernas se mueven solas, hasta quedar junto a ella. Me agacho, e intento hacer presión contra el zapato, intentando no ser brusco, para no hacerle daño en el pie.

—Qué pie más pequeñito. —Suelto una risita. Ella me mira seria, fulminándome con la mirada, directamente. Espero no haberla molestado. En mi cabeza, era un cumplido precioso.

Qué mal se me da hablar con las chicas.

—Pues el zapato no opina lo mismo.

—¿Por qué no te pones otros zapatos?

—Porque estos son mis zapatos para ir de fiesta.

—¿Vas a una fiesta? Recuerdo que lo último que gritó tu hermano antes de irse a dormir fue algo así como un «No vas a ir a esa

maldita fiesta» —digo imitando su tono de voz y su forma de hablar, mucho más pausada que la mía. Isabella me responde con una sonrisa instantánea, una que parece de verdad, y que además, le sale de forma inconsciente. No la había visto sonreír hasta ahora, y la verdad es que tiene una sonrisa preciosa. Tendría que hacerlo más a menudo.

¿Debería decírselo?

—Y yo recuerdo que lo último que le grité fue que iba a ir de todos modos. —Pone los ojos en blanco y empuja un poco más el pie hacia el interior del zapato, hasta que consigue encajarlo en el interior—. ¡Por fin!

Se pone una chaqueta vaquera que le queda bastante holgada, coge su bolso y abre la puerta, dispuesta a marcharse.

—Espera, no puedes ir.

—¿Por qué no? —Alza una ceja.

—Se lo voy a decir a tu hermano.

—Pues corre. —Me señala con la mirada la escalera—. Ve a decírselo.

La agarro del brazo. Sus ojos van directos hacia la zona que sujeta mi mano. Me acerco un paso más hacia ella. Pensaba que retrocedería, pero no lo hace. Por el contrario, da otro paso más. quedando frente a mí.

—No voy a dejar que vayas sola.

—¿No? —Me mira burlona.

—No.

—Pues entonces, ven conmigo.

CAPÍTULO 11

Bella

Pues entonces, ven conmigo.

¿En qué momento pensé que sería buena idea? ¿Y de dónde saqué el valor para ser tan atrevida? No conozco de nada a este chico, aunque, por otra parte, siento que lo conozco más de lo que me gustaría, teniendo en cuenta nuestro encontronazo en el cuarto de baño, antes de que perdiera la consciencia.

Ninguno de los dos ha sacado el tema, y la verdad, lo agradezco. Hubiera sido muy incómodo hablar de lo que pasó, y me traería muchos problemas con mi hermano. Pienso que no ha dicho nada porque es una buena persona, pero luego me acuerdo de que quizás él es quien más tiene que ocultar de los dos. Tampoco le pillé en las mejores condiciones.

Desde entonces, no hemos cruzado muchas palabras, pero, a diferencia de lo que me suele pasar cuando estoy cerca de alguien que no conozco, no me he sentido incómoda estando junto a él en casa estos días, y por lo poco que he hablado con él, me parece un chico estupendo. Y, además, es muy guapo. Tanto, que a veces me pillo mirándole más de la cuenta, aunque por suerte, él no parece darse enterarse de nada. Y menos mal, porque menuda vergüenza.

Pasamos el trayecto hasta casa de Megan en silencio. Bruno mueve todo el rato la pierna con nerviosismo, y enciende constantemente la pantalla del teléfono, mira la pantalla, y vuelve a apagarla al comprobar que no tiene ningún mensaje nuevo. ¿Tendrá novia y estará esperando que le escriba? ¿O se habrá chivado a mi hermano?

Pues por supuesto que tiene novia, si es guapísimo.

Y seguro que la chica es todo lo contrario a mí.

Llegamos a la casa donde se celebra la fiesta. Mi pecho sube y baja demasiado rápido. Tengo las manos sudadas y un nudo en la garganta que parece asfixiarme. El taxista aparca en doble fila, y Bruno insiste en pagar él. Salimos del coche y caminamos juntos hasta la entrada. Desde aquí ya se puede oír la música a todo volumen, y las luces parpadean a través de los cristales.

Todos van a mirarme.

Megan va a notar que he engordado.

Se van a burlar de mí.

No pinto nada en esta estúpida fiesta.

No sé hablar.

No sé socializar.

Siento que voy a vomitar en cualquier momento.

Me empiezo a arrepentir de haber accedido a venir. Debería haberle hecho caso a mi hermano.

Un chico que no conozco de nada nos abre la puerta. Mi cuerpo sigue temblando, aunque intento disimularlo como puedo. Bruno me mira dubitativo antes de entrar, como si esperara que en cualquier momento echase a correr. Y la verdad es que estoy a punto de hacerlo.

Me empiezo a marear cuando veo toda la gente que hay en el interior de la casa.

El salón está abarrotado de adolescentes que bailan y gritan al son de la música, un remix cutre que resuena a todo volumen por la sala. El aire se siente pesado. O quizás sea yo, que cada vez me cuesta más respirar.

Veo a una chica bailar descalza sobre una mesa, mientras sujeta una botella en una de sus manos, y mueve las caderas hacia los lados, de forma provocativa.

Bruno ya ha cogido una bebida, y mueve la cabeza al ritmo de la música. Parece que está mucho más acostumbrado que yo a este tipo de ambiente.

Recorro toda la sala con la mirada, hasta que la encuentro; a Megan y a sus amigas en una esquina, riendo de forma despreocupada, mientras comparten bebida con unos chicos muy guapos que sé que son un curso mayores que nosotras, porque ya están en la universidad.

Las observo desde la distancia y siento un nudo en la boca del estómago. Están perfectas, como siempre. Vestidos cortos, que dejan ver sus piernas largas y delgadas. Tops diminutos, dejando al aire sus vientres planos. Si yo tuviera ese tipo de cuerpo, quizás también vestiría como ellas, y no me escondería en prendas de ropa que ni siquiera me gustan. Cabellos lisos y perfectamente peinados. La piel tersa e impoluta, sin ninguna imperfección oculta tras el maquillaje tan bonito que llevan. La luz es bastante mala, pero sé perfectamente que es así.

Parece que se lo están pasando genial, y no puedo evitar sentir un pellizco en el pecho. Me encantaría ser como Megan, tener un grupo de amigas, poder hablar con chicos y, además, gustarles. Sonreír y lucir mi cuerpo de forma despreocupada. Encajar en algún sitio y no sentir que estorbo en todas partes.

Inconscientemente, miro a Bruno, que parece bastante entretenido observando los atuendos de las que un día fueron mis amigas.

Me echo un vistazo rápido a mí misma. Llevo unos jeans que me aprietan y me recuerdan constantemente el motivo por el que no debería haber comido tanto esta mañana. La camiseta que llevo, a pesar de ser algo holgada, me marca cada lorza del cuerpo. Mi maquillaje no es suficiente para tapar todas mis imperfecciones. Y mi pelo, es un desastre. Lo he planchado como siempre, para ocultar los rizos rebeldes que tanto odio, pero, aun así, el frizz hace que parezca a simple vista, que acabo de meter los dedos en un enchufe.

Siento algunas miradas posarse en mí, concretamente, en mi cuerpo. También, los cuchicheos mientras me acerco al grupo de chicas que me observan desde la otra esquina del salón.

Empiezo a temblar.

—¿Bella? —chilla Megan, fingiendo un entusiasmo que sé que no siente al verme—. Pensaba que no vendrías.

—Lo siento —titubeo cuando estoy junto a ellas. Siento las miradas de sus amigas y de los dos chicos que las acompañan, escanearme por completo. Me siento expuesta. Y patética. Miro de reojo a uno de los chicos, y veo que le está diciendo algo a su amigo, entre risas.

Seguro que están hablando de mí.

Seguro que se están riendo de mí.

—¿Qué te ha pasado? ¿En el hospital han puesto toque de queda esta noche? —suelta Kate, la pelirroja de piernas kilométricas, entre risas.

Siento un nudo en la garganta. Reprimo un sollozo.

—Kate —la regaña Megan—. Te he dicho que nada de mencionar que ha estado ingresada otra vez en el hospital —murmura con su característica voz chillona, enfatizando estas últimas palabras.

Cierro los ojos con fuerza, sintiendo el peso, la burla y la maldad que hay detrás de cada una de sus palabras. Sigue siendo la misma mala persona, no ha cambiado nada.

—¿Por qué has estado ingresada? —se interesa uno de los chicos.

El nudo de mi garganta se hace cada vez más grande, y siento que no soy capaz de articular palabra sin ponerme a llorar. Pero no puedo hacerlo. No pueden verme ser débil de nuevo. Me trago las lágrimas e intento mirarle a los ojos, aunque acabo agachando la mirada.

—Porque está un poquito… ya sabes… —empieza a decir otra de sus amigas—, mal de la cabeza. —Se lleva el dedo índice a la sien y empieza a darle vueltas, haciendo uno de los gestos que más odio al referirse a una persona.

Los dos chicos sueltan una carcajada.

La habitación cada vez se hace más pequeña, y siento que estoy encerrada. Necesito tomar aire. El mismo que siento que no me llega a los pulmones ahora mismo. No puedo respirar.

—Aquí estás —escucho la voz de Bruno, y por algún motivo, me siento más tranquila al tenerle al lado—. Me giro un segundo para buscar la bebida y desapareces. —Me sonríe. ¿Por qué me está sonriendo así? Hace que se me olvide hasta lo patética que me siento ahora mismo.

—¿Quién es este? —Megan lo mira de arriba a abajo, y parece gustarle lo que ve. El resto de sus amigas, que imitan todo lo que hace, también lo observan sin ningún pudor—. No sabía que vendrías acompañada.

—Espero que no te importe —contesta—, soy Bruno.

—Pero qué acento más sexy. —Kate se lo come con la mirada, y Bruno le sonríe de forma amistosa—. ¿De dónde eres?

—Soy de Chartres.

—¿Y eso está en…?

—Francia.

—Ah, claro, ya lo sabía. —Suelta una carcajada, como si hiciera gracia. Me quedo en silencio, y cada vez me hago más pequeña alrededor de estas chicas, que no parecen tener problema en sacarle más conversación al chico con el que llevo conviviendo dos días, que yo en todo este tiempo.

—¿Y qué haces aquí?

—Soy amigo de Isabella. —Me mira sonriente, intentando transmitirme una tranquilidad, que ahora mismo, se me hace imposible sentir.

Amigo.

Suena tan bien la idea de tener un amigo de verdad, que mi corazón da un vuelco en cuanto escucha sus palabras.

—Claro, qué ibas a ser si no —suelta en esta ocasión Liz, otra de las muchas amigas de Megan que un día se dedicaron a hacerme la vida imposible.

—Su novio, desde luego que no —interviene uno de los chicos—. ¿La habéis visto? —Suelta una carcajada.

Siento un calor insoportable subir hasta mis mejillas. Seguro que están rojas ahora mismo, y agradezco que no haya la luz suficiente como para que todos puedan apreciarlo y tener un motivo más por el que reírse de mí.

—Seguro que ni siquiera es su amigo, solo está siendo amable con ella porque no quiere mandarla de nuevo al hospital —sigue

diciendo, en esta ocasión, Megan—. Mírala, está a punto de ponerse a llorar.

Suficiente. No puedo más.

Todos observan entre risas como me doy la vuelta y me marcho a trompicones del salón. Siento unos pasos detrás de mí, pero no me detengo hasta llegar a la cocina. La encimera está llena de botellas y vasos medio vacíos.

Recorro la sala con la mirada hasta que doy con unas botellas con algo de líquido en su interior. Lo sirvo todo en un vaso de plástico que encuentro limpio. No tengo ni idea de qué es lo que me he servido, pero me lo bebo de un solo trago.

El líquido oscuro me quema la garganta. Pero no me importa. Necesito olvidar todos los motivos por los que debería huir de aquí ahora mismo y volver a encerrarme en mi habitación. Necesito olvidarme durante un rato de que nunca seré suficiente para nadie, que nunca conseguiré encajar en ningún sitio. Sentirme una más y no el centro de las burlas.

Vuelvo a servirme otro vaso y trago sin pensar, agradeciendo la molestia que me produce la quemazón recorriéndome la garganta.

—Bella, para.

Bruno me sujeta por la muñeca cuando estoy a punto de servirme otro vaso de nuevo, y nuestras miradas se cruzan por un instante. Veo en sus ojos la misma pena que en el resto de las personas que me hablan o quieren pasar tiempo conmigo, como son mi hermano y Liam.

No lo soporto.

—No quiero. —Me zafo de su agarre, pero no consigo mantenerme en pie sin tambalearme, porque la cocina empieza a dar vueltas lentamente, y las luces me hacen daño en los ojos.

CAPÍTULO 12

Bruno

No sé cómo ha pasado, si hace un segundo estaba conmigo, pero Isabella ha logrado llegar hasta el salón sin caerse por el camino. Lo más sorprendente de todo, es que se ha quitado los zapatos ella sola, y por más vueltas que le dé, no consigo entender cómo lo ha hecho, teniendo en cuenta que ha necesitado ayuda para conseguir meter el pie ahí dentro.

Está subida en la mesa. Descalza. Con el pelo alborotado y los ojos entrecerrados, como si no le importara ahora mismo el hecho de ser el centro de atención, y de las muchas risas que sueltan el grupito tan insoportable de antes. Ella se mueve de forma despreocupada, siguiendo el ritmo de la música con cada movimiento que hace con sus caderas. No le hace falta llevar ninguno de los conjuntos provocativos que llevan las demás; solo ser ella misma, con unos vaqueros y una camiseta que le queda enorme, para ser el centro de atención.

Me cruzo de brazos y la observo divertirse. Sé que debería bajarla de la mesa y sacarla de esta casa cuanto antes, pero verla sonreír, cantar a todo pulmón las canciones que suenan por los altavoces, y actuar sin pensar en lo que opinarán los demás, hace que se me olvide lo que realmente debo hacer, para disfrutar de lo que estoy

haciendo, que es dejar que esta chica, aunque sea por un momento, sea ella misma.

Ojalá no tuviera que recurrir al alcohol para poder disfrutar sin que le importen los demás. Ojalá pudiera ser ella misma todo el tiempo. Todo lo que me han hablado de Bella, han sido cosas maravillosas, y siempre me la mencionan como la chica que veo ahora mismo: risueña, alegre, alocada…, y no como el alma en pena con el que he convivido durante dos días.

Intenta bajar de la mesa cuando su cuerpo se tambalea. Por suerte, mis reflejos son rápidos, y logro sujetarla antes de que se caiga.

—¡Eh! —me dice una vez que sus pies tocan el suelo—. Vamos a bailar.

—No me gusta bailar.

—¿Y qué haces en las fiestas? —balbucea—. Porque tienes pinta de ir a muchas fiestas.

—Pasármelo bien con mis amigos. —Me encojo de hombros—. No sé, lo normal.

—Yo es que no tengo amigos —Se le quiebra la voz, y su labio inferior tiembla ligeramente, formando un puchero.

—Seguro que algún amigo tienes —respondo, en un intento por consolarla. Creo que no es lo que mejor se me da en el mundo, pero al menos lo intento.

—Qué va. Nunca nadie quiere ser mi amigo. ¿Por qué querrían? Mírame. —Se señala así misma con las manos—. Doy asco.

—Eh, no digas eso.

—Es la verdad. Por eso nadie quiere ser mi amigo.

—Yo sí quiero ser tu amigo.

—Solo lo dices porque te doy pena.

—Un poco de pena sí que das ahora mismo. —Me mira con los ojos entrecerrados—. Es la verdad, te has pasado con el alcohol. ¿Cuánto has bebido? Se nota que no estás acostumbrada a hacerlo.

—Solo dos vasitos pequeños —replica—. Así de pequeñitos. —Hace un gesto con los dedos, dejando muy poco espacio entre uno y otro, intentando indicarme la cantidad de líquido que se sirvió en cada vaso, y suelto una carcajada, porque está muy graciosa ahora mismo—. Pero no me cambies de tema —me regaña, antes de reírse otra vez, aunque estoy seguro de que ni ella misma sabe de qué—. ¿De qué estábamos hablando?

—Te estaba diciendo que quiero ser tu amigo, pero solo si tú quieres, claro.

—¿De verdad?

—Claro. Eres una chica bastante… interesante.

Sonrío.

—¡Genial! Pues a partir de ahora, somos mejores amigos. —Me señala con el dedo, de forma acusatoria, como si sus palabras tuvieran una amenaza escondida tras ellas.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada.

—¿Así? ¿Sin más? ¿Ni siquiera un jueguecito de preguntas para conocernos mejor?

—Sé que eres una buena persona, y eso me basta.

—¿Cómo estás tan segura? —Alzo una ceja.

—Porque no me has dejado sola hoy. Y porque tampoco le has contado a nadie lo que viste en el baño el otro día.

Mi cuerpo se tensa, y trago saliva con dificultad.

—¿Te acuerdas?

—Pues claro que me acuerdo. Me mirabas asustado. Y tienes unos ojos preciosos. ¿Te he dicho alguna vez que tienes unos ojos preciosos?

—No, pero gracias. —Sonrío—. Por cierto, Liam está de camino. Estaba fuera de la ciudad, por eso ha tardado en llegar, pero me ha enviado un mensaje hace diez minutos, y está de camino.

—¿Has llamado a Liam? —Me mira desafiante—. Creo que ya no podemos ser amigos, eres un chivato.

—Creo que era mejor opción que llamar a tu hermano y que montara un escándalo.

—Uf, no, a Eric sí que no. Me mandaría de vuelta con mis padres, y no podría soportar volver a esa casa de nuevo.

—¿No te llevas bien con tus padres?

—¿Es que tengo?

No entiendo bien a qué se refiere, pero tampoco le pregunto, sino que la sigo por todo el salón, mientras va caminando a trompicones y esquivando a todos los adolescentes con los que se encuentra.

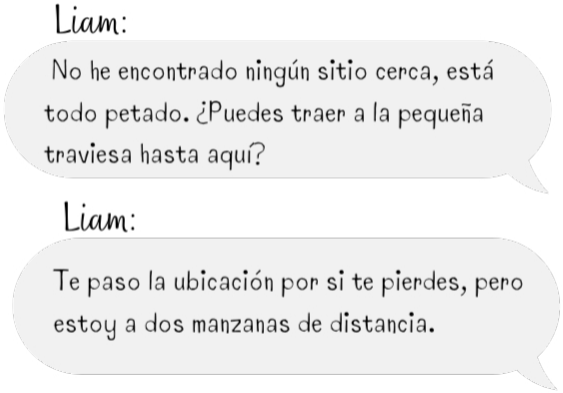
Consigue sacarme a bailar. Bromea conmigo y dice cosas sin sentido que me hacen sonreír. Hacía tiempo que no me sentía agusto con una chica. Bueno, creo que nunca he conseguido estar agusto al lado de una. Siempre acabo haciendo comentarios absurdos que las espantan. Pero con Bella no he necesitado hablar en estos días, para sentir desde el primer momento una conexión que nos une desde que ambos vimos al otro a través de sus secretos. Ni tampoco lo necesito ahora, aunque ella ya se encarga de hablar por los dos, sin parar y a una velocidad que me cuesta entender.

—¿Cómo has hecho para que se te suba tan rápido el alcohol? Tampoco has bebido tanto, y ya ha pasado un buen rato —le pregunto antes de que empiece una nueva canción, mucho más animada que las anteriores. Entonces recuerdo que no quiso cenar con Eric y conmigo por la noche. Quizás esa sea la razón por la que se le ha subido antes a la cabeza lo poco que ha tomado—. No has cenado, ¿no?

Niega con la cabeza, sonriente, sin dejar de bailar.

—No como nada desde esta mañana. —Se encoge de hombros.

Estoy a punto de contestarle cuando me vibra el teléfono, desde el bolsillo trasero de mi pantalón. Suspiro aliviado cuando veo que la notificación es de un mensaje de Liam.



—Vamos —le digo cerca del oído, para que pueda oírme a pesar del ruido—. Liam está esperando fuera.

—No tengo zapatos. —Se mira los pies y se ríe—. Vas a tener que llevarme en brazos como una princesa.

—Vale, vamos. —Flexiono un poco las piernas, y me agacho un poco para acercarme un poco a su pequeño cuerpo. Con una mano, la sostengo por la espalda, y con la otra, la rodeo por detrás de las rodillas, levantándola del suelo con cuidado. Su cuerpo es cálido, mucho más ligero de lo que esperaba, y parece encajar a la perfección con el mío.

Apoya la cabeza en mi hombro cuando comenzamos a caminar y sin ningún tipo de pudor, empieza a olfatear mi cuello de forma descarada.

—¿Qué haces? —titubeo. Sus labios carnosos están demasiado cerca de una zona sensible, y el corazón me martillea con fuerza como respuesta.

—Hueles muy bien. —Suelta una risita y vuelve a acomodarse—. Te late muy rápido el corazón.

No sé por qué será. Estoy más cerca de una chica de lo que he estado en mucho tiempo, y la única razón por la que se ha acercado a mí es porque está borracha. Hace un segundo, ha olfateado mi cuello, y casi he podido sentir el roce de su boca contra mi piel. Es la hermana de mi amigo. Y, para colmo, es preciosa.

Una de sus manos se suelta del agarre a mi cuello, y me acaricia el brazo. Trago saliva.

—¡Pero qué fuerte estás! —chilla entusiasmada manoseando mis bíceps.

Me río. La Isabella borracha es muy divertida, pero estoy seguro de que mañana va a querer encerrarse en su habitación y no volver a salir más.

—Y tú muy borracha, Isabella. —Suelta una carcajada y me mira sonriente, totalmente despreocupada. Me gusta verla ser ella misma,

salir del escondite en el que parece llevar encerrada mucho tiempo.

Diviso a unos cuantos metros a Liam, apoyado en el capó de su lujoso coche. Se acerca a nosotros rápido, con el ceño fruncido, antes de dedicarme una mirada fulminante.

—¿Qué le ha pasado? ¡No me habías dicho que estaba tan mal!

—No quería preocuparte.

—Bella —se dirige ahora a la chica, en un tono mucho más calmado—. ¿Cómo te encuentras?

—Estupendamente, ¿no me ves?

—¿Qué ha bebido? —Vuelve a clavarme una mirada asesina. Nunca había visto a Liam tan serio.

—No lo sé. Creo que ron con Coca-Cola. —Hago una pequeña pausa—. Quizás más ron que cola.

—¿Cómo has podido dejar que beba? No está acostumbrada a beber alcohol, y toma medicación. —Se pasa las manos por el pelo —. Ni siquiera deberías haberla dejado salir de casa.

Genial, ahora la culpa es mía.

—Eh —le regaña Isabella—. No te metas con mi amigo. —Liam me mira con las cejas alzadas—. ¿Podemos entrar ya en el coche? Aunque tus brazos son muy cómodos y estás muy caliente, tengo frío —me dice. Ahora sí que estoy caliente, porque solo con oír sus palabras, me arden las mejillas.

—¿Qué es eso de que estás caliente? —espeta Liam, mientras abre la puerta y me ayuda a meter a la chica en el interior del coche.

—No lo sé —balbuceo ante su mirada, y las risitas de Isabella desde el asiento trasero—. Lo dirá por mi calor corporal.

—Es una niña, y es la hermana de Eric. No te olvides de eso. —Me señala con el dedo y trago saliva antes de asentir de forma efusiva.

—¿Nos llevas a su casa? —pregunto una vez que ha arrancado el coche.

—No. Vamos a mi casa. No quiero despertar a Eric y que le de un infarto por el disgusto.

—Le va a dar uno mañana de todas formas —interviene Bella desde el asiento trasero. Miro a Liam y veo que está sonriendo.

—¿Puedes hacer una parada en algún autoservicio?

—¿Qué necesitas? —Me mira de reojo antes de volver a fijar la vista en la carretera.

—Solo será un momento —me limito a contestar.

Bella

—¿A dónde va ahora? —pregunto cuando Bruno sale a toda prisa del coche.

—Ni idea, necesitará comprar algo. —Liam se acomoda de lado en su asiento y se inclina hacia adelante, apoyando el codo en el apoyabrazos del coche—. ¿Puedo saber qué ha pasado?

—No, no puedes. —Me cruzo de brazos.

—Bella…

—Vale. —Suelto un suspiro—. Eric no me dejaba ir a la fiesta de Megan, así que me escapé —empiezo a contarle muy rápido—. Era mi única oportunidad de volver a ser su amiga. Me vio en el instituto por la mañana y se empeñó en que no podía faltar a su fiesta. Era mi oportunidad —repito, con la voz algo más rota—, solo quería ser normal durante un rato, volver a tener amigas y no sentirme tan sola y vacía como me siento… Yo… No sé. —Me limpio las lágrimas rebeldes que han comenzado a caer por mis mejillas antes de continuar hablando—. Ha sido una idea horrible, porque Megan no ha cambiado nada. En cuanto me vieron comenzaron a hacer comentarios muy crueles, como siempre, y yo empecé a encontrarme mal.

—¿Y ahí es donde entra el alcohol en la historia?

—Fue lo primero que se me pasó por la cabeza. A ti siempre te ayuda a dejar de pensar, y a encontrarte mejor y yo solo quería sentirme bien por un momento. O al menos…, no sentirme tan mal.

—Bella —suspira, mientras se pasa una mano por la cara, algo exasperado—. No puedes seguir mi ejemplo si es para hacer cosas que sabes que no están bien.

—No debería seguir tu ejemplo de ninguna forma.

—Qué graciosa. —Entrecierra los ojos—. A ver si te hace tanta gracia la bronca que te va a echar tu hermano por la mañana.

Resoplo.

—La próxima vez que estés mal, llámame. Sabes que me da igual la hora. Para ti, estoy disponible las veinticuatro horas del día.

—Lo sé, pero estoy cansada de ser una molestia para todo el mundo.

—No eres una molestia. Sabes que me encanta estar contigo y que además me gusta cuidar de los míos.

—Tienes suerte de que sea tu hermana pequeña de mentira, eh. Porque siempre tienes mucho que hacer por mí.

—Es el castigo que me ha tocado vivir —bromea, y pongo los ojos en blanco. Sigo algo mareada, pero al menos, emocionalmente, me encuentro mucho mejor. Hasta siento que me ha ayudado la siesta de cinco minutos que me he dado mientras llegábamos hasta el autoservicio en el que ha entrado Bruno.

Y como si mis pensamientos lo hubieran invocado, lo veo por el cristal, acercarse de nuevo a nosotros, mucho más sonriente y con una bolsa de cartón entre sus manos.

Abre la puerta trasera y se sienta en el asiento de al lado al mío.

—Voy a quedarme aquí con Bella el resto del camino. ¿Te importa? —le pregunta a Liam, que lo mira sin entender nada, mientras se abrocha el cinturón de nuevo.

—Claro, no hay problema. ¿Qué has comprado? ¿Algo para mí? —pregunta, mirándonos desde el espejo retrovisor.

—No, para Isabella —responde, y me ofrece la bolsa de cartón—. No has comido nada, y pensé que tendrías hambre —empieza a decir, sin ser capaz de mirarme a los ojos—. Así que te he comprado algo para que comas por el camino. No deberías tener el estómago vacío con tanto alcohol.

—Ya estoy mejor —le respondo—. Ya se me ha bajado casi por completo.

—Come algo de todas formas.

Abro la bolsa y veo que en el interior hay una botella de agua y un sandwich con una pinta horrible, que debe llevar hecho y metido en la nevera mínimo dos años, y que además, tiene más azúcar y calorías de las que debería meterme en el cuerpo ahora mismo. A estas horas, mi cuerpo no conseguirá quemar las calorías que consuma.

—Te lo agradezco, pero no tengo hambre.

—Vale, podemos compartirlo si quieres.

Sin dejarme tiempo para protestar, me quita la bolsa de las manos con suavidad. Abre la botella de agua y me la pasa sin decir nada. Estoy tan pendiente de sus movimientos, que la tomo sin pensar.

Saca ahora el sandwich y lo parte en dos. Me ofrece el trozo más grande y empieza a comer el suyo, antes que pueda abrir la boca para rechazarlo.

—Venga, no me gusta comer solo. Come conmigo. Eso es lo que hacen los amigos, ¿no?

Tomo el trozo de pan con las manos temblorosas, y aunque no quiero hacerlo, algo dentro de mí, me empuja a dar el primer bocado. Siento la masa deslizarse por mi garganta, y la mirada de

Liam clavada en mí —la misma que aparta del espejo cuando ve que me doy cuenta de que me está observando—, a la vez que Bruno me mira de vez en cuando, con una sonrisa ladeada, y una mezcla de alivio y orgullo en sus ojos azules.

Aunque no es la primera vez que tienen que cuidar de mí, me siento tonta y vulnerable. De nuevo, he vuelto a ser una carga. Esta vez, para alguien que no conozco. Pensar en cómo me ha cuidado hoy, sin estar obligado a hacerlo, y la calidez del gesto que acaba de tener conmigo, hace que mi estómago revolotee.

—Gracias —digo en un susurro. Extiende la mano y me ofrece su puño. No entiendo que quiere decir ese gesto, hasta que eleva ambas cejas y me señala con el mentón mi mano, que acabo llevando dubitativa hasta la suya. La cierro también en un puño y enseguida me choca con los nudillos.

Quizás esto puede ser el principio de algo que ni siquiera sabía que necesitaba.

CAPÍTULO 13

Bella

Abro los ojos poco a poco y me arrepiento de hacerlo al instante. Me pesan los párpados, y siento la luz que emiten los rayos de sol que entran por la ventana, enfocarse directamente en mis ojos cansados.

Tengo la boca seca, y todavía me arde la garganta. Siento el cuerpo más pesado y cansado que de costumbre; como si hubiera estado corriendo un maratón en los últimos tres días, aunque lo cierto es que no suelo moverme demasiado.

Pese a que todo a mi alrededor se ve borroso, distingo que no estoy en mi habitación, sino en la de Liam, con una decoración mucho más escasa y neutra que la mía.

Me incorporo poco a poco, con la esperanza de que todo deje de girar, pero no lo hace. Me sobresalto al ver a Liam y Bruno frente a mí, con la espalda apoyada en la pared que hay frente a la cama, ambos de brazos cruzados contra el pecho, y mirándome con las cejas alzadas y una sonrisa divertida en el rostro.

La sensación de vergüenza que siento ahora mismo es mucho peor que la propia resaca. Me vienen a la mente fragmentos cortos de anoche, en los que actúo como una loca sin filtro, además de las

risas y los comentarios que todavía me provocan una punzada en el pecho.

Abro y cierro la boca un par de veces, antes de que Liam extienda su mano y me pida que guarde silencio antes de empezar a hablar él.

—¿Ahora es cuando dices que no volverás a beber nunca más? Porque yo también lo dije en mi primera resaca y diez años después, sigo sin cumplirlo.

—No pienso volver a beber nunca más —afirmo, ante su mirada divertida—. Me va a explotar la cabeza.

—Toma, anda. —Bruno se acerca a mí y me tiende una pastilla. Enseguida me la trago con algo de agua que me dejaron ayer sobre la mesita de noche.

—Gracias —contesto, en un hilo de voz, evitando el contacto visual con él.

A partir de ahora somos mejores amigos.

¿En serio, Bella?

No puedo ser más patética.

Ahora también mendigando amistad, cariño y atención por parte de un desconocido. Como si no lo hubiera hecho ya con toda la gente que me rodea.

—¿Qué te pasa? ¿Se te ha olvidado que ahora somos amigos, o qué? —suelta en tono de broma, creo que sin ser consciente de que sus palabras me hacen sentir más pequeña, y mucho más estúpida.

—Lo siento… Fue una tontería —digo en un hilo de voz—. Todo lo que hice ayer fue una tontería. Siento mucho haberte molestado.

—Fue divertido —contesta, antes de encogerse de hombros—. Me gustó mucho ver una versión de ti más alocada. Parecías… tú

misma.

¿Eso significa que también me está llamando loca?

—Créeme —interviene Liam—, no quieras ver a la verdadera Bella. Porque es un huracán que arrasa con todo lo que hay a su alrededor.

Bruno se limita a sonreír. Tiene el pelo rubio despeinado, y la zona de las ojeras algo más oscuras que estos días. Sus ojos azules brillan casi a la misma intensidad que la luz del sol que entra por la ventana. Y está muy guapo con ese aspecto cansado y de recién levantado.

—¿Quieres ir a descansar un rato más? —le propone Liam—. Esta tarde tienes entrenamiento.

—Estoy bien. Voy a tomar un café, si no te importa.

—Estás en tu casa —le dice—. Coge lo que quieras.

—Vale, pues iré a por una taza bien cargada de café. ¿Vosotros queréis algo?

—¿Dónde está mi hermana? —Los gritos de Eric retumban por toda la casa. Liam parece divertirse bastante, todavía de brazos cruzados y con una sonrisa burlona en la cara.

Pongo los ojos en blanco en cuanto mi hermano entra en la habitación de Liam. Demasiado estaba tardando en montar un expectáculo.

—¿Cómo ha entrado? —pregunta Bruno. Parece sorprendido, y no es para menos. Eric acaba de entrar en la habitación y se sienta a mi lado.

Me agarra la cara con las manos y me inspecciona, como si intentara encontrar alguna señal de daño aparente en mi piel.

—Tiene llave —escucho decir a Liam, que se encoge de hombros, de forma despreocupada. Él está más acostumbrado a este tipo de escenas, aunque lleve años sin presenciarlas.

—¿Cómo estás? —es lo primero que me pregunta Eric.

—Estoy bien. Solo me duele la cabeza.

—Está con una resaca de las grandes —menciona mi nuevo ex amigo, empeorando la preocupación de mi hermano con sus palabras.

—Estás castigada, ¿lo sabes, no?

Me va a explotar la cabeza.

—¿Me vas a decir que tu nunca te escapaste de casa para ir a una fiesta cuando eras adolescente?

—No.

—Sí, claro —Liam suelta una carcajada exagerada—. Si yo te contara…

—Liam, cállate, y vete. Quiero hablar con mi hermana a solas.

—No quiero que se vaya. —Frunzo los labios mientras alzo el mentón, decidida a no apartar la mirada.

Sus ojos, que cada vez parecen más cansados, sostienen los míos con algo de esfuerzo durante algunos segundos.

—No te he preguntado qué es lo que quieres —responde, con una frialdad a la que no estoy acostumbrada.

—Yo mejor me voy —murmura Bruno, alzando los brazos en un gesto de rendición, antes de salir de la habitación—. Vamos —le dice a Liam, que no parece tener muchas ganas de salir de la habitación y perderse la bronca que está a punto de echarme mi hermano.

Acaba cediendo a regañadientes, y ambos salen de la habitación justo después, dejándonos solos a Eric y a mí.

—¿Puedes esperar a que se me pase el dolor de cabeza? Tengo hasta ganas de vomitar.

—Me alegro —responde cortante—. ¿En qué estabas pensando? ¿Y si te hubiera pasado algo? Te podría haber dado un ataque de pánico, Isabella. Y me desobedeciste. Confié en ti. Y te escapaste mientras dormía.

—Te dije que iría a la fiesta.

—Y yo que no tenías permiso para ir.

—Estaba con Bruno. ¿No querías que hiciera amigos? Pues he hecho uno y he sido una adolescente durante horas. Deberías estar contento por mí, en lugar de enfadado.

—No metas a Bruno en esto. —Se levanta de la cama y me mira fijamente, clavándome sus ojos verde esmeralda—. Ya hablaremos cuando estemos en casa. Ahora levántate, nos vamos a casa. Ya tendrás tiempo para descansar cuando lleguemos, y yo para pensar en tu castigo.

—Tengo casi dieciocho años, Eric. Os pasáis todo el tiempo haciéndome sentir mal por no salir de casa, y para un día que salgo, pretendes castigarme. Pero te daré una buena noticia: no pienso salir más, así que puedes estar feliz y tranquilo.

No dice nada. Tan solo me mira, y en sus ojos no veo enfado, sino pena y decepción, lo cual me hace sentir todavía peor.

Decepcionar a todo el mundo es lo único que se me da bien hacer en la vida. Y no hay cosa que me haga sentir peor que el hecho de ser consciente de ello.

Da media vuelta, y sin decir nada más, sale de la habitación, dejándome sola con la pena, la rabia y la tristeza que me consumen

por dentro.

Bruno

La puerta de la habitación de Isabella se cierra con un fuerte portazo, que hace que me sobresalte un poco por el impacto inesperado.

Eric suspira, y se frota la cara con las manos.

—Estaré en mi despacho escribiendo —me informa antes de desaparecer de mi vista y dejarme solo en el pasillo que rodea las habitaciones de la primera planta.

Debería ir a mi habitación, tumbarme en la cama a descansar mientras escucho alguna canción de mi playlist favorita, y relajarme antes de la prueba de esta tarde. Necesito estar concentrado, y dar todo de mí. Pero por alguna razón, no puedo perderme en mí mismo y dejar que la chica que hay al otro lado de la puerta, siga llorando sola en su habitación.

Tomo aire y doy un par de toquecitos en la puerta de madera que da paso a la habitación de Isabella. Escucho un sollozo ahogado desde el otro lado. Vuelvo a insistir, hasta que por fin, carraspea y contesta.

—Eric, quiero estar sola —balbucea.

—Soy Bruno —digo lo más calmado que puedo, aunque por dentro, esté hecho un manojo de nervios. No se me da especialmente bien animar a los demás, pero quizás le venga bien estar acompañada. A mí al menos, me gustaría estarlo.

Espero recibir un grito por su parte, que me diga que no quiere hablar conmigo, o que no soy nadie para llamar a la puerta de su

habitación y esperar que me reciba con los brazos abiertos, como si realmente fuésemos amigos. Pero pasan los segundos y no dice nada, lo que me tomo como un signo de aprobación por su parte. Así que abro la puerta y me acerco hasta ella, que está sentada en el suelo, llorando.

Está de espaldas a su cama, con las piernas flexionadas y la frente apoyada en sus rodillas. El pelo le cae, cubriendo su rostro y parte de sus piernas, con unos mechones rebeldes mucho más rizados que ayer, y también bastante más despeinados.

—Voy a sentarme contigo.

Levanta la mirada, y cuando sus ojos aguados se cruzan con los míos, parecen bastante sorprendidos. No me contesta, pero me siento a su lado y dejo las piernas abiertas y estiradas sobre el suelo.

—Tu hermano solo está preocupado por ti.

—Ya lo sé —solloza. Se aparta el pelo rebelde de la cara y sorbe la nariz—. No debería haber ido a esa estúpida fiesta.

—¿Y por qué fuiste?

Pienso que no va a contestarme, y tampoco tendría por qué culparla por ello. Quizás si yo estuviera en su situación, tampoco lo haría. Pero de nuevo, me sorprende, mirándome a los ojos y tomando aire antes de empezar a hablar.

—Megan y yo fuimos amigas hace años. O al menos, yo pensaba que lo éramos. Quizás era mi mente la que quería convencerme de que tenía a alguien, que no estaba sola, no lo sé. Ella y sus amigas me hicieron mucho daño. —Su voz se quiebra cada vez más, y escucharla tan rota, me produce una punzada en el pecho—. Nos vimos después de un tiempo en el instituto, y fue muy amable conmigo. Hasta me invitó ella misma a la fiesta, y lo vi como una oportunidad de volver a tener algo parecido a un grupo de amigas.

Solo quería dejar de sentirme sola y excluida, quería ser como las demás, y tener a alguien.

—Bueno, ahora me tienes a mí.

Suelta una pequeña carcajada.

—No me sigas torturando recordándome lo patética que fui anoche, por favor. Ya hasta mendigo amistad a desconocidos.

—Eh —le doy un pequeño toque en el hombro con el mío—, no soy ningún desconocido. Ayer firmamos un acuerdo imaginario de amistad. No puedes echarte atrás ahora.

—¿Tampoco tienes amigos, o qué?

—Claro que tengo.

—¿Entonces por qué querrías ser mi amigo?

—¿Y por qué no?

—Yo… —Sus ojos aguados parpadean, intentando desprenderse de unas lágrimas que amenazan con salir—. Estoy rota, y rompo todo lo que hay a mi alrededor.

—Bueno, pues seremos dos compañeros rotos, entonces. No hay nada de malo en estar mal. De hecho, no se puede estar bien todo el tiempo. Y, ¿sabes una cosa? No pasa nada por estar un poco roto, creo que todos lo estamos de alguna manera. Además, la perfección me resulta bastante aburrida.

Sus ojos me observan un poco más brillantes que hace un momento, y casi puedo apreciar una media sonrisa en su rostro.

CAPÍTULO 14

Bruno

El cielo está bastante despejado, y a esta hora tan temprana de la tarde, la temperatura parece que sigue queriendo avisar de que el verano está a la vuelta de la esquina. El césped huele a hierba recién cortada, y el aire, a puros nervios.

De los veintiuno que nos presentamos hace unos días, solo quedamos once. Y entre nosotros, están los cinco mejores que aceptarán para jugar en la universidad Kingstone.

El entrenador luce bastante serio, y camina frente a nosotros, con las manos cruzadas tras su espalda.

—Quiero ver lo que realmente sabéis hacer. Quiero que lo deis todo esta tarde, porque no tendréis otra oportunidad como esta en vuestra vida. Quiero que seáis los mejores, ¿está claro?

—Sí, señor —gritamos todos al unísono.

De repente, aparecen en el campo un grupo de chicos altos y grandes, con las camisetas del equipo pegadas al pecho, mucho más musculosos que los nuestros. Nos miran fijamente, y parecen estar estudiando nuestras reacciones, como si esperaran que alguno de nosotros saliera corriendo ahora mismo. Cuchichean entre ellos cuando el entrenador deja de mirarlos, y sus miradas nos lanzan una

clara advertencia: no van a tener piedad con nosotros; quieren machacarnos en el campo.

Me ajusto las medias y siento los gemelos tensos, al igual que el resto de músculos de mi cuerpo.

Desde el primer momento, los chicos del equipo universitario, van a por todas. Corren a una velocidad que a veces resulta imposible de alcanzar, y se hacen con el control del balón en todo momento durante los primeros diez minutos. Cuando por fin cogemos algo de soltura en el campo, nos empezamos a compenetrar mejor entre nosotros y a hacer mejores jugadas.

Intento dar todo de mí, y corro como si el suelo ardiera bajo mis pies. Voy cerrando espacios libres, consigo el balón y lo mantengo, pese a la insistencia por el chico tan grandote que tengo junto a mí, intentando hacerse con la pelota, y propiciando algún que otro codazo, que ni siquiera se molestan en pitar como una falta.

Le paso el balón a uno de los chicos de mi equipo —creo recordar que se llama Peter—, aprovechando que lo veo solo y está cerca de la portería. Tiene la oportunidad perfecta para lanzar. Acepta el balón de forma dudosa, y sus pies se mueven algo torpes alrededor de la pelota. Lanza en dirección a la portería, pero el portero es mucho más veterano que nosotros, y parece haber captado nuestros movimientos y jugadas desde el principio. Se tira al suelo y para el balón en un rápido movimiento, que visto desde fuera, parece que apenas ha requerido esfuerzo por su parte.

Los Lions vuelven a hacerse con el control del balón, y son tan rápidos, que apenas nos dejan robarles la pelota. Uno de ellos se desliza por el campo, como si hubiera nacido para ello, con una habilidad envidiable, y creo que casi todos, estamos más pendientes de ver cómo juegan y aprender de ellos, que de ganarles como nos ha mandado a hacer el entrenador.

Nuestro portero no consigue parar el balón a tiempo.

Los Lions celebran su primer gol.

Y no tarda demasiado en llegar el segundo.

Y el tercero.

Sorprendentemente, en el segundo tiempo logramos hacernos con el balón la mayor parte del tiempo. Creo que nos hemos rendido en algo tan importante como marcar gol, y parece que todos nos hemos puesto de acuerdo en no dejar que nos marquen ni uno más a nosotros. Perderemos igualmente, pero la derrota no será tan humillante.

Mason roba el balón en medio del campo, y corre hacia la portería del equipo contrario. Me deslizo por el campo a toda velocidad, acercándome a mi amigo y pidiéndole con la mirada que me pase el balón. Tengo un buen ángulo, estoy a buena distancia, y creo que puedo marcar ahora mismo.

Mason regatea con la pelota sin moverse del sitio, y busca con la mirada qué compañero tiene mejor oportunidad ahora mismo de lanzar. Decide por fin, pasarme la pelota, pero justo cuando estoy a punto de recibirla, uno de los jugadores del otro equipo me da un empujón y me lanza al suelo. Toma el control del balón y sigue jugando, como si nada.

—¡Eh! ¡Eso es falta!

Ni siquiera escucho lo que se dice a mi alrededor, ni el silbato del árbitro. Mi mirada está enfocada en el grandote que tengo frente a mí, que me encara con aire chulesco. El corazón me late con fuerza, totalmente desbocado, y pese a que mis compañeros intentan tirar de mí hacia atrás, agarrándome por la camiseta, pego mi frente a la del chico, que por el nombre grabado en su camiseta, veo que se llama Zac.

No logro entender lo que me está diciendo, porque está hablando —o más bien, gruñendo—, muy rápido y en un acento demasiado

marcado para mí. Debería dar media vuelta. Debería parar, pero no puedo.

Nos encaramos hasta que nos separan, y el entrenador me manda al banquillo.

Doy una patada al extremo del banquillo antes de sentarme. Las piernas me flaquean, y tengo la boca tan seca, que parece que llevo perdido un mes en el desierto. El corazón me golpea el pecho como un tambor, y no puedo dejar de moverme desde mi sitio.

No me van a admitir.

No voy a ser suficiente tampoco para este equipo.

Ni siquiera con ayuda soy capaz de jugar bien.

Soy un fracaso.

Cuando el árbitro silba para indicar el final del partido, el marcador queda en 3-o.

Lo hemos dado todo, y aun así, hemos perdido.

Los universitarios celebran su victoria, y se colocan tras el entrenador cuando nos cita en medio del campo de nuevo.

—Habéis perdido —murmura caminando frente a nosotros. Estamos sudorosos, agotados, y ahora también humillados—. Pero me da igual. Sabía que no ibais a ganar de todas formas. Jugábais contra algunos de mis chicos. Y esto era solo una prueba, no solo para ver vuestra destreza en el campo, sino para apreciar pequeños detalles a la hora de jugar; como vuestras reacciones cuando el equipo contrario marcaba un gol, vuestros pases y estrategias, vuestra compenetración en el campo, como equipo y de forma individual, vuestra competitividad, vuestro compañerismo, vuestro… —sigue diciendo, esta vez parado frente a mí—, carácter y reacción ante alguna que otra injusticia o golpe mal dado.

Trago saliva, nervioso.

—Los resultados están claros, y no quiero reproches, porque no voy a dar ninguna explicación más allá de que he escogido a los cinco mejores. Os queda mucho por aprender, pero tenéis potencial, que es lo importante. Y he visto en vosotros algo único que sé que puedo pulir hasta conseguir que seáis los mejores. Porque no lo dudéis, en mi equipo, solo están los mejores. —Todos asentimos con la cabeza a la vez—. ¿Preparados para descubrir cuál es vuestro futuro?

Repetimos el gesto, pero nos gruñe como respuesta, por lo que acabamos gritando un «Sí, señor», que parece gustarle mucho más.

—Los cinco que entran al equipo son… —Trago saliva. Tenso la espalda. Cambio el peso de mi cuerpo de un pie a otro con nerviosismo. La pausa que está haciendo, en lugar de crear misterio, nos está creando ansiedad—. Leonel Clarke, Mason Turner, Charlie Evans, Jacob Harris y Bruno Boissieu.

Suelto todo el aire que estaba conteniendo en mis pulmones en un largo suspiro. Toda la presión, la impotencia, la culpa, la vergüenza y la decepción conmigo mismo…

Todo ha valido la pena.

En el momento en el que Mason me deja en casa de Eric, ya está cayendo la tarde, y el cielo está empezando a oscurecerse. El aire se siente más fresco y húmedo a esta hora, y la brisa me revuelve un poco el pelo mientras espero a que alguno de los dos hermanos me abra la puerta.

Eric me recibe con una sonrisa en el rostro. Parece mucho más tranquilo y contento que esta mañana. Espero que haya podido hacer las paces con Isabella.

Cuando entro, me quito los zapatos y los guardo en el estante del zapatero que me ha cedido mi amigo estos días.

—¿Cómo ha ido?

—Bien.

—¿Solo bien? ¡Quiero más detalles! ¿Estás dentro? —habla demasiado rápido, y realmente parece que está interesado, a la vez que preocupado por si la respuesta fuese negativa. Tomo una pausa de unos cuantos segundos, intentando darle algo más de emoción y drama al asunto. Él frunce el ceño, seguramente esperando el peor de los escenarios posibles. Estallo en carcajadas, y me gano un pequeño puñetazo por su parte—. ¡Te han aceptado!

Sus brazos me envuelven en un abrazo cálido e intenso, que dice más que cualquier felicitación que pudiera darme ahora mismo. Me mira sonriente, y me revuelve el pelo con las manos. Pongo los ojos en blanco ante su gesto, lo que hace que sonría todavía más.

—Estoy orgulloso de ti.

Siento una pequeña punzada en el pecho cuando el sentimiento de culpa y vergüenza, me recuerdan que no debería estarlo.

Unos pasos firmes hacen crujir levemente la moqueta. Alzo de nuevo la mirada, y me encuentro con un Liam más sonriente de lo normal, con los brazos abiertos, invitándome a envolverme en ellos.

—Felicidades, cuñadito. Oficialmente eres parte de los Lions. Enhorabuena —dice mientras me estruja contra su cuerpo. Siento una pequeña figura plantada a mi lado cuando me separo de su abrazo. Isabella me mira desde unos centímetros más abajo, ya que la diferencia de altura entre nosotros es notoria, aunque no tanto como la que hay entre Eric y Janelle, por ejemplo.

Sus ojos observan las facciones de mi rostro, al igual que los míos, parecen estar memorizando las suyas.

Su rostro emana una belleza natural, a la vez que dulce y sofisticada. Su piel parece bastante delicada y suave, aunque todavía no haya tenido la oportunidad de tocarla. Tiene unos ojos

preciosos, que combinan pequeños destellos verdes, fundiéndose en el marrón avellana predominante. Algo así como un color hazel que le proporciona una mirada cálida, a la vez que intensa. Su pelo castaño, está recogido en una coleta, de la que sobresalen algunos mechones, que además de darle un aspecto despreocupado, también le da uno bastante favorecedor.

Va cambiando su peso de un pie a otro, moviéndose hacia los lados. Tiene las manos cruzadas detrás de su espalda, y me mira dubitativa, mientras se mordisquea el interior de las mejillas con nerviosismo.

Es muy tierna.

—Hola —la saludo con un ligero movimiento de mano, sin saber muy bien qué otra cosa hacer ahora mismo. Se supone que ahora somos amigos, ¿debería abrazarla como a su hermano y a Liam? ¿Esperar a que diga algo o dé el primer paso?

—Felicidades por el puesto en el equipo —dice, antes de dedicarme una pequeña sonrisa, que puedo asegurar que acaba de iluminar todo el recibidor, o *hallway*, como Liam dice que se llama.

—Muchas gracias, supongo que nos veremos mucho en la universidad a partir de septiembre.

Noto como su cuerpo se tensa, y enseguida vuelve a estar cabizbaja y ausente, como el primer día que llegué.

Miro a Liam y a Eric y les pido algo de ayuda con la mirada, ya que todavía no conozco a Bella lo suficiente como para entender el motivo de este cambio de actitud tan brusco. Eric niega con la cabeza y con ese gesto me indica que es mejor dejarlo estar, y no hacer ninguna pregunta.

—Vamos, tenemos una sorpresa para ti.

Isabella pone los ojos en blanco y resopla.

—¿Puedo subir ya a mi habitación?

—No —se limita a contestar Eric—. Esto es parte de tu castigo. ¿No querías ser una adolescente normal y socializar? Pues tienes la oportunidad de hacerlo esta noche.

No entiendo a qué se refieren, hasta que llegamos a la zona de la cocina y encuentro que toda la estancia está llena de globos. La mesa está a rebosar de comida y bebida, y en uno de los extremos, veo el portátil de Eric, que al parecer está transmitiendo una videollamada, porque encuentro al otro lado de la pantalla a mi hermana Daphne y a Janelle.

—¿Y todo esto? —No puedo evitar mostrar mi sorpresa, mientras me acerco a la pantalla y saludo a las dos chicas que he echado tanto de menos estos días.

—Lo de los globos ha sido idea de Liam, ya sabes lo extravagante que es —me informa Eric, ante la mirada de orgullo de su amigo.

—De nada —bromea el otro.

Suelto una carcajada.

—Gracias, no hacía falta que hiciérais todo esto.

—¿Crees que lo he hecho por ti? —suelta Liam, con una sonrisa burlona en el rostro—. Solo quería tener una excusa para inflarme de comer, y además, ver a mi rubita.

—Es mentira —dice mi hermana, desde el otro lado—. Lleva toda la tarde como loco preparando todo.

Liam la fulmina con la mirada.

—Traidora. —Daph suelta una risita—. La única que puede ver mi lado sensible eres tú.

—Todos sabemos que eres todo un sentimental —espeta Bella, que hasta ahora había estado en silencio y de brazos cruzados,

todavía en la entrada a la sala.

—Tú calla, que te toca pasar tiempo con tu cuñada favorita.

—Por desgracia no tengo otra —murmura por lo bajo, aunque todos llegamos a escucharla perfectamente.

—¡Oye! —se queja mi prima—. Te he oído.

—Ups.

—Isabella —la regaña Eric, intentando imponer algo de orden, aunque ya debería saber, que no va a funcionar demasiado.

Su hermana se sienta en uno de los altos taburetes y comienza a juguetear con la servilleta. Me siento a su lado, y nuestras miradas se cruzan durante un instante.

La cocina se llena de voces, risas, anécdotas que se interponen unas con otras, bromas y carcajadas sinceras.

Por un momento, siento que soy parte de un nuevo grupo que me gusta más que ningún otro en el que he estado hasta ahora. Porque, aunque no todos compartimos la misma sangre, hemos escogido empezar a ser una familia.

Y creo que no hay mejor grupo que este: personas rotas que, sin pretenderlo, encajan sus pedazos de forma perfecta.

CAPÍTULO 15

Bella

La casa está en completo silencio, tan solo interrumpido por el sonido de los coches que circulan afuera.

Después de cenar y estar durante horas hablando sin parar, decidimos irnos a dormir, cosa que agradecí bastante, porque mi batería social está demasiado sobrecargada después de haber interactuado tanto en estas últimas horas.

Aún tengo un leve sabor a menta en la boca mientras doy vueltas en la cama, intentando conciliar el sueño.

Me revuelvo entre las sábanas. Escucho crujir el colchón cada vez que giro sobre mí misma, con más fuerza de la que debería. Dejo que mi mirada se pierda en el techo, lleno de pegatinas de estrellas que iluminan de forma tenue mi habitación.

Cuando era pequeña y no podía dormir, las contaba una a una, y cuando terminaba, volvía a empezar. Ahora intento hacer lo mismo, pero en cuanto llevo tres estrellas, me empiezo a agobiar. Son demasiadas para la poca paciencia que tengo actualmente.

Es increíble lo rápido que pasan las horas cuando tu mente está ocupada haciendo diferentes actividades. Aunque a la misma vez, siento que pasa demasiado lento porque, ¿cuántos días más tienen

que pasar hasta que por fin consiga estar bien? Mi ansiedad e impaciencia, hacen que la espera parezca interminable.

Un rato después, me levanto de la cama como si el colchón estuviera quemando mi piel. Necesito respirar algo de aire más allá de estas cuatro paredes que forman mi habitación.

Salgo de la habitación y bajo las escaleras con cuidado de no pisar demasiado fuerte la madera y despertar a alguno de los dos chicos que duermen arriba. Cada escalón cruje levemente bajo mis pies, empujándome a ser más lenta y cuidadosa.

Una vez abajo, me quedo admirando un rato la luz tenue de las farolas que se filtran en la casa a través de las cortinas.

Deambulo por la casa, intentando controlar la respiración y mis pensamientos. Utilizo algunas tácticas que recuerdo de mis antiguas sesiones con la psicóloga, como decir los números en mi cabeza de dos en dos, primero ascendiendo y luego descendiendo. Se supone que esto hace que mi mente se centre en algo que no sea el caos que hay en el interior de mi cabeza.

Cuando voy por el número doscientos veinte, las puertas correderas del salón se deslizan, haciendo que me sobresalte al ver la figura de Bruno entre las sombras.

—Ay, qué susto. —Me llevo la mano al pecho, mientras intento ralentizar los latidos de mi corazón. Él sonríe mientras da algunos pasos hacia mí. Lleva una camiseta de un equipo de fútbol, aunque no tengo ni idea de cuál es. Algunos mechones de cabello le caen por la frente, mucho más desordenados y rebeldes de como normalmente lo suele llevar peinado.

—Lo siento —Levanta ambas manos en señal de disculpa y se sienta en el sofá, junto a mí.

—¿Tampoco puedes dormir? —Niega con la cabeza—. Todavía me va el corazón a mil por hora —musita creo que para sí mismo.

Sacude la cabeza cuando se da cuenta y vuelve a mirarme sonriente —. Demasiadas emociones hoy.

—Entiendo.

—¿Y tú?

Demasiadas emociones también, como estar obligada a compartir una cena con tantas personas, y sentir que sobro en un grupo que parece llevarse bastante bien.

—Demasiadas cosas en la cabeza, supongo —termino diciendo. Dejo mi cuerpo caer hacia atrás, acomodándome mejor entre los cojines del sofá.

—¿Quieres hablarlas? Quizás si las compartes, pesen un poco menos en tu cabeza.

—Te lo agradezco, pero solo quería salir de mi habitación un rato.

—Vale. —Se levanta del sofá y mis ojos siguen sus movimientos, algo decepcionados ante la idea de haberlo espantado y que se vaya de vuelta a su habitación—. Voy a por un vaso de agua, tengo la boca seca. ¿Quieres uno?

No tengo sed, pero no quiero parecer desagradable de nuevo, así que acabo diciendo que sí. Un par de minutos después, vuelve a sentarse a mi lado y deja los dos vasos de agua sobre la pequeña mesa central, el suyo con bastante menos cantidad, ya que ha bebido un poco por el camino.

—Ha sido un día agotador mentalmente —murmura, casi en lo que me parece escuchar como un suspiro. Echa su cabeza hacia atrás, apoyándola en el sofá y clavando la mirada en el techo. No sé por qué me cuenta eso, si ni siquiera nos conocemos. Ni tampoco sé por qué mi ansiedad de repente ha ocupado un segundo plano. Ni por qué no he salido huyendo en cuanto nuestras miradas se han cruzado. Ni mucho menos, por qué me acomodo en el sofá, acortando levemente la distancia que hay entre ambos, con las

piernas dobladas y un cojín sobre mi regazo, mientras le escucho y siento la necesidad de también compartir algo de mí con él.

—Por el fútbol, ¿no?

—Siento demasiada presión.

—Pero ya estás dentro del equipo. Eso es bueno, ¿no?

—Eso es solo el principio. Ahora tengo que entrenar, rendir en cada temporada, destacar entre los demás jugadores, que por cierto, son buenísimos, ser el mejor, no decepcionar a todos los que están confiando en mí… —me cuenta de forma rápida.

—Agobia solo escucharlo —suspiro—. Puedo llegar a entenderte. Yo también siento una presión muy grande cada día, y aunque es por motivos diferentes, también tengo miedo de volver a decepcionar a las personas que están confiando en mí.

Jugueteo nerviosa con el borde de tela de la sudadera que llevo puesta. Me mira en silencio. La luz tenue que entra por la ventana, es suficiente para ver el brillo de sus ojos, aunque ahora parecen estar coloreados de un turquesa mucho más oscuro y profundo.

—Te estás esforzando, ¿no? Eso es un motivo suficiente para que se sientan orgullosos de ti.

—A veces siento que todos piensan que no me estoy esforzando lo suficiente, solo porque no logro salir del pozo en el que estoy metida tan rápido como a ellos les gustaría que lo hiciera.

—Cada persona es diferente, Isabella.

—Gracias por no decir nada el otro día —susurro cabizbaja.

—Lo mismo digo. —Me mira dubitativo, como si estuviera decidiendo si decirme o no lo que está pasando por su cabeza ahora mismo—. ¿Sabes? Hablaba en serio el otro día. Me gustaría ser tu amigo.

El corazón me late con fuerza.

—¿De verdad? Lo único que has visto en mí hasta ahora ha sido puro drama y tristeza. —Suelto una carcajada a desgana

—Mírame, soy un caos.

—Del caos también nacen cosas preciosas.

Me encojo un poco en el sitio, sin saber muy bien dónde meterme ahora mismo, porque me estoy muriendo de vergüenza. No estoy acostumbrada a este tipo de halagos, y se me hace mucho más extraño que vengan de parte de un chico.

—¿Por qué me miras así?

—Porque me pone nerviosa la forma en que me miras tú —me atrevo a responder.

—¿Y cómo te miro?

—Como si todavía hubiese algo en mí que no está roto. Como si mis cicatrices no te asustaran.

—Tu dolor no me asusta, Isabella. Es parte de tu historia. Has sufrido mucho, y eso te ha marcado. Pero ojalá, algún día, puedas ver que eres mucho más que tus partes rotas. Mucho más que tu tristeza. Y mucho más que esa enfermedad.

Siento los ojos aguados, pero no me permito soltar las lágrimas que amenazan con salir. Cierro los ojos y tomo aire, antes de volver a perderme de nuevo en su mirada. Una parte de mí, cree que me tiene pena, como todo el mundo, pero la otra se aferra a lo que me transmite su mirada y, aunque me resulte extraño, no siento compasión por su parte.

—Dejemos de hablar de cosas tristes —decide, echando su cuerpo hacia adelante y apoyando los codos en sus muslos—. Tengo una idea —me mira sonriente—. Vamos a jugar al juego de las preguntas.

—¿Qué juego es ese?

—¿En serio, Isabella? —Pone los ojos en blanco—. Tú me haces preguntas para conocerme mejor, y yo te las hago a ti. Es fácil. Podemos preguntar cualquier cosa.

—¿Y si no quiero contestar alguna pregunta?

—Entonces tendrás que sufrir un pequeño castigo.

—¿Como cuál? —Alzo una ceja.

—Contarme un secreto que nadie más sepa.

Sé que es una mala idea, y que probablemente, en un rato me arrepienta. Pero mañana Bruno se marcha, y esta noche es mi única oportunidad para conocerlo mejor. Además, me mira con tanta ternura, que se me hace imposible cerrarme en banda con él. Me transmite demasiada confianza… mucha más de la que debería sentir por alguien a quien apenas conozco.

Empezamos con preguntas básicas, que no se me hacen tan difíciles de contestar, como cuál es nuestro color favorito, o qué ciudad nos gustaría visitar. Pese a la poca dificultad que hasta ahora tiene el juego, tardo más de la cuenta en responder, porque soy demasiado indecisa como para decidirme por una sola respuesta, y Bruno insiste todo el tiempo en que estoy haciendo trampas y debería contarle un secreto, cosa que obviamente, no hago.

—Dime una película que nunca te canses de ver.

Pienso durante algunos segundos qué decir, aunque tengo bastante clara mi respuesta desde el principio.

—Te vas a reír.

—No me reiré, lo prometo.

—*Shrek*.

—¿En serio? —Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada. Me fijo en el movimiento que hace la nuez de su garganta al reír. Y aparto la mirada con rapidez cuando vuelve a mirarme.

—Has dicho que no te ibas a reír, ¡mentiroso! —Le doy un golpetazo con el primer cojín que pillo, y su risa se me hace contagiosa, así que estallo en carcajadas—. ¿Qué pasa? —pregunto tensa cuando noto sus ojos azules clavados en mí.

—Vas a despertar a tu hermano como sigas riéndote así.

Lo estoy espantando con mi forma de ser. Es mejor que no conozca nada de mí si no quiero que se aburra antes de tiempo.

—Perdona… Tengo una risa horrible… Parezco tonta, ya lo sé.

—Qué va —Esboza una pequeña sonrisa de lado—. Tienes una risa muy tierna. A mí me gusta. Es como una foca feliz dando palmaditas.

Probablemente si esas palabras vinieran de otra persona me molestaría, pero Bruno solo consigue hacerme reír de nuevo.

—¿Se supone que eso es un cumplido?

—¿Qué pasa? ¿Crees que eres la única a la que le cuesta socializar?

—Venga, sigamos con las preguntas —cambio de tema—. ¿Alguna vez has fingido que te gustaba algo solo por encajar?

—Sí —responde en un suspiro—. ¿Alguna vez has sentido, que hagas lo que hagas, no eres suficiente? —pregunta en esta ocasión él, lanzándome otra de esas preguntas que nos hacemos para ocultar lo que realmente queremos decir.

—Sí. Da igual cuánto me esfuerce, nunca seré suficiente para nadie, porque ni siquiera lo soy para mí misma… ¿Y tú?

—Constantemente. Siento que por más que me esfuerzo, nunca llego a ser suficiente para mi padre, siempre saca algo en lo que debo seguir mejorando, porque siempre hay alguien mejor que yo.

—Es que siempre va a haber alguien mejor que tú. Pero supongo que la clave es concentrarse en ser mejores de lo que hemos sido en el pasado, y no en superar a los demás.

Me mira sorprendido, y acaba dedicandome una sonrisa genuina.

—Llevas razón. —Toma una pequeña pausa y se aclara la garganta antes de lanzar su siguiente pregunta—. ¿Cuándo fue tu primer beso?

¿Cómo le digo que nunca he besado a nadie sin que se ría de mí y salga corriendo?

—No pienso responder a esa pregunta.

—¿Por qué? —Alza una ceja.

—Pues porque no quiero.

—Entonces tendrás que cumplir tu castigo y contarme un secreto que nadie sepa. Y no vale decir alguna tontería, tiene que ser un secreto real, sobre algo importante.

—Estás añadiendo nuevas normas que no recuerdo que mencionaras al principio del juego.

Se encoge de hombros.

—Nunca he besado a nadie —comienzo a decir, en un hilo de voz, jugueteando con el borde de mis mangas de nuevo—. Esa es la respuesta a tu pregunta, o el secreto que nunca le he contado a nadie, lo que prefieras.

—¿En serio?

—Sí, Bruno, en serio.

—Me cuesta creerlo, pero vale.

—¿Por qué? ¿Porque tengo casi dieciocho años? ¿Y qué pasa? ¿Que tengo que haber dado mi primer beso a los doce como la mayoría de adolescentes?

—Eh, tranquila —sonríe—. No lo decía a malas. Es guay eso de que esperes a la persona indicada.

Tampoco he tenido ningún voluntario hasta ahora.

—En serio, no pasa nada —insiste, supongo que al ver el cambio en mi expresión—. No tienes porqué hacer algo solo porque sea lo que hagan los demás. Cada persona es diferente y lleva sus ritmos. Y no pasa nada. ¿Puedo hacer yo la última pregunta?

¿La última? ¿Ya se ha cansado de hablar conmigo?

Debo de tener subtítulos en la cara que muestran lo que pienso o algo así, porque enseguida argumenta nervioso su pregunta.

—La última porque creo que ya es hora de que nos vayamos a nuestra habitación antes de que vuelva Eric y me eche a patadas por haberle sonsacado información a su hermanita.

Sonríe. Y es raro. Pero también agradable. Como cuando en pleno invierno, el sol se cuela entre las nubes y te calienta la cara por un momento.

—Pues haz la última pregunta, entonces.

—¿Qué sientes cuando te miras en el espejo? —pregunta con un tono suave.

Entre todas las cosas que podría haber preguntado, ¿en serio escoge precisamente esto?

Tardo en contestar. En sus ojos atisbo una pizca de culpa, como si ya se arrepintiera de lo que ha dicho.

¿Qué puedo decir? Veo más que una simple imagen reflejada en el cristal; veo plasmada la guerra interna con la que lucho cada día.

—Perdón, creo que no debería haber preguntado esto. Solo quería entenderte un poco mejor.

—Todo depende del día —empiezo a decir, ignorando lo último que ha dicho él, y contestando su última pregunta—. A veces, no soy capaz de mirarme, porque duele demasiado lo que veo. Otras, lo hago con asco…, con repugnancia, con rabia. Otras, parece que el espejo está tan roto como yo, porque la imagen que refleja, no es la que todos afirman que ven en mí. —No sé cuándo ha pasado exactamente, pero me doy cuenta de que he empezado a llorar cuando las lágrimas me nublan la visión—. Siento cada parte de mi cuerpo como un juicio constante, como si cada centímetro de mi piel, me gritara que todo en mí está mal, que no encajo, y que nunca seré suficiente. ¿Mi abdomen? Demasiado flácido. ¿Mis piernas? Demasiado gruesas. ¿Mis caderas? Demasiado anchas. ¿Mi cara? Demasiado redonda. Todo es demasiado, porque yo soy demasiado. Ocupo más espacio en el mundo del que merezco. Es frustrante, porque realmente me gustaría ver algo más allá, algo bueno, aunque fuera solo una cosa, pero el espejo solo me devuelve el reflejo de la persona que más detesto ser, llena de inseguridad, miedos, vergüenza y una culpa que me ahoga cada día.

Las yemas de sus dedos limpian las gotas que caen por mi cara con suavidad.

—A veces me da miedo pensar que nunca voy a ser capaz de curarme, de vivir sin esta voz en mi cabeza que tanto me atormenta —admito entre sollozos—. Solo quiero curarme y que se vaya para siempre.

—Quizás nunca se vaya del todo. Pero aprenderás a vivir con ello sin que limite tu vida.

—¿Y si nunca deja de doler?

—Entonces tendrás que aceptar tu dolor, para aprender a vivir con él. Y eso no significa que te rindas, todo lo contrario; es dejar de pelear contigo misma todo el tiempo. Es darte la oportunidad de vivir, y de ser feliz.

Me pide permiso con la mirada para abrazarme.

Sentir su contacto es extraño, a la vez que reconfortante. Cuando nos separamos, limpia las lágrimas que caen por mis mejillas con la yema de sus dedos. Y es aquí, en un salón que está casi a oscuras, con tan solo dos personas que juegan a ser amigos durante un rato, cuando algo hace clic en mi cabeza y empiezo a entender un poco mejor que aceptar el dolor no significa rendirse, sino reconocer que existe, pero que, aunque es un sentimiento real, no define quién eres en realidad.

Y quizás… aceptar mi dolor sea el primer paso para vivir de verdad.

SEGUNDA PARTE

Amar mi reflejo

CAPÍTULO 16

Bella

Un año y cuatro meses después…

Siento el miedo recorrer todo mi cuerpo, hasta que las pulsaciones desbocadas de mi corazón, acaban ahogándose en mi garganta.

La incertidumbre ante no saber lo que va a ocurrir y la anticipación de mi mente, creando los peores escenarios posibles para esta nueva etapa de mi vida, me carcomen por dentro.

Todos insisten en que la universidad es diferente. Se supone que ya no estaré rodeada de niños ni adolescentes llenos de maldad, que intenten reflejar en mí sus traumas e inseguridades, sino de adultos que buscan labrarse un futuro.

Pero solo con pensar en empezar un nuevo curso, tener que soportar de nuevo ser el blanco fácil de nuevas personas, hace que se me hiele la sangre.

El miedo no se va, da igual lo que me digan.

No sé si sería capaz de soportar lo mismo de nuevo. No ahora que estoy luchando por recuperarme.

Por muchos avances que consiga hacer con Beatrice, mi psicóloga, mi salud mental sigue condicionando mi día a día. Sigo siendo frágil y vulnerable, y cualquier cosa, es capaz de destruirme. El acoso que he sufrido durante toda mi vida, es una herida abierta que se niega a cicatrizar, y que duele y escuece cada vez que la toco.

Debería haber empezado la universidad hace un año, pero pasé mucho tiempo enferma y posteriormente, ingresada, así que se me hizo imposible no repetir el último curso de instituto, cosa que, no me tomé demasiado bien.

No quería volver al infierno de nuevo.

Y ahora, tampoco quiero hacerlo.

Ni siquiera quiero seguir estudiando, pero si no quiero decepcionar a todos de nuevo, tengo que hacerlo, sin importar el costo que esto tenga en mí en mi vida.

Con las manos temblorosas, termino de guardar todas las cosas que necesito para este primer día en mi bolso, cuando la puerta de mi habitación se abre y veo entrar a mi hermano, con una pequeña sonrisa en el rostro.

Sonrío al tenerlo frente a mí, y dej0 que me envuelva entre sus brazos. Da igual el tiempo que pase, él siempre será mi lugar seguro.

—Has venido —murmuro, aferrada a la tela de su camisa, con la mejilla pegada en su pecho, sintiendo los latidos de su corazón retumbar contra mi oído.

—Pues claro —responde acariciando mi espalda—. ¿Cómo iba a perderme tu primer día de universidad? Es una tradición sufrirlo juntos. Aunque esta vez, será diferente —afirma—. Te lo prometo.

—No prometas cosas que no están en tu mano cumplir.

Me separo de su agarre y lo miro, perdiéndome en su mirada verdosa, como la de un bosque a plena luz del día. Sus ojos lucen con el brillo de siempre, y parece mucho más feliz desde que volvió a París y se prometió con Janelle. Le dedicó su último libro, en el que contó el principio de su historia de amor, con todos sus baches por el camino, hasta que, en los agradecimientos, le pidió matrimonio, dejando el listón tan alto, que no sé qué tendrá que hacer el futuro chico de mis sueños para conquistarme, porque ninguno será igual que mi hermano, ni creo que tampoco nadie sea capaz de aguantar todo lo que él ha aguantado siempre, ni todo lo que ha luchado por mejorar su relación, sanando, no solo como pareja, sino también por separado, dejando tiempo a la chica para que pudiera recomponer su corazón lo suficiente como para poder amar de forma sana de nuevo.

Y aunque Janelle no me termina de convencer, me alegro de que mi hermano esté feliz.

Tampoco la conozco demasiado. Durante todo este año, Eric ha estado muy ocupado. No solo con la publicación de su libro, sino que se ha desvivido cada día por mí, por cuidarme, y por ayudarme a sanar, sobre todo, haciéndome entender que tenía que dejarme ayudar y que era hora de empezar a vivir por mí misma. Así que no ha tenido mucho tiempo para viajar tanto como le hubiera gustado, y es algo por lo que también me siento culpable, aunque intento no darle demasiadas vueltas, porque me acabo llenando de tristeza cuando lo hago.

Mi entorno ha tenido que sacrificar tantas cosas por mí en estos últimos años, que me siento culpable y avergonzada por haberles dado esa carga que no tenían obligación de aceptar, pero aún así lo hicieron, porque me quieren ver bien, y por eso me estoy esforzando tanto, para intentar agradecerles lo que han hecho por mí, aunque nunca pueda devolverles el tiempo perdido conmigo.

—¿Y mamá? ¿Todavía no ha llegado? Me prometió que vendría a saludarme antes de que nos fuéramos a clase.

Se queda en silencio durante unos cuantos segundos que se me hacen eternos, y luego, suspira. Me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja y me atrae hacia él, para darme un beso sonoro en la frente.

—No va a venir, Bella —confirma mis sospechas. Sabía que mi madre tampoco cumpliría hoy con su palabra, aunque una parte de mí, tenía la esperanza de que lo intentara, de que pudiera hacer feliz a la niña que un día fui y tanto la necesitó—. Papá me llamó esta mañana. No sé encuentra bien y está metida en la cama.

—Como siempre. —Me separo de él de forma brusca y doy vueltas por mi habitación, mientras intento contener mis lágrimas.

—No seas así. Sabes que mamá está enferma.

Sí, claro que lo sé. Lleva enferma prácticamente desde que nací.

Mi madre tiene problemas de salud mental desde hace muchos años. Su depresión crónica, tiene momentos de subidas y de bajadas, aunque prácticamente, lo que recuerdo de ella es la sombra de la mujer que un día fue, la misma que la tristeza consumió hasta el punto de apagarla. Su enfermedad le impide hacer su vida cotidiana con normalidad, por lo que no ha podido ejercer su papel de madre como espero que le hubiera gustado hacer, porque a veces pienso que ella tampoco me quiere.

Para mi padre, fui un error.

Y lo sigo siendo.

Pero para ella, fui el clic en su cabeza, el mismo que hizo que se hundiera en la desgracia de por vida.

Mi hermano Brad murió cuando yo era tan solo una niña, lo que hizo que mi madre empeorara gravemente y desde entonces, no ha vuelto siquiera a intentar vivir, aunque ella asegure lo contrario. Y su gemelo, porque ni siquiera voy a llamarlo hermano, también está muerto.

Eric siempre ha intentado llenar cada uno de mis vacíos emocionales, de mis carencias afectivas, del poco cariño y atención que he recibido por parte de mis padres. Él siempre ha estado ahí, queriéndome por él y por todos los que nunca supieron hacerlo.

—Pero mira qué guapa está mi hermanita —murmuró sonriente mi hermano Eric, entrando en mi habitación, ya vestido con el uniforme del instituto. Yo me miraba asqueada en el espejo, mientras que mis piernas no dejaban de temblar. ¿Por qué no podía quedarme el uniforme igual de bien que a las demás chicas?

—¿Dónde está mamá? Me prometió que este año estaría conmigo.

—No se encuentra muy bien, Bella. Pero estoy aquí —Acunó mis mejillas con sus manos y me tragué mis lágrimas.

—Prometió que me haría uno de esos peinados que siempre lleva Caitlin. —Hice un puchero con mi labio inferior, que al igual que el resto de mi cuerpo, no dejaba de temblar—. Prometió que me llevaría a clase en mi primer día —sollocé—. Prometió que esta vez sería diferente.

—Y lo será.

—No, no lo será. No quiero ir, Eric. No quiero ir a clase.

—Tienes que hacerlo.

—¿Por qué? ¡Nadie me quiere allí!

—No vas para que te quieran, vas para aprender, Isabella. Concéntrate en hacer tus tareas y ya verás que el curso pasará más rápido de lo que piensas. Y podremos irnos juntos de vacaciones. Estoy juntando todo el dinero que me da papá en la paga para poder llevarte a Japón.

—¿De verdad? —Mi voz salió más aguda de lo normal. Eric limpió mis lágrimas con las yemas de sus dedos y asintió.

—De verdad —me prometió—. Tendrás que esperar a que cumpla los dieciocho, y entonces convenceré a papá y mamá y podremos irnos de viaje con un permiso. Pero tienes que prometerme que vas a esforzarte en clase. Eres una niña muy lista y siempre habías tenido las mejores notas, hasta ahora.

—No quiero destacar. No quiero que nadie me mire. Ni darles otro motivo más por el que burlarse de mí o tirarme del pelo. Solo quiero ser invisible y que el tiempo pase lo más rápido posible, hasta que no tenga que ir nunca más a la escuela.

—Esta vez será diferente —volvió a prometerme—. Y ya no tienes que callarte nada. Estoy aquí, contigo. Y siempre lo estaré. Si alguien te molesta, solo tienes que decírmelo, ¿vale?

—Vale.

—Y ahora, siéntate, voy a hacer una obra maestra con tu pelo.

—¿Qué vas a hacer?

—¿No querías llevar el peinado que siempre lleva Caitlin? —asentí con la cabeza—. Pues prepárate, porque no solo te va a quedar mucho mejor que a ella, sino que va a ser uno todavía mejor. Llevo semanas viendo tutoriales con Liam.

Me senté en la silla y dejé que mi hermano jugara con mi pelo. Lo trenzó, lo deshizo, volvió a revolverlo… hasta que finalmente, acabé con el pelo colgando por mi espalda, más bufado que de costumbre, y con la parte delantera recogida en lo más parecido a una trenza que logró hacer.

—A mamá le hubiera quedado mejor.

—¡Pero si me ha quedado increíble! Si no logro ser escritor, me haré peluquero. Lo tengo decidido —dijo en tono burlón.

Mi pelo estaba hecho un desastre, los nervios y la tristeza me consumían por dentro, pero logré sonreír, porque mi hermano estaba

aquí, conmigo, y siempre lo estaría. Él nunca me haría sentir insuficiente. Él siempre llenaría el vacío por la ausencia de mis padres.

Porque él nunca sería como mamá, él siempre cumpliría sus promesas. Él nunca me abandonaría.

—Isabella. —La voz de Eric me saca de mis pensamientos, y me hace volver a la realidad—. Vamos a llegar tarde, hay que salir ya.

Asiento levemente.

—Vale —respondo en un suspiro.

—Hay alguien que ha venido a verte —murmura, mirándome por el rabillo del ojo cuando salimos de mi habitación—. Ha insistido en acompañarte en tu primer día, pese a que os vais a ver constantemente a partir de ahora.

—Si no es mamá, no quiero ver a nadie.

—¿Ni siquiera a Bruno? —pregunta en tono burlón, haciendo que mi corazón se acelere tan solo al oír el nombre de mi mejor amigo.

Me apresuro en abrir la puerta de casa y salgo prácticamente corriendo.

Lo veo a unos metros de distancia, frente a mí, apoyado en su moto, con las piernas estiradas sobre el asfalto y los tobillos cruzados, totalmente despreocupado. Su pelo rubio, todavía está mojado, seguramente por la ducha después del entreno de esta mañana, y sus mechones lucen desordenados por culpa de la brisa. Lleva la chaqueta del equipo universitario de fútbol en el que juega desde que empezó la universidad el año pasado. Es una de sus prendas favoritas y la utiliza constantemente, lo que provoca que me meta con él en más de una ocasión. Y aunque nunca me atreva a admitirlo en voz alta, le sienta de maravilla. Es de esas prendas que marcan cada uno de los músculos que ha estado trabajando en este último año.

No sé por qué, pero su presencia, hoy me hace más feliz de la cuenta. Y, como siempre que estoy con él, acabo sonriendo.

—¿Por qué corres? Ni que llegáramos tarde a nuestro primer día —dice en tono burlón.

—No esperaba verte hoy.

—Quería darte una sorpresa. —Sonríe—. No todos los días se empieza la universidad.

—¿Me darás clases para ser una buena universitaria? —Alzo una ceja.

—De eso nada —replica mi hermano cuando se acerca a nosotros —. Ni se te ocurra llevarla por el mal camino. —Señala a mi amigo con el dedo, y él levanta los brazos en señal de rendición, mientras se ríe.

—¿Yo? Pero si soy un angelito —responde, luciendo una de sus sonrisas inocentes.

—Caído del cielo —sigue diciendo mi hermano—. Ya sabes lo que hemos hablado. Cuídala.

—Tranquilo, está en buenas manos. —Me pasa un brazo por encima de los hombros.

—Lo sé —responde en un suspiro. Sé que están hablando entre líneas, pero no entiendo a qué se refieren, así que me limito a sonreír, inhalando el olor cítrico que siempre desprende Bruno—. Vamos —me dice en esta ocasión a mí y enseguida empiezo a reprochar.

—¡Pero si solo hemos hablado cinco minutos! —me quejo.

—Tranquila, a partir de hoy tendrás tiempo de sobra para hablar con él.

—¿A qué te refieres? —Miro a mi amigo, que se encoge de hombros, sin dejar de sonreír.

—Lo hablaremos esta tarde —sigue murmurando Eric cuando abre la puerta del copiloto de su coche y con un movimiento rápido de cabeza, me anima a entrar—. Los tres.

CAPÍTULO 17

Bruno

He conseguido llegar con la moto más rápido que Eric con su coche, así que ahora me toca esperar a Isabella en la puerta de la universidad. Desde las escaleras de la entrada, se aprecia todo el espacio abierto que ocupan los diferentes edificios de la facultad, rodeados de árboles y plantas que aportan color en medio de tanta fachada minimalista y acristalada.

Muchos estudiantes cruzan de un lado a otro la entrada, con cafés en las manos y auriculares en los oídos, mientras que otros conversan de forma tranquila y alegre sentados en el césped.

Eric aparca en doble fila, y después de unos cuantos minutos esperando a que se despidan y deje salir a su hermana del coche, Isabella coge su bolso y sale del vehículo. Tiene la piel de un color pálido, y ningún tipo de color o vida en sus mejillas. Camina hacia mí temblorosa, mirando hacia los lados, observando con preocupación todo lo que hay a su alrededor y a todas las personas que caminan cerca de ella, con los ojos bien abiertos.

Esboza una pequeña sonrisa cuando llega a mi lado y se para frente a mí, pero su mente sigue divagando por quién sabe dónde, y su atención sigue puesta en nuestro alrededor. Y aunque la gente va

a su rollo y ni siquiera ha notado su presencia, ella parece sentirse incómoda.

Su pierna tiembla con nerviosismo, y cambia su peso de un pie al otro sin parar, moviendo su cuerpo hacia los lados. No deja de mirar de reojo a cada persona que cruza la entrada y por la forma en la que respira, con el pecho agitado y cómo se muerde el interior de su mejilla, sé que está a punto de ponerse a llorar o entrar en un ataque de pánico.

Y no dejaré que pase ninguna de las dos cosas mientras yo pueda impedirlo.

—Eh —la llamo, atrayendo su atención. Enseguida sus ojos hazel me observan con una intensidad que siempre me acaba derritiendo. Bella es como una hermana para mí, y no puedo expresar con palabras lo mucho que la quiero, y el lugar tan importante que se ha ganado en mi vida en tan solo un año. Ojalá pudiera cambiar cada una de sus lágrimas por carcajadas de felicidad—. Estoy aquí. —La agarro por el mentón, obligándola a no poder apartar su mirada de la mía—. Mírame a mí. Piensa que no hay nadie más a parte de nosotros, ¿vale?

—¡Pero si está lleno de gente! —se queja. Acaricio su barbilla con la yema de mi pulgar antes de apartar la mano de su rostro—. No voy a poder hacerlo.

—Claro que puedes.

—No, no puedo. Y parece que ninguno me entendéis.

—Es difícil cuando no se ha pasado por lo mismo, pero sabes que intentamos hacerlo, Bella.

—¿En una escala del uno al diez, cuántas posibilidades tengo de que te chives a mi hermano si falto a mi primer día de clase?

—Diez.

—Eres el peor amigo del mundo.

—Yo también te quiero, Isabella.

Sus mejillas se tiñen de vida por primera vez desde que bajó del coche, coloreando su piel de un color rosado.

Me encanta cuando le hago un cumplido o le digo algo bonito y se sonroja. Está demasiado mona.

—Venga, vamos a entrar. Te acompañaré a tu edificio. Pero antes, quiero presentarte a mis amigos.

—No, por favor —se queja cuando agarro su mano y tiro ligeramente de su cuerpo hasta que entramos en el interior del edificio.

—Llevas un año escaqueándote. Creo que ya es hora.

Cruzamos todo el campus agarrados de la mano. La sensación cálida y el cosquilleo que me produce el roce de su piel se siente tan natural, que ni siquiera lo tomo en cuenta mientras caminamos hasta llegar a una zona de césped, donde están sentados mis amigos. Al vernos, se levantan y enseguida se acercan a saludar.

Isabella se tensa a mi lado y se aferra a mi mano con fuerza. La miro y veo que está intentando controlar su respiración.

—Tengo ganas de vomitar —me susurra cerca del oído.

—Tranquila, será rápido, y estoy aquí contigo. Si te sientes incómoda en algún momento, me haces la señal y nos vamos.

—Vale —contesta en un hilo de voz.

—Chicos, esta es mi amiga Isabella. —La señalo con la cabeza—. Hoy empieza a estudiar aquí.

—¡Hola, preciosa! —La saluda Lia, la única chica, hasta ahora, del grupo.

—Pero bueno, Bruno, ¿por qué has tenido a esta belleza escondida todo este tiempo? —interviene Charlie, con una sonrisa ladeada en el rostro, acercándose un par de pasos más hacia nosotros, lo que hace que Bella me apriete un poco más la mano.

—Cállate ya —le dice Mason, tirando de su capucha, haciendo que mi amigo vuelva a retroceder—, la vas a asustar antes de que pueda conocernos.

—¡Pero si no he dicho nada malo! —se queja el pelirrojo—. La chica está de buen ver —murmura, echándole un vistazo de arriba a abajo a Isabella, que hace que mi mandíbula se tense, y mi amiga esté a punto de salir corriendo.

—Vuelves a hablar así de ella, y te tragas mi puño —le advierto, y sabe perfectamente que no estoy de broma, por lo que acaba levantando los brazos en señal de rendición y susurrando una disculpa.

—¡No empecéis a pelearos desde tan temprano! Llevo mucho tiempo sin madrugar y me duele la cabeza —se queja la rubia—. Y ni se os ocurra espantar a la única chica que se ha acercado a nuestro grupo de pringados, en el que me veo obligada a estar rodeada de testosterona y hablar todo el tiempo de fútbol —nos amenaza, señalándonos uno a uno, con el dedo índice. De repente, suaviza el gesto con una sonrisa y se acerca a Isabella—. Soy Rosalia, pero todos mis amigos me llaman Lia, así que ahora tú también puedes hacerlo. ¡Estoy encantada de poder conocerte por fin! Bruno nos ha hablado muchísimo de ti.

—¿Ah, sí? —La morena me mira y asiento con la cabeza—. Pues… Espero que cosas buenas. O al menos… no tan malas —titubea.

—¿En qué edificio estás? ¡Te acompaño! Estoy harta de aguantar a estos chicos.

—Pero si solo llevamos juntos cinco minutos —masculla Mason.

—Suficiente para que me suba el cortisol.

—Qué exagerada es —musita Charlie por lo bajo, aunque creo que todos llegamos a oírle, y la mirada fulminante de nuestra amiga, nos lo confirma.

—Venga, vamos. —Me separa de Isabella y prácticamente se la lleva a rastras, mientras mi amiga se gira y me mira con unos ojos suplicantes que reclaman mi ayuda. He informado por encima a mis amigos de su situación, y sé que con Lia estará más que cuidada. Además, no tendrá que esforzarse por hablar demasiado, porque Lia no es capaz de mantenerse callada más de diez segundos. Por no hablar de lo bien que le vendrá hacer una nueva amiga. Así que dejo que se la lleve. Ya la buscaré en la hora del almuerzo para ver cómo lleva su primer día.

—Te va a dar un tirón en el cuello —bromea Mason, antes de darme una pequeña palmada en la mejilla—. Ya ni siquiera se ve su silueta a lo lejos, así que puedes dejar de mirar.

—Y podrías ser un poco más discreto a la hora de marcar territorio, ¿no crees? —escupe Charlie en tono burlón.

—No sé de qué estáis hablando.

—Ya, claro. —Pone los ojos en blanco—. Nos ha bastado verte cinco segundos con la chica y un año escuchándote hablar de ella sin parar, para darnos cuenta de que estás coladito por ella.

—¡Pero qué dices! —Suelto una carcajada a la vez que niego con la cabeza—. Es la mayor estupidez que has dicho desde que te conozco. Y eso es bastante difícil, porque las dices todo el tiempo. Podría ser mi hermana, así que no digas tonterías.

—Pero no lo es —afirma Mason—. Y tienes suerte de que no lo sea, porque menuda movida que te gustara tu hermana.

—No me gusta Isabella.

—Ya —dicen al unísono.

—Y solo somos amigos.

—Ya —repiten con el mismo tono infantil.

—Entonces, ¿no te importaría que la invitara a salir? Ya sabes, para ayudarla a integrarse mejor y… lo que surja.

—Puedes hacer lo que quieras. Pero como se te ocurra jugar con ella o hacerle daño, te parto las piernas y no vuelves a jugar al fútbol en tu vida.

—Qué agresividad —masculla Charlie—. Menos mal que esta vez me libro.

—Eso sí ha sonado como una frase típica de hermano. —Mason nos rodea el cuello con sus brazos y empezamos a caminar hasta nuestro campus, sintiendo decenas de miradas clavadas en nuestros pasos, mientras caminamos entre risas, como siempre solemos hacer. Con mis dos amigos, es imposible estar cabreado; siempre tienen alguna tontería que decir para hacerte reír y que se te pase. Y aunque no son mi grupo de amigos de toda la vida, y por supuesto, no me olvido de ninguno de ellos, ya siento como si lo fueran. O al menos, como si fueran a tener un lugar en mi vida por siempre a partir de ahora.

—Madre mía, cómo está Chloe… —escupe Charlie, el menos desesperado del grupo, cuando entramos en nuestro edificio. La rubia está frente a nosotros, a unos metros de distancia, con el cuerpo apoyado en la pared donde inicia la escalera que lleva a la primera planta—. Me está mirando descaradamente.

—No te flipes. Se está comiendo con la mirada a Bruno, no a ti.

—Qué va. —Me paso la mano por el pelo y lo revuelvo un poco, cuando noto unos ojos del color del whisky, clavados en mí y en cada uno de mis movimientos. Aunque he adquirido mucha práctica y experiencia con chicas en este último año, sigo siendo un idiota en cuanto a las relaciones se refiere. Me gusta divertirme, pero me encantaría muchísimo más tener una novia. He tenido varios rollos

este último año, lo que me ha servido para darme cuenta de que no sirvo para eso, sino para tener una relación seria.

Pero nunca sé mantener la chispa demasiado tiempo, da igual cuánto me guste la chica. Parece que hoy día, casi todas están desesperadas por encontrar a un chico malo que las desestabilice emocionalmente y, cuando conocen a un chico como yo, solo quieren jugar un poco y, cuando se cansan; se piran, así, sin más. Así que este año tengo dos opciones: volverme un chico malo, o conseguir enamorar lo suficiente a alguna chica como para que quiera ser mi novia aun sabiendo que soy un pringado.

Pasamos por su lado antes de subir las escaleras, y me dedica una sonrisa coqueta que me dice mucho más que cualquier palabra. Me saluda con la mano, que tiene llena de anillos, y sonrío cuando veo el color rojo que pinta cada una de sus uñas.

—Hasta luego, preciosa. —Le echo un vistazo de arriba a abajo y le dedico una sonrisa antes de seguir mi camino, junto a mis amigos, hasta la planta de arriba. Escucho un suspiro entrecortado cuando la dejo atrás, y mis amigos empiezan a torturarme con sus bromas hasta que llegamos a clase.

Bella

Tengo la boca seca y la visión algo borrosa. Camino a trompicones en dirección al cuarto de baño, donde planeo quedarme encerrada durante todo el descanso, como siempre he estado acostumbrada a hacer.

Siempre ha sido mejor la soledad y oscuridad de un cubículo, que las burlas y el vacío de mis compañeros. Y aunque de momento, todos han sido demasiado amables conmigo, prefiero estar sola de verdad, a sentirme así rodeada de personas que no quieren estar conmigo.

Intento distraer la mente, con los auriculares puestos y la música a todo volumen. La gente se reiría de mí si se enterara que sigo escuchando al grupo de música de mi plena adolescencia, el mismo que con sus canciones, me ayudó a sanar y a seguir adelante sin ni siquiera ser ellos conscientes del poder de la música.

Bajo el volumen cuando veo la puerta del baño a tan solo unos metros de distancia y sigo con la mirada clavada en el suelo, concentrándome en seguir el movimiento de cada uno de mis pasos.

—¡Pero mira quién ha conseguido salir de su cueva! —Una voz chillona que conozco a la perfección hace que frene en seco. Me giro con los auriculares ya en la mano, y me encuentro con Megan, Kate y una chica rubia que no conozco.

Enseguida mi cuerpo reacciona tensándose. Siento un pequeño pinchazo en el pecho, pero lo ignoro y finjo una sonrisa.

—¿Qué quieres, Megan? —consigo decir, aunque mi voz suena más quebrada de lo que me gustaría.

—No seas desagradable, Bella —escupe—. Solo quería saludar a una vieja amiga.

—Tú y yo nunca hemos sido amigas.

Pum. Pum. Pum.

Siento mi corazón latir desbocado, casi sintiendo los propios latidos en mis oídos y garganta.

—Qué desagradecida —murmura, con su habitual cara de asco—. ¿Qué te ha pasado? ¿Te deprimiste mucho por ser una inútil y repetir curso, que te dedicaste a comer a escondidas? Menuda subida de peso, amiga. Se te marcan las lorzas aun con esa camiseta tan fea que llevas puesta.

—Déjame en paz —titubeo. Me giro de nuevo, pero cuando estoy a punto de echar a correr hasta el cuarto de baño, me agarra del brazo y se planta frente a mí.

—¿Es que ya se te ha olvidado todo lo que te enseñé? —Su pregunta me estremece. Todo se vuelve borroso a mi alrededor. Siento que ahora mismo, solo estamos ella y yo. Los demás han pasado a un segundo plano. Las voces y el barullo, se quedan a lo lejos, y en mi cabeza, solo puedo repetir una y otra vez la pregunta tan envenenada que acaba de lanzarme.

—Déjame —me zafo de su agarre y salgo corriendo. Me siguen hasta el cuarto de baño y, cuando se aseguran de que estamos solas, cierran la puerta y me llevan a rastras hasta el espejo. Megan me sujeta por el pelo y Kate por la camiseta.

—Esto es en lo que te has convertido sin mí. —Me fuerza a mirarme en el espejo. Las lágrimas caen por mis mejillas de forma descontrolada, aunque me estoy esforzando por reprimirlas.

Me quedo inmóvil; no puedo evitarlo. Aunque tengo mucho carácter, me vuelvo pequeñita cuando estoy con personas de mi edad, hasta el punto de parecer que no tengo personalidad alguna. Y es mucho peor, cuando esas personas, son tan malas como Megan y sus amigas y me han hecho tantísimo daño como ellas,

No soy capaz de reaccionar cuando me dan un fuerte tirón en el pelo que acaba por lanzarme al suelo. Reprimo un grito cuando mi cuerpo choca contra las baldosas frías. Veo todo borroso. No sé qué está pasando. Las chicas también están borrosas. Solo escucho sus risas, y las siento cada vez más dentro de mí.

Sé que se acaban de marchar porque las risas han cesado y acabo de oír la puerta del baño cerrarse de nuevo, pero me quedo quieta, tumbada en posición fetal y llenando el suelo de lágrimas, sintiendo que no he aprendido nada en estos años, que soy la misma niña a la que torturaban cada día en el colegio, solo que ahora, han pasado muchos años y, en lugar de defenderme y hacerles saber que no les tengo miedo y que no pueden volver a hacerme daño, vuelvo a hacerme pequeña frente a ellas.

El monstruo que vive en mi cabeza vuelve a ganar.

CAPÍTULO 18

Bella

—Callaos, que ya sale —escuché decir a mi amiga en cuanto salí del cubículo del baño.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondió Megan, encogiéndose de hombros. Pero yo sabía que habían estado hablando de mí, porque incluso las había escuchado hacerlo. Fingí una sonrisa y que no me dolieron cada una de sus palabras de desprecio hacia mí, ni tampoco ese «tiene que ponerse a dieta, está gorda» que soltó Kate, y caminé junto a ellas.

—He engordado —dije, antes de que ellas pudieran adelantarse.

—Nos hemos dado cuenta, tranquila —bromeó Kate.

—No sé qué más hacer. Mi hermano me ha dicho que estoy perfecta, que solo soy una niña, y que cuando desarrolle, mi cuerpo cambiará. Y, que incluso si no lo hace, no pasaría nada, porque cada cuerpo es diferente y tenemos que aceptarnos tal y como somos.

—Tu hermano solo quiere que dejes de molestarlo.

—Tu madre sí que piensa en ti —opina la morena.

—¿Pesarme todas las semanas para ver si he engordado es pensar en mí? Sé que no quiere que vuelva a ser una niña con sobrepeso, pero creo que no es normal, ni sano. Me pongo muy triste cada vez que lo hace. Me siento mal por no tener el peso que debería tener.

—Yo también me peso a menudo, no seas dramática. —La voz de Megan capta mi atención por completo en ella—. Míranos. Nosotras parecemos trillizas. Las tres somos delgadas y tenemos un cuerpo bonito. Tú eres la única que desentona en el grupo. ¡Ni siquiera se te marcan las clavículas! ¿Sabes lo que me ha costado que se marque cada hueso de mi cuerpo? Yo también era como tú. Y lo siento pero, si no adelgazas, tendrás que irte con alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—Una gorda que se pase el día comiendo como tú.

—¡No! Yo quiero ser vuestra amiga. Quiero ser como vosotras.

—Pues entonces ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Y qué quieres que haga?

Se encogió de hombros con indiferencia, pero su mirada estaba cubierta de algo oscuro que me pellizcó el estómago.

—Hay formas de adelgazar. Rápidas. —Elevó las cejas con intención—. Efectivas.

—Quiero saberlas —respondí sin pensar, sin ser consciente en el mundo en el que estaba a punto de meterme, hasta el punto de destrozar mi vida y la de todas las personas de mi alrededor.

—¿Estás segura? No son para todo el mundo.

—Pero para mí sí —insistí—. Estoy harta de que todo el mundo se burle de mí por cómo me veo. Quiero ser como vosotras. Quiero que la gente quiera estar conmigo y que me miren sin reírse.

Megan me observó en silencio durante algunos segundos hasta que, finalmente, asintió con la cabeza, en una señal que tomé como aprobación.

—Vale. ¿Alguna vez has oído hablar de Ana y Mia?

—No —niego con la cabeza—. ¿Son amigas tuyas?

—Algo así. —Esbozó una pequeña sonrisa que no me gustó nada —. Ana es la que te enseña a resistir el hambre, a ser fuerte y tener el control sobre ti misma. Y Mia, es muy especial porque te ayuda cuando te pasas y acabas comiendo de más.

—¿Pero son personas reales? —pregunté sin entender a quiénes se estaba refiriendo, ya que no conocía a nadie con esos nombres.

—No, tonta. Son nombres clave entre nosotras, entre las princesas.

—¿Y en qué consiste? ¿Qué hay que hacer? ¡Enséñame!

Megan miró a Kate antes de volver a clavar sus ojos avellana en mí.

—¿Estás segura? Recuerda que una vez que entras en esto, no hay vuelta atrás, no volverás a ser la misma. Y salir, no es tan fácil como entrar.

Asentí de forma efusiva, emocionada por encontrar una solución a mi cuerpo, sin ser consciente de que no había ningún problema con él, sino que el problema estaba en mis amigas y en todas las ideas que me habían estado metiendo en la cabeza.

En lo único que llevaba razón Megan, es que una vez que entré en ese mundo, nunca volví a ser la misma.

Mi estómago gruñía desesperado, pero apreté la mandíbula y me mantuve firme. La infusión que tenía entre mis manos quemaba demasiado, y no solo por el calor que emanaba de la taza, sino por el motivo oculto que tenía tras haberme aficionado a tomar té, cuando antes lo odiaba. Pero ahora me gustaba, porque era una forma de ayudar a mi cuerpo a aguantar un poco más.

Aprendí a contar las calorías de cada comida y las anotaba en la libreta que Megan me había regalado; una de una mariposa de color morado. Todos los días le enseñaba mis notas y aunque la mayoría de las veces me felicitaba y se ponía muy contenta, otras, sin embargo, se enfadaba conmigo y me ridiculizaba delante del resto de nuestras amigas.

Estaba contenta porque por fin había conseguido bajar de peso. Mi hermano estaba preocupado, porque no comía tanto como antes. Yo solía mentirle a menudo. Y no me gustaba nada hacerlo. Mi madre también me hacía preguntas. Y yo le respondí que me dolía la cabeza. Y es cierto, me dolía la cabeza casi todos los días.

Megan me dijo que ya casi soy como ellas, pero que tengo que esforzarme un poco más. Yo sonrío y oculto mi dolor en mí misma. Nadie tiene por qué preocuparse. Yo sabía que mi amiga me dijo que una vez que entras en este mundo, no habría vuelta atrás. Pero yo solo había empezado para perder unos cuantos kilos. Y estaba segura de que cuando entrara de nuevo en mis pantalones favoritos, ya no necesitaría la ayuda de Ana y Mia, porque me sentiría bien de nuevo. Esto solo era una pequeña ayuda, pero no me convertiría en una obsesionada como Megan, eso lo tenía muy claro.

En estos dos meses, perdí mucho peso. Eric decía que demasiado, y le pedía constantemente a mis padres que me llevaran al médico. Mi padre estaba demasiado ocupado como para hacerle caso y, mi madre, encantada con la idea de por fin no tener una hija con sobrepeso.

Pero los kilos no fue lo único que perdí en este tiempo. También perdí la energía, la fuerza, la concentración, las ganas de hacer cosas, mi esencia y hasta mi propia risa.



Empecé a escribir en mi diario, como acostumbraba a hacer casi todos los días. Quería contarle que había vuelto a perder peso, y que, en teoría, debería estar contenta por ello. Pero, por algún motivo, no lo estaba. Sentía que todavía no era suficiente.

Mi estómago rugió de nuevo. El trozo de pan que me había preparado Eric para merendar, me miraba desde el otro lado del escritorio, como si estuviera burlándose de mí y de la poca fuerza de voluntad que tenía en estos momentos.

Me dolía la cabeza y el estómago. Me sentía débil, cansada y muy mareada. Las manos me temblaron cuando las acerqué al plato.

Solo sería un bocado. Con un bocado sería suficiente para aguantar.

La voz en mi cabeza me pedía que no lo hiciera, que no perdiera todo lo que había ganado hasta ahora, que no fuera débil.

Resiste.

Sé fuerte.

No lo hagas.

Pero no pude.

Las lágrimas se deslizaron por mi rostro después del primer bocado, al que siguieron muchos otros, cada vez más ansiosos y rápidos, sin ni siquiera darme tiempo a deglutir un trozo antes de morder el siguiente.

Mi estómago no sentía el alivio que debería sentir después de tantas horas sin comer. Ahora solo sentía culpa y pesadez, mucha pesadez. Como si cada miga de pan pesara miles de kilos.

Arréglalo, haz algo.

La voz en mi cabeza se parecía demasiado a la de mi amiga Megan.

Corrí hasta el cuarto de baño, me puse de rodillas, abrí el inodoro y metí un par de dedos en mi boca, hasta rozar mi garganta, provocándome una arcada, tal y como me había enseñado a hacer mi amiga y tal y como enseñaban las páginas de internet.

Cuando terminé, me miré en el espejo. Me costaba reconocer mi reflejo.

Sentía mi garganta ardiendo. Mi rostro estaba empapado. Mis ojos, rojos y aguados. Y mis labios, hinchados y con resto de vómito en la comisura de los labios.

Debería sentirme como Megan siempre decía que se sentía después de hacer esto.

Pero no me sentía ligera como una mariposa.

No me sentía fuerte. Ni tampoco poderosa.

Me sentía rota.

———♥♥♥———

—¿No piensas comer nada? —preguntó Megan, antes de dar otro pequeño bocado a su bocadillo.

—No tengo hambre.

—¿Otra vez estás igual? —Puso los ojos en blanco—. Te estás obsesionando demasiado.

¿Y me lo decía ella? La chica que tan solo quería guardar las apariencias, pero que en cuanto terminaba su desayuno, iba corriendo al cuarto de baño a desprenderse de su vulnerabilidad.

—¿No era esto lo que querías? Que fuera como vosotras.

—Sí —respondió como si nada—. Pero eres demasiado intensa. Nadie te pidió que lo hicieras así. Se supone que solo ibas a perder unos kilos, y no dejas de adelgazar.

—¿Y ahora eso también es malo?

En ese momento me di cuenta de que mi cuerpo no tenía nada que ver. Yo nunca sería suficiente para Megan, daba igual mi talla o el número que marcara el peso cada vez que me subiera en él.

———♥♥♥———

—No, no estás bien, Isabella —reprimió Eric—. No es normal que te desmayes en medio de la clase. Ni tampoco es normal que parezcas un cadaver. Ni que te encierres en el baño a escuchar música después de cada comida.

—Eric.

—No, cállate —me interrumpió—. Estoy preocupado por ti. Te he estado observando todo este tiempo. Pensé que se te pasaría, pero veo que no. Bella, no es normal que sientas miedo o ansiedad por comerte una puñetera manzana.

No contesté. No pude hacerlo. En mi garganta se formó un nudo tan grande que me resultaba imposible tragar.

—No estás sola. Sé que no podemos contar con papá y mamá. Pero estoy aquí contigo, siempre lo voy a estar. Y voy a llevarte al médico, ¿vale?

—No necesito ir a ningún médico, porque no estoy enferma.

CAPÍTULO 19

Bruno

El cielo está encapotado cuando salgo del campus, con un tono gris que ya ni siquiera me sorprende ver. Cruzo los diferentes edificios, y voy echando un vistazo a mi alrededor mientras camino hasta la zona de la biblioteca, donde he quedado con Bella. Las grandes cristaleras, me dejan entretenerme cotilleando un poco lo que hace el resto de alumnos desde el interior. He dejado el pabellón deportivo a lo lejos, en el otro extremo del campus, donde he estado entrenando un par de horas después de terminar mi clase.

Eric tenía una reunión importante, así que no ha podido recoger a Bella, que ha insistido en quedarse leyendo en la biblioteca hasta ahora. Su hermano no ha puesto ningún impedimento en que la acerque a casa con mi moto, y mucho menos, con contentarla y dejarla durante horas leyendo. Aunque Isabella no está cómoda en sitios públicos, estoy seguro de que ha disfrutado perdiéndose entre las páginas de algún libro.

Hay zonas llenas de verde, con grandes árboles que con sus sombras nos protegen de los pocos días de sol que hay en esta ciudad, y con mesas de madera al aire libre, donde nos podemos sentar a comer, a estudiar o simplemente a echar el rato, y es donde pasé la mayor parte del curso pasado.

Sonrío de forma instantánea cuando veo a Bella frente a la puerta de la biblioteca. Lleva el bolso colgado por el hombro, y lo sujeta con fuerza con una de sus manos.

Se abalanza hacia mí, prácticamente sin dejarme margen de reacción, y me rodea el cuello con sus brazos, aferrándose a mí con fuerza. Doy un paso hacia atrás por el impacto del choque de nuestros cuerpos, y la sujeto con fuerza por las caderas para evitar que se tambalee y caiga al suelo.

Inhalo su aroma. Dulce y floral a la misma vez. No distingo ninguno de los componentes de su perfume, nunca he sido capaz de hacerlo en todo este tiempo. Lo único que sé es, que es un aroma tan embriagador, que podría reconocerlo en cualquier parte del mundo, y que cada vez que estamos juntos, se queda impregnado en mi memoria.

—Veo que me has echado de menos —bromeo y escucho una risita por su parte, cuando su cuerpo vibra ligeramente contra mi pecho.

—He visto a Megan. —Se separa de mí y me mira. Asiento con la cabeza, y dejo que continúe hablando. No quiero interrumpirla. Prefiero que se desahogue todo lo que necesite—. Ha sido horrible. —Sus ojos están rojos y todavía algo aguados. Vuelvo a acercarla a mí y la abrazo con fuerza—. No quiero volver nunca más. No quiero tener que cruzarme con ella. Ni con nadie —susurra contra mi pecho.

—Tranquila —le acaricio el pelo con una de mis manos—. El campus es muy grande, y no tienes por qué volver a cruzarte con ella.

—Claro que voy a volver a cruzarme con ella, porque está loca, y es capaz de seguirme a cualquier parte.

—¿Te ha dicho o hecho algo?

Se produce un silencio que me responde por sí solo a la pregunta. Suelto un gran suspiro.

—No volverá a pasar.

—Eso decís siempre.

—Estoy aquí contigo. Y mientras esté a tu lado, no permitiré que te pase nada malo. A partir de ahora, te vienes conmigo en los descansos. —Le rodeo el cuello con uno de mis brazos y la acerco a mí. Comenzamos a caminar agarrados, como hacemos normalmente. Es algo que ya nos sale solo y de forma natural, y la verdad es que me gusta.

—De eso nada. No pienso ser una carga para ti también en la universidad. Paso.

—Primero, no eres una carga para mí en ninguna parte. Sabes que eres mi mejor amiga, y que me encanta pasar todo el tiempo del mundo contigo. Y segundo, no pienso volver a dejarte sola.

—No es tu obligación vigilarme… yo…

—No es mi obligación, es lo que quiero hacer. Y te lo repito, no quiero vigilarte, quiero estar contigo.

—Vale.

Llegamos hasta los aparcamientos, donde tengo estacionada mi moto. Es de un color gris oscuro, y está bastante desgastada y con más arañazos de lo que me gustaría, pero la cogí de segunda mano en cuanto empecé la universidad el año pasado. Era lo único que me podía permitir y no quería pedirle más dinero a mis padres, así que elegí esta moto y la verdad es que, aunque las hay mejores, no me arrepiento. Me encanta perderme con ella en medio de cualquier parte, la forma en la que el motor ruge como la primera vez que la arranqué, la adrenalina que siento cada vez que aumento la velocidad.

Me pongo el casco y le doy el suyo a Isabella, que no tarda demasiado en ponérselo también, aunque con algo más de dificultad por el volumen de su pelo.

—Deberías hacerte una coleta.

—Y tú deberías traer un peine. Se me enreda muchísimo el pelo con el viento y el casco puesto.

—¿Alguna cosa más? ¿Un refresco para beber por el camino?

—Prefiero una botella de agua. Y fría. Sabes que no me gusta el agua a temperatura ambiente.

—Lo tendré en cuenta. Ahora, sube. Tu hermano no deja de enviarme mensajes. Creo que se piensa que te he secuestrado.

Nos subimos en la moto, y una vez que mi amiga me tiene rodeada la cintura con sus delgados brazos, arranco y de repente el sonido del motor llena todo el aire, dejando con su ruido, en un segundo plano todo lo demás. Incluso lo nervioso que me pone la cercanía de Isabella.

Bella

Estoy nerviosa. Mi hermano nos ha citado a los dos en casa. Y como sea por una tontería, después del día tan espantoso que he tenido hoy, pienso arrancarle los pelos uno a uno.

—¡Ya estamos aquí! —grito en cuanto Bruno cierra la puerta de entrada, justo detrás de mí. Me giro y me pongo de puntillas, acercando mi rostro al suyo—. ¿Se nota que he llorado?

—Un poco. —Trago saliva cuando veo que sus ojos están clavados en mis labios. Me doy cuenta de que estamos demasiado cerca y retrocedo un paso hacia atrás—. Pero está bien. Siempre estás llorando, no tiene por qué darse cuenta de que te ha pasado algo.

—Qué gracioso. —Le doy un manotazo en el hombro y suelta una pequeña carcajada.

—¿De qué cuchicheais tanto vosotros dos? —La voz de mi hermano nos interrumpe. Pongo los ojos en blanco y me acerco para darle un beso en la mejilla—. ¿Cómo ha ido el primer día? —Resoplo cuando me doy cuenta de que está mirando a Bruno, esperando una respuesta por su parte; una de esas miradas que los dos son capaces de echarse y en las que se cuentan tantas cosas sin que los demás nos demos cuenta. No sé cómo lo hacen, pero están demasiado compenetrados. A veces, siento que son ellos los que parecen hermanos.

—Ha ido bien —termino contestando yo.

—¿Seguro?

—Pues claro. Y ahora dime, ¿qué es eso tan importante que tienes que decirnos? Me estás quitando minutos de lectura.

—Tus libros pueden esperar. Venga, poneos cómodos y venid al salón. Os espero —dice antes de desaparecer de nuestra vista y adentrarse en la sala.

—¿Tú sabes algo? —le pregunto a mi amigo cuando comenzamos a subir las escaleras.

Se limita a encogerse de hombros, lo que me da a entender que sabe bastante más que yo, lo que a su vez, me pone de los nervios. Odio ser la última en enterarme de las cosas.

—Dame una pista. ¿Es algo malo? ¡Seguro que es algo malo!

—Depende de para quién. —Suelta una risita. Yo sigo sin entender nada. Entro en mi habitación, seguida por él, y dejo el bolso y los zapatos tirados por el suelo.

———♥♥♥———

—Bueno —empieza mi hermano a decir—. Ya sabes que Janelle y yo nos hemos prometido.

—Claro que lo sé. Lo vas gritando a los cuatro vientos cada cinco minutos.

En lugar de ofenderse, me sonríe como un tonto. Es increíblemente molesto lo enamorado que está de esa chica.

—Sabes que ella vive en Francia.

—Sí.

—Y que tiene a Sophie allí, por lo que no se puede mudar, y menos ahora, con lo mal de salud que está Pauline.

—Sí.

Sophie es la hija de Janelle, que a su misma vez, es mi sobrina. Todavía no la conozco en persona, aunque hemos hecho múltiples videollamadas. Es una niña encantadora y, aunque yo al principio me moría de la vergüenza y no hablaba demasiado, ella se encargaba de hablar por las dos, lo que hacía mucho más fluidas y cómodas nuestras llamadas.

La historia de esta niña es todo un drama. Mi hermano Ethan se hizo pasar hace años por mi hermano muerto, Brad. Tuvo una relación tóxica y abusiva con Janelle, que tan solo era una niña de quince años por aquel entonces. La dejó embarazada y se largó. Ella cayó enferma y dio a la niña en adopción. La niña vive feliz con su madre, Pauline, quien la ha criado y cuidado todo este tiempo. Pero siempre ha pasado mucho tiempo con Janelle y además, adora a mi hermano. Tiene una obsesión muy extraña con él, pero es bastante adorable verlos juntos.

Ahora que Pauline está enferma, la niña pasa más tiempo con Janelle. Creo que empiezo a entender por dónde van los tiros, y la cara de preocupación de mi hermano, me lo confirma.

—Me voy con ella. Necesito estar con Sophie. Está sufriendo mucho por Pauline y con todos los cambios que está pasando en su vida.

—¿Y no crees que la vas a confundir más si también la obligas a pasar por un nuevo cambio con tu llegada?

—Pauline va a morirse, Bella. Es como una hermana para Janelle, y es quien ha cuidado de Sophie todo este tiempo. Necesito estar con ella. En cuanto todo se calme un poco, volveré. Nuestra idea es vivir aquí en Londres.

—Osea que me vuelves a dejar sola. Fantástico. Por tu querida novia, otra vez. ¡Y por una niña que apenas conoces!

—No te pases, Isabella —advierte, en tono serio—. Esa niña es tu sobrina también.

—Perdona por no conocerla. Mi hermano, el fugitivo mayor, no me avisó que había dejado embarazada a ninguna chica. Y ahora no le puedo preguntar, ¡porque también está muerto!

—Isabella. —La voz de Bruno consigue calmar un poco mis pulsaciones. Apoya la mano en mi pierna, que hasta ahora estaba moviendo de forma descontrolada por culpa de los nervios.

—No quiero que te vayas —es lo único que consigo decirle a mi hermano, entre sollozos. Sus ojos se llenan de lágrimas, y veo en ellos la lucha interna que tiene ahora mismo en su interior—. No quiero volver con mamá y papá. No ahora.

—No tienes por qué volver con ellos. Papá está ocupado con sus cosas. Y mamá, bueno, ya sabes cómo está mamá.

—Sí, lo sé.

—Puedes quedarte aquí. Esta también es tu casa. Me han dado su consentimiento.

—Oh, qué amable por su parte.

—Y no estarás sola.

—¿Ah, no? ¿Piensas traer un perro para que me haga compañía?

—Pues más o menos —contesta en tono burlón, mirando a la persona que tengo sentada a mi lado—. Compartirás casa con Bruno.

—¿Qué? —Le miro y asiente sonriente—. ¿Y tú piso de estudiantes? —pregunto en esta ocasión, con la mirada fija en mi amigo.

—Han subido demasiado el precio, y con todo lo que está pasando ahora mismo mi familia con el tema de mi padre, no podía permitirme seguir pagándolo. Necesito ese dinero para otras cosas.

Por supuesto que Eric no iba a dejarme viviendo sola. Necesito un guardaespaldas las veinticuatro horas del día, vigilando que no vuelva a fallar, claro que sí.

—¿Esta es tu forma de mantenerme vigilada? ¿En serio?

—Pues sí. Y además, en buena compañía. Confío en Bruno. Te cuidará como te mereces durante el tiempo que esté fuera.

—No necesito que me cuiden.

—No empieces, Isabella.

—Pues no me llames Isabella.

—Estás actuando como una niña inmadura de nuevo.

—Y tú como un egoísta.

—¿Egoísta yo? —Suelta una falsa carcajada—. Egoísta yo —repite para sí mismo, negando con la cabeza—. Ni siquiera voy a contestarte. Prefiero que reflexiones por ti misma en tu comportamiento, y en lo que acabas de decirme. —Se levanta del sofá y lanza el cojín, que tenía apoyado hasta ahora en su regazo, de malas formas—. Me voy en un par de días. Bruno se muda mañana. Cuando se te pase el berrinche de niña pequeña, me buscas en mi despacho y hablamos.

Se marcha, dejándome a solas con Bruno en el salón. Me acomodo y lo miro directamente a los ojos.

—Sácame de aquí. —Mi voz suena débil, pero no me importa mostrarme vulnerable con Bruno.

—Eso está hecho —responde antes de levantarse del sofá.

———♥♥♥———

Cuando le dije a Bruno que me sacara de casa, pensé que me acompañaría a dar una vuelta por el barrio, no que me traería al

Horizon 22.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto cuando salimos del ascensor que nos ha dejado en la planta a la velocidad de la luz; ha subido tan rápido, que no he podido agobiarme, porque ni siquiera me he dado cuenta de que estábamos ascendiendo hasta que las puertas se han abierto.

—Pensaba darte una sorpresa y traerte el fin de semana, ya sabes, para celebrar tu primer día de universidad, pero he conseguido que nos dejaran entrar hoy —responde, con las manos metidas en los bolsillos y la mirada en sus zapatillas de deporte.

Doy un par de pasos hacia delante y me pierdo en las maravillosas vistas que tengo frente a mí. Los ventanales ocupan casi toda la pared, desde el suelo, hasta el techo. Desde aquí, la ciudad parece otra. Puedo ver el London Eye, girando despacio junto al río Támesis, y los edificios más importantes de todo Londres, que parecen diminutos desde tanta altura, reflejan la luz anaranjada del atardecer.

Siento un escalofrío cuando vislumbro la distancia que tenemos del suelo, al sentir toda la ciudad de Londres bajo mis pies.

—Estamos a más de doscientos cincuenta metros de altura —murmura el muy idiota.

—Gracias por los ánimos. Sabes que me dan miedo las alturas y me traes a un puñetero rascacielos.

—El más alto de toda Europa.

Le doy un manotazo en el brazo y suelta una carcajada.

Algunas personas a nuestro alrededor hacen fotos y hablan casi a susurros, creo que nosotros somos los que estamos utilizando el tono de voz más alto, y casi llamando la atención del resto.

—Vamos a sentarnos —murmura, señalándome uno de los bancos con la mirada—. Te has pasado —es lo primero que me dice cuando estamos ya sentados, con las vistas panorámicas de toda la ciudad frente a nosotros.

—Ya lo sé.

—Tu hermano solo quiere lo mejor para todos. Se ha estado desviviendo por ti todo este tiempo, y también merece pasar tiempo con mi prima. Llevan mucho tiempo distanciados. Y ahora está todo el tema de Pauline… Sabes lo mucho que quiere Eric a Sophie. Y deberías comprender mejor que nadie lo sola que se va a sentir esa niña cuando no tenga a su madre dentro de poco.

—Lo sé —respondo en un suspiro—. Tú sabías todo esto, ¿no? Por eso estás tan tranquilo.

—Sí. Lo sé desde hace semanas.

—¡Y no me has dicho nada!

—Se supone que era una sorpresa, pero no te ha hecho demasiada ilusión la idea de vivir conmigo.

—Sí me hace ilusión. Aunque si te soy sincera, me da algo de miedo.

—¿Por qué?

Sus ojos turquesas me observan con atención, lo que me empieza a poner de los nervios. Siempre que estamos tan cerca y Bruno me mira así, acabo con taquicardias.

—Porque vamos a pasar demasiado tiempo juntos, y puede que te canses de mí.

—Nunca me cansaría, Isabella. Podría tenerlo todo de ti y, aun así, nada sería suficiente contigo.

CAPÍTULO 20

Bruno

El silbato suena por última vez, marcando el final del entrenamiento de esta tarde. El sol ha empezado a caer, coloreando el cielo de naranja suave que se fusiona con finas líneas rosadas.

Me seco un poco el sudor de la cara con el dobladillo de mi camiseta. El resto de mis compañeros caminan sudorosos a mi alrededor, cruzando el campo con las camisetas mojadas pegadas al pecho y los botines sucios, llenos de tierra.

Hoy hemos tenido un entrenamiento intenso, ya que este sábado es el primer partido de la temporada, y jugamos contra el equipo de otra universidad muy importante de la ciudad, y son bastante buenos. El año pasado, nos dieron varias palizas sobre el campo.

—Muy bien hoy, chicos —nos anima el entrenador Grayson—. Ya sabéis que ganar a nuestro rival del sábado no será nada fácil, pero si jugáis como esta tarde, tenemos posibilidades. —Toma una pausa y nos clava sus ojos grises uno a uno—. Esto no quiere decir que os tengáis que confiar. Tenéis que darlo todo este sábado, si no queréis recibir una paliza. Y no hablo del equipo contrario. —Nos guiña un ojo antes de dar media vuelta, con los brazos cruzados sobre su espalda—. Y ahora, daros una buena ducha, ¡apestáis!

—Sí, señor —gritamos todos al unísono, haciéndole poner los ojos en blanco. No le gusta que le llamemos señor, dice que es demasiado joven para eso, aunque en el fondo, todos sabemos que le encanta, porque le hace sentir importante.

Corremos hasta la zona de los vestuarios y una vez allí, se desata el caos: camisetas por los aires, ropa por el suelo, un olor a sudor bastante desagradable mezclado con el aroma del champú, toallas a medio doblar —mas otras tantas tiradas también por el suelo—, acompañados de gritos y risas.

—¿Todo bien? —le pregunto a Charlie, que acaba de sentarse en el banco, con los codos apoyados sobre sus rodillas.

—No sé si estoy hecho para esto —responde cabizbajo—. No sé jugar bajo presión.

—Eh, fuera el drama —le regaña Mason, sentándose a su lado. Yo cojo una botella de agua y se la lanzo. Le vendrá bien hidratarse un poco.

—Estoy agobiado. Hoy he jugado fatal. No he conseguido hacer ni un solo pase, y para una vez que había conseguido tener el balón… —Suspira y se pasa las manos por el pelo.

—Todos fallamos alguna vez, y no todos los días tenemos por qué dar el cien por cien en el campo —declaro.

—Tú pareces dar siempre el cien por cien. No sé cómo lo haces, pero siempre estás a tope en los partidos —exhala el pelirrojo.

Me obligo a sonreír. Y me encojo de hombros, intentando parecer despreocupado, como si el comentario de mi amigo no acabara de estropearme lo que queda de tarde.

La camiseta del equipo, en la que tengo bordado mi apellido, empieza a pesar, y ya no es solo por el sudor, sino por la culpa que siempre me acompaña. Me la quito de una vez y la lanzo al contenedor de ropa sucia. Cojo mis cosas y me dirijo a la zona de las

duchas, dejando a mis dos amigos atrás, sin entender muy bien el motivo de mi reacción.

Me desnudo por completo y me encierro en una de los cubículos. Abro el grifo y dejo que los chorros de agua fría despejen mi cabeza, y me ayuden a dejar de pensar tanto en mi propio fracaso.

La energía y las jugadas que todos admiran. Mi destreza en el campo. Mi ilusión. Mi talento. Todo es una fachada. Porque yo mismo lo soy.

Empecé a tomar pastillas antes de los partidos hace más de un año. Siempre he sido un chico inseguro, nunca he confiado en mí mismo ni mis habilidades, y Gaston me pilló bajo de ánimos el día que me las ofreció por primera vez. Ese imbécil sabía perfectamente lo mal que estaba después de que mi padre me humillara delante de todos mis compañeros después de un mal partido. Bueno, uno en el que no jugué como él esperaba que lo hiciera.

Me sentía destrozado, como siempre que terminaba de jugar. Desde pequeño, cada partido mal jugado, era motivo de una buena reprimenda por su parte, y de humillarme delante de todos mis amigos, sin importarle un poco mis sentimientos. Él siempre ha exigido de mí perfección y nunca se ha conformado con menos, pese a que debería de saber que soy humano, y que es imposible hacerlo bien todo el tiempo.

Así que un día, cedí a la propuesta de Gaston, y acabé comprándole esas malditas pastillas. Solo sería una vez. Solo una. Quería sentir la aprobación de mi padre una vez más, después de tantos años. Pero se acabó convirtiendo en una rutina en cada partido importante y ahora, no soy capaz de parar.

El miedo de convertirme en la persona fracasada que mi padre me ha dicho siempre que acabaría siendo en el futuro, me ha convertido en una persona aún peor.

Y cuanto más me admiran mis compañeros, más me odio a mí mismo por ello.

———♥♥♥———

Entro en casa y dejo las llaves en el pequeño mueble de la entrada. Todo está en silencio en la planta de abajo, aunque se escucha de forma lejana la melodía de la canción que está escuchando Isabella desde su habitación.

Todavía no me hago a la idea de vivir en esta casa, con mi mejor amiga, y ya han pasado más de dos semanas. La verdad es que nos estamos apañando bastante bien con las tareas del hogar, y la convivencia, de momento, no podría ser mejor. Nada se siente forzado entre nosotros, sino natural, como si estuviésemos hechos precisamente para estar junto al otro.

Subo la escalera hasta llegar a la segunda planta y me acerco a la habitación de Isabella, que tiene la puerta entreabierta. Me asomo y sonrío al verla pintar en su caballete, con el ceño fruncido y mordiéndose la lengua, con la punta fuera de la boca, como siempre hace cuando está concentrada en algo.

Tiene la cara y la sudadera manchada de pintura, como si cada trazo hubiera querido quedarse también grabado en ella. El escritorio está lleno de bocetos sin terminar, algunos arrugados y otros hechos una bola de papel, de los que seguro ha querido desprenderse porque piensa que no son lo suficientemente buenos.

Su atención está frente al gran lienzo que hay frente a ella, sujetado por un caballete, y en lo que está dibujando: una jaula abierta de la que se escapan cientos de pequeñas mariposas de color morado, que parecen volar más allá de los bordes del cuadro.



Mueve el pie al ritmo de la música —que no puede ser otra que una de One Direction, su banda favorita aun después de tantos años —, y desliza el pincel con una soltura y destreza que resultan abrumadoras. Parece que no necesita pensar, que el arte fluye solo a través de sus dedos. Bella tiene un talento innato para esto. Ojalá fuese consciente del poder que tiene en todo lo que hace, de la magia, sensibilidad y amor que transmite todo lo que hace. Sin duda, ha nacido para crear.

Me acerco un par de pasos más hacia ella y es entonces cuando nota mi presencia, y da un pequeño salto sobre su asiento, soltando un grito ahogado y llevándose la mano al pecho.

—¡Qué susto, Bruno! —Se inclina hacia adelante, y pausa la música desde su tablet, que está apoyada sobre el escritorio.

—Perdona, es que estabas tan concentrada dibujando, que no quería interrumpir.

—Sabes que no me gusta que veas lo que dibujo. —Se levanta del sitio y le da la vuelta al lienzo, dejándome ver de nuevo la pieza en blanco.

—¿Por qué? Tienes mucho talento.

—Eso no es verdad.

—Ojalá algún día seas capaz de ver lo valiosa que eres y el talento natural que tienes —suspiro.

—Anda ya —se queja, cerrando el tapón de los tubos de pinturas y guardandolos en sus respectivas cajas. Cojo la paleta en la que ha mezclado los diferentes colores, y me mojo el dedo con la fusión de morados, antes de darle un toque en la nariz, coloreándola de color lila—. ¡Oye! —me regaña, antes de mancharse la mano de pintura y restregarme la mezcla por la cara.

—Eres una bruta —le digo entre risas—. Yo solo te he dado un toquecito. Además, ya tienes toda la cara pintada, no sé si te

pensabas que eras el lienzo.

—Pues sí, me voy a pasar al body painting.

—Me ofrezco voluntario para que me pintes.

Me mira con los ojos bien abiertos, todavía con la paleta de color en la mano. Parpadea varias veces, sin decir nada, y es entonces cuando me doy cuenta de lo que acabo de proponer.

—Era broma, eh. —Me revuelvo el pelo con las manos.

—No te preocupes, te avisaré en el caso de que necesite un modelo en el que plasmar mi arte.

Sonríe, y atisbo en su rostro un gesto burlón, que hace que mi cuerpo se relaje y mis músculos vuelvan a destensarse. Tiene el rostro redondeado, y unas mejillas suaves y prominentes, que están bañadas en diferentes tonos de la paleta de color. Su cara nunca me había parecido tan artística como ahora, siendo el lienzo de todos los colores que pintan su rostro de vida y alegría, a diferentes toques y pinceladas.

—Deberías lavarte la cara. Estás hecha un cuadro. —Suelto una carcajada.

—Deberías mirarte en el espejo y mirarte la cara antes de hablar de la mía. Pareces Shrek.

—¿Esa es tu forma de pedirme que tengamos noche de peli, manta y maratón de la mejor película de animación en la historia cinematográfica?

—No debería haberte puesto la película nunca. Por tu culpa la estoy aborreciendo.

—Soy yo el que se sabe los diálogos ya de memoria. ¿Te recuerdo que cada vez que estás triste me obligas a verla contigo?

Se encoge de hombros.

—Eres demasiado bueno como para decir que no a algo.

—Es imposible decirte que no a algo, Isabella—murmuro—. Voy a lavarme la cara. Espérame aquí. Tengo algo en mi habitación para ti.

—¿Qué cosa?

—Es una sorpresa.

—¡No me gustan las sorpresas!

—Esta te va a encantar —digo en medio de una sonrisa.

Salgo de la habitación y voy hasta el cuarto de baño, donde me lavo la cara hasta eliminar de mi piel cualquier rastro de pintura.

Una vez dentro de mi habitación, rebusco entre los cajones hasta dar con el paquete que lleva escondido unos días, escondido entre mis cosas para que el pequeño terremoto que tengo por amiga, no lo descubriera antes de tiempo.

Saco el paquete con forma rectangular, envuelto por un papel de regalo con un estampado de flores de cerezo, sus favoritas. Vuelvo a cerrar el cajón y me dirijo hacia su habitación de nuevo.

—Toma, es para ti. —Le entrego el regalo y empiezo a sentirme algo avergonzado. Es una tontería y quizás debería de haber esperado a alguna fecha especial para dárselo, pero el otro día, mientras paseaba junto a Mason y Charlie, me crucé con una librería que tenía a una de sus autoras favoritas en el escaparate, promocionando uno de sus nuevos libros, y pensé que le haría ilusión.

—¡Es un libro! ¿A que sí? —chilla eufórica, rasgando el papel sin importarle los quince minutos que estuve intentando envolver el maldito libro—. ¡Es de Andrea Cannelle!

Sonríe. La habitación se ilumina con la luz de su sonrisa.

Mi corazón se acelera.

Los pensamientos y preocupaciones que tenía hasta ahora, se desvanecen. Me siento en paz.

Y feliz. Porque, cuando estoy con Isabella, es imposible no sonreír, y más aún si sé que soy el motivo de su felicidad.

Da igual lo mal que haya ido la jornada, o lo triste que esté el día. Ella siempre me llena de color.

CAPÍTULO 21

Bella

El sonido de la lluvia llena la sala, dibujando finas líneas con cada gota que cae lentamente por el cristal empañado. La luz de los coches y el brillo de las farolas se filtra a través de las cortinas, y se mezcla con la luz tenue de la lámpara de pie que adorna el salón. El aroma del té negro con canela que me ha preparado Bruno inunda toda la sala y el olor me resulta tan cálido y reconfortante, que no dejo de inhalar el humo que sale de la taza, la misma que sujeto entre mis manos, con cuidado de no quemarme.

Bruno se ha servido un refresco, y está sentado junto a mí, en el mismo sofá, dejándome apoyar los pies en su regazo. Cada vez que siento que mis piernas pesan demasiado y hago el amago de apartarlas, las vuelve a colocar en la misma posición. Y no sé por qué, pero cada vez que toca una de mis piernas, siento su piel arder contra la mía, a pesar de las capas de ropa que nos separan.

—¿Te acuerdas de la primera vez que vimos esta película juntos? —me pregunta, después de unos cuantos minutos completamente concentrados en la pantalla del televisor, donde hemos decidido poner Shrek, nuestra película favorita para ver juntos.

—No me podía creer que nunca la hubieses visto —murmuro, negando con la cabeza.

—He crecido con dos hermanas. —Se encoge de hombros—. Me torturaban viendo otra serie de dibujos.

—¿Y tus hermanos pequeños?

—Tampoco la han visto.

—¡No me lo puedo creer! En cuanto vengan de visita, haremos un maratón con todas las películas. Y no acepto un no por respuesta —sigo diciendo, cuando veo que está a punto de replicar.

Me mira sonriente.

—¿Qué pasa? —pregunto al ver su semblante alegre.

—Nada. Me gusta que hagamos planes a medio plazo.

—A mi también. —Doy un sorbo a la infusión y me inclino hacia adelante, hasta dejar la taza sobre la pequeña mesa central.

Volvemos a concentrarnos en la película unos cuantos minutos más, aunque siempre acabamos hablando. Él se queja de vez en cuando de que no le dejo prestar atención a la película, aunque ya se la sabe de memoria, y yo de que es tan gruñón como Shrek a veces y no me deja comentar nada.

Sus manos rozan mis piernas de vez en cuando con suaves y rápidas caricias, como si no estuviera seguro de que fuera una buena idea tocarme. No me aparto. Ni tampoco le digo nada. Tan solo las dejo quietas sobre su regazo, y disfruto de las sensaciones que provoca en mi cuerpo el simple roce de sus dedos.

—Eres exactamente igual que Asno —digo después de un buen rato de silencios y miradas cómplices.

—¡Oye! —se queja. Le lanzo un cojín. No consigue pillarlo, y le acaba dando en toda la cara, lo que me hace estallar en carcajadas.

—Es verdad. No paras de decir tonterías y te crees gracioso.

—Pues tú eres igual que Fiona.

—¿Porque soy una ogra gigante? —Alzo una ceja.

—¡No! Claro que no. Porque eres fuerte. Valiente. Decidida. Y no necesitas que ningún príncipe te rescate, porque eres lo suficientemente capaz de salvarte a ti misma. Es lo que haces constantemente.

Se me forma un pequeño nudo en el estómago. Quizás es por el té. O quizás porque estoy demasiado sensible, no lo sé. Lo cierto es que sus palabras, tienen un efecto extraño en mí.

—Aunque también eres un poco como Shrek.

—No, si ya sabía yo que la cosa iba por lo de ogro…

—Eres un poco ogro, eso es verdad. Sobre todo por las mañanas. —Esquiva el cojín que le acabo de lanzar y se ríe—. Pero también eres dulce y quieres que te quieran, aunque no dejes a nadie hacerlo y te escondas en tu propia armadura. En medio de tantas capas que no dejan a los demás ver la persona tan maravillosa que eres.

—El cumplido es aún más bonito porque mencionas mi película favorita, ¿lo sabías? Eso te hace ganar muchos puntos.

—¿Ah, sí?

—Como mejor amigo, claro.

Me hace algunas cosquillas en la planta de los pies y me retuerzo sobre mi asiento.

—Tienes los pies helados, Isabella. Tápate bien —murmura, arropándome con la manta que nos cubre a ambos.

—Es que tengo un poco de frío.

—Ven aquí, anda. —Extiende uno de sus brazos, dejándome un pequeño hueco, el mismo que no tardo en aceptar, para acabar acurrucada contra su pecho. Me acaricia los rizos con una de sus manos, jugueteando con ellos, mientras que yo, con las manos algo temblorosas, juego con el borde de la manta, intentando concentrarme en otra cosa que no sea lo rápido que me late el corazón ahora mismo. O lo rápido que late el suyo.

La película avanza, pero ya no soy capaz de seguir atenta a la trama. No puedo dejar de pensar en que nuestros cuerpos encajan como si llevaran haciéndolo toda la vida.

—¿Sigues teniendo frío?

—Ya no.

—Pues estás temblando —dice de forma tranquila, mientras me frota el brazo para ayudarme a entrar en calor, aunque no lo necesite desde que estamos tan cerca el uno del otro.

—No es por el frío —me limito a contestar, sin apartar la mirada del televisor. Deja de hacerme caricias de golpe y se acomoda un poco mejor en el sofá. Parece incómodo.

Intento alejarme un poco, pero se aferra a mí con fuerza.

—¡Es la canción! —chillo entusiasmada cuando escucho los primeros acordes de Accidentally in love, con una serie de imágenes de Shrek y Fiona de fondo.

—Otra vez no —dice en tono burlón, tapándose la cara con el cojín cuando me levanto del sofá de un salto.

—Venga, Bruno. Es imposible escuchar esta canción y no tener ganas de cantarla.

—De lo que tengo ganas es de irme a dormir, Isabella. Mañana tengo entrenamiento a primera hora.

—Vamos. —Le ofrezco mi mano y, segundos después, la acaba aceptando a regañadientes.

Cojo el mando del televisor y lo empiezo a utilizar como un micrófono imaginario, intercalando las partes de la canción en las que le tocaría cantar a él, y en las que me toca a mí.

—*Come on, come on* —comienzo a cantar. Le pongo el micro cerca de la boca para que siga con su parte de la canción.

—*I want to hear you whisper*. —Desentona y canta a destiempo, fingiendo una desgana inexistente, pero no puedo evitar sonreír como una tonta y seguir cantando a todo pulmón, dejándome llevar por el momento, bailando y saltando por toda la sala.

—*Come on, come on… Settle down inside my love…*

Nuestras miradas se cruzan el tiempo suficiente para sentir un pellizco en el estómago. Agarra mi mano y me hace girar sobre mí misma, creando un baile completamente improvisado, que nos saca más de una sonrisa.



—*I'm in love, i'm in love, i'm in love* —canturreamos a la vez, sin soltarnos las manos y sin dejar de mirarnos a los ojos.

Acabo tropezando con nuestros pies y me caigo de espaldas al sofá. Bruno me tenía tan bien agarrada que acaba cayendo sobre mí.

—*¡Accidentally in love!* —chillamos a la vez entre risas, desafinando por completo, pero lo cierto es que nos da igual, ni siquiera estamos siguiendo la letra de la canción, ni mucho menos, la película.

Nos acercamos un milímetro más de lo debido. Solo uno. Pero suficiente para que nuestras respiraciones agitadas se entrelacen, y nuestros cuerpos suban y bajen con cada respiración, en completa sintonía.

Me mira de una forma que no sé descifrar, pero que parece cantarme más cosas que cualquier otra canción. Algo se retuerce en mi interior y me pone nerviosa, pero me obligo a mí misma a pensar que no pasa nada porque estemos tan cerca, que solo es Bruno, y solo estamos echando un buen rato juntos, como siempre hacemos.

Se levanta con cuidado del sofá y me deja espacio para hacer lo mismo.

—Debería irme a dormir ya, mañana tengo entrenamiento a primera hora.

—Yo he quedado con Liam —suelto un bostezo—, me va a acompañar a ver a mis padres después de clases, ¡qué bien! —ironizo.

—Seguro que va bien. —Me revuelve un poco el pelo antes de tenderme su mano para ayudarme a levantarme del todo.

—Se nota que no conoces a mis padres. Nada —enfatizo esta palabra con fuerza—, puede ir bien cuando se trata de mis padres.

CAPÍTULO 22

Bella

Salgo de la universidad, y lo primero que veo es a Liam, con el cuerpo apoyado sobre el capó de su coche, y prácticamente salgo corriendo hacia él, casi saltando los escalones de dos en dos.

—¡Liam! —Le abrazo con toda la fuerza que mi cuerpo —todavía débil— me permite, y sonrío de forma automática mientras me estrecha entre sus brazos.

—Sube al coche, anda —me dice cuando nos separamos, después de inspeccionarme de arriba a abajo con indiscreción.

—Estoy bien —es lo primero que digo en cuanto ambos subimos al coche. Me mira fijamente mientras me abrocho el cinturón de seguridad, mientras que él hace lo mismo con el suyo.

—Te has desmayado en clase, Bella.

—La profesora es demasiado exagerada. —Pongo los ojos en blanco—. Solo ha sido un pequeño mareo.

—¿Un pequeño mareo que ha acabado contigo tirada en el suelo y con dos compañeros sujetándote los pies?

—Otros dos exagerados.

—Bella…

—De verdad, estoy bien —me apresuro a decir, interrumpiéndole —. Me estoy acostumbrando a este sitio, y a mis nuevos compañeros. Además, he tenido que hacer un trabajo estos días que me ha quitado mucho tiempo y por eso estoy algo agobiada. Pero estoy genial, ¿no me ves? —Me señalo a mí misma con las manos.

—Debería hablar con tu psicóloga. Así no te estoy ayudando.

—No necesito ayuda, porque estoy bien.

—Vale —acaba diciendo, en un suspiro de rendición—. Toma, cómete esto. —Me entrega el envoltorio de un sándwich que tenía guardado en el asiento trasero—. Es vegetal, como a ti te gusta, y es lo único que he podido encontrar en la gasolinera que me pillaba de camino.

—No tengo hambre ahora mismo.

—Bella… —Aparta la mirada de la carretera un segundo para echarme un vistazo rápido, el mismo que me da a entender que no va a dejar que le lleve la contraria.

—¿Se supone que esta es tu forma de ser un adulto gruñón? Porque me gusta más el Liam divertido.

—Solo me estoy preocupando por ti —contesta—. Y soy un adulto simpático y muy carismático, no gruñón.

Acabo abriendo el envoltorio, y parto el trozo de sándwich en otros mucho más pequeños, que acabo separando por tamaños y ordenándolos como si fueran parte de un rompecabezas. Después de unos cuantos segundos mirándolos todos fijamente y calculando en mi cabeza cuántas calorías hay en cada porción, me llevo un trozo pequeño a la boca. Lo trituro tanto como puedo, y me lo trago sin pensarlo mucho más.

Mi estómago está vacío, pero mi cabeza está llena de culpa, de miedo, de la voz que me persigue y atormenta cada día.

—¿Cómo está Daph? —consigo preguntar, ignorando las ganas de llorar que tengo ahora mismo.

Aun estando de lado, aprecio cómo tensa la mandíbula.

—Está bien.

—¿Cómo lleva lo que ha pasado?

—Pues lo lleva —dice en un suspiro—. Pero está bien. Es una chica fuerte. ¿Y Bruno? Nunca quiere hablar del tema.

—Conmigo tampoco.

—¿Cómo te va a ti? —pregunta, cambiando de tema por completo y, de nuevo, con una sonrisa en el rostro. Ese es el gran poder que tiene Liam, es capaz de fingir millones de sonrisas y hacer sonreír a los demás, aunque esté preocupado, o incluso destrozado por dentro, solo por no preocupar a los demás—. ¿Algún universitario del que deba preocuparme?

—¿En serio me lo preguntas? Sabes que mi vida amorosa es inexistente.

—Pero no tiene por qué serlo siempre. ¿No me dijiste que te había invitado un chico a ir a ver una película al cine?

—Sí.

—¿Y sabes que lo que menos quiere hacer es ver la película, verdad?

—¡Liam! —Le doy un pequeño manotazo en el brazo y se ríe—. No digas esas cosas.

—¿Por qué? ¿Sabes la de veces que he llevado a chicas al cine solo para besarme con ellas cuando tenía tu edad?

—La verdad es que no quiero saberlo.

—No tiene nada de malo que hagas amigos o incluso que conozcas a chicos y disfrutes. Tienes que empezar a comportarte como una adolescente de tu edad.

—Lo sé, pero no quiero hacerlo. Sé que a mi edad las chicas ya han hecho muchas cosas, pero yo solo quiero hacerlas con la persona adecuada. Y no me importa esperar.

—Haces bien. Estaba bromeando. Como vea a algún tío acercarse a ti a menos de cien metros, le partiré las piernas.

Suelto una carcajada.

—Eres insufrible.

—Y tú tienes suerte de que siempre haya querido tener una hermana pequeña y tenga tanta paciencia contigo. ¿Hacerme cenar esta noche con tus padres? No te lo pienso perdonar en la vida.

—¿Y para qué querrías tener una hermana? Si ya me tienes a mí.

—Sí. Y desde luego que das más problemas y trabajos que cinco hermanas juntas.

—Gracias, es mi especialidad. —Me llevo el lateral de una de mis manos hasta la barbilla y aunque no pueda verme ahora mismo, le dedico una pose tierna, que acompaño con un guiño.

—Come un poco más —murmura después de un rato, señalándome con la cabeza el sandwich que apenas he tocado.

———♥♥♥———

Después de pasar toda la tarde juntos, es hora de enfrentarme de nuevo a mis padres. No quiero entrar en esa casa, ni recordar todos los momentos tan duros que he vivido allí.

Liam estaciona el coche frente a la *Ashford Residence*, un conjunto de residencias privadas de lujo al suroeste de Londres, compuesto por varias casas que parecen sacadas de una revista de arquitectura.

La luz tenue que emite el cielo anaranjado a esta hora de la tarde acaricia la fachada blanca que, a simple vista, parece igual que las casas de la calle Stanley Crescent, en Notting Hill; salvo que esta tiene toques más modernos. Los ventanales y el gran balcón forjado en el primer piso, le dan un aspecto importante; impecable.

El exterior, está rodeado por un jardín meticulosamente cuidado, con algunos árboles de los que caen lentamente al suelo, hojas de color rojizo y anaranjado, propias de esta época del año.

La parte de atrás está cubierta por una terraza enorme; con una sala de estar al aire libre, sofás cómodos y de la mejor calidad, una mesa para comer en el centro, y un techo elegante que protege todo esto del clima.

Desde la entrada, se vislumbra el vestíbulo, donde te puedes ver reflejada en el propio suelo de mármol por lo mucho que brilla. Hay algunas puertas que llevan a diferentes estancias en la casa, todas bien iluminadas por lámparas de cristales con forma de araña, que cuelgan desde los techos. Pero lo que más llama la atención a simple vista, es la larga escalera que conduce a la primera planta de la casa.

—Isabella, cariño —me saluda Gretta, una de las empleadas con las que más tiempo he pasado en casa, cuando era niña y no había ninguna otra persona en casa que pudiera cuidarme.

—¡Gretty! —Me abalanzo sobre ella y la rodeo con mis brazos, fundiéndonos en un fuerte y cálido abrazo. Aunque esta casa me resulta la de una extraña, Gretta es de esas personas que huelen a hogar.

—Mírate, ya eres toda una mujer —me dice cuando nos separamos—. ¡Estás preciosa!

—Muchas gracias.

—¿No viene tu hermano contigo esta noche?

—Está de viaje, pero volverá pronto.

—¿No te sirvo yo, Gretty? —Liam abre los brazos de par en par y enseguida la mujer regordeta y de pelo canoso, lo envuelve entre los suyos, antes de darle algunos tirones en los mofletes—. Gretta, que ya no soy un niño, respétame, por favor.

—Siempre serás uno de mis niños. —Le pellizca la mejilla de nuevo—. Tu padre está en su despacho —se dirige en esta ocasión a mí—. Le avisaré de que ya estáis en casa.

—¿Y mamá?

—Está en su habitación terminando de arreglarse —me informa—. Puedes subir a verla si quieres.

No hace falta que me lo diga dos veces. Me despido de Liam y subo las escaleras con cuidado de no caerme; este suelo brilla mucho, pero es demasiado resbaladizo.

Me choco con algo duro y fuerte que me hace tambalearse hacia los lados. Abro los ojos de par en par cuando veo que se trata de mi padre, con el semblante serio. Está mucho más fuerte que la última vez que lo vi, aunque ni siquiera recuerdo cuándo fue. Siempre le ha gustado cuidar de su cuerpo, pero en los últimos años, quizás demasiado. Y a pesar de estar en sus cincuenta, tiene un aspecto fuerte y atractivo que detesto, como casi todo en él.

—Llegas tarde, Isabella.

—Yo también me alegro de verte, papá —digo con la ironía suficiente como para que incluso él pueda pillarlo—. Sigo viva, qué alegría te da, ¿verdad?

—Te envié flores al hospital.

—Las mismas que mandé quemar —respondo—. A mí no me dejaban utilizar el mechero, así que no pude hacerlo yo misma. Una pena. —Me encojo de hombros y esbozo una pequeña sonrisa cuando veo hincharse la vena de su cuello, a la vez que tensa la mandíbula, como siempre hace cuando empieza a estar enfadado o a punto de estallar.

—Niña insolente —es lo único que responde antes de esquivarme y seguir su camino hasta la planta baja. No puedo evitarlo, la mirada de asco y repugnancia que me ha dedicado antes de irse, me afecta más de lo que me gustaría admitir.

Parpadeo varias veces, intentando controlar las lágrimas y no montar un espectáculo nada más llegar, tomo aire y entro en la habitación de mis padres, donde me encuentro con mi madre, sentada frente a su tocador, con todos los productos de maquillaje sobre la mesa, pero con la mirada perdida en su propio reflejo.

—Hola, mamá.

Da un pequeño respingo cuando me ve y enseguida me dedica una sonrisa vacía.

—Hola, cariño. —Se levanta de la silla de cuero y camina con dificultad hasta mí. Frunzo el ceño al verla tan demacrada. Con muchos menos kilos de los que recordaba, ojeras oscuras que cubren sus ojos y tan poca fuerza, que parece costarle siquiera mantenerse en pie—. Me alegro mucho de verte —dice en un hilo de voz, provocándome un nudo en la garganta que intento ignorar cuando la abrazo con fuerza, sintiendo el aroma a jazmín que tan familiar siempre me ha resultado, a pesar de los pocos momentos cariñosos que hemos vivido juntas—. Te ves muy bien —me dice cuando nos separamos—. Has ganado algo de peso.

Gracias, mamá.

—Vamos abajo, tu padre se pondrá furioso si llegamos tarde. —Entrelaza su brazo con el mío como si nada, como si no llevásemos más de un año sin vernos, como si mi pequeño accidente —como a Eric acostumbra a llamarlo, ya que siempre evita decir la palabra real —, nunca hubiera ocurrido, como si no acabara de perder a otro hijo más, como si no se hubiese enterado todavía que tiene una nieta perdida en Francia, o que los dos hijos que le quedan, apenas quieren saber nada de ella.

No puedo evitar observarla por el camino. Tiene la mirada ida, y no parece estar centrada en el presente. Dice alguna que otra tontería mientras bajamos las escaleras, y se le traba la lengua, lo que me confirma que va empastillada.

Cuando llegamos al comedor, mi padre y Liam ya están sentados, compartiendo una charla que parece bastante entretenida por las risas de mi padre —lo que me confirma que es capaz de reírse y estar agusto con cualquier persona que no sea su familia—, y una copa de vino.

—¿Has estado comiendo? —Es lo único que me pregunta mi padre cuando mi madre y yo nos sentamos junto a él, una a cada lado.

Liam me da un pequeño apretón en la mano por debajo de la mesa.

—Sí.

—Ya lo veo. —Me inspecciona con detenimiento, sin quitar la mueca de asco del rostro. Me está empezando a latir muy rápido el corazón y tengo ganas de vomitar—. Has ganado bastante peso desde que ya no te vas metiendo los dedos por ahí, dejando en vergüenza a tu familia.

—Christoffer —le reprime Liam, con las manos apoyadas sobre la mesa. Las cierra en un puño y mira fijamente a mi padre—. No sigas por ahí.

—¿Qué pasa? He pagado mucho dinero para que le curaran la cabeza, pero parece que sigue siendo la misma. Siempre te has refugiado en la comida, como tu madre.

Me tiembla el labio y estoy a punto de echarme a llorar, completamente cabizbaja. No puedo darle el gusto. No quiero. Tengo que aguantar.

Pero no puedo.

Una lágrima se desliza por mi mejilla, y no tardo demasiado en limpiarla de un manotazo.

—Tu padre solo está bromeando, no seas dramática —musita mi madre, intentando aparentar una seguridad en sí misma que, a simple vista, se ve que no tiene.

—Pues no le veo la gracia —consigo decir—. No se bromea con algo tan serio como las enfermedades o la salud mental de alguien.

Atisbo de reojo una mirada de orgullo por parte de Liam, lo que me infunde más valor.

—No se trata de una enfermedad cuando la persona lo único que quiere es conseguir un poco de atención —musita de forma tranquila.

Siento un calor subir por todo mi cuerpo, hasta posarse en mi pecho, oprimiéndolo con fuerza.

Mi madre no es capaz de defenderme. Nunca lo ha hecho. Mantiene la cabeza cabizbaja, con la mirada fija en la copa de vino que tiene entre sus manos, completamente perdida en el líquido rubí que ahora moja sus labios.

—Cambia esa cara. No quiero que luego me eches la culpa de haberte hecho volver al hospital —murmura sin nisiquiera mirarme, a la vez que corta un pedazo de carne con tranquilidad.

Estoy a punto de contestar, o de ponerme a llorar, no lo sé, cuando mi madre decide romper su silencio.

—No se lo tomes en cuenta, hija. Tu padre lo ha estado pasando muy mal últimamente. Es su forma de llevar el duelo por lo de tu hermano.

—Mi hermano era un psicópata y un asesino. No me da ninguna pena.

—¡No hables así de tu hermano! —grita enfurecido mi padre, haciéndome estremecer ante su reacción.

Ignoro la mirada suplicante de Liam y sigo hablando. Porque la rabia y el dolor se han apoderado de mí, y ya no puedo parar.

—Es la verdad —replico—. Pero no pasa nada porque se trata de Ethan, ¿verdad? Y para él siempre encontraréis una excusa o alguna justificación.

—Él no estaba bien de la cabeza, tenía problemas de salud mental —argumenta mi madre—. Y lo pasó muy mal en su infancia.

—Y mucha maldad, mamá. También tenía mucha maldad en su interior. Por muy mal que una persona lo pase en la vida, no tiene ningún tipo de justificación para hacer sufrir a los demás. Cada uno elige lo que hace con su dolor.

—Creo que no es un tema de conversación agradable para ninguno —interviene Liam—. ¿Por qué mejor no cambiamos de tema?

—Tu madre y yo vamos a divorciarnos —suelta mi padre como si nada. Los miro atónita. Mi padre da un sorbo a su copa de vino, y no parece nada afectado por la noticia que acaba de dar. Mi madre, por el contrario, luce cabizbaja y triste. Le tiemblan las manos cuando alcanza el tenedor e intenta agarrar un trozo de carne.

Me siento mareada y encerrada en medio de cuatro paredes, aunque la casa sea tan grande y espaciosa.

CAPÍTULO 23

Bella

Salgo del baño y me dirijo hacia mi habitación, pasando por el que un día fue el lugar seguro de Eric, y dejando atrás los dos cuartos de las dos personas que ya no están en la familia.

Uno murió por amor a sus hermanos y, el otro, perdió la cabeza de tanto amarse a sí mismo.

Abro la puerta despacio, con las manos temblorosas y el corazón en un puño. Todo está prácticamente igual que cuando me fui. La cama hecha y los cojines perfectamente alineados. Las estanterías llenas de libros, la mayoría marcados y releídos tantas veces que podría citar algunas partes de memoria. El vestidor repleto de ropa lujosa que nunca llegué a utilizar. Posters escondidos detrás de las baldas de discos de mis grupos de música favoritos. El caballete en el que solía pintar los lienzos cuando me encerraba en mi habitación. Las pegatinas de estrellas en el techo.

Me siento en la cama, sintiendo el colchón hundirse bajo mi peso y es entonces cuando no puedo reprimirme más, y las lágrimas, rápidas y furiosas, comienzan a caer por mis mejillas.

—¿Por qué no quieres ir al colegio, Isabella? ¿No tienes ganas de ver a tus amiguitos y aprender muchas cosas nuevas? —preguntó mamá, la noche antes de la vuelta a clase, después de las vacaciones de invierno.

—No tengo ningún amigo.

—¿Y Candance? La semana pasada me dijiste que habías compartido tu desayuno con ella.

—Sí —asentí cabizbaja—, porque me dijo que si le daba mis galletas, sería mi amiga y jugaría conmigo. —Me encogí de hombros.

—No puedes quedarte sin desayunar, cariño, ya lo hemos hablado muchas veces. Si alguien quiere jugar contigo, lo hará sin pedir nada a cambio.

—Pero es que siempre estoy sola —me quejé, y mi voz se fue rompiendo poco a poco—. Y yo también quiero tener amigas.

—¿Y por eso no quieres ir al colegio, porque te sientes sola?

—No.

—¿Y entonces?

—Hay una niña que me molesta, mamá, me hace daño.

—¿Pero qué estás diciendo, Bella? ¿Qué es lo que te hace?

—Me quita el desayuno, me tira de las coletas y siempre me empuja contra la pared cuando la profesora no está mirando.

—¿Y tú qué haces?

—Nada, porque me da miedo que me pegue más fuerte, o que se lo diga a los demás y se rían de mí.

—Tienes que decírselo a la profesora, ¿vale, cariño? Y no puedes dejar que nadie te ponga la mano encima. Si es necesario, yo también hablaré con su madre.

—Déjala, Anne —intervino mi papá—, solo cosas de niñas, no tienes porqué meterte. No nos vendrá bien para la reputación de nuestra familia.

—Claro —respondió mi madre—. Llevas razón.



—Cariño, lo siento, estoy muy cansada. Hablamos luego, ¿vale?

—Pero mamá —me quejé—. El día de la familia es mañana, y todos los niños van a llevar a sus padres al colegio. No quiero pasarlo otra vez sola.

—No sé cómo estaré mañana, Isabella. Ahora dejame descansar y, si mañana me encuentro mejor, te prometo que intentaré ir a tu escuela.

—¿De verdad? —pregunté esperanzada.

—Sí. Ahora déjame descansar un rato. —Bostezó—. Me he tomado una pastilla y me está empezando a entrar sueño.

—Claro, mamá.

Salí con una media sonrisa de la habitación porque, a pesar de que mamá siempre estaba enferma y no podía estar tan presente como le gustaría, me había prometido que lo intentaría, y eso era un motivo más que suficiente para sentirme esperanzada y feliz.



—¿Por qué no han venido tus padres? —preguntó Megan desde su pupitre, lo suficientemente alto como para que el resto de niños pudieran oírla.

—Porque sus padres no la quieren —opinó otro, mientras pintaba algo en su cuaderno.

Con cada nueva mirada, me sentía más pequeña; y con cada risa infantil, más avergonzada.



No había dormido nada. Había pasado la mayor parte de la noche pensando, anticipando el día siguiente con todas sus consecuencias. No quería dormir porque, si lo hacía, pasaría el tiempo más rápido y, cuando menos lo esperara, llegaría la hora de levantarme para ir a clase.

No me sentía con fuerzas para soportar otro día más de preguntas. Mi salud me había impedido asistir a clase en las dos últimas semanas, y no quería volver después de tantos días, y volver a sentirme el centro de atención, la diana fácil de todas las burlas.

Así que me quedé despierta, mirando cada dos minutos el reloj, deseando que el tiempo se detuviera, que los minutos no corriesen a tanta velocidad; que aquella noche, fuese eterna.

Pero no siempre podemos conseguir todo lo que queremos y, el tiempo pasó mucho más rápido que cuando deseaba que el reloj corriera más rápido en cada recreo, o en cada minuto que pasaba en clase.

Aunque todo seguía oscuro, empecé a escuchar ruido cerca de mi habitación, por lo que supuse que mis hermanos ya estaban despiertos, y que faltaría poco para ir a clase.

Se me descompuso el cuerpo. Sentí náuseas y ganas de expulsar de mi cuerpo todo lo que ni siquiera había ingerido.

La puerta de mi habitación se abrió, lo que me hizo volver a la realidad y dejar atrás mis pensamientos.

—Vamos, Bella, vamos a llegar tarde a clase. —La voz de mi hermano Eric retumbaba por toda la habitación. Me destapé la cara

del edredón y me incorporé sobre el colchón, quedando sentada con la espalda sobre la pared, evitando el contacto visual con él.

—No me encuentro bien, no quiero ir hoy al colegio.

—¿Qué te pasa? —preguntó enseguida, acercándose a mí.

—Tengo ganas de vomitar y… mucho frío.

—¿Otra vez? —Soltó un suspiro—. Toma, ponte esto. —Me ofreció un termómetro que sacó de mi mesita de noche—. Ahora vuelvo, voy a ponerme la camisa del uniforme mientras tanto.

—Vale.

Sentía que me ahogaba. Estaba desesperada. Los minutos pasaban, cada vez más deprisa. El corazón me latía con fuerza, completamente desbocado. Las manos me temblaban, y el cuerpo me ardía, aunque no por culpa de la fiebre.

Decidí que era una buena idea colocar el termómetro cerca de la estufa. Quizás así, se calentaría lo suficiente como para marcar unos grados de fiebre que eran inexistentes.

Ese día me rendí. No tuve fuerzas para enfrentarme a mi día a día.

Cuando mis padres me dijeron que podía quedarme en casa a descansar, decidí quedarme en la cama todo el día, escuchando música y viendo vídeos del programa que había creado a mi grupo favorito, repasando todas sus entrevistas y actuaciones, sintiendo un calor en el pecho que solo eran capaces de transmitirme unas personas a las que ni siquiera conocía, mientras la ansiedad me carcomía por dentro con cada hora nueva que marcaba el reloj; al día siguiente, debería enfrentarme a todo de nuevo.

———♥♥♥———

—Hoy no puedo hacer educación física, profesor —le dije con la voz temblorosa—. Tengo la regla.

—¿Otra vez? ¿Cuántas veces tienes la regla al mes?

Sentí mis mejillas arder y varios ojos posarse en mí. Me arrancaba los pellejos de los dedos, intentando calmar mis nervios, con las manos lo suficientemente escondidas como para que nadie pudiera notarlo y regañarme por ello.

—Siempre te pasa algo, Isabella —resopló—. Y por mucho que quiera ayudarte, se acabará viendo reflejado en tus notas. No has participado en ninguna de las pruebas que hemos hecho en lo que llevamos de trimestre.

No dije nada. No pude hacerlo. No me sentía preparada para contarle que lo que me pasaba, no tenía nada que ver con mi periodo, sino con la ansiedad que me producían las miradas, los cuchicheos y las burlas de mis compañeros cada vez que intentaba participar en alguna faceta de la clase.

———♥♥♥———

—Déjate de tonterías, Isabella, y come de una vez —La voz de mi padre sonó más fuerte de lo normal, y su semblante, era cada vez más serio. Me sobresalté cuando golpeó la mesa con ambas manos.

—Pero no tengo hambre —titubeé.

—¿Crees que no sé lo que estás haciendo? Pareces un esqueleto, ¡das asco! Y no dejas de dejarnos en vergüenza. Esta mañana me ha vuelto a llamar la orientadora. Está preocupada por ti, porque casi te desmayas en clase.

—Hacía calor… yo…

—¿Y por qué no te quitas las mangas largas? Han subido mucho las temperaturas, así es normal que te pasen estas cosas —intervino, por primera vez, mi madre.

Apreté los labios, intentando resistir las lágrimas.

Estiré las mangas de la sudadera un poco más, por puro nerviosismo; era algo que solía hacer muy amenudo, me tranquilizaba. La tela estaba tan estirada que a penas se veían las puntas de mis dedos.

Mi padre se levantó furioso de su asiento y dio un par de zancadas hasta que llegó a mí. Me agarró por las muñecas y solté un grito de dolor en cuanto su mano dura hizo contacto con mis heridas.

—Come. —No soltaba mi brazo. Seguía instándome a comer una y otra vez, sin ser consciente del daño que me estaba provocando con sus acciones. Su agarre era cada vez más fuerte. Tanto, que la tela que cubría mi brazo empezó a mancharse de color carmesí.

—¿Qué es esto? —preguntó alarmado, soltando mi brazo. Intenté levantarme del asiento y salir corriendo. Todo empezaba a dar vueltas, y sentía que iba a perder el conocimiento de un momento a otro. Mi padre remangó la tela, dejando al descubierto mi brazo lleno de heridas, las mismas que habían calmado mi dolor las noches anteriores—. ¡Pero qué es esto, Isabella! —gritó, enfurecido, volviendo a agarrar con fuerza mi brazo ensangrentado—. ¿Te haces daño a propósito? ¡Lo que nos faltaba, Anne! Nuestra hija está como una puñetera regadera. ¿Es que ahora quieres matarte? ¿Es eso lo que quieres? —me zarandeó.

—No —respondí en un hilo de voz. No recuerdo cómo fui capaz de hacerlo, porque para aquel entonces, estaba demasiado mareada, y todo lo que pasaba a mi alrededor, se veía como algo borroso—. Solo quiero que deje de doler.

CAPÍTULO 24

Bruno

Me quito la chaqueta empapada y la llevo, junto con mis botas, que también están caladas, hasta el cuarto de baño, para no mojar el suelo con las gotas que caen por toda la tela.

Fuera, la lluvia cae incesante, cada vez con más intensidad. Creo que he hecho bien en venir a casa antes de que empezara a apretar la lluvia. La fiesta ha estado bien, pero no me gusta coger la moto con este clima. Mason me propuso seguir un rato más y quedarme a dormir en su casa, pero no he querido dejar a Bella sola.

Dejo las llaves y la cartera en el mueble de la entrada y, con el móvil en la mano, subo los escalones que enseguida me llevan a la planta de arriba de la casa.

Son casi las tres de la mañana, y aunque he bebido algo de alcohol, estoy lo suficientemente sobrio como para darme cuenta de que los sonidos que interrumpen el silencio en esta parte de la casa, son sollozos de Isabella.

Con el ceño fruncido, me acerco hasta su habitación, por donde se cuela una luz tenue bajo la madera que nos separa.

Doy un par de toques en la puerta con los nudillos. Enseguida vuelve a estar todo en silencio.

—¿Estás despierta?

Aunque no me contesta, puedo escuchar su respiración agitada al otro lado de la puerta.

Tiro del pomo y empujo la puerta con suavidad, adentrándome en su habitación.

Está sentada en el suelo, el mismo que está lleno de papeles hechos pedazos, abrazándose así misma, con las piernas flexionadas y la cabeza escondida en su regazo.

Levanta la mirada y siento que se me parte el corazón en mil pedazos cuando veo sus tristes ojos verdes, hinchados y llenos de lágrimas.

Respira de forma entrecortada, como si le costara la vida el poder hacerlo. Su pecho se agita con rapidez. Y sus manos, se aferran a su propio cuerpo, temblorosas.

—¿Qué ha pasado? —pregunto acercándome a ella lentamente.

—Nada… yo… —Se ahoga con sus propias palabras. Se lleva la mano al pecho, e intenta controlar la respiración, pero le resulta imposible. He presenciado muchas escenas parecidas a esta desde que conozco a Isabella y, aunque sé cómo actuar para ayudarla a calmarse, cada vez me siento más impotente. Me gustaría arrancarle todo el dolor de raíz. Lo sufriría yo mismo si eso me garantizara que ella fuese feliz, que no tuviera que volver a sufrir.

Me arrodillo junto a ella y le agarro las manos.

—Tranquila, estoy aquí contigo. Tienes que respirar, ¿vale?

—No… puedo… respirar. Me… duele… el… pecho.

—Claro que puedes. Estoy aquí contigo, y vamos a hacerlo juntos, ¿sí?

Asintió como pudo, con el cuerpo tembloroso.

—Venga… Mírame a los ojos. Solo estamos tú y yo aquí. Puedes hacerlo.

—Vale —balbucea.

—Vamos a respirar juntos —la animo—. Inhala… —Cojo aire y los mantengo en los pulmones, esperando a que ella haga lo mismo—. Muy bien, eso es… Vamos a aguantarlo un poquito… Muy bien, así. Ahora, exhala. —Isabella suelta todo el aire de forma rápida y brusca, lo que provoca que le cueste más tomar aire de nuevo, puesto que empieza a hiperventilar.

—No… puedo…

—Eh… Tranquila. Mírame. —La agarro por el mentón—. Recuerda lo que siempre te dice Beatrice. La ansiedad no es infinita y, una vez que llega al pico, a lo más fuerte, empieza a bajar en picado. Así que vamos a hacerlo juntos, ¿vale?

Asiente con la cabeza. Sus ojos siguen llenos de lágrimas. Me muero de pena y de impotencia por verla así. Le limpio algunos restos de gotas que han caido por su cara con la yema de mis dedos.

—Inhala… Muy bien… Uno, dos, tres, cuatro. —Sus manos aprietan con fuerza las mías. Dejo que lo haga, dejo que saque toda la tensión que siente dentro; no me importa sentir cierta molestia en mis manos si con eso la ayudo a desfogar un poco—. Exhala lentamente. Muy bien, otra vez.

Repetimos el mismo método juntos, varias veces, hasta que por fin su respiración se ralentiza poco a poco.

—Perdón —titubea después de unos segundos de silencio; ambos con las piernas estiradas en el suelo, y la espalda apoyada en el lateral de su cama, y la cabeza, sobre una de las esquinas del colchón.

—No tienes que pedirme perdón, no pasa nada. Estoy aquí y voy a estar siempre.

—Ojalá siempre.

La misma frase que siempre pronuncia cuando hablamos del futuro, tan incierto como probable de que pasemos la vida juntos, el uno cerca del otro de alguna manera.

—Todas las personas se acaban cansando de mí y me dejan sola. No es fácil estar cerca de una persona que siempre está mal, y entiendo que pueda llegar a resultar agotador.

La miro durante algunos segundos, en completo silencio.

—Nunca podría cansarme de ti, Isabella. Te lo he dicho muchas veces, pero no me importaría repetírtelo todos los días si con eso consigo que te lo creas de una vez.

—No deberías tener que consolarme en medio de la noche. Ni aguantar mis ataques de ansiedad.

—Pero lo hago.

—Ya, pero…

—Y lo hago porque te quiero, y porque eres importante para mí.

Silencio de nuevo.

—Soy tan patética —susurra.

—No —replico—. Eres muy valiente por mostrar tus sentimientos, por no aparentar que no estás mal cuando está claro que no estás en tu mejor momento.

—Debe de ser agotador aguantarme. Ni yo misma lo hago.

—¿Sabes lo que es agotador de verdad? Fingir ser alguien que no eres. Fingir una sonrisa, cuando por dentro, estás hecho un mar de lágrimas. Fingir un talento que no tienes. Fingir que las cosas malas que te pasan no importan, porque hay cosas más importantes en las que concentrarse y por lo que estar agradecido. Fingir, Isabella, eso sí que es agotador.

Asiente con la cabeza. Su mirada sigue clavada en el techo, lleno de pegatinas de estrellas.

—¿Conmigo también finges?

—No. Contigo puedo ser yo mismo sin sentirme juzgado.

—Yo también —confiesa, con la voz todavía temblorosa—. ¿Alguna vez has pensado en desaparecer? —pregunta después de un rato.

La miro.

—Sí.

Me mira, sorprendida.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque hay muchos motivos por los que seguir luchando. Porque aunque a veces duela, la vida es bonita, Isabella, sobre todo si sabes cómo vivirla. Solo hay que aprender a ver las cosas de otra forma, a cambiar el foco en el que nos centramos.

—El problema es que yo dejé de vivir hace mucho tiempo.

—Pero tienes la oportunidad de empezar a vivir de nuevo. Y esta vez, hacerlo de verdad.

—¿Crees que todavía hay esperanza para mí? A veces, siento que estoy demasiado rota como para poder arreglarme.

—Pues vive. Lucha. Inténtalo. Puedes hacerlo, yo confío en ti. Vive con todas esas piezas rotas y no te preocupes por nada más, porque yo estaré a tu lado, observando orgulloso cómo juntas tus pedazos.

Nos quedamos en la misma posición el resto de la noche, compartiendo confidencias y haciéndonos preguntas el uno al otro, profundizando en nuestras emociones, compartiendo nuestros sentimientos y acercándonos aún más si cabe, el uno al otro.

Nos quedamos dormidos mirando las estrellas del techo, y entre caricias y roces accidentales, le acabo prometiendo que, algún día, veremos juntos un cielo estrellado antes de dormir.

CAPÍTULO 25

Bruno

El comedor está más lleno de lo habitual, por lo que salimos afuera, a la zona verde donde hay algunas mesas de madera junto a bancos donde poder sentarse.

Isabella lleva unas cuantas semanas pasando más tiempo con mi grupo de amigos y la verdad es que me encanta. Cada vez la veo más integrada y más cómoda, aunque le suele costar mucho estar con gente de nuestra edad. Pero Mason, Charlie y Lia se han sabido ganar su confianza y puede que también, un pedazo de su corazón aunque haya pasado poco tiempo.

Elegimos una de las mesas que hay bajo un árbol, para estar algo más resguardados del viento, que mueve sus hojas con suavidad. Han empezado a caer las temperaturas, pero no queremos que Bella se agobie dentro, así que hemos preferido abrigarnos un poco más y resguardarnos para poder estar todos juntos.

—Uf, ¡qué hambre! —se queja Lia, abriendo el recipiente en el que lleva guardado su almuerzo de hoy—. Llevo esperando este momento desde que empezaron las clases de esta mañana.

—Siempre tienes hambre, Lia —le reprocha, en tono burlón, Charlie, antes de robarle una pieza de fruta, lo que hace que la rubia

casi entre en un ataque de ira.

A mi lado, noto a Isabella moverse incómoda, por lo que decido cambiar de tema, lo que me agradece con una pequeña sonrisa ladeada.

Le sigue costando comer en público, pero no quiero que pase el descanso sola y que vuelvan a molestarla sus antiguas compañeras. En su bandeja, tiene un puñado de frutos secos y unas cuantas piezas de frutas cortadas en un bol, aunque se encarga de hacer los trozos aún más pequeños con ayuda de un tenedor y un cuchillo.

Se bebe casi dos vasos de agua de un tirón antes de empezar a comer.

—Tenía muchísima sed —se excusa cuando percibe mi mirada de reojo.

Juguetea con cada trozo unos cuantos segundos antes de llevarlos a la boca con una mueca de desagrado, y se encarga de masticarlo con demasiada tranquilidad mientras el resto hablamos.

—¿Alguien más ha suspendido el examen de hoy, o solo he sido yo? —pregunta Charlie, antes de darle un bocado enorme a la empanadilla de carne que tiene entre sus manos.

—Come bien —le regaña Lia—, ¡un día de estos te vas a ahogar y ninguno vamos a poder salvarte!

—No sabía que te preocuparas tanto por mí —balbucea como puede el chico, con la boca bien llena.

—Qué remedio —dice la rubia en un suspiro.

—Creo que el examen nos ha ido mal a todos —comento—. No había manera de contestar esas preguntas tan rebuscadas.

—Petterson es un imbécil, nos quiere suspender a todos —interviene Mason.

—Eso os pasa por hacer todo el día el imbécil en lugar de estudiar. —La sonrisa de Lia se ensancha con cada una de las palabras que dice.

—Eh, que no es mi culpa que el profesor haya puesto un examen casi de sorpresa.

—Mason, avisó a principios de semana.

—Pues eso, ha sido casi de sorpresa.

Bella suelta una pequeña risita y, aunque me siento aliviado por saber que se siente cada vez más cómoda, aunque siga sin hablar demasiado, algo se remueve en mi interior al pensar que el motivo de su risa, ha sido el imbécil de mi amigo Mason, y no yo.

Mason, el mismo que coquetea con ella siempre que puede. Al mismo que le sonríe cada vez que la mira y el mismo chico que le ha pedido salir ya en dos ocasiones. La primera vez, Bella se negó en rotundo, y acabó con un ataque de ansiedad bastante grande. La segunda, y gracias a la simpática de su psicóloga, consiguió vencer a su ansiedad y fueron a dar una vuelta al Sky Garden.

¿Qué idiota lleva a una chica en su primera cita al Sky Garden?

—¿Quieres un poco? —Bella le ofrece una pieza de fruta a mi amigo, que enseguida niega con la cabeza.

—No, tranquila. Tengo suficiente con mi comida.

—Ah… Es que como no dejas de mirarme, pensé que querías un poco.

—No estaba mirando a la comida —contesta con una pequeña sonrisa—. Te estaba mirando a ti. Estás preciosa.

Miro de reojo a mi amiga, y veo que está sonrojada. Los otros dos, observan la escena expectantes.

—En serio, te queda genial el pelo así.

—Gracias —responde sonriente—. Solo me ha costado dos horas y medias poder domar mis rizos y dejarme el pelo así de liso.

Isabella llevaba casi un año sin plancharse el cabello, ya no le hacía falta, porque empezaba a sentirse agusto con su pelo. En el pasado, lo planchaba casi a diario, porque sus rizos, por un motivo que desconozco y que no entiendo, eran también un motivo de burla para sus compañeros.

Y sí, hoy está preciosa. Pero también lo está recién levantada y con los cabellos completamente enredados; con su pelo al natural, bufado y lleno de rizos rebeldes que a veces son imposibles de domar. Isabella está guapa siempre, en todas sus versiones.

La morena le dedica una sonrisa antes de pasarse un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—La verdad es que estás preciosa —interviene Lia—. Pero a mí me encantan tus rizos. ¡Ojalá pudiera tener tu pelo!

—¿Qué dices? —pregunta asqueada—. Mi pelo al natural es horrible. Odio mis rizos.

—A mí me gustan —le digo, antes de darle un pequeño codazo con suavidad y dedicarle una sonrisa de lado.

Un olor a pachulí se impregna en mis fosas nasales cuando unos mechones suaves de cabello me rozan la nuca al pasar por mi lado.

—Hola, Bruno —me saluda Chloe—. Hola, chicos, ¿qué tal estáis? —saluda al resto, que enseguida la invitan a sentarse con nosotros y la integran en la conversación.

—Bueno, si hablamos de cabellos bonitos… —murmura, alargando las palabras—. Yo me quedo con la melena de Bruno. —Lleva la mano a mi cabello y lo revuelve un poco, causándome un pequeño escalofrío por la columna por el cosquilleo—. ¡Es tan suave!

—Gracias —respondo, encogíendome de hombros—. Te diría que es así al natural, pero es que le robo el champú y el acondicionador a Isabella. —Señalo a la aludida con el pulgar y ella asiente sonriente.

—¿Es que vives con ella? —pregunta sorprendida.

—Sí.

—¿Pero estáis juntos?

Miro a Isabella, que de nuevo parece incómoda, bebiendo de nuevo agua sin parar y suelto un suspiro antes de responder.

—No.

—Ah, es que la gente habla mucho… como siempre estáis tan juntitos. —Nos señala con sus dedos y atisbo sus uñas largas, que hoy son de color rosado.

—Pues que hablen lo que quieran, porque no nos vamos a separar —escupe mi amiga.

Siento una punzada de orgullo en el pecho, o de alegría, no lo sé.

Mason cambia por completo de tema, y vuelve a centrarlo en el fútbol, y en el partido tan importante que tenemos dentro de dos semanas.

—Estáis invitadas a venir a animarnos. —Charlie sube y baja las cejas de forma rápida.

—Obviamente, tenéis que venir a hacerme compañía. Me siento muy sola en todos los partidos. —Lia hace un puchero con su labio inferior y Chloe, la otra rubia que tengo sentada a mi lado, suelta una carcajada exagerada.

—Claro que sí, ahí estaré. Además, llevaré el número tres en mi camiseta —dice, mirándome con una sonrisa traviesa—. Si tú quieres, claro.

—Me vendrá bien algo de ánimo… Y no lo voy a negar, tienes que estar preciosa con mi camiseta puesta.

La rubia se sonroja y hasta me parece tierna.

—Pues entonces ya tengo una excusa para gritar más fuerte cuando te anime desde las gradas.

Levanto una ceja, mirándola divertido.

—Me encantará oírte gritar mi nombre.

Suelta una carcajada. Mis amigos están hablando de sus cosas, y ya han dejado de prestarnos atención, por lo que, pese a que estamos en compañía, parece que solo estamos Chloe y yo.

—No me culpes si luego no eres capaz de concentrarte en el partido.

—¿Crees que eres capaz de ponerme nervioso? —pregunto de forma coqueta. Se muerde el labio y se acerca un poco a mí, dejándome inhalar la estela de su perfume que, no es un aroma dulce, como a mí me suelen gustar, pero es agradable, y en su piel, huele demasiado bien.

—No lo creo, lo sé —responde, jugueteando con algunos mechones de mi cabello, con su rostro demasiado cerca del mío.

Me giro de forma brusca cuando Isabella se levanta de la mesa con rapidez y coge con las manos temblorosas su bandeja. Se despide de todos titubeando y se marcha casi a trompicones, chocando con algún que otro alumno por el camino.

Bella

He intentado mantener la compostura. Reír con las bromas que han estado haciendo mis nuevos amigos, si es que los puedo llamar así; mantener una sonrisa durante todo el almuerzo y fingir que todo está bien. Hasta que ha llegado Chloe y ha hecho que se me revuelva el estómago por completo.

Empujo la puerta del baño con fuerza, casi tropezando sobre mis propios pies. Cierro el pestillo del cubículo en el que acabo de entrar y espero a que el resto de chicas salgan y por fin me quedo sola.

Abro la tapa del inodoro y me arrodillo en el suelo, dejando salir todo el dolor y la angustia contenida en las últimas horas.

Me repito a mí misma que esto es solo un pequeño bache en el camino, pero que estoy bien.

CAPÍTULO 26

Bella

—Lo intento, de verdad que sí, pero no puedo. No sé cómo quererme a mí misma. Y siento que hasta que no lo haga, no seré capaz de querer de forma sana a nadie.

Beatrice, mi psicóloga, asiente lentamente antes de tomar nota en su cuaderno. Prefiere hacerlo todo a mano antes que usar el ordenador, siempre me dice que no es tan moderna como para confiarle algo tan preciado a la tecnología.

—¿Qué parte de ti crees que te cuesta más querer?

—Mi cuerpo.

Vuelve a asentir.

—¿Y qué parte de ti crees que le resulta más difícil a la gente de querer?

—Pues… no lo sé. ¿Mi cuerpo también? Oh, y mi personalidad, Suelo ser bastante antisocial, sobre todo con la gente de mi edad o que no me transmite la confianza suficiente como para dejarle ver mi verdadera versión.

—¿Y a quién le dejas ver tu verdadera versión? Aparte de a tu hermano.

—Pues a Liam. A Bruno. Ahora también a sus amigos, que supongo que también son amigos míos, o algo así. Ellos siempre se esfuerzan en demostrarme que merezco ser querida, pero siempre hay alguien que me recuerda que no es cierto.

—¿Alguien como quién?

—Mis compañeros. Mis antiguas amigas. La voz de mi cabeza —respondo cabizbaja. Mi voz suena rota, casi en un hilo que lucha por no romperse.

—Llevas mucho tiempo escuchando voces externas, ¿no crees que es hora de empezar a escucharte a ti misma un poco más?

—¿Y si no tengo nada bueno que decirme?

—Pues entonces tendremos que buscarlo juntas. —Sonríe.



—¿Y cómo empiezo a quererme?

—No existe un manual. Ni tampoco una fórmula mágica que te ayude a quererte de un momento a otro. El amor propio tampoco es un proceso lineal; al contrario, está lleno de altibajos, pero el objetivo final es tener una autoestima lo suficientemente fuerte como para tener un equilibrio. Y también la fuerza para contrarrestar esos días en los que no nos valoramos lo suficiente. No siempre te vas a querer, ni te vas a gustar. Habrá días que sigas sin poder mirarte al espejo. Pero se consigue con pequeñas acciones, cada día. Por ejemplo, reconocer tus logros diarios, aunque te parezcan insignificantes. Comer, aunque sea con miedo, porque sabes que tu cuerpo lo necesita para mantenerse saludable y con vida, y vas a querer hacer todo lo posible por mimarlo, por cuidarlo como se merece. Pedirle ayuda a alguien cuando lo necesites, o cuando no

puedas con todo. Porque está bien, no siempre se puede con todo, y no pasa nada por no poder hacerlo. También, siendo menos juiciosa cuando te mires al espejo, y por cada insulto que se te venga a la cabeza, cambiarlo por un cumplido, por unas palabras bonitas, algo que te guste de ti. Haciendo cosas que te gusten a ti, no solo a la gente con la que pasas tiempo. Y haciéndote tu mejor amiga. Sí, de ti misma. Disfrutando de ti y del espacio que ocupas en el mundo.

Bruno

Las gradas están más llenas que nunca. No hace falta observarlas demasiado para notar la presión. Me ajusto las medias, me reviso los cordones de las botas y echo un último vistazo. Tenemos que ganar. Y esta vez no es por mi padre, ni siquiera por mí; sino por toda la gente que ha venido a apoyarnos, por todos los compañeros que llevan puestas nuestras camisetas, que nos vitorean y aplauden cuando salimos al campo.

Sobre todo, por ella.

Isabella ha conseguido venir y enfrentarse a uno de sus miedos, y eso me llena de un orgullo tan grande, que no puedo hacer otra cosa que ser el mejor esta tarde, solo por ella. Lleva puesta una camiseta, aunque desde aquí, no distingo el número que tiene grabado. Pero ahora mismo, me da igual. Está aquí, y eso es lo único que me importa. Quiero que disfrute, pero una parte de mí también necesita que vea lo bien que juego, que me vea ser el mejor. Porque también necesito ser el mejor para ella, porque no se merece menos.

Cuando su mirada se cruza con la mía, su rostro se ilumina con una sonrisa, una media luna que ilumina todo el campo, que brilla más que todas las luces de la maldita ciudad en una noche cualquiera.

—Boissieu. —El entrenador me da una colleja en la nuca—. En unos minutos empezamos, así que céntrate y deja de coquetear con tu chica.

—No es mi… —No me da tiempo a continuar la frase cuando me doy cuenta de que no se refiere a Isabella, sino a Chloe, que está de pie desde su asiento, con mi camiseta puesta y gritando a todo pulmón, mientras me saluda sonriente con una de sus pequeñas manos.

La saludo con un movimiento de cabeza y una sonrisa y doy media vuelta, hasta llegar a mis compañeros, que ya están calentando.

El partido empieza, y apenas me da tiempo a reaccionar. Los jugadores del otro equipo son buenos. Entradas rápidas, choques y alguna que otra falta. Los centrales lo están dando todo, y los defensas están defendiendo a su equipo con una habilidad envidiable.

Pero nosotros también somos buenos, y hemos entrenado mucho, así que en cuanto cogemos confianza en el campo y nos compenetramos un poco, siguiendo las directrices que nos grita de vez en cuando el entrenador, es cuando realmente empieza el juego.

Me deslizo por el campo con el corazón acelerado. Y no solo por el partido y por todo lo que hay en juego.

Me muevo con rapidez, sintiendo que no soy el dueño de mis propios movimientos, que prácticamente son automáticos, a la vez que feroces y descuidados.

El balón llega a mis pies después de un pase perfecto de Ben Sullivan, uno de mis compañeros de equipo. Lo aprovecho, sintiendo la adrenalina correr por mis venas, el pulso desbocado y mi cuerpo completamente fuera de control.

Intentan robarme el balón, pero doy algunos codazos y aparto a los contrincantes que parecen ser una amenaza. Sigo corriendo con la pelota entre mis piernas, jugueteando con ella hasta que me acerco a mi objetivo: la portería.

La grada estalla cuando marco el primer gol. Lo celebro con mis compañeros. La busco a ella con la mirada. Siento un pinchazo en el corazón cuando atisbo en sus ojos orgullo y satisfacción.

No debería sentirse orgullosa. Debería tenerme casi el mismo asco que me tengo yo.



La casa está repleta de gente. La música, a todo volumen. La gente bailando y riendo, con botellines de alcohol entre sus manos. Algunos, todavía llevan las camisetas del equipo puestas y, pese a que ya han pasado algunas horas desde que terminó el partido, mis compañeros y sus amigos lo siguen celebrando como si no hubiera un mañana.

Echo un vistazo rápido a mi alrededor, pero sé que no la voy a encontrar en un sitio tan lleno de gente. Cruzo la casa, esquivando algún que otro cuerpo que se tambalea hacia los lados, hasta llegar a la terraza.

La encuentro en una esquina, sentada sobre el césped, disfrutando de su propia soledad. Me quito la chaqueta y se la paso por los hombros. Da un pequeño respingo, pero en cuanto se da cuenta de que soy yo el que se está sentando junto a ella, sonríe.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar celebrando la victoria?

—Ya lo estoy haciendo. No se me ocurriría otro sitio mejor que estar aquí contigo. —Le doy un pequeño toque en el brazo con el hombro y enseguida me responde con el mismo gesto.

—Has estado increíble, y me ha encantado verte jugar.

—A mí me ha encantado que estuvieras allí. Sé que has hecho un gran esfuerzo, y te lo agradezco muchísimo. Lo único que jamás te perdonaré es que no llevaras mi camiseta.

—¿No tienes suficiente con la rubia que casi me deja sorda con sus gritos?

—A ti te quedaría mucho mejor mi apellido en la espalda.

A pesar de la oscuridad de la noche, puedo ver cómo empieza a ruborizarse.

—No digas esas cosas…

—¿Por qué no?

—Porque no sé qué decir. Nunca sé qué decir cuando me miras así.

—¿Y cómo te estoy mirando? —Alzo una ceja.

—Como si quisieras besarme ahora mismo.

Las pulsaciones de mi corazón se aceleran mientras yo me acerco un poco más a su cuerpo. Nuestras respiraciones agitadas se entrelazan. Estamos demasiado cerca. Siento un cosquilleo en el estómago que me está poniendo de los nervios, porque se supone que no debería sentirme así por estar tan cerca de mi mejor amiga. Pero lo hago, ya te digo que lo hago. Me pongo nervioso, me sudan las manos, y me cosquillea todo el cuerpo cuando estoy cerca de Bella. Jamás lo admitiré en voz alta, no soy tan estúpido como para romper lo que tenemos por una simple atracción. Porque esto que siento, es solo atracción, supongo. Aunque Bella no sea capaz de verlo, es una chica guapa, que podría despertar el deseo de cualquier chico.

—¿Y si quisiera hacerlo? —No sé qué es lo que se me ha pasado exactamente por la cabeza al preguntar esto, pero lo hago.

Noto un pequeño atisbo de duda en su mirada, que se alarga más segundos de los necesarios, mientras me mira con esos grandes ojos que siempre consiguen acelerarme el corazón.

—No puedo respirar —dice antes de alejarse bruscamente de mí. Se levanta del suelo y comienza a hacer algunas respiraciones lentas y profundas, con la mano en el pecho.

Nos quedamos de pie, mirándonos durante un buen rato. Sin saber bien qué decir, sin saber si es mejor alejarnos y quedarnos cada uno en un lugar de la fiesta diferente, o volver a acercarnos el uno al otro.

—Quiero irme a casa —termina diciendo.

—Estaba de broma, Isabella. ¿En serio te has molestado?

—¡No, no! No es por eso. Pero me estoy encontrando mal y quiero irme antes de ponerme peor —me explica, aunque no suena demasiado convencida—. Puedes quedarte y seguir festejando con tus amigos. Pediré un taxi.

—De eso nada. Hemos llegado juntos y nos iremos juntos.

—Chloe lleva buscándote un buen rato. Seguro que te lo pasarías mejor si te fueras con ella, Bruno. Estaré bien, de verdad.

—No me importa Chloe. Me importas tú.

Ninguno de los dos dice nada más. Nos despedimos de nuestros amigos y nos dirigimos a casa. Estaciono la moto cerca de la puerta cuando llegamos y, en cuanto nos bajamos, el frío vuelve a azotarnos, golpeando con la brisa nuestra cara, que hasta ahora estaba protegida por el casco.

Al llegar, nos quitamos los zapatos en la entrada y los guardamos en el zapatero. Todo está tan tranquilo y silencioso que resulta hasta incómodo.

Me cambio de ropa a toda velocidad y me pongo el pijama. Salgo de mi habitación y me dirijo a la de Bella, que ya está metida en su cama, con un libro de fantasía entre sus manos.

—¿Dormimos juntos? —pregunto, como si fuera la cosa más normal del mundo.

Desde hace unas cuantas semanas, prácticamente dormimos juntos. Bella tiene algo de insomnio, y no descansa bien a menos que esté acompañada, lo tengo comprobado.

Siempre que dormimos juntos, acaba descansando tanto como lo necesita, y a mí no me importa dormir con ella. También descanso mejor cuando me abraza por las noches, o cuando me despierto con su mata de pelo sobre mi cara.

—¿Es que tienes problemas para dormir, o qué? —pregunta de forma burlona, destapando el otro lado de la cama y haciéndome hueco a su lado. Sonrío cuando percibo que vuelve a ser la misma de siempre, sin rastro alguno de la incomodidad que nos ha perseguido durante todo el camino.

—Sí —respondo—. No puedo dormir a menos que me ronques en el oído.

—¡Oye! —se queja riendo—. Yo no ronco.

—Haces los mismos ruiditos que haría un cerdo al dormir.

—¡Bruno! —Estalla en carcajadas.

Me tumbo a su lado y le robo el libro que estaba leyendo.

—¿Por qué lo subrayas tanto? Te está gustando mucho, eh.

—La protagonista es icónica. El chico es demasiado tierno y juntos, forman un combo perfecto.

—Como nosotros —me apresuro a decir. Me doy cuenta de lo mal que ha sonado, pero ya no puedo retroceder en el tiempo, así que opto por disimular—. Como amigos, formamos el combo perfecto.

Se le desdibuja la sonrisa de la cara, pero acaba asintiendo con la cabeza.

Deja el libro sobre la mesita de noche después de un buen rato leyendo, mientras que yo me he estado poniendo al día con mi familia por mensajes. La situación es cada vez más tensa, y nadie sabe dónde está mi padre ahora mismo. No se ha comunicado con ninguno. Ni siquiera conmigo. Una parte de mí se siente en paz, pero la otra, no solo lo echa de menos, sino que también está preocupada. Puede haberle pasado cualquier cosa, aunque mi madre insiste en que está en algún lugar descansando y alejándose de todo el drama que se ha formado alrededor de mi familia. Me tranquiliza ver que ella lo lleva con tanta calma. Seguro que sabe dónde está, aunque no nos lo quiera decir a ninguno.

—¿Puedo abrazarte? —pregunta cuando apago la luz, dejando la habitación iluminada tan solo por la luz tenue y fosforita que emiten las pegatinas del techo.

—Siempre —respondo. Extiendo el brazo y le dejo el hueco suficiente para que se abrace a mi cuerpo, apoyando la cabeza sobre mi pecho y seguramente escuchando los latidos desbocados de mi corazón.

Suspiro aliviado cuando escucho su respiración tranquila, y segundos después empiezo a escuchar los pequeños ronquidos que hace al dormir. Intento no reír y cierro los ojos con fuerza, concentrándome en dormir y no en darle más vueltas a la cabeza, ni a lo que siento y no debería sentir.

Por lo menos, uno de los dos va a dormir esta noche.

CAPÍTULO 27

Bella

Las calles del barrio de Notting Hill se ven ensombrecidas por un color grisáceo, como si el cielo se hubiera rendido ante el peso del otoño, y comenzara a dar paso a un invierno frío. Algunas hojas caídas siguen crujiendo bajo mis pasos, formando un camino rojizo que tiembla con cada ráfaga de viento, a la vez que las hojas de los árboles se mueven cuando les acaricia la brisa.

El aire huele a lluvia; a la tierra cuando está mojada, a la leña de las chimeneas de las casas elegantes, al café recién hecho, mezclado con el aroma del té. Los escaparates ya están decorados en tonos rojos y dorados, como si el mes de diciembre se acercara a pasos agigantados.

Y aunque durante el día a día, parece que las horas pesan, ocurre todo lo contrario; el tiempo pasa con demasiada rapidez, se escurre entre mis dedos temblorosos que luchan por atraparlo y conseguir alargar un poco más los días buenos, y acortar los que son horribles.

Recuerdo como si fuera ayer el verano previo a estos meses de tantos cambios, la entrada de un otoño entrañable, que ahora parece quedarse atrás porque, aunque todavía nos quede tiempo

por delante, parece que el invierno, este año, ha decidido adelantarse.

Notting Hill parece el mismo de siempre pero, sin embargo, todo ha cambiado.

Yo también lo he hecho.



Estamos en el Covent Garden y aunque hay más gente de la que me gustaría, estoy más cómoda de lo que pensaba que estaría. Lia hace que el rato sea agradable, me distrae hablando sin parar, y dejando que le cuente las tramas de mis libros favoritos. Mantener la mente ocupada, hace que no me concentre tanto en la ansiedad que me da estar en lugares donde hay tantas personas.

Huele a castañas asadas y a café recién hecho. El murmullo de la gente se mezcla con la melodía de la música callejera, que siempre me quedo prendada al escuchar. Los puestos de flores, están llenos de ramos con colores vivos, como si se estuvieran resistiendo a la llegada de la nueva estación.

Nos hacemos algunas fotos bajo los arcos de piedra, y me sorprendo al ver la cara sonriente con la que aparezco en la pantalla del teléfono. Se me hace raro tener amigos. Todavía me cuesta integrarme en sus conversaciones, no sentir que estorbo o que les estoy molestando. Pero, en este último mes, me he acercado mucho más a ellos y, poco a poco, les voy dejando ver a la Isabella real.

Con Lia es con la que más confianza tengo. No sé si es por el hecho de ser las dos chicas del grupo —qué raro se me hace pertenecer a un grupo—, o por tener gustos parecidos. A ella también le encanta leer, y me ha invitado a asistir con ella a un grupo de lectura, pero no sé si estoy preparada para ello todavía.

Me encantaría tener en mi vida más personas con las que hablar de libros, así que no descarto intentarlo en un futuro.

Nos detenemos en diferentes tiendas; algunas de jabones y velas artesanales, y otras muchas de libros, donde tardamos más de la cuenta en elegir nuestra compra. Fuera, está empezando a caer el sol, pero nosotras seguimos llenas de bolsas entre las manos, paseando sin fijarnos demasiado en la hora, demasiado sumidas en nuestras propias conversaciones.

—¿Has decidido ya qué te vas a poner?

—No tengo ni idea.

—Deberías comprarte un modelito nuevo, tienes mucho dinero, ¡aprovéchalo! Estrenar ropa siempre sube el ánimo.

—Tengo muchísima más ropa de la que necesito, no tengo por qué comprar más. Además, prefiero gastarme el dinero en libros o pinturas nuevas.

—También es muy buena opción —comenta Lia agarrada de mi brazo, mientras esquivamos a las personas que caminan en dirección contraria a nosotras.

—Todavía no sé si es buena idea eso de la cita —confieso sin mirarla directamente a los ojos, aunque de reojo, ya siento su mirada clavada en mí.

—¡Claro que lo es! Mason lleva colado por ti desde que te conoció. Y a ti te gusta. Así que, ¿por qué no darle una oportunidad al pobre chico? Además, está como un queso, y eso siempre es un plus.

Pongo los ojos en blanco y suelto una pequeña risita.

—Porque a ti te gusta Mason, ¿verdad? —continúa diciendo.

—Supongo, no lo sé.

Frena en seco, obligándome a hacerlo a mí también y me lleva a una zona apartada, para sentarnos a hablar más tranquilas en un banco.

—¿No te gusta Mason? ¿O es que te gusta otra persona y por eso tienes dudas de la cita?

—No es eso. Solo que ya sabes lo que me cuesta socializar, y me da vergüenza hacer el ridículo. Ya te he dicho que es el primer chico que me invita a salir, y no quiero que acabe pensando que soy una pringada, y encima deje de ser mi amigo.

—Lo primero… —Empieza a enumerar levantando un dedo—. No te va a costar tanto socializar porque estamos hablando de Mason, no de un desconocido. Segundo. —Ahora dos—. Si eres tú misma, es imposible que hagas el ridículo. Al contrario, acabará aún más loquito por ti. Y tercero, Mason no es el tipo de persona que dejaría de ser tu amigo solo porque una cita fuese mal. Es una oportunidad para conoceros mejor fuera del grupo, y en el caso de que alguno de los dos luego no se sienta cómodo o no quiera seguir saliendo con el otro, no pasaría nada.

—Solo quiero ser normal —confieso en un suspiro, antes de pasarme la mano por la cara.

—Ya lo eres, Isabella. Y si te sirve de consuelo, eres la más normal del grupo.

—Gracias, aunque teniendo en cuenta cómo sois los demás, no sé si eso me anima demasiado —bromeo.

———♥♥♥———

Cierro la puerta de casa y, después de quitarme los zapatos, voy directa al salón, donde me encuentro con Bruno. Suelto un resoplido cuando me doy cuenta de que no está solo.

Tiene a Chloe apoyada contra la pared de la entrada, que sonríe de forma demasiado coqueta para mi gusto.

Otra vez. Qué pesados.

—Siento interrumpir. —Me cuelo por debajo del brazo que Bruno tiene extendido, con su mano apoyada contra la pared en la que tiene acorralada el cuerpo de la chica que le coquetea sin ningún escrúpulo en mi propia casa, quedando entre medio de ambos, y seguramente rozando la cara de la chica con mi pelo, pero la verdad es que me da igual ahora mismo—. Necesito que me ayudes con una cosa —le digo a mi amigo. Me observa con atención, clavándome esos ojos azules, que ahora tienen el iris un poco más oscuro de lo normal, y frunciendo el ceño, algo característico en él.

—Espero que sea importante —masculla entre dientes.

—Lo es —le mantengo la mirada, y después de unos cuantos segundos de silencio, resopla y me aparta.

—Chloe, te tienes que ir. Te llamo luego y nos vemos, ¿vale? —Me aparta hacia un lado y le sonríe a la rubia, que me mira con cara de pocos amigos.

—¿En serio vas a dejarme plantada por ella? —Le saco la lengua en forma de burla, aprovechando que Bruno ahora está de espaldas a mí y no puede verme, y justo después sonrío irónica, y le lanzo un beso.

—Hablamos luego. —Es lo único que le contesta, antes de acompañarla a la puerta.

Cuando por fin se ha despedido de su amiguita, tira de mi mano y me lleva a rastras por toda la casa, hasta que llegamos a mi habitación.

Una vez dentro, cierra la puerta y toma asiento en su cama. Hago lo mismo y me siento a su lado, con las piernas cruzadas, mientras jugueteo con un cojín entre mis manos y nos empezamos a turnar para lanzárnoslo el uno al otro, como hacemos siempre—. ¿Hay alguna razón por la que siempre espantes a todas las chicas con las que hablo?

—Tampoco te pierdes nada del otro mundo. —Hago un gesto con la mano en el aire, restándole importancia—. Solo te fijas en las descerebradas.

—Gracias. Procuraré pedirte opinión la próxima vez que me fije en alguien.

—Harías bien. Tengo mejor gusto que tú.

—¿Qué necesitas, Bella? Tengo entrenamiento en una hora.

—Pues no parecías tener mucha prisa hace un momento —murmuro, jugueteando con mis uñas. Siento su mirada entrecerrada clavada en mí—. Vale. Necesito tu ayuda.

—Eso ya lo has dicho antes. —Sonríe con autosuficiencia—. ¿Qué pasa?

—Mason me ha pedido que tengamos una cita —suelto de forma rápida—. Quiere que vayamos al cine.

—Guay —contesta, sin expresión alguna en el rostro—. Felicidades.

—Venga ya, no seas así. Sé que es tu amigo, pero deberías alegrarte por mí. Es el primer chico que se fija en mí desde… —Tomo una pequeña pausa para pensar, aunque no tengo mucho que reflexionar, teniendo en cuenta que nunca nadie se ha fijado en mí —. Bueno, es el primer chico que se fija en mí en toda mi vida —rectifico.

—¿Y qué necesitas? ¿Que te monte una fiesta para celebrarlo?

—Va a intentar besarme, estoy segura.

—De nuevo, felicidades, Isabella.

—¡No me llames Isabella! —Le lanzo el cojín y lo coge al vuelo, antes de que se pueda chocar con su cara. De nuevo tiene una

expresión seria, y parece que está estudiando mi rostro con atención, lo que me provoca un pequeño pellizco en el estómago.

—¿Qué necesitas? —pregunta en un suspiro, dándole vueltas al cojín entre sus manos.

—Sabes que nunca he besado a nadie y… bueno… necesito que me enseñes.

—Que te enseñe —repite, articulando cada palabra con lentitud, como si estuviera asimilando lo que él mismo está diciendo.

—Sí —contesto—. Necesito que me enseñes a besar.

—Necesitas que te enseñe a besar —vuelve a repetir, esta vez con la mirada clavada en la pared que tengo detrás de mí.

—No repitas todo lo que digo —me quejo, quitándole el cojín de las manos y dándole vueltas entre las mías, con nerviosismo.

—¿Puedes explicarme cómo quieres exactamente que te enseñe a besar? —Me mira por fin, y trago saliva con dificultad. Estoy nerviosa. Mucho.

—Pues con la boca, Bruno.

—Isabella, ¿eres consciente de lo que me estás pidiendo?

—Sí, que me enseñes a dar un maldito beso. No es para tanto. Tienes experiencia y yo no. Eres mi mejor amigo, y es tu deber ayudarme cuando lo necesito.

—No voy a ayudarte con esto.

—Sí, sí lo vas a hacer.

—¿Por qué no le preguntas a tu hermano cómo se hace? ¿Por qué tiene que ser justo a mí? —Se pasa las manos por la cara.

—Porque eres mi mejor amigo, y porque mi hermano no puede besarme, pero tú sí. —Me encojo de hombros—. Venga, va, sabes

que nunca te pido nada. ¡Para una vez que te pido algo no puedes negarte!

—Te pasas el día pidiendo cosas, Isabella. Las personas que vivimos a tu alrededor parecemos tus esclavos. —Lo fulmino con la mirada y suelta una pequeña carcajada. Por fin se le ha borrado la expresión neutra y le vuelven a brillar los ojitos como siempre. Le dedico mi mejor cara de cachorrito y después de unos segundos, niega con la cabeza sonriendo—. Vale, está bien. Te aprovechas de que soy un buenazo y no puedo decirte que no a nada.

—Soy irresistible, qué le voy a hacer. —Me sacudo el pelo y, cuando vuelvo a mirarle, veo que me está observando fijamente y le veo tragar con cierta dificultad.

—Sí, lo eres —murmura, sin dejar de mirarme.

—Pues venga, empecemos con la clase —digo, intentando ignorar los rápidos y descontrolados latidos de mi corazón, y romper el momento tan raro e incómodo que se estaba empezando a formar entre los dos.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Ahora… de ahora mismo?

—Ahora de ahora mismo, Bruno. Bésame ya.

Me inclino un poco hacia él, acortando la distancia entre los dos, y quedando a pocos centímetros de su cara. Observo el movimiento de su garganta al tragar saliva, y voy subiendo mi mirada poco a poco, hasta dejarla en sus labios, los cuales se humedece antes de sonreír nervioso.

Me tiemblan las piernas, y el corazón me late a un ritmo que no es normal. En estos momentos, empiezo a preguntarme si una persona de mi edad, puede morir por un infarto, porque de ser así,

creo que me queda poco tiempo de vida. Siento un cosquilleo en el estómago que me molesta, el mismo que siempre está presente cuando estoy cerca de mi mejor amigo, el mismo que me confirma que algo no está bien conmigo, porque no es normal la forma en la que mi cuerpo y mi mente reacciona cuando estoy con él.

Me tiemblan las piernas, y en estos momentos agradezco el haberme sentado desde un principio, porque no sé si sería capaz de mantenerme en pie ahora mismo.

Llevo mis manos, con cierto nerviosismo, hasta la nuca de Bruno, y las dejo ahí, dudando si acariciarle el pelo o si eso sería demasiado. Siempre me he preguntado cómo sería hacerlo en medio de un beso, pero esto es solo una clase para poder besar a otro chico, así que es mejor descartar esa opción directamente.

Por fin reacciona, y lleva sus manos a mi cintura, acercándose un poco más a mí, si es que esto es posible, y envolviéndome entre sus brazos y su aroma amaderado.

—Vale, vamos a besarnos. —La voz le sale más ronca de lo normal, y el sonido produce una explosión en mi interior. Me mira fijamente a los labios, y la sensación de tenerle y observarme tan de cerca, por algún motivo, me produce escalofríos.

—Sí, eso parece —murmuro, sin dejar de mirar sus labios, ahora entre abiertos, y preparados para darme la mejor clase de mi vida.

—Pues vamos a hac… —No le doy tiempo a terminar la frase, cuando saco un valor hasta ahora desconocido para mí, y estampo mis labios contra los suyos, en un cálido y fugaz roce que me produce un escalofrío por todo el cuerpo. Me separo rápidamente de sus labios, y noto un calor atravesar todo mi cuerpo y posarse en mis mejillas, que seguro ahora están enrojecidas.

Madre mía, ¿qué he hecho? ¿Por qué he tenido que pedirle ayuda justo a él?

—Madre mía, Isabella. —Se separa de mí, y se revuelve el pelo con las manos, para justo después llevarlas hasta su cara y frotarla con nerviosismo. Cuando deja de hacerlo, me mira, provocándome un cosquilleo por la espalda, al ver sus iris azules oscurecidos, y cómo respira casi con la misma dificultad que yo.

Cuando pienso que se va a levantar enfadado y me va a echar de la habitación, me coge la cara con las manos, con una firmeza que hace que me tiemblen hasta los dedos de los pies, y entonces vuelve a estampar su boca con la mía, esta vez con muchas más ansias. Con hambre. Con sed. Con deseo. Con urgencia.

Es un beso profundo, completamente desesperado y no sé cómo soy capaz de seguir el ritmo, pero el roce se siente tan natural, que los movimientos me salen solos cuando me dejo llevar.

Nos separamos unos segundos en busca de aliento, antes de volver a juntar nuestras bocas de nuevo. Me agarra por la nuca, enredando su mano entre mis rizos, y yo por fin me atrevo a poner la mano en su nuca y acariciarla con suavidad.

Todo se desdibuja a nuestro alrededor. Solo estamos él y yo. Solo importa las ganas que hasta ahora habían estado contenidas.

Nos seguimos besando durante un buen rato, aunque no tengo claro si es parte de la clase o no. Ya me preocuparé después por eso y por la sensación que tengo clavada en el estómago; esa que avisa a las mariposas que revolotean felices, que no se alegren tanto, porque todo está a punto de cambiar entre nosotros y que, a partir de este momento, nada volverá a ser igual entre Bruno y yo.



CAPÍTULO 28

Bruno

Ninguno de los dos ha vuelto a decir nada en toda la tarde. Cuando conseguí recuperar mi capacidad de pensar por mí mismo y me separé de Bella, supe que la acababa de cagar. Isabella es mi mejor amiga, no sé qué se me pasó por la cabeza cuando acepté ayudarla con su cita con Mason, ni por qué le seguí el beso después del primer roce de nuestros labios. Lo único que sé, es que llevo dos horas con su maldito sabor en la boca; dos horas torturándome a mí mismo por lo que podría llegar a ser y nunca será, sintiendo sus manos en mi cuello, su respiración entrecortada y sus labios hinchados todavía sobre los míos.

Y estoy completamente seguro de que lo que siento, no es solo por el deseo y la atracción del momento; es mucho más. Es ella. Al completo. Con sus partes buenas y las que están completamente rotas. Con sus enfados y sus momentos de alegría y efusividad. Con su cara de concentración. Con su ilusión cuando habla de algo que le gusta. Con su creatividad y su manera de hacer arte. Con el brillo que desprende sin ser consciente de ello. Con sus inseguridades, las mismas que me encantaría borrar para que fuese consciente del tipo de mujer en la que se está convirtiendo.

Esto no está bien, ella es mi mejor amiga, y no puedo arriesgarme a estropear la relación tan bonita que tenemos.

Pero es que ni siquiera sé cuándo empezó esto. No sé si comenzó cuando vi que Mason estaba interesado en ella, o viene de mucho antes, del día en que la conocí y me quedé completamente prendado con su belleza y su pureza. O la primera vez que la vi sonreír e iluminó toda la sala con su maldita sonrisa. O la primera vez que me obligó a ver con ella Shrek o a hacerme el skincare, cosa que me prometí a mí mismo que jamás haría con nadie, porque siempre lo he visto como una completa ñoñería. O la primera vez que dormí junto a ella después de un ataque de ansiedad, con su cuerpo pegado al mío por primera vez. O quizás ha sido así siempre, y yo he sido demasiado tonto como para darme cuenta antes.

Lo que tengo claro es que me gusta, y no sé qué es lo que voy a hacer con eso.

Tengo que distraerme y pensar en otra cosa. Ahora sería un buen momento para llamar a Chloe, salir un rato con ella y olvidarme de la gruñona que se cuela en mi cabeza más de lo que debería, como llevo haciendo el último mes. Me he estado obligando a pensar que esto es una confusión pasajera, por culpa de pasar tanto tiempo juntos en casa, y que si conozco mejor a otra persona y me empieza a gustar, se me pasará.

Pero en lugar de eso, decido coger el teléfono y marcar el número de la persona que estoy a punto de perder para siempre.

—¿Si? —contesta mi amigo al otro lado de la línea.

—He besado a tu hermana —Es lo primero que se me ocurre decir. Me tumbo con la espalda sobre el colchón, con la mirada perdida en el techo blanco y, mientras que con una de mis manos sujeto el móvil, con la otra jugueteo con un cojín, dándole vueltas sobre sí mismo.

—Has besado a mi hermana —repite lentamente, como si intentara encontrarle un sentido a lo que acabo de confesar.

—Sí —respondo con los ojos cerrados—. Eso he hecho.

—¿Me puedes explicar por qué narices has besado a mi hermana, Bruno?

Aunque no puedo verlo, sé que se está tensando desde el otro lado de la línea, y hasta me ha parecido escuchar algo parecido a un gruñido por su parte.

—Mi amigo Mason le ha pedido una cita.

—Voy a matar a tu amigo Mason.

—El caso es que me ha pedido ayuda para besar, porque tengo más experiencia que ella y todo eso —le explico con nerviosismo.

—¿Y por qué te ha pedido ayuda justo a ti? ¡Podría haberme llamado!

—Eric, no puedes ayudar a tu hermana con estas cosas. ¡Y ni se te ocurra contarle esto que te estoy diciendo!

—¿Y a ti si puede pedirte ayuda?

—Soy su mejor amigo.

—Los mejores amigos no se dan besos en la boca, Bruno.

—Me gusta tu hermana.

—Ya lo sé —resopla—. Pero atrévete a decírmelo la próxima vez que nos veamos y así te podré dar la típica charla de hermano mayor.

—Lo haré —respondo en un suspiro.

—Bruno —me llama, captando toda mi atención—. ¿Te gusta de verdad? Sé que hace poco has estado tonteando con otra chica.

—No lo sé… Yo… Estoy confundido, Eric. Ella es mi mejor amiga, no puede gustarme. Así que cuando pienso en eso, decido que no me gusta, porque es imposible. Pero, cuando estoy junto a ella…

—¿Sí?

—Mi corazón opina otra cosa. No lo sé. Por favor, no me odies.

—No te odio, Bruno. Pero si le haces daño a mi hermana con tus tonterías, te destrozaré.

—Jamás le haría daño.

—Habla con ella y dile lo que piensas.

—No puedo hacer eso, porque ni siquiera sé qué es lo que pienso. Solo sé que está arreglándose para ir a una cita con Mason y tengo el estómago revuelto. Algo ha hecho clic en mi cabeza, y me da miedo estropear nuestra amistad por unos malditos celos.

—Así que reconoces que estás celoso.

—No lo sé.

—Sabes que si se tratara de otra persona, ahora mismo estaría cogiendo un vuelo hacia Londres, ¿verdad?

—Lo sé.

—Aclara tus ideas y habla con mi hermana.

—Vale, lo haré.

—Y una cosa más… Ni se te ocurra volver a besar a mi hermana.

—Tranquilo, no pensaba volver a hacerlo.

—Mentiroso —masculla entre dientes—. Os voy a enviar a Liam para que os vigile estos días.

—No somos unos niños, Eric.

—Pero os comportáis como tal.

Salgo de mi habitación en cuanto terminamos la llamada telefónica. La puerta de la habitación de Bella está cerrada, pero sé

que ella está dentro, porque se cuela una fina línea de luz por debajo, y además, está cantando una canción de One Direction a todo pulmón.

—¿Se puede? —pregunto, dando algunos toques sobre la madera de la puerta, pidiendo permiso para entrar.

—Claro, pasa —responde en un tono de voz más alto de lo habitual, intentando hablar por encima de la música.

Abro la puerta y me arrepiento de hacerlo inmediatamente después. Lleva puesto un vestido con una camiseta de mangas largas debajo, y se ha recogido el pelo en una coleta, perfectamente peinada y sin ningún rizo suelto.

—¿Qué tal estoy? —Da una vuelta sobre sí misma, enseñándome bien el look al completo.

—Estás preciosa. —Mi voz suena ronca y parece percatarse de ello cuando me mira.

—¿Tú crees? Se sale un poco de mi zona de confort, y me siento un poco incómoda llevando vestido. —Empieza a caminar rápido por su habitación, mientras se muerde el labio con nerviosismo—. Perdona, ¡estoy nerviosa!

—¿Y por qué no te pones algo con lo que te sientas cómoda?

—Porque es una cita, y se supone que debo ir más arreglada para impresionarle.

—No tienes que arreglarte o ponerte algo que no te guste para impresionar a nadie. Tienes que ser tú misma. Con eso ya es más que suficiente.

—No sé… Es que me entra la inseguridad. —Se sienta en el filo de su cama—. Todavía me pregunto si todo esto es parte de una broma y solo quiere burlarse de mí.

—Mason no es así, Isabella.

—Ya pero entonces, ¿por qué se fijaría en mí? Es que no le veo sentido.

Me trago las palabras con las que me gustaría realmente contestarle.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro —respondo, sentándome en la silla de escritorio, deslizándome con las ruedas hasta quedar frente a ella.

—Si tú y yo no fuéramos amigos, y me vieras por primera vez. ¿Te fijarías en mí así vestida?

—Sí —respondo, sin ser capaz de aguantar su mirada.

—Y si tú y yo no fuésemos amigos… ¿Crees que podría gustarte como mujer? Y sea cual sea la respuesta, dime por qué.

—Sí —respondo después de unos segundos que empezaban a hacerse pesados en el aire—. Si tú y yo no fuéramos amigos… —Carraspeo y cojo aire antes de continuar—. Me quedaría prendado cada vez que sonríes, porque alumbras cada estancia con la luz de tu sonrisa. Apreciaría cada detalle de cómo te ríes cuando estás cómoda y en confianza con alguien, y me sentiría lleno tan solo con escuchar tu risa. Te observaría a escondidas mientras dibujas y me fijaría en cada detalle de tu rostro cuando se ilumina de ilusión al hablar de libros, de pintura o de todas las cosas que te gustan. Vería la misma película una y otra vez, solo por contentarte y hacerte feliz. Querría arrancarte el dolor de raíz y hacerlo mío, para eliminar tu sufrimiento y vivirlo yo por ti. Estaría obsesionado con tu cuerpo, y lo amaría por todas las veces que tú no has sido capaz de hacerlo. —Una lágrima se desliza por su mejilla—. Abrazaría cada una de tus cicatrices. Me fijaría en la forma en la que te echas los mechones de pelo del flequillo hacia atrás, y cómo resoplas cuando vuelven a su posición original, completamente indomables. Me gustaría verte con el pelo rizado y despeinado, y me quedaría embobado con tu cara recién levantada, porque es preciosa.

No dice nada, así que tomo aire antes de continuar.

—Me interesaría por las cosas que te gustan e investigaría en internet cada una de tus enfermedades para poder entenderte y ayudarte mejor. Pero también me preocuparía por las cosas que no dices, esas que te callas y te guardas para ti misma. Si tú y yo no fuéramos amigos, me habría fijado en ti desde el primer momento en que te vi, y jamás te hubiera dejado escapar, porque una persona como tú, no se encuentra dos veces en la vida.

—Todo eso si no fuéramos amigos, ¿verdad? —dice en un hilo de voz, con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí —respondo. La agarro por la nuca y la acerco a mí, para darle un beso sonoro en la frente, antes de levantarme de la cama y salir de la habitación.

CAPÍTULO 29

Bella

El viento me acaricia las mejillas, frío, pero soportable tras todas las capas de ropa que llevo puestas.

Estamos dando un paseo cerca del río Támesis, dejando atrás el Big Ben iluminado, que funde su silueta con el cielo gris oscuro. Las calles están llenas de luces, pequeñas guirnaldas brillantes que parpadean e iluminan la noche como si fueran estrellas desperdigadas por el cielo.

Y a lo lejos, la música callejera con canciones propias de la época del año, inunda el paseo con un ambiente cálido y acogedor.

Llevamos un rato dando vueltas, desde que le dije a Mason que necesitaba hablar con él y salimos del cine sin ni siquiera haber empezado la película.

—Bueno, pues tú dirás… ¿De qué querías hablar? —Me mira, caminando con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta.

—¿Por qué me has invitado a salir?

—Vaya, Isabella, qué directa eres cuando quieres. —Suelta una carcajada—. Porque me gustas. —Se encoge de hombros—. Y quiero conocerte un poco mejor.

—Quiero que sigamos siendo amigos —consigo decir, sintiendo un nudo en la garganta—. Pero… creo que me gusta otra persona.

Me mira con una sonrisa débil y asiente con la cabeza.

—Bruno, ¿verdad?

Siento un calor incómodo posarse en mis mejillas.

—Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo.

—No quiero que dejemos de ser amigos —pronuncio con la voz entrecortada.

—No tenemos porqué dejar de serlo, Isabella, de verdad. No me has roto el corazón ahora mismo ni nada de eso, así que quita esa cara preocupada ahora mismo.

—Es que me siento mal.

—Tranquila —dice sonriente—. Y ahora… —Pasa un brazo alrededor de mis hombros—. Vamos a ir al cine juntos, porque no hay nada que me apetezca más hacer con mi amiga, que ver una película.

———♥♥♥———

Todo está en completo silencio cuando llego a casa. Me quito las converse —estoy obsesionada con este tipo de zapatillas y no uso otra cosa—, y las guardo en mi lado del zapatero. Hago lo mismo con el abrigo y la bufanda y los cuelgo en el perchero.

Me froto las manos para entrar en calor. A esta hora de la noche suele hacer bastante frío.

Cruzo el pequeño pasillo y me adentro en la cocina, donde me preparo un té bien calentito y le echo un poco de canela por encima.

Cojo la taza entre mis manos con cuidado de no quemarme, resguardando mis manos con la tela de mi camiseta, y después de dejar todo en orden en la cocina, vuelvo a apagar las luces y subo las escaleras que me llevan hasta mi habitación.

Me pongo el pijama y me paso una manta por los hombros.

El silencio que reina en la habitación, se rompe con el sonido del carboncillo deslizándose sobre el papel. Mis dedos, ahora manchados de un gris oscuro, se mueven con destreza.

Cada detalle del rostro que estoy dibujando, me atrapa por completo. No tengo una foto conmigo, pero tampoco me hace falta. Me sé su rostro de memoria y podría dibujarlo con los ojos cerrados.

Repaso el trazo de la línea firme de su mandíbula, la curva de sus labios que forma una pequeña sonrisa, sus ojos del color del mar cuando está en calma y completa transparencia; esa mezcla de verde y azul, con un pequeño y sutil toque de gris, que ahora son tan oscuros en el papel, como profundos.

Intento plasmar todo lo que me transmite su mirada, aunque a veces, me resulte complicado. Su intensidad, a veces me abruma incluso en mi propia cabeza. Sombreo con cuidado de no arruinar el retrato que estoy a punto de terminar y esconder junto a todos los otros que he estado dibujando en este tiempo.

Bruno se ha vuelto mi mayor inspiración a la hora de dibujar.

Estoy tan concentrada en el dibujo, que me sobresalto cuando mi teléfono se ilumina y empieza a sonar, avisándome de una videollamada entrante de mi hermano.

Sonrío y me acomodo en la silla antes de responder.

—Hola, hermanita —me saluda desde Francia. Sus ojos parecen cansados, pero me sonríen con sinceridad.

—Hola —respondo sonriente.

—Perdona la hora, pero sabía que estarías despierta. ¿Cómo estás?

—¿Ya puedo hablar con Bella? —escucho una dulce vocecita protestar desde el otro lado. Eric la fulmina con la mirada y con un gesto y un susurro que consigo escuchar perfectamente, le pide que espere un poco más.

—Estoy bien —respondo—. Aunque no mejor que tú. Creo que estás muy bien acompañado.

—Janelle está en el hospital esta noche acompañando a Pauline, y me he quedado con Sophie. Se supone que hace dos horas que debería estar más que dormida, pero ahora le ha dado porque ha soñado contigo y quiere verte.

Suelto una risita.

—Y por eso me has llamado. La consientes demasiado —digo sonriente.

—Atrévete a llevarle la contraria en algo y que empiece a gritar como si la tuviese secuestrada.

—A ver, déjame que la salude.

Sophie y yo solemos hablar por videollamada, sobre todo desde que mi hermano se fue hace unos meses. A ella también le gusta pintar, y a veces me obliga a hacer sesiones de dibujo a distancia con ella, y la verdad es que me encanta. Es una niña muy dulce, aunque también un poco cabezota, y doy gracias por no ser yo la que tenga que aguantar sus berrinches en persona como está haciendo ahora mismo mi hermano.

Nos conocimos hace casi un año, cuando Eric todavía no se había prometido con Janelle y estaba aquí conmigo ayudándome en mi recuperación. Ellos estaban hablando y la niña me vio de pasada, y

obviamente insistió en que quería ver quién era. Y así fue como acabé conociendo a mi sobrina; a través de una videollamada. Fue un poco incómodo al principio, ya que yo no sabía bien qué decir, y nunca se me han dado especialmente bien los niños —ni la gente desconocida en general—, pero fue bastante sencillo y natural sentirme cómoda con Sophie, porque no dejaba de hablar sin parar y desde el primer momento me trató como si me conociera de toda la vida, con esa ilusión y dulzura característica en las niñas como ella.

—¡Bellaaaaaaa! —grita eufórica cuando su rostro aparece en la pantalla.

—Hola, Sophie.

—¡He soñado contigo! ¡Pintábamos juntas millones de dibujos! ¡Millones!

—¿Tantos? —Alzo una ceja, sonriente.

—Sí. O puede que fueran billones, no lo sé. —Se encoge de hombros y Eric pone los ojos en blanco.

—¿Y qué es lo que pintábamos tanto?

—Le hacíamos dibujos a mi mamá para que se curase pronto —responde con la voz más entrecortada con cada palabra.

Me quedo en silencio, mirando a Eric, que ahora luce mucho más cabizbajo, sin saber bien qué decir.

—Pues seguro que le gustarían mucho.

—Bella —me llama, captando mi atención de nuevo—. Mi mamá se va a morir —dice de pronto, como si lo estuviese conteniendo y no pudiera aguantarlo más.

Parpadeo varias veces. La niña me mira con los ojos marrones bien abiertos, y atisbo a pesar de la distancia, un nuevo brillo en ellos.

—¿Quién te ha dicho eso? —pregunto mirando en la dirección en la que se encuentra mi hermano.

—Se lo he oído decir a los mayores. Se va a morir porque está muy malita. —Se le forma un puchero en su labio inferior y, aunque está hablando sin llorar, su voz suena temblorosa.

—A veces, las personas que queremos se ponen muy muy malitas —comienzo a decir, sintiendo un nudo en la garganta que me empieza a oprimir poco a poco—, y aunque no queramos, tienen que irse. Pero eso no quiere decir que desaparezcan de nuestras vidas, porque ella va a estar contigo siempre.

—¿Cómo? —pregunta en un hilo de voz.

—En tus pensamientos. En tus recuerdos. En todo lo que te ha enseñado hasta ahora. Y sobre todo, en tu corazón.

—¿Y qué hago yo? La voy a echar mucho de menos, y no quiero quedarme sola.

—Nunca estarás sola, cielo. Vas a tener a muchas personas contigo que te quieren, y todos te vamos a cuidar mucho. Janelle, Bruno, Daph, Eric, tu mamá… Porque los recuerdos no mueren, así que su amor siempre estará contigo.

Asiente, pero no responde nada. Su mirada parece perdida, y me encantaría saber qué está pensando ahora mismo, y si he pronunciado las palabras acertadas para ella o no.

—Me gustaría tener una hermanita para no sentirme tan sola —musita después de unos cuantos segundos—. ¿Tú quieres ser mi hermana, Bella?

Me quedo en silencio. No sé qué decir. Siento una presión en el pecho y llevo un rato conteniendo las lágrimas. La situación me pone muy triste. Sophie no se merece pasar por esto tan joven. Ningún niño a su edad debería crecer sin sus padres por culpa de algo tan doloroso como la muerte.

Y puedo llegar a entenderla y lo que más me preocupa, es que acabe creciendo como yo. Porque aunque mi madre está viva, siempre ha estado un poco muerta por dentro, y crecer con su ausencia, ha provocado muchos traumas y dolor en mí. Y no quiero que a Sophie le pase lo mismo.

—¿Y por qué mejor no soy tu tía? Es mucho más divertido tener una tía que una hermana mayor.

—¿Sí? —pregunta de nuevo ilusionada, como si se le hubiese borrado de la mente la conversación tan dura que acabamos de tener.

—Claro.

—Pues entonces, a partir de ahora eres mi tía Bella.

Noto una punzada en el pecho.

Me arden los ojos, pero sonrío a la pantalla.

Bruno

Las vacaciones de invierno llegan con una noticia desgarradora: Pauline ha fallecido.

Así que ahora, varios días después de enterarnos de la noticia, estamos rumbo a París, subidos en un avión. A Isabella le da un poco de respeto, dice que se siente encerrada y que hay demasiadas personas, aunque precisamente en este vuelo, no viajan tantos pasajeros.

Abre el bolso y saca un libro de fantasía de su interior, o bueno, de *romantasy*, como le gusta llamarlo a ella. Fija su mirada por un momento en el cielo azul que hay tras la ventanilla, y segundos después, se pierde en su lectura actual. Al principio, parece estar leyendo de forma superficial, pero cuando veo su característica expresión de concentración en el rostro y que está frunciendo el ceño conforme pasa cada página, sé que se ha dejado absorber por la historia.

El avión sufre una turbulencia y vibra de forma extraña, temblando hacia los lados. Su cuerpo se tensa. Le ofrezco mi mano. Me observa de reojo, sin apartar la atención a las páginas en las que tan adentrada está, y acepta mi gesto, entrelazando nuestros dedos. Cada vez que el avión se agita, ella me aprieta la mano con fuerza, y yo me dejo estrujar si con eso ella calma un poco sus nervios.

—Ya falta poco —susurro cerca de su oído. Ella asiente y me acaricia la mano con la yema del pulgar. Y nos quedamos así durante un buen rato, agarrados de la mano, en silencio, mientras volamos por encima de las nubes.

—Estoy nerviosa —confiesa, mordiéndose un poco el labio—. Voy a conocer en persona a tu familia. ¿Y si no les caigo bien? ¿Y si soy demasiado seria y reservada con ellos también? ¿Y si hablo demasiado? Ya sabes que no tengo término medio. O hablo mucho cuando estoy nerviosa, y la mayoría de cosas son tonterías, o no consigo decir nada y hablo mal a todo el mundo.

—Todos te van a adorar, de verdad. Y puedes estar tranquila. Si hablas mucho, te escucharé embobado, como hago siempre. Si no hablas nada, ya lo haré yo por ti. Si te pones nerviosa, siempre puedes tomarme de la mano y apretar hasta dejarme sin circulación, como ahora mismo.

Se ríe. Y me da un poco de vértigo la sensación que siento, y no es precisamente por estar a tanta altura.

CAPÍTULO 30

Bruno

Ha pasado más de una semana en la que casi toda mi familia ha seguido estando de luto. Todos querían muchísimo a Pauline, incluidos mis dos hermanos pequeños.

Mi padre sigue en paradero desconocido. De hecho, ni se presentó al funeral. Creo que mi madre es la única que sabe dónde está, pero se niega a contarnos nada. Ni siquiera quiere hablar del tema. Y creo que es mejor así, para que podamos disfrutar de los últimos días que nos quedan por pasar en Francia antes de que Isabella y yo tengamos que volver a nuestro hogar.

Suena raro decirlo así, llamar a una casa que no es la misma en la que me he criado y está toda mi familia como hogar, pero así lo siento.

La casa está llena de ruido y de risas, aunque hace tan solo unos días, parecía que no se volvería a escuchar este sonido tan familiar jamás entre estas paredes.

Mis hermanos pequeños juegan y corren por el salón, mientras mi madre les regaña y les dice que no se corre dentro de casa, igual que hacía cuando mis hermanas y yo éramos pequeños y lo dejábamos todo hecho un desastre con nuestras jugarretas. Daphne

está con Liam. Y aunque ellos se niegan a decirnos nada y estos días han reflejado una aparente normalidad, algo me dice que su relación no está tan bien como siempre.

Janelle y Eric han ido con Sophie a comprar cosas para su nueva habitación, para que la niña pueda elegirlas por sí misma. Aunque está muy triste y se pone a llorar con frecuencia, también está muy ilusionada con la idea de pasar más tiempo con los dos.

—Voy a llevar a tus hermanos a una fiesta. Los han invitado unos amigos del colegio —murmura mamá cuando entra al salón, en el que estoy con Isabella viendo una película—. Janelle me ha llamado. Están a punto de llegar, así que no tendréis que quedaros solos mucho tiempo.

—No te preocupes, mamá.

Pero sé que sí, que se preocupa, porque no le gusta que nos quedemos solos en casa. Tampoco le gusta la idea de que vivamos juntos, pero eso lo disimula muchísimo mejor.

—Si te molesta, solo tienes que decírmelo —le dice a Isabella, con tranquilidad, como si yo no estuviera delante escuchando.

—¡Pero si me molesta más ella a mí! —me quejo.

—Tranquila —contesta Isabella, dirigiéndose a mi madre—. Sé apañármelas con él.

—Voy a ir al supermercado, ¿necesitas que te traiga algo, cariño?

—No te preocupes. Muchas gracias.

—Vale, cualquier cosa tienes mi teléfono.

—¿Y a mí no me preguntas si quiero algo?

—No —responde mirándome con los ojos entrecerrados—. Tú no eres nuestro invitado.

—Pero soy tu hijo —vuelvo a quejarme. La verdad es que estos días, toda su atención ha ido a parar hacia Isabella. Es la novedad en mi casa, y todos están locos con ella, aunque todavía no acabe de soltarse del todo y le cueste participar en las conversaciones cuando estamos todos.

—Y por eso te quiero tanto. —Me da un beso en la frente antes de marcharse del salón.

Estiro las piernas y cruzo los tobillos. Flexiono los brazos, colocando las manos por detrás de mi cabeza y me dejo caer sobre el respaldo del sofá. Suelto un suspiro.

—¿Vas a seguir fingiendo que estás bien o te vas a dignar ya a contarme qué sientes?

—Estoy bien, Isabella.

—No lo estás. Desde que llegamos a Francia, estás muy ausente y en tensión todo el tiempo.

—Supongo que todo lo que está pasando en mi familia me está afectando más de lo que me gustaría.

—¿Y por qué no lo hablas conmigo?

—Porque nadie habla del tema. Todos están haciendo como si nada hubiera pasado. ¿Por qué tendría yo que actuar diferente? A todos parece que les va mejor así.

—Pero tampoco sabes cómo están por dentro y lo mucho que les está afectando actuar así.

—¿Qué quieres que te diga, Isabella? ¿Que toda mi vida se está desmoronando? Eso ya lo sabes.

—Estoy aquí contigo, Bruno. —Me pone una mano sobre la pierna y mi cuerpo se tensa de forma automática ante su roce—. Si no quieres hablar del tema, no tienes por qué hacerlo. Pero recuerda que estoy aquí, ¿vale?

—Gracias. Siempre haces que todo lo difícil sea más fácil.

La puerta de la entrada se cierra y enseguida escuchamos las voces de mi prima y Eric, junto a la pequeña vocecita chillona que se apodera de todo el silencio que hasta ahora reinaba en la casa.

—¡Ya estamos aquí! —grita mi prima desde la entrada.

Ambos parecen cansados cuando entran al salón. Sophie se suelta de la mano de Eric y corre hasta Isabella, que la espera con los brazos abiertos en el sofá. Enseguida la coge en brazos cuando la abraza y la niña suelta una carcajada.

—Tenía muchas ganas de verte, peque.

—Y yo a ti —le dice la niña cuando se separan.

—Oye, ¿y yo qué? —Abro los brazos de par en par y enseguida envuelvo a la pequeña con olor a fresas entre ellos.

—¡Eric me ha comprado un montón de lazos! ¡Un montón! —le cuenta entusiasmada.

—Oye… —Eric se acerca a mi lado del sofá y me pone la mano en el hombro, llamando mi atención—. ¿Todo bien? —Asiento con la cabeza—. Guay. ¿Podríais quedaros con la niña un rato? Janelle está reventada y necesita descansar un rato.

—¿Y tú? —Alzo una ceja.

—Voy a admirarla mientras duerme.

—Qué rarito eres —le reprocha su hermana. Yo suelto una carcajada. Me parece increíblemente bonito lo enamorado que está Eric de mi prima Janelle y ojalá, algún día, pueda encontrar un amor tan sano y recíproco como el de ellos.

—Nosotros la cuidamos. Ve a descansar —le digo a mi prima.

En cuanto se va, la sonrisa maliciosa de la niña que tenemos frente a nosotros, me dice que no nos vamos a aburrir.

—¿Sois novios? —pregunta después de mirarnos durante algunos segundos, con sus grandes ojos marrones.

—¡No! —responde Bella, con voz nerviosa.

—Mejor, porque no se puede tener novio hasta los cuarenta y dos años. Y tú no tienes cuarenta y dos años, ¿verdad?

—¿Quién te ha dicho eso? —Enarca una ceja.

—Eric. —Se encoge de hombros.

—¿Vemos una peli? —propongo, cambiando de tema cuando veo que Isabella cada vez está más pálida.

—¡Síííííííííí! —chilla eufórica la niña—. Vamos a ver *La Sirenita*.

—Odio esa película —murmuro en voz baja—. Tiffany me obligaba a verla cuando era niño.

—¿Podemos ver *Shrek*? —propone entusiasmada Isabella.

—Otra vez no —me quejo—. Cierro los ojos y aparecen Shrek y Asno, no puedo más.

—¿Esa qué peli es? —pregunta curiosa.

La sonrisa malvada de Isabella me dice que está a punto de crear un pequeño monstruo que siga cada uno de sus pasos. Y lo peor, es que tendré que soportarlo por partida doble.

———♥♥♥———

En nuestro último día en Francia, hemos estado dando una vuelta por París junto a Eric, Janelle y la pequeña Sophie, que desde ahora, se quedará con ellos. Todavía les queda mucho papeleo, pero es el plan inicial.

Ahora nos hemos apartado para dar una vuelta por separado.

Conforme nos adentramos en el Mercado del Jardín de las Tullerías, un olor a chocolate caliente inunda mis fosas nasales.

Observo sonriente nuestro alrededor.

El murmullo de las personas que pasean de forma animada, que se mezcla con la música festiva propia de la época; las luces doradas que cuelgan de los árboles que nos rodean, iluminando el mercado y creando un ambiente alegre a la vez que mágico y especial; los puestos de madera, también iluminados y decorados con tonos rojos y dorados.

En estos puestos puedes encontrar cualquier cosa, y la gente aprovecha la oportunidad para comprar algunos regalos.

Diviso a lo lejos, una noria que gira lentamente, como las agujas del reloj, además de muchos puestos de atracciones, iluminados con luces neón que consiguen que se aprecie aún en la distancia.

Avanzamos entre la multitud, y guío a Isabella hasta un puesto donde venden galletas de jengibre.

—¿Te gustan? —Señalo con la cabeza la caseta de madera.

Asiente con la cabeza y sonríe como respuesta, y sin soltar mi mano ni por un segundo, le encarga al vendedor un paquete de galletas, que enseguida envuelve en un papel decorado antes de entregárselas.

—Gracias. Pero yo invito. —Coge con una mano una de las galletas y con la otra, le entrega al hombre un billete que ya tenía preparado. Se lleva la galleta a la boca después de unos segundos observándola lentamente, le da un pequeño bocado con los ojos cerrados y acaba degustando su sabor, prácticamente relamiéndose al hacerlo—. ¡Están riquísimas! Prueba una. —Coge otra galleta, y me la mete directamente en la boca.

—Muy buenas —afirmo con la boca llena.

Seguimos caminando, a la vez que comiendo galletas, y no puedo evitar fijarme en que sus dientes castañean a causa del frío. Suelto su mano y justo después, paso mi brazo por encima de sus hombros, atrayéndola hacia mí.

—Espera un momento. Vamos por aquí. —Giro hacia la derecha y la llevo hasta otro puesto, esta vez en el que venden prendas de ropa—. Buenas tardes, señor —saludo al vendedor.

—¿Qué pasa? ¿Necesitas algo? —pregunta Isabella.

—No —contesto, rebuscando entre las diferentes telas de lana—. Pero tú sí —sigo diciendo. Le dedico una mirada rápida y vuelvo a centrar mi atención en las prendas—. Me llevo esta. —Le enseño la bufanda que he escogido, y le entrego un billete—. Quédese con el cambio —le sonrío al vendedor y vuelvo a tirar de la mano de mi amiga hasta alejarnos de allí algunos pasos—. Ven aquí.

La hago quedar frente a mí. Me mira con atención, con esos ojos marrones con pequeñas pinceladas de color verde que me aceleran el corazón. Le paso la bufanda por el cuello, envolviéndolo en la suave tela, y le doy algunas vueltas hasta que queda completamente cubierto.

—¿Y esto? —balbucea nerviosa. Intenta mirarme a los ojos, pero su mirada acaba posándose en mis labios, lo que me pone tenso ahora a mí.

—Pensé que tendrías frío. —Le doy un beso en la punta de la nariz, que al igual que la mía, está enrojecida por el frío.

Bella

—¿Subimos? —pregunta emocionado cuando estamos cerca de la noria, con una sonrisa, tan grande, que me es imposible decirle que no.

—Claro.

Una vez que estamos encerrados en nuestra cabina, me siento junto a él, y vuelvo a tomarle de la mano. Tiene la piel muy suave para ser un chico, y me gusta trazar formas sobre su palma. Sé que le hace cosquillas, y a mí me hace mucha gracia la risa tan contagiosa que tiene. No es tan escandalosa como la mía, pero me resulta completamente adictiva escucharla.

El mercadillo cada vez parece más pequeño conforme ascendemos lentamente hacia las alturas. Puedo ver la fina línea que compone el río Sena. También parece diminuto desde aquí. La ciudad está llena de luces, y el paisaje a nuestro alrededor, está coloreado en tonos azules y dorados.

Lo miro, y la emoción es palpable en su rostro. Me gusta verle ilusionado.

Su sonrisa está llena de la alegría que me transmite. Y me gusta que sus ojos, también transmiten esa misma ilusión y felicidad que la curva que forman sus labios. No son solo apariencias. Y eso me gusta. Me gusta verle feliz.

Estamos sentados tan cerca, que nuestros brazos se rozan cada vez que nuestros cuerpos se agitan al respirar. Normalmente, no

soporto el silencio cuando estoy al lado de alguien, porque siento que si ninguno de los dos dice nada, se formará un momento incómodo para ambos. Pero por alguna razón, junto a él, no me incomoda; todo lo contrario, a veces, me resulta hasta agradable.

La cabina se detiene en el punto más alto de la noria.

—Mira, fíjate lo bonita que se ve la ciudad desde aquí. —Me señala con el dedo el paisaje, y asiento con la cabeza—. ¿No es increíble?

—Sí. Es una locura lo precioso que es —contesto en un susurro. Pero no estoy fijándome en París. No estoy mirando las vistas que nos rodean. Sin darme cuenta, lo estoy mirando a él.

Sus ojos brillan como la luna, capaces de alumbrar hasta el cielo más oscuro. Aunque siempre he pensado que más que la luna, Bruno es un pedazo de sol. Uno que alumbra hasta mis días más grises.

Siento su mirada clavada en mis labios, y en medio de una sonrisa, me inclino despacio hacia su cuerpo, dejando nuestras bocas a escasos centímetros de distancia, los mismos que me muero por acortar de una vez.

Su respiración está casi tan agitada como la mía, demasiado como para seguir fingiendo que no pasa nada entre los dos, que somos dos simples amigos con complicidad.

—No deberíamos… —murmura él, pero no se aparta, lo que me anima a inclinarme un poco más cerca.

—No —respondo, sin dejar de mirar sus labios entreabiertos, ahora recién humedecidos por su lengua.

Nuestros ojos se encuentran de nuevo. Me mira como si fuese el sol en medio de un atardecer. Como si fuese la octava maravilla. Como si todo su mundo se redujera a este momento, y solo pudiera verme a mí, como siempre hace.

—Si te beso ahora —dice con voz ronca—. Ya no habrá vuelta atrás. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé.

—Y no deberíamos hacerlo, porque somos amigos.

—Y los amigos no se besan —continúo yo por él.

—Entonces tenemos un problema, porque me estoy muriendo por besarte de nuevo.

—Pues bésame.

Le acaricio la nuca con los dedos, y su cercanía es tan agradable, que me produce un hormigueo por toda la columna.

Parece dudar de nuevo. No sé si acercarme más o abrir la puerta de la cabina y lanzarme. Me sudan las manos sobre su cuello. Me late el corazón demasiado rápido.

—A tomar por saco —suelta antes de unir nuestros labios.

El beso me produce un cosquilleo que no esperaba sentir tan fuerte. Es distinto a la última vez que nos besamos; es mucho más suave y delicado, como si quisiera disfrutarlo por completo, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo para dejarnos llevar, para hacer esto que no deberían hacer dos simples amigos como nosotros.

Me deleito con su sabor, que es casi tan dulce como él, y nuestros labios parecen encajar a la perfección. Se mueven solos, como si hubieran estado esperando toda la vida este momento, como si hubiesen sido creados para esto. Me dejo explorar por él, que parece que tampoco quiere que esto acabe nunca.

A medida que nuestros labios se acostumbran a los del otro, el beso se intensifica poco a poco; con una necesidad y un deseo que se cuela en cada poro de mi piel. Mis dedos se hunden en su nuca. Sus manos, en mis caderas.

Se separa unos centímetros para tomar aire, y mi boca ya extraña a la suya. Con la respiración entrecortada, vuelvo a acercarme a él. Tiene las mejillas encendidas, igual que las mías, y su pecho también se mueve agitado. Nuestros labios se siguen rozando, y nuestros alientos están a punto de colisionar de nuevo.

Apoyo mi frente en la suya, y observo de cerca la forma de sus labios.

—Deja de ser solo mi amiga —murmura antes de estampar su boca contra la mía de nuevo.

TERCERA PARTE

Abrazar mis cicatrices

CAPÍTULO 31

Bella

El primer día de vuelta a clase después de las vacaciones de invierno, se siente como volver a entrar en un bucle, como una repetición de algo que no deja de doler. No he podido descansar durante estas vacaciones, todos hemos estado muy ocupados siendo un apoyo para Janelle (que he de decir que desde que he pasado tiempo con ella, me cae bastante mejor), y para Sophie, que acaba de perder a su madre.

La niña está sufriendo mucho, pero lo lleva bastante bien. Supongo que es otra de las muchas lecciones que es capaz de darnos esa pequeña niña, ella y su resiliencia, su capacidad de seguir adelante a pesar de llevarse un golpe tan duro en la vida con tan solo seis años.

Eric y Janelle están con ella, preparando todo el papeleo para poder adoptarla. La idea es que quieren empezar una nueva vida aquí, en Londres, lejos de todo lo que les ha podido hacer daño a lo largo de los años; pero de momento, lo mejor para Sophie es no sufrir más cambios bruscos en su vida, así que se han instalado en una casa, en París.

No solo he tenido que luchar con la idea de no saber ser un apoyo emocional para los demás, y de sentirme insuficiente con cada cosa

que decía o hacía para poder ayudar, sino que he tenido que seguir luchando conmigo misma.

Llevo un tiempo asistiendo a una asociación en la que trabaja como voluntaria mi psicóloga, Beatrice. Al parecer, es una asociación que se creó con la idea de ayudar a las personas con problemas de salud mental y a sus familiares. Hacen grupos con los familiares, infinidad de talleres para todas las personas usuarias, en los que trabajan de lleno en la salud mental de cada uno, según sus necesidades y respetando sus derechos. Aparte de las terapias individuales, hay muchas grupales, y son a las que he empezado a asistir por recomendación de mi psicóloga; un espacio seguro con personas que comparten sentimientos parecidos a los míos, y donde compartimos diferentes estrategias que a cada uno nos funcionan.

Desde que estoy asistiendo, me siento un poco más segura cuando estoy en grupos, además que las técnicas para controlar la ansiedad, me están ayudando bastante.

Pero también han sido unas semanas sumida en una lucha interna conmigo misma; espejos que me devolvían un reflejo roto, lágrimas contenidas ante platos de comida, tener que comer delante de toda una familia y sentir que era el centro de todas las miradas, y la maldita voz de mi cabeza que constantemente me ha estado recordando que soy insuficiente, y que no vale la pena luchar por mejorar, porque soy y seré siempre un caso perdido.

Subo las escaleras de mi edificio con la cabeza gacha. Tenso los hombros y contengo la respiración cuando paso al lado de Megan y su grupo de amigos insufribles, que también incluyen a un par de chicos mayores que nosotras, que la siguen a todas partes desde que empezó el curso.

Cada mirada hacia mi cuerpo, se siente como un trozo de cristal atravesando mi piel.

—Mira quién ha vuelto de sus vacaciones, nuestra princesa favorita —escupe Megan, resaltando bien la palabra que sabe que

más daño me va a hacer, y que más recuerdos me puede traer de nuestro pasado juntas.

Levanto la mirada y me arrepiento al instante de haberme levantado de la cama hoy, cuando veo sus ojos llenos de burla. Frunzo los labios, y sujeto con fuerza la tira de mi bolso, el mismo que tengo colgado por el hombro ahora mismo. Cierro los ojos y contengo las lágrimas. No puedo llorar ahora. No merecen ni una sola de mis lágrimas.

—¿Vas a llorar otra vez, princesita? —Kate sonríe con sorna.

—¿O quizás vas a ir al cuarto de baño a vomitar, como haces en todos los descansos? —interviene Megan, con una mirada de autosuficiencia que me pone los pelos de punta.

Mi corazón da un vuelco. Y lo poco que he desayunado antes de salir, se me clava en el estómago como un puñal.

—No sé de qué estás hablando, pero quiero que me dejes en paz —consigo decir.

—¿Y si no, qué? ¿Quién te crees que eres, pedazo de estúpida? —Se acerca a mí y me tira al suelo de un empujón.

Sus risas solo incrementan mis ganas de llorar.

Me levanto del suelo con rapidez y me sacudo el polvo del suelo de los pantalones. La miro a los ojos y alzo el mentón, fingiendo una seguridad que no siento ahora mismo, y que espero que no se vea reflejado en mis ojos aguados.

—Te lo digo en serio, Megan, déjame en paz.

—Pero qué valiente. A ver si lo eres también para reconocer que estás enferma.

—Puede que esté enferma, pero al menos, no soy una mala persona como tú. —Mi voz sale mucho más fuerte de lo que esperaba, con una fuerza que no siento que tenga realmente.

Se acerca para empujarme de nuevo, pero esta vez soy yo la que la aparta a ella. Ni siquiera la he tocado más allá de un ligero roce, pero me siento orgullosa de haberme envalentonado y no haber permitido que vuelva a humillarme de nuevo frente a los demás.

—Siempre serás una princesa —afirma—. Pero una princesa rota. Jamás sabrás lo que es ser suficiente para alguien, porque ni siquiera lo eres para ti misma.

Una rabia que no consigo controlar se apodera de mí y le doy un empujón tan fuerte, que la acabo tirando al suelo.

—¿Se puede saber qué haces? —Su amiga se acerca a mí con ganas de pelea, y los dos imbéciles que las acompañan, me miran con un gesto serio y dan un par de pasos hacia mí. Cuando uno de ellos está a punto de agarrarme por la muñeca, escucho una voz varonil que conozco a la perfección.

—Ni se te ocurra tocarla —musita con tranquilidad cuando está a nuestro lado. El chico, que es mucho más menudo que Bruno, vuelve a retroceder un par de pasos y ayuda a Megan a levantarse del suelo, desde donde me mira de forma fulminante—. Yo de vosotros, no volvería a molestarla nunca más.

—¿Nos estás amenazando? —El otro chico se acerca a Bruno y le da un pequeño empujón con su pecho, pero no le hace retroceder. Suelta una carcajada y lo agarra por la camiseta, acercándolo a él.

—No —responde, aumentando la fuerza con la que lo está agarrando—. Os estoy advirtiendo de que como no dejéis en paz a mi novia, os partiré a vosotros dos las piernas y os las entregaré como recuerdo.

Novia. Acaba de decir que soy su novia, y a mí me están temblando las piernas.

Me agarra de la mano y tira de mí para que le siga, bajando las escaleras de nuevo y cruzando mi edificio por completo.

—¿Adónde vamos?

Nos apartamos tras una enorme columna, en la que me acorrala con la espalda contra la fría pared. Estudia mis facciones y me echa un buen vistazo de arriba a abajo, asegurándose de que realmente estoy bien y no me ha pasado nada. Me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja y suelto un pequeño suspiro.

—¿Qué es eso de novia? —pregunto con la voz entrecortada, intentando imitar el tono duro con el que ha pronunciado la última palabra.

—Pues lo que eres, ¿no? Mi novia —suelta, así, sin más, dejándome paralizada, con las piernas temblando, incapaces de moverse y reaccionar.

Trago saliva. Él sonríe.

—Lo último que recordaba es que somos amigos —lo provoco un poco más, esperando su próxima reacción.

En estos últimos días, ninguno de los dos ha hablado del tema ni ha definido qué es lo que somos, aunque sí que hemos pasado más tiempo del habitual juntos, y han habido muchos besos de por medio.

—Pues déjame que te recuerde qué somos realmente —musita, antes de agarrarme por la nuca y estampar mi boca con la suya, en un beso suave y delicado, en el que siento miles de mariposas revolotear por mi estómago.

Mariposas buenas, de las de verdad, y no esas que siempre he tratado de sentir cuando me encerraba en el baño.

Su mano baja por mi brazo, acariciándolo con delicadeza, como si supiera que llevo conmigo grietas viejas que no se ven, pero que siguen doliendo todavía; hasta que la deja en mi cintura, y aunque me resulta un poco incómodo al principio que toque alguna parte de

mi cuerpo (aunque sea con tanta ropa de por medio), me dejo llevar y le sigo el beso.

Cuando nos separamos, me mira como si fuese su persona especial. Como si fuese su canción favorita, esa que nunca se cansará de escuchar. Como si fuese un rayo de sol en mitad de un día frío de invierno. Como si fuese algo frágil que tiene que cuidar, pero tan valioso que jamás querría perder. Como si no estuviera llena de cicatrices y heridas que todavía escuecen. Me mira como si fuera la única persona en el mundo. Con orgullo. Con admiración. Con deseo. Con amor.

—Nos vemos después de clase en el campo. Quiero enseñarte algo, ¿vale?

—Vale —consigo decir, todavía con la respiración entrecortada.

—¿Estarás bien?

Asiento con la cabeza. No quiero preocuparle más.

—Puedes llamarme si lo necesitas.

—Estaré bien.

—Vale. Un último beso —susurra con voz ronca y una pequeña sonrisa antes de besarme de nuevo.

———♥♥♥———

Algunos rayos se filtran a través de las nubes, que están dispersas por todo el cielo grisáceo, y se reflejan en pequeñas estelas por el césped, iluminandolo suavemente en dos tipos de color. Huele a tierra mojada. Y cada paso que damos hasta llegar a la zona de la portería, cruje bajo nuestros pies.

Abre los brazos y, entusiasmado, da una vuelta sobre sí mismo, mostrándome un vistazo general de todo el campo.

—Aquí es donde entrenamos y jugamos algunos partidos. Quería enseñarte uno de mis sitios especiales, donde desconecto de todo el mundo en general.

—Gracias por traerme.

—Espera, mira. —Abre su mochila y saca un balón, que deja rodar con suavidad frente a nosotros.

—¿Quieres que te enseñe algunas cosas?

No puedo evitar sonreír ante su sonrisa entusiasmada, así que acabo asintiendo con la cabeza.

—¿No te meterás en problemas si nos pillan aquí?

—Le he pedido permiso al entrenador para traer a mi novia y enseñarle un poco el campo.

—A tu novia, eh.

—Sí. —Me agarra por la cintura y me acerca a él en un rápido movimiento, que nos deja más cerca de lo que deberíamos estar en un sitio tan público como podría ser este.

Empieza a darle algunos toques al balón, y me enseña con paciencia a hacer lo mismo yo también, aunque soy bastante torpe al principio. Se ríe, pero no me molesta ni me hace sentir incómoda, porque con Bruno nunca he sentido que se estuviera riendo de mí, sino que siempre lo hace conmigo.

Tiene un control absoluto del balón, que parece casi hipnótico.

—Intenta atraparla rápido —Hace unos movimientos raros con los pies y luego me lanza el balón de forma inesperada, lo que hace que casi me tropiece con mis propias piernas.

—No se me da bien esto, Bruno.

—Claro que sí, solo tienes que intentarlo un par de veces más.

—Te haré pagar por esto —le advierto, señalándole con el dedo índice—. Tendrás que dibujar conmigo.

—¿Me estás pidiendo una cita? —pregunta en un tono bastante coqueto.

—Más bien una compensación por la vergüenza que me estás haciendo pasar.

—Vergüenza ninguna, que soy tu novio.

—Te ha gustado eso de llamarnos novios.

—Lo gritaría a los cuatro vientos ahora mismo, Isabella —murmura, con los brazos abiertos de par en par, dando algunos pasos hacia atrás—, para que todo el mundo se enterase.

—¿Esa sería tu forma de marcar territorio? —Levanto una ceja.

—No. Sería mi forma de demostrarle al mundo que estoy enamorado de ti.

CAPÍTULO 32

Bruno

Los primeros rayos de sol de la mañana se cuelan a través de mi ventana, lo que me hace despertarme y volver a cerrar los ojos por la claridad tan repentina. Vuelvo a abrir los ojos lentamente, intentando acostumbrarme a la luz, con el cuerpo envuelto en el de Isabella, que duerme plácidamente abrazada a mí.

Respira con calma, como si estuviera durmiendo en paz, y sonrío al apartarle el pelo de la cara, completamente enredado y revuelto sobre su rostro y gran parte de la almohada.

Está preciosa.

Ya se ha vuelto una costumbre en nosotros el dormir juntos. Empezó como una forma de ayudar a Bella a dormir mejor y calmar su ansiedad, pero que sea lo primero que veo al despertar, se ha convertido en mi mejor cafeína para todo el día.

Con cuidado de no despertarla, me voy levantando de la cama poco a poco, deshaciendo el abrazo que nos unía hasta ahora. Balbucea algo que no entiendo entre sueños y sonrío cuando consigo levantarme de la cama sin haberla despertado.

Camino hacia el cuarto de baño, dispuesto a hacer mis necesidades como cada mañana, cuando una idea se me pasa por la cabeza. Paso primero por mi habitación y rebusco en el cajón de mi escritorio, hasta dar con un paquete de post its y un rotulador negro.

Cojo una de las pequeñas hojas y el permanente y ahora sí, voy directo al cuarto de baño.

Después de hacer mis necesidades y lavarme las manos y la cara, escribo una nota en el trozo de papel y lo pego en el espejo, haciendo presión con los dedos para que no se despegue hasta que Bella pueda verlo.

Sonrío admirando el resultado. No tengo una letra nada legible y a veces ni siquiera se entiende, pero ha quedado bastante bonito.

Es sábado, pero tengo entrenamiento en una hora. Así que me pongo la equipación, con una sudadera por encima. Le doy un beso a Bella en la frente antes de salir de nuevo de mi habitación y cierro la puerta despacio, intentando no despertarla todavía.

Una vez en la cocina, me hago un café bien cargado y me preparo los polvos protéicos del batido de después del entreno. Lo guardo todo en mi mochila, la cuelgo sobre mis hombros y salgo de casa con una sonrisa tonta en la cara.

Hoy va a ser un buen día.
Y quizás a partir de ahora, todos lo sean.

Bella

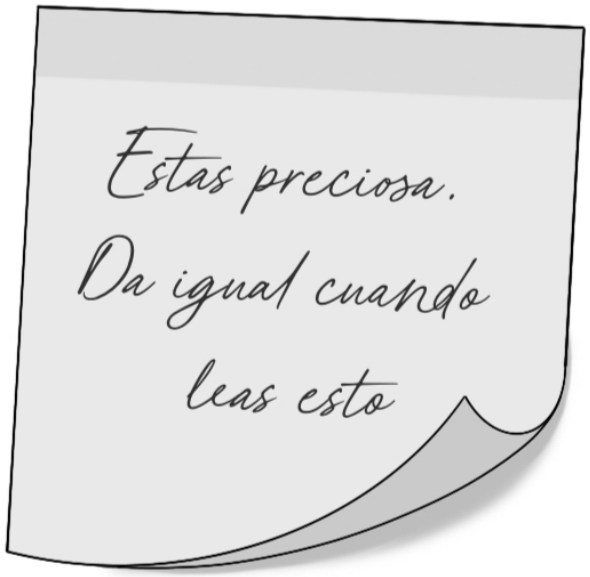
Abro los ojos lentamente, todavía envuelta en la calidad de las sábanas de Bruno, todavía sintiendo su olor por todas partes. Extiendo la mano de forma inconsciente al darme cuenta de que no estoy abrazada a él, como casi todas las mañanas me despierto, y palpo la cama, encontrándome con un hueco en el colchón.

Parpadeo varias veces, confundida, hasta que caigo en que hoy no tenemos clase, pero Bruno sí que tiene entrenamiento.

Me estiro un poco, para desperezarme del todo, y me levanto de la cama despacio. Me siento muy cansada, cada vez más, y eso que me acabo de despertar.

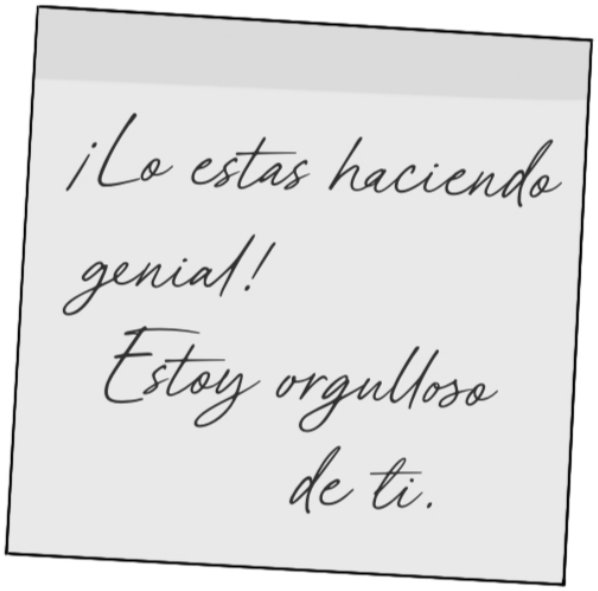
Bebo un buen sorbo de la botella de agua que tengo en la mesita de noche y voy al cuarto de baño para lavarme la cara.

Frunzo el ceño cuando, al encender la luz, vislumbro algo de color verde pegado en el cristal. Me froto un poco los ojos y me acerco, encontrándome con dos post its con algo escrito, pegados sobre el cristal en el que me estoy viendo reflejada ahora mismo.



Lo despego del cristal con las manos temblorosas y los ojos brillantes por la emoción. Me quedo embobada, leyendo la nota una y otra vez, hasta que alzo la cabeza y mi reflejo no me resulta tan desagradable porque, a pesar de que no me gusta, mi rostro, ha cambiado, ya no es el mismo. Estoy sonriendo, y después de mucho tiempo, estoy sonriendo de verdad.

Agarro la otra nota con cuidado y la leo en voz alta.



Recuerdo entonces la promesa que me hizo justo ayer, y vuelvo a sonreír.

—Ya puedes abrir los ojos —me dijo una vez que llegamos a la puerta del edificio.

—Bruno, he tenido los ojos abiertos todo el camino, y acabo de ver el letrero.

—Pero no lo estropees, que así quedaba más bonito.

Ambos nos reímos y nos adentramos en la galería de arte.

Las paredes altas estaban salpicadas con toques de color y diferentes formas. Del techo, colgaban varios cuadros bastante abstractos, sujetos por unas cuerdas duras. Otras pinturas estaban colgadas en las paredes, formando un conjunto de colores preciosos a simple vista.

Me detuve frente a algunos lienzos, completamente fascinada, como si conociera a cada autor, o fuese capaz de descifrar el mensaje oculto de cada obra de arte.

—¿Te gusta? —preguntó Bruno, abrazándome por la espalda.

—¡Me encanta! —confesé entusiasmada—. Me siento como una niña en una juguetería. Solo que yo no me puedo llevar nada. —Soltó una pequeña risita cerca de mi oído y la vibración de su cuerpo contra el mío, me produjo un escalofrío.

—¿Te gustaría exponer tus obras algún día?

—Me encantaría —admití, ahora algo más cabizbaja—. Pero no sería capaz. Me daría demasiada vergüenza, ya que no soy lo suficientemente buena. Además, no creo que llegue a ser capaz nunca de poder conseguir algo así.

—Claro que puedes. Puedes conseguir todo lo que te propongas. Tienes mucho talento, Isabella.

—Ojalá mi cabeza pensara lo mismo —resoplé.

—Pues aquí estaré yo para recordarte cada día lo especial, valiosa y talentosa que eres.

Sonriendo como una tonta, bajé los escalones hasta llegar a la primera planta de la casa, y justo después, abro un poco las ventanas y entro en la zona de la cocina. Me preparo un café y el resto del desayuno y me siento en uno de los taburetes.

Miro fijamente el plato, donde reposa la tostada que debería comerme.

Puedo hacerlo. Todo el mundo desayuna por las mañanas.

Y solo es un trozo de pan.

Con las manos temblorosas, agarro la tostada y la llevo hasta mi boca, para darle un pequeño mordisco por el borde. Me resulta complicado masticar, pero consigo hacerlo antes de tragarlo todo.

Lo estoy haciendo bien.

Es solo pan.

Pero el pan tiene demasiadas calorías.

Niego repetidas veces, intentando borrar este último pensamiento de mi cabeza.

No es solo pan. Es una pequeña victoria, pienso antes de dar otro mordisco, esta vez un poco más grande que el anterior.

———♥♥♥———

—¿Y esa cara? —pregunto cuando veo el estado en el que se encuentra Liam cuando abro la puerta de casa—. ¿Qué te pasa?

Tiene los ojos rojos e hinchados. No dice nada. Hipea y solloza constantemente, mientras las lágrimas le recorren las mejillas.

Nunca lo había visto así, sin su característica sonrisa con la que siempre nos alegra a los demás.

—¿Qué pasa?

—La he cagado —es lo único que dice, antes de abalanzarse sobre mí y envolverme en un abrazo. Llora sobre mis hombros, mojándome un poco el pelo, pero eso ahora, es lo menos importante. Me parte en dos ver así a mi mejor amigo, y necesito saber qué es lo que le ha pasado.

—Tranquilo. —Acaricio su espalda con suavidad—. No pasa nada, estoy aquí contigo.

—La he cagado, Isabella —repite en un sollozo.

—Pasa y hablamos más tranquilos.

Cierro la puerta de casa y lo sigo hasta el salón, donde Bruno estaba jugando a la play, como siempre acostumbra hacer cuando tiene algún rato libre.

—¿Qué te pasa, tío? —pregunta alarmado, dejando tirado el mando del aparato y levantándose del sofá.

—Tu hermana me ha dejado —se lamenta, entre lágrimas—. Me ha dejado para siempre —repite para sí mismo, como si intentara convencerse de que lo que acaba de pasar, no es una pesadilla.

Bruno me mira antes de mirar a Liam de nuevo.

—¿Qué le has hecho a mi hermana? —pregunta en un tono de voz mucho más serio.

Liam no contesta, no puede hacerlo. La angustia lo está ahogando. La tristeza lo está consumiendo. No es él. No le reconozco con tanto dolor.

—La he cagado.

—Nos hemos enterado —reprocha Bruno—. Te estoy preguntando qué le has hecho. ¡Por eso lleva sin contestar los mensajes desde ayer!

Se pasa las manos por el pelo y lo revuelve, completamente exasperado.

—Voy a llamar a mi madre, a ver si sabe qué ha pasado —me dice antes de salir del salón—. Intenta que suelte prenda tu querido amigo antes de que le parta las piernas —grita desde las escaleras, para que ambos podamos oírlo desde aquí.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto de nuevo, animándolo con un gesto a que se siente en el sofá junto a mí.

—He perdido a la única mujer de la que me había enamorado en toda mi vida —consigue decir cuando se limpia las lágrimas.

—¿Qué ha pasado? Hace poco estábais muy bien.

—Todo ha sido culpa mía. Necesito que me perdone, pero no sé cómo hacerlo.

—¿Qué has hecho?

—Le he mentido, Isabella. Le he ocultado quién soy en realidad.

Después de un buen rato intentando consolar a Liam, aunque ninguno de los dos ha conseguido que nos cuente mucho más, se ha marchado a su casa, con la excusa de que, aunque es domingo, mañana también tiene que trabajar y quiere descansar y pensar con claridad.

Bruno no se ha quedado muy convencido tampoco, pero después de ver lo destrozado que estaba su amigo, se ha ablandado un poco e incluso le ha dado un abrazo, el mismo que Liam repetía que no se merecía recibir.

—Venga, cierra los ojos —me dice cuando ya estoy sentada en el suelo del salón, el que ha llenado de mantas y cojines para que podamos estar cómodos.

—Los tengo cerrados.

—No te creo. ¿Cuántos dedos estoy enseñándote?

—Tres.

—¡Me estás viendo!

—Que no, de verdad —digo entre risas—. Ha sido casualidad. Sé lo mucho que te gusta ese número —intento convencerle, todavía con los ojos cerrados, y aunque no parece quedarse muy satisfecho con mi respuesta, da media vuelta y desaparece unos segundos del salón.

Se escucha por toda la sala una playlist que ha preparado con algunas canciones que nos gustan a los dos, en el volumen perfecto como para que no interfiera en nuestras conversaciones, y lo acompaña el sonido de la lluvia, que resbala sobre los cristales.

Siento sus pasos de nuevo acercarse a donde estoy, así que cierro con más fuerza los ojos para que no se enfade y así pueda asegurarse de que no estoy viendo nada.

—Este no era el plan que tenía preparado —dice sentándose a mi lado, en el suelo—. Pero se nos ha estropeado un poco la tarde a los dos con lo que ha pasado, y encima ha empezado a diluviar.

—¿Puedo abrir los ojos ya?

—Espera, te estoy poniendo en contexto para que entiendas qué es esto.

—Vale, ¿pero los puedo… —Me interrumpe con su boca, con esos labios suaves y ese sabor tan dulce que siempre me acaba derritiendo. Pensaba que sería cosa de los primeros besos y, que cuando ya lleváramos unos días y me hubiera acostumbrado, la

sensación y el cosquilleo cambiaría, que sería menos intenso. Pero, por el contrario, cada día que pasa, cada beso que me da, se siente como una tortura, porque me hace querer más, mucho más.

—Ya puedes abrirlos —me dice cuando nos separamos.

Me encanta cómo se le hinchan los labios cuando nos besamos. Y que, como ahora, nunca tenga suficiente y siempre tenga que reclamar un último beso más.

—¿Qué es todo esto? —pregunto cuando me doy cuenta de la que ha montado a nuestro alrededor; con dos lienzos medianos y un montón de pinturas desparramadas por el suelo, sobre las mantas.

—Tú siempre te interesas por las cosas que me gustan, y hasta juegas conmigo a la play sin gustarte demasiado, así que he pensado que yo también quiero hacer contigo cosas que te gusten a ti, como pintar.

Siento un pellizco en el pecho. Bruno es demasiado tierno. Y me hace sentir tan valorada y querida, que siento demasiado miedo, porque sé que puede acabar en cualquier momento, y porque no estoy acostumbrada a que me quieran, o a que me pasen cosas buenas.

—No tienes por qué hacerlo si no te apetece. No quiero que te aburras.

—Es imposible aburrirse contigo, Isabella. Nunca dejas de hablar.

—Oye —me quejo, dándole un manotazo en el hombro, y se ríe.

El pincel se desliza sobre mi lienzo en trazos seguros y firmes. Tengo claro desde el primer momento lo que voy a dibujar.

Mojo el pincel en el agua, y me río cuando se choca con el de Bruno, que también está haciendo lo mismo, porque parece que estamos luchando con dos espadas.

Tomo un amarillo chillón y dibujo un círculo en el centro del lienzo, con algunas líneas irregulares a su alrededor, de otro tono de amarillo y de un naranja intenso.

Él pinta mucho más despacio, como si temiera estropearlo con algún mal movimiento, y a mí cada vez me parece más tierno. No sé qué es lo que está dibujando —porque ninguno de los dos puede ver el cuadro del otro hasta que terminemos—, pero está utilizando diferentes tipos de azul, jugando con las texturas y la gama de color. Con el mismo pincel, coge algo de blanco y empieza a dibujar unas formas, mientras que con otro mucho más fino, empieza a salpicar algunos puntos blancos sobre el cuadro.

Estoy impaciente por ver lo que está creando.

Y estoy feliz por estar aquí junto a él.

—¿Ya has terminado? Eres demasiado rápida.

—O tú demasiado lento.

—Puede ser, pero es que estoy creando una obra de arte, y eso siempre lleva su tiempo.

—A la de tres, nos lo enseñamos —sigo diciendo.

—Venga. Uno… Dos…

—¡Tres! —decimos los dos al unísono, antes de darle la vuelta al lienzo, para que el otro pueda verlo.

Se ríe cuando ve mi dibujo, y yo frunzo el ceño cuando veo el suyo.

—¿Un sol radiante? —pregunta, yo me limito a asentir con la cabeza—. ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho muchas veces. Eres mi pedazo de sol en medio de tanta oscuridad. —Me encojo de hombros, intentando que no se me note en la cara que me siento un poco avergonzada por hablar

con tanta claridad de mis sentimientos—. ¿Y tú? ¿Una noche estrellada?

—Para que siempre que lo necesites, tengas un cielo lleno de estrellas que observar.

—Gracias. —Suelto el lienzo con cuidado y cuando me aseguro de que él ha hecho lo mismo, me abalanzo sobre sus brazos, rodeándole el cuello y hundiendo mi cara en él—. Gracias por todo, Bruno. Te quiero mucho.

—Yo te quiero más —murmura, aferrándose a mí con fuerza.

El aire huele a pintura. Sus brazos cálidos me envuelven, y ahora también huelo a él. Nos manchamos las caras de pintura. Me besa como si fuera la primera vez. Una y otra vez. Y algo mágico late con más fuerza entre nosotros, algo que nació hace mucho tiempo, y que no deja de crecer.

CAPÍTULO 33

Bruno

Rebusco, con las manos tensas, de nuevo en mi mochila, completamente desesperado. Me tiemblan las piernas. Escucho que me están hablando, pero no distingo qué ni quién; todo parece lejano a mi alrededor, como si estuviera debajo del agua.

El corazón me golpea con fuerza cuando compruebo que el frasco está vacío. No tengo más pastillas. No puedo jugar.

El partido está a punto de comenzar y yo no puedo salir a jugar así; no puedo dejar que todos vean que soy un inútil, que no soy capaz de lograr nada por mí mismo, sin necesitar una ayuda extra.

Siento una punzada en el pecho, tan fuerte, que acabo doblándome hacia delante. Se me cierra la garganta, no puedo tragar. Me caen gotas de sudor helado por la espalda, y empiezo a tener escalofríos.

Intento inhalar, como siempre le digo a Bella que haga ante un ataque de ansiedad, pero me resulta imposible coger algo de aire. Me llevo una mano al cuello, completamente asustado. Me estoy asfixiando. Me voy a morir. Y todo será por culpa de unas malditas pastillas.

Apoyo mi mano en la pared y sigo intentando coger algo de aire, pero me resulta inútil. Cada vez estoy más agobiado. Cada vez estoy más mareado. Y cada vez hiperventilo más.

Me voy a morir.

No puedo jugar.

No puedo respirar.

Me voy a morir.

Me quedo quieto durante algunos segundos, aunque no del todo, porque las piernas me tiemblan.

El entrenador se acerca a mí a pasos agigantados y me sobresalto cuando apoya una mano en mi hombro.

—¿Estás bien?

—No… puedo… respirar —digo como puedo, con la mano en la garganta.

—¡Leah! —grita el entrenador, captando la atención de la enfermera del equipo, que no tarda demasiado en llegar.

Me pone una pastilla debajo de la lengua.

Yo sigo sin poder respirar.

—Tranquilo, vas a estar bien en un momento —me dice con voz dulce—. Respira conmigo, cielo.

—No puedo.

—Claro que puedes, lo estás haciendo ahora mismo.

—Pero… siento que no puedo… —balbuceo, con la mano sobre mi pecho, intentando inhalar como me ha dicho que haga Leah.

—Has sufrido un ataque de pánico, cielo, pero mírate, ya estás mucho mejor. Y estás respirando… ¿ves? Muy bien, así. No te va a

pasar nada. Y lo estás haciendo genial.

Asiento levemente, con la mandíbula temblando. Me paso el brazo por la cara, y me limpio de una pasada las lágrimas que han caído por mi rostro, y los ojos, que todavía siento húmedos.

Después de un rato con la enfermera —en el que también he podido ver a mis amigos—, sigo un poco mareado, pero logro vislumbrar a lo lejos una mata de pelo rizado que corre hacia mí. Se abalanza sobre mi cuello y, aunque soy yo el que tiene más posibilidades de tambalearse ahora mismo hacia los lados, la sujeto con fuerza para evitar caernos por el impacto.

—¿Estás bien? —pregunta preocupada, antes de comenzar a inspeccionarme, en busca de algún daño aparente—. ¿Qué te ha pasado?

—Estoy bien. Solo ha sido un poco de ansiedad.

—No me mientas. Mason me llamó preocupado, y me dijo que habías sufrido un ataque de pánico.

—Estoy bien. Me han dado una pastilla y ahora mismo, me encuentro requetebien.

Atisbo una sonrisa en su rostro, y también sonrío por inercia, o porque tengo ganas, no lo sé. Me siento muy relajado ahora mismo, y los párpados me pesan tanto, que en cualquier momento siento que me puedo quedar dormido, aunque sea aquí de pie.

—Vamos a casa. —Me agarra de la mano y tira de mi cuerpo hacia la zona de la salida del vestuario.

—Espera, tengo los cascos en la taquilla.

—No pienso ir en la moto contigo estando así. Ya he llamado a Liam, y está fuera esperándonos.

—No pienso montarme en el coche con ese sinvergüenza —balbuceo. Se me empieza a enredar la lengua al hablar, y me tenso,

porque me cuesta expresar lo que quiero decir—. Todavía no sé lo que le ha hecho a mi hermana.

—Bueno, pues luego le preguntas. Ahora, nos vamos.

Sin dejarme tiempo para replicar nada más, tira de mi cuerpo con una fuerza que no sabía que poseía, y yo me dejo llevar hasta donde ella quiera, porque estoy cansado, y no tengo fuerzas.

En cuanto salimos, el aire frío golpea mi rostro, produciendo en mi cuerpo un pequeño escalofrío. Bella sigue agarrada de mi mano, solo que ahora me agarra alguien más, alguien mucho más fuerte y que huele a algo parecido al pino. No me gusta el pino. Ni tampoco me gusta que Liam me esté metiendo a la fuerza en su coche. Esto podría ser perfectamente un secuestro. Pero no digo nada, porque tengo demasiado sueño y los ojos se me cierran prácticamente solos.

Bella

—¿Qué le ha pasado?

—Le ha dado un ataque de pánico antes del partido.

—¿Y por qué parece tan feliz mientras duerme?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. Le han dado una pastilla relajante.

—No estoy durmiendo —balbucea como puede. Apenas se le entiende lo que dice—. Y no quiero ir en el coche con mi cuñado.

—Ah, así que sigo siendo tu cuñado, eh.

—Siempre lo serás. Mi favorito, además.

—Y mira que tienes opciones… Porque Tiffany tiene un nuevo novio cada mes. Qué afortunado me siento. Yo también te quiero, tío.

—Pues yo no, porque le has hecho daño a mi hermana.

Liam se tensa desde su asiento, y aprieta con fuerza el volante que tiene entre sus manos, sin apartar la mirada del frente, de las calles con casas coloridas que se empiezan a vislumbrar en la distancia.

—¿Y cómo sabes que no ha sido ella la que me ha hecho daño a mí?

—Porque mi hermana no sería capaz de hacer daño a nadie.

—¿Y yo sí?

—Sí —responde—. Pero no pasa nada, porque te quiero mucho, y ella también.

—Ya estamos a punto de llegar —intervengo, intentando suavizar el momento, antes de que se vuelva más tenso todavía.

Liam aparca en doble fila, y deja las luces encendidas, en modo intermitente. En cuanto salgo del coche y ya no puedo refugiarme en la calefacción, el frío me golpea de forma brusca.

Rodeo el coche y abro la puerta del asiento en el que está prácticamente tumbado mi novio, ante la atenta mirada de Liam.

—¿Seguro que se ha tomado solo un relajante?

—Eso me ha dicho la enfermera —respondo—. Venga, ahora ayúdame a sacarlo, que tú tienes mucha más fuerza.

—No me fío. —Arruga la nariz y niega con la cabeza—. El otro día me amenazó con partirme las piernas.

—¿Y crees que ahora mismo es capaz de pelearse con alguien?

Bruno tiene la cabeza ladeada y una sonrisa tonta en la cara cuando lo sacamos del coche.

—Déjame a mí, yo lo saco —me dice Liam. Agarra a mi novio por debajo de los brazos y en un hábil y a la vez cuidadoso movimiento, lo ayuda a salir del coche y le cuelga uno de sus brazos alrededor de su cuello, mientras que él lo sujeta por la cintura.

—Estabas deseando abrazarme —murmura Bruno.

—Y tú a mí —replica el otro—. Ya me echabas de menos.

Bruno

El salón está casi oscuro, tan solo iluminado por los reflejos tenues, de la lámpara de pie, que iluminan la zona donde estamos sentados, en el sofá. Estoy inclinado hacia adelante, con los codos apoyados en mis rodillas; mientras que Bella está sentada con las piernas cruzadas sobre el sofá, a mi lado.

En cuanto llegamos a casa, dormí un par de horas y luego me di una buena ducha, en la que me dio tiempo a pensar demasiadas cosas, y ahora me encuentro muchísimo mejor, aunque empiezo a estar algo tenso de nuevo, porque sé lo que toca ahora, y me gustaría posponer este momento lo máximo posible.

Pero, supongo que, si he sido valiente para tomar esas pastillas, con todos los riesgos que esto supondría, también debo serlo para hablar de ello y enfrentarme a las consecuencias.

Bella no dice nada. Todo está en silencio, salvo por el ruido lejano del tráfico que nos llega desde fuera.

—Pensaba que lo tenía bajo control —consigo decir finalmente, sin poder mirarla directamente a los ojos. Siento tanta vergüenza ahora mismo, que no sé si sería capaz de hacerlo sin derrumbarme —. Poco antes de que me dieran la beca, empecé a tomar esas malditas pastillas. Las mismas que viste el día que nos conocimos, y las mismas que sé que sabes que tomo antes de cada partido. —Asiente con la cabeza—. En teoría, iba a ser solo una vez. Gaston, un chico de mi antiguo instituto me las ofreció por primera vez después de un partido con mi antiguo equipo, en el que jugué tan mal, que mi padre me acabó dando una bofetada delante de todo el mundo. Fue horrible. Me sentí aún más humillado que de costumbre.

Ella me mira con los ojos bien abiertos, ahora algo humedecidos. Pero sigue sin decir nada. Quiere que sea yo el que lo haga.

—Solo sería para mantenerme enfocado en el juego. Para ser más rápido. Para jugar mejor. Y solo sería una vez; una única vez en la que pudiera demostrarle a mi padre que no soy el trozo de basura que él piensa. Pero, después de esa primera vez, llegaron las siguientes, porque, pese a que empecé a rendir y a jugar mucho mejor, para mi padre no era suficiente. Y así fue como entré en un bucle en el que no soy capaz de jugar sin tomar esas malditas pastillas. Sé que está mal, y sé que me destrozan por dentro, no solo físicamente; también mentalmente, ¿sabes? Me siento aún peor. Me doy asco. Me odio a mí mismo por hacer esto y por no poder ponerle fin. Por no ser suficiente en nada. Por tener que darle la razón a mi padre.

—¿Y qué ha pasado hoy? —pregunta en voz baja.

—Estaba preparado para salir a jugar y, estaba tan concentrado en otras cosas, que se me olvidó tomar la pastilla. Cuando fui a buscarla, justo antes del partido, me di cuenta de que se me habían acabado. No pude jugar. Me empecé a ahogar. Sentía que me iba a morir, Isabella. No podía respirar. Ahora te entiendo un poco más, y lo mal que lo pasas cuando te entra la ansiedad.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Como una puñetera basura. Siento que no valgo nada, que no puedo conseguir hacer algo bien por mí mismo; que he engañado a todo el mundo, a mí el primero, por hacerme pensar que me sentiría mejor haciendo algo así; siento vergüenza, y mucho asco.

Respira hondo antes de apoyar su mano sobre la mía, que ahora reposa en mi pierna, cerca de la rodilla.

—No eres una basura. Estabas bajo mucha presión con tu padre y eso te hizo estar mal. Y a veces, cuando estamos mal, tomamos malas decisiones de forma impulsiva, solo porque pensamos que eso

nos hará estar mejor. Pese a lo que has hecho, que está muy mal, dice mucho de ti cómo te has estado sintiendo todo este tiempo. Si realmente fueras una basura, no hubieses pasado tanto tiempo sintiéndote mal, ni llorando en tu habitación después de cada entrenamiento importante o partido.

La miro.

—¿Cómo lo sabes?

—Te recuerdo que las paredes de esta casa parecen de papel —murmura—. Sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Hablar con el entrenador.

Me paso las manos temblorosas por el rostro.

—Me van a echar. No voy a poder volver a jugar al fútbol en la vida.

—Tendrás que enfrentarte a las consecuencias de tus actos. Pero, te prometo que, pase lo que pase, estaré contigo.

—Gracias, nena.

—Ahora, prométeme tu a mi también algo.

—Dime.

—Prométeme que no vas a volver a recurrir a esas pastillas, que vas a intentar arreglar esto con el entrenador, que no te vas a rendir y vas a seguir jugando al fútbol hasta que consigas tu sueño de ser un jugador profesional y lo más importante, prométeme que nunca más vas a dudar de ti y a pensar que eres insuficiente.

—Eso son demasiadas promesas, Isabella —ironizo, aunque en mi interior, algo se ha removido.

—Promételo.

—Te lo prometo, cariño.

CAPÍTULO 34

Bella

—Me alegro de verte, Isabella. ¿Cómo te sientes? ¿Cómo has estado esta semana?

—Bueno… —respondo en un suspiro—. Últimamente me siento peor.

—¿Qué te hace sentir así?

—La voz de mi cabeza. Me atormenta todo el tiempo, no hay forma de callarla, y me repite constantemente que no soy suficiente, y que no merece la pena seguir luchando, que es en vano.

—Entiendo que debe ser muy difícil, pero recuerda que eres más fuerte que tu cabeza, aunque ahora mismo no te lo creas. En este tiempo que llevamos viéndonos, has demostrado en muchas ocasiones que eres capaz de silenciarla y seguir adelante. Lo has hecho en más de una ocasión, ¿por qué no podrías hacerlo de nuevo?

—No lo sé —termino diciendo—. Esta vez parece más fuerte, como si en lugar de hablar en mi cabeza, gritara constantemente. Se siente mucho más profunda que en otras ocasiones. Estar en casa con Bruno y su familia, más la presión constante en la universidad cada vez que veo a Megan, hace que se me remuevan viejas

heridas, no sé. Siento que todo el esfuerzo de este último año no ha valido para nada, porque sigo mirándome al espejo y sintiendo rechazo, y las ganas de controlar cada una de las calorías que consumo… no se van, y la culpa, tampoco.

—Es normal que en un proceso de recuperación haya altibajos. Recuerda que no es un proceso lineal, Isabella, hay subidas y muchas bajadas; pero lo importante es no rendirse ni dejar de intentarlo. Es muy positivo no solo que seas consciente de la situación y de cómo te sientes, sino que seas tan valiente como para abrirte conmigo y pedir ayuda. Además, cuentas con muchas más herramientas para hacerle frente que cuando empezamos la terapia, ¿no crees?

—Lo sé, pero siento que esas herramientas no son suficientes. Da igual lo mucho que me esfuerce, no consigo aceptarme, ni mucho menos quererme. ¿Cómo podría hacerlo cuando no hay nada en mí lo suficientemente bueno como para quererlo?

—¿Eso piensas? ¿Que no hay nada bueno en ti?

—Sí.

—Volvemos a una base importante de tus problemas, Isabella, y es la falta de autoestima y amor propio. ¿Te parece que empecemos a profundizar en esto?

—Vale.

—El amor propio no es un sentimiento con el que uno nazca, ni tampoco surge de la nada. Hay que trabajarlo diariamente.

—Pero si odio lo que veo, ¿cómo voy a ser capaz de quererme? Y encima diariamente.

—Todos tenemos días malos e inseguridades, es imposible que te guste lo que veas en el espejo todo el tiempo. Hasta las personas con la autoestima alta, tienen días en los que no les agrada del todo el reflejo que les devuelve el espejo, pero como tienen su

autoestima tan bien trabajada, no les afecta en su día a día, ni hace que se hundan en la miseria.

—¿Y cómo lo hacen?

—Piensa en autoestima como la construcción de una casa. Dependiendo de los materiales que utilicemos, podrá soportar cualquier tempestad, ¿verdad? —Asiento con la cabeza—. Si construimos nuestra autoestima en relación a lo que piensen los demás de nosotros o en la cifra que marque la báscula, o las calorías que consumamos al día, sería como si estuviésemos construyendo nuestra casa sobre cimientos de arena, y se tambaleará en cualquier momento, cuando llegue uno de esos días malos. Pero si la construyes sobre tus fortalezas, nada será capaz de derribarla.

—¿Y si no sé cuáles son mis fortalezas?

—Piensa en todo lo que has vivido en este último año. Estuviste ingresada, tuviste que repetir curso y aunque cambiaste de clase y de compañeros, eso te removió muchas cosas, e hizo muy difícil disfrutar de tu día a día. Tu hermano murió. Volviste a ver a tu otro hermano, tu figura parental a la que tanto habías extrañado, después de mucho tiempo. Retomamos la terapia y has estado cumpliendo con las sesiones y con todas las tareas que te propongo hacer cada semana. Has empezado la universidad y, a pesar de revivir ciertos momentos de tu pasado cada vez que ves a tus antiguas compañeras, estás esforzándote mucho con tus estudios. También has hecho nuevos amigos, y le has abierto tu corazón a una persona que te quiere, te valora y te respeta. ¿Qué te dice todo esto de ti?

No contesto. El nudo que siento en la garganta me oprime demasiado como para hacerlo.

—Que eres una persona resiliente, Isabella. Eres muy fuerte y valiente. A veces, esa voz que nos atormenta en ciertos momentos, puede ser parte de una herida del pasado que no ha terminado de

curarse, de mensajes que hemos acabado interiorizando por culpa de otras personas.

—Sé que debería hacerlo, pero no consigo superar todo lo que pasé en el colegio e instituto, todo lo que viví. A veces me avergüenza admitirlo, porque hay millones de personas que han pasado por lo mismo que yo, o incluso cosas mucho peores y han seguido adelante. ¿Por qué yo no?

—Bueno, lo primero es que no debemos compararnos con los demás. Cada uno afronta las cosas que le suceden dependiendo de las herramientas que tenga en ese momento para hacerlo. Para poder cortar de raíz esos sentimientos que tienes, tendremos que trabajar en la raíz del problema: en esa niña que sintió el abandono de sus padres, en la que sufría por no querer ir al colegio y enfrentarse a sus compañeros, la que creció sola, sintiendo que era insuficiente; la adolescente que deseaba ser invisible, solo para dejar de sufrir por la opinión y las burlas de los demás. Esa niña y esa adolescente no tenía todas las herramientas que tienes hoy día, ¿no crees que deberíamos aprovechar todo lo que has vivido y aprendido en este tiempo?

—¿Y cómo lo hago?

—Lo primero es reconocer tu dolor, enfrentarte a él. No puedes dejar que tus heridas del pasado definan tu futuro. Abraza ahora tus cicatrices, Isabella, porque son parte de ti y te han hecho llegar hasta donde estás ahora mismo. Lo que has vivido no te define, lo que haces con ello, sí. Te propongo algo: escribe en un papel todo lo que has sufrido a lo largo de los años por culpa del bullying, y todos los sentimientos negativos e inseguridades que han provocado en ti a lo largo de los años. Será una forma de enfrentarte y afrontar todo lo que has pasado. Quiero que empieces a escribirte cartas a ti misma. Empezarás escribiendo una para la Isabella del pasado, la que vivió todas esas cosas tan desagradables, y otra a la del presente.

—Eso sería remover demasiado el pasado.

—Y también enfrentarte a él de frente, y una buena forma de cambiar el poder que tiene sobre ti, es eliminar de raíz todo el daño que produce esa herida. Será una forma de curarla y dejar que cicatrice de una vez por todas.

CAPÍTULO 35

Bella

Bruno está en la cocina preparando el desayuno, entro al cuarto de baño para hacer mis necesidades y lavarme la cara. Y, como cada mañana en las últimas semanas, me encuentro una nota pegada en el espejo.



Me quedo quieta, observando mi rostro hinchado en el espejo. El pelo, completamente alborotado. El pijama, demasiado ceñido, marcando zonas de mi cuerpo que no desearía que hubieran engordado en el último mes.

Me miro, pero no consigo ver el arte del que habla.

Siento una punzada en el pecho. Una sensación extraña que me comienza a llenar de rabia por dentro.

Arranco la nota del espejo de golpe, la arrugo, y la tiro al suelo.

Apoyo las manos en el lavabo y vuelvo a mirarme en el espejo. Se me cierra la garganta cuando me noto más gorda e hinchada que hace un momento.

No quiero leer cosas bonitas que no son verdad.

Quiero pesarme.

Rebusco de forma desesperada por todos los estantes del cuarto de baño; en algún lugar han tenido que esconderlo, no han podido tirarlo así como así. Me empieza a entrar calor. Y mareo, mucho mareo, cuando no lo encuentro por ninguna parte. Los latidos del corazón me rebotan en los oídos. El baño empieza a volverse borroso. La rabia y el dolor, a apoderarse de mí.

El reflejo que me saluda desde el espejo, no ayuda a que me calme. Todo lo contrario, me enfurece más. Recuerdo la nota que me dejó ayer Bruno en el mismo lugar.



Demasiado.

Demasiado ancha. Demasiado absurda. Demasiado reservada. Demasiado borde. Demasiado cansada. Demasiado triste. Demasiado traumatizada. Demasiado gorda.

No quiero ser demasiado.

Nunca me voy a curar.

Estoy cayendo otra vez, y nadie se da cuenta.

Ni siquiera la medicación y la terapia son capaces de ayudarme.

La psicóloga me ha dicho que, si quiero mejorar, la mayor parte depende de mí, más que de la psicoterapia y la medicación. De mí. ¿Y si no quiero mejorar? ¿Y si estoy tan dentro de esto, y tan acostumbrada a estar mal, que no sé vivir de otra forma?

No merezco vivir.

No me merezco que me quieran.

—¡Basta! —le grito a mi propia cabeza, que no deja de torturarme. Siento un vacío y un dolor enorme desde mis entrañas.

Necesito que deje de doler.

Necesito tener el control.

Un movimiento rápido. Solo uno que es capaz de acallar mi cabeza durante un segundo; de hacer que deje de doler. Una simple herida que nadie verá. Lo intento de nuevo al ver que esta vez, no deja de doler, que el vacío sigue ahí, clavado en mi interior, retorciéndome hasta el punto de no poder respirar.

Siento el frío del suelo sobre mi cuerpo. No sé en qué momento he acabado tirada aquí. El aire huele a metal. Y, a mi lado, hay un pequeño charco de sangre.

No quería llegar a esto. Solo quería que dejara de doler, como tantas otras veces había funcionado.

El zumbido de mis oídos no me deja pensar con claridad. Tampoco puedo moverme. Me siento cada vez más débil.

La puerta se abre sin avisar.

—Isabella, te llevo un rato llaman… —Su voz se ve interrumpida cuando se acerca a mí—. ¿Qué te ha pasado?

Me mira con los ojos aguados. *Con pena.* Parece nervioso. No sabe qué hacer, ni como actuar.

—Isabella —solloza—. No… —Con una mano, presiona una toalla sobre mis heridas, intentando que la sangre deje de fluir.

—Yo no quería…

—Shh… Está bien, no hables. No me dejes, por favor.

———♥♥♥———

Abro los ojos y me golpea una luz blanca, cegadora. Durante unos segundos, me he sentido perdida; hasta que las paredes blancas y el olor a antiséptico me confirman que estoy en el hospital.

Intento moverme, pero noto algo molesto en el brazo. Unas vendas. Una aguja que me une a un suero. Un pitido de una máquina y, en mi otro lado, lo primero que veo son unos ojos turquesas, bañados de rojo e hinchados, que me escrutan con atención, como si buscara algún daño más, o quisiera asegurarse de que realmente estoy aquí.

—Isabella —musita con la voz entrecortada.

No sé qué decir. No consigo aguantarle la mirada. No sé cómo hacerlo sin sentirme avergonzada. Me gustaría pedirle perdón, pero las palabras se me atascan en la garganta.

—No hace falta que digas nada —murmura lentamente—. La ambulancia llegó rápido. Te atendieron pronto y estás bien, que es lo que importa.

—Lo siento —sollozo, en un hilo de voz.

—Soy yo el que tiene que pedir disculpas por no haberme dado cuenta a tiempo. Debería haber estado más pendiente de ti.

Cierro los ojos con fuerza. Sus palabras me sientan como un jarro de agua bien fría.

Extiendo la mano libre con cuidado y la dejo en el borde de la cama. No tarda demasiado en agarrarla entre las suyas, y hacerme pequeñas caricias con las yemas de sus dedos.

Por primera vez, me siento menos sola en mi propio dolor.

Pero también siento, que esto no debería de ser así; que dependo siempre de otra persona para poder aguantar mis propias dificultades, y eso no es sano, ni está bien. Necesito ser capaz de aguantar por mí misma, y no hacer que otros lleven mi mochila.

Son mis cargas. Son mis traumas. Es mi dolor. Y mi mochila, debería llevarla yo, no nadie más, aunque pese tanto que sea imposible de cargar en mis espaldas. Pero no puedo hacerle esto a Bruno siempre.

Él tampoco está pasando un buen momento, y no puedo permitir que mi dolor, le duela a él también. No puedo permitir que deje de ir a clase, como hoy, para estar conmigo en un hospital; ni obligarle a presenciar escenas como la que ha visto esta mañana. No puedo dejarle el peso en su conciencia de tener que velar por mí siempre, de andar con pies de plomo para no decir ni hacer nada que pueda romperme, porque soy así de frágil y vulnerable.

—Tu hermano está fuera —murmura Bruno después de mirar la pantalla del teléfono, en la que ha recibido una nueva notificación.

—¿Qué hace aquí?

—Ha cogido el primer vuelo que ha encontrado, Isabella. No quería dejarte sola.

Algo en mí se rompe por dentro, pero no sabría decidir por mí misma el qué. No quiero tener que hacer pasar por esto a mi familia toda la vida. No quiero condicionarlos. No quiero que cambien sus planes para adaptarse a los míos. No quiero que se tomen un vuelo deprisa y corriendo con un disgusto enorme por dentro, solo para venir a verme al hospital. No quiero seguir haciendo como que todo está bien, pero tampoco quiero decirle la verdad a los demás para que amolden toda su vida a mi circunstancias.

No quiero seguir viviendo así.

No quiero seguir estando enferma.

—Dile que pase.

—Estaré fuera esperando para volver a entrar.

—Vete a casa y descansa. Estaré bien. —Esbozo una pequeña sonrisa de lado, que espero sea suficiente para convencerle y que salga de la habitación antes de que me rompa y me ahogue entre mis propias lágrimas.

Me da un pequeño beso en los labios antes de salir de la habitación.

Siento la garganta seca, y el cuerpo cansado. Me gustaría dormir y no tener que enfrentarme a mi realidad. Dormir y dormir, hasta despertar con una nueva vida, sin tener que vivir enferma o condicionada por mi salud mental, sin tener que estar sufriendo o luchando por sobrevivir cada día.

Solo quiero una vida normal. Una en la que pueda vivir de verdad.

La puerta de la habitación se abre. Enseguida entra Eric a toda prisa y me agarra la mano cuando está a la altura de la camilla.

—No sabía si estarías despierta ya. —Tiene los ojos rojos, y el rostro cansado.

—Lo estoy —respondo con voz ronca. Parpadeo varias veces, intentando difuminar las lágrimas que amenazan con derramarse.

—Isabella. —Su voz se rompe cuando me acaricia la mano en la que tengo el tubo del suero y el vendaje—. No puedes volver a hacer esto. No… No puedes dejarme. —Las lágrimas comienzan a caer por sus mejillas y de forma inconsciente, me doy cuenta de que estoy llorando yo también—. No puedes dejarme —repite—. No podría vivir sin ti.

—Yo no quería… —sollozo, sin saber qué más decir—. Solo quería callar a la voz que siempre me tortura en mi cabeza. Solo quería estar bien.

Asiente de forma comprensiva, sin dejar de acariciar mis manos y mi cabello.

—No tienes que estar bien. De momento, solo tienes que vivir. Aunque sea día a día. Paso a paso. Poco a poco. —Su voz se quiebra por completo. Toma una pausa en la que llora de forma desconsolada, y se abraza a mi cuerpo antes de continuar hablando —. El doctor recomienda que vuelvas al hospital. Solo será una temporada. Yo estaré aquí, contigo. No volveré a irme. Pero por favor, prométeme que vas a seguir luchando, porque yo no podría hacerlo sin ti.

Cierro los ojos con fuerza, asimilando todo lo que me acaba de decir, y dejo correr las gotas saladas por mis mejillas.

—No quiero que cambies tu vida por mí. No quiero tener que condicionar a los demás toda la vida. No quiero sentir que las personas que tengo a mi alrededor, solo lo están por pena.

—Sabes que eso no es verdad, Isabella.

—No me llames Isabella. —Esboza una pequeña sonrisa, aún entre lágrimas. Mientras que yo suelto todo el dolor contenido; toda la vergüenza, toda la culpa, toda la tristeza pensando en lo que pudiera haber sido, en todo el sufrimiento que podría haber dejado a los míos si me hubiese quedado atrás. En todo lo que podría haber perdido.

Miro a mi izquierda y pierdo la vista en mi ventana, intentando concentrarme en otra cosa que no sea ver a mi hermano completamente destrozado. Londres brilla a lo lejos, como si también estuviera luchando una batalla contra la propia oscuridad.

—Quiero estar bien —admito—. Y quiero hacer lo que sea por conseguirlo. Esta vez de verdad. No puedo seguir viviendo así, Eric.

—No puedes. Y no lo vas a hacer. Porque esta vez, quieres salir del pozo, y ese es el primer paso para recuperarte: querer hacerlo. —Asiento débilmente con la cabeza—. Piensa en todas las personas que te queremos, y en lo mucho que estamos sufriendo al verte así y no poder hacer nada por arrancarte todo el dolor que sientes. Piensa en Bruno. Está completamente enamorado de ti, Isabella, no me queda duda alguna después de verle hoy tan asustado, como si estuvieran a punto de arrancarle su otra mitad. Piensa en mí, que eres mi vida entera. Piensa en mamá, que aunque sea a su manera, te quiere, y necesita que seas fuerte para poder serlo ella también. Piensa en tus nuevos amigos y en el vacío que les dejaría tu ausencia. Piensa en Liam, que se quedaría destrozado. Piensa en Sophie. Está empeñada en que quiere ser como tú de mayor. ¿Querrías esto para Sophie?

Niego con la cabeza rápidamente, sintiendo un dolor desgarrador en mi interior, y ahogándome en mis propias lágrimas, que es Eric quien tiene que limpiar de mi rostro.

—No —digo en un hilo de voz.

—¿Qué le dirás cuando te pregunte qué son esas marcas que tienes por el cuerpo?

Cierro los ojos con fuerza.

—¿Qué le dirás a tus hijos en el futuro?

—Les diré que son marcas de guerra. De una guerra que gané, porque no me rendí.

CAPÍTULO 36

Bella

La habitación huele a flores, que Bruno dejó sobre la mesa hace tan solo unas horas, y a tristeza contenida. Las cortinas están a medio cerrar, dejándome ver una vista panorámica y brillante de la ciudad, que alumbra un poco la habitación a estas horas de la noche, de forma tenue y ligera.

Estoy sentada en la cama, con la espalda apoyada en varias almohadas que la verdad, son bastante cómodas. Me avergüenza mirarme las muñecas, y cada vez que lo hago, acabo llorando. Así que he optado por ponerme una chaqueta por encima del camisón del hospital.

—Deberías haberte ido a casa.

—Te he dicho que no me voy a mover de tu lado.

—Tengo que hablar contigo —musito, jugueteando con la manga de mi chaqueta, que me cubre hasta los dedos.

—¿Qué pasa?

—Voy a ingresar de nuevo, Bruno.

—Lo sé, me lo ha dicho tu hermano. —Traga saliva.

—¿Y por qué lo normalizas? Deberías estar asustado. Deberías haber salido corriendo hace mucho tiempo.

—¿Por qué? No es nada de lo que ninguno de los dos se tenga que avergonzar, y mucho menos asustar, si va a ser para un beneficio. Cuando uno está enfermo, va al médico, y según cual sea su problema, hay veces que tiene que quedarse ingresado más tiempo del que le gustaría.

—No seas tan comprensivo. No ahora, por favor —sollozo—. No hagas que esto sea más difícil.

—¿A qué te refieres? —Se acerca a mi cama.

—Voy a ingresar en el centro. Me voy a cuidar. Voy a mejorar. Y algún día, me voy a curar. Pero no puedo seguir contigo. No puedo hacerte esto, Bruno. Va a ser un proceso largo y doloroso, y no puedo dejar que lo vivas conmigo. No puedo hacerte eso.

—¿Pero qué estás diciendo, Isabella? ¿He hecho algo mal?

—No, y ese es el problema. Siempre estás ahí, y te lo agradezco. Pero tengo que salir adelante y aprender a estar sola. Te necesito demasiado, Bruno. Y tú me necesitas a mí para asegurarte de que estoy bien. Y eso no es sano para ninguno de los dos.

—No estás pensando con claridad… Duerme un poco y mañana lo hablamos más tranquilos, ¿vale?

—Mañana ingreso a primera hora. Le he pedido a mi hermano que preparara todas las cosas esta noche. Él me llevará.

—¿Y ya está? ¿Me echas de tu vida así, sin más, cuando las cosas se complican? ¿En eso crees que consiste el amor?

—Sí.

—Pues estás muy equivocada. No tienes ni idea de lo que es el amor. El amor no huye cuando hay problemas, se queda, y te hace

más fuerte. El amor no divide, unifica a la pareja a pesar de las dificultades.

—El problema es que, hasta que no me ame a mí misma lo suficiente, no voy a saber amar bien a nadie más. Porque te amo mucho, Bruno. —Una lágrima cae por su mejilla—. Pero a veces, el amor no es suficiente. Porque no es cuestión de querer mucho, sino de hacerlo bien. Y yo, ahora mismo, no estoy queriendo bien a nadie.

—Te esperaré cada día hasta que salgas. No dejaré de recordarte lo valiosa que eres, y lo mucho que te quiero.

—No tienes por qué esperarme. No quiero condicionar tu vida también en este momento. Hablaremos cuando salga del centro, pero mientras tanto, no estamos juntos, puedes hacer tu vida y salir con quien quieras.

—No quiero salir con otra persona que no seas tú. ¿No lo entiendes? Estoy demasiado enamorado de ti como para que pueda haber alguien más. Solo eres tú, Isabella, mi otra mitad.

Las lágrimas caen incesantes por mis mejillas. El pecho me oprime, recordándome que estoy viva, pero que el dolor sigue conmigo.

—No quiero condicionar tu vida, Bruno. No quiero hacerte más daño, ni que sufras por mí.

—Sufro porque te amo. Si no sufriera tanto, significaría que no me importas lo más mínimo. Te voy a esperar, Isabella. No te preocupes por nada. Ahora mismo, concéntrate en ti, en seguir el tratamiento y en ponerte bien. Yo me encargaré de cumplir por los dos todas las promesas que nos hemos hecho en este tiempo.

—Ojalá siempre, Bruno —hipeo, tomando su mano y apretándola con fuerza.

—Ojalá siempre, Isabella —responde, acariciándome con la yema de sus dedos.

CAPÍTULO 37

Bruno

Ha pasado una semana. Siete días desde que Bella ingresó en el hospital. Siete notas que todavía reposan sobre uno de los espejos más grandes de la casa, el del cuarto de baño. Pequeñas cartas en las que le digo cosas que me gustan de ella, o simplemente frases motivadoras para que cuando vuelva, sonría al leerlas.

Va a estar cuarenta y cinco días ingresada, realmente no es tanto tiempo, aunque ambos lo vayamos a sentir como una eternidad. Y pese a que ella me dijo que podía hacer mi vida; ahora mi vida está con ella. Así que pienso esperar a que salga, recuperada y en una nueva versión a la que también amaré como amo a todas las demás.

Porque estoy enamorado de ella. Con todas sus versiones. Con todas sus partes rotas. Con todas sus cicatrices.

Me coloco la sudadera del equipo, temiendo que sea la última vez que pueda llevarla puesta, pero siendo la primera que la luzco sintiéndome más tranquilo y en paz con lo que estoy a punto de hacer.

Camino por las calles

Me quedo parado frente a la puerta del despacho del entrador unos cuantos segundos, con una punzada de nervios en el pecho, y angustia en el estómago, hasta que por fin tomo aire y me decido a entrar.

Toco un par de veces la puerta con mis nudillos.

—Pasa —murmura desde el interior.

Cuando entro, Grayson está revisando grabaciones de partidos, con el escritorio lleno de apuntes y papeles con jugadas.

—¿Qué pasa, Boissieu? ¿Estás mejor? —pregunta. Me dio una semana libre para que pudiera recuperarme, porque me seguía sintiendo con bastante ansiedad. O quizás era el miedo a enfrentarme a esto lo que me hacía posponerlo.

—Sí, señor, lo estoy.

—¿Entonces? ¿A qué se debe tu visita? Siéntate. —Me señala con la cabeza una de las sillas que hay frente a él, al otro lado del escritorio.

—Necesitaba hablar con usted —digo cuando me siento frente a él—. Yo… Llevo un tiempo haciendo las cosas mal. El otro día toqué fondo, y me di cuenta de que no puedo seguir así. He decidido contarlo antes de que la situación se me vaya aún más de las manos.

Asiente lentamente.

—Te escucho.

—Llevo un tiempo tomando pastillas. Estimulantes.

No dice nada. Vuelve a asentir.

—Las tomaba antes de algunos entrenamientos o partidos importantes. Me ayudaban a rendir más, a ser más rápido y jugar mejor.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando, Boissieu?

—Desde antes de hacer la prueba de acceso.

Se lleva las manos a la cabeza y la mirada decepcionante que me dedica, me pone los pelos de punta.

—¿Cómo las conseguiste?

—Al principio, cuando estaba en Francia, las conseguía a través de un antiguo amigo del instituto. Él fue quien me dio el contacto de un chico del campus que tenía más variedad —le explico, ante su mirada de desconcierto—. Al principio, iba a ser solo para jugar un partido y contentar a mi padre. Necesitaba que se sintiera orgulloso de mí, aunque fuera por una vez. Pero conforme empecé a jugar mejor, sentí que no podía dejarlas, porque no era nadie en el campo sin ellas.

—¿De qué tipo de pastillas estamos hablando?

—Anfetaminas —consigo decir—. Lo siento mucho. —Mis lágrimas no logran contenerse más entre mis ojos, y acaban deslizándose de forma brusca por mis mejillas, que siento enrojecidas—. Yo… No sé en qué estaba pensando. Le prometo que solo iba a ser cosa de una vez. Pero luego no pude parar. Necesitaba seguir jugando, y eso era lo único que me hacía ser bueno en el campo.

—¿Alguien más sabe esto? ¿Algún compañero tuyo?

—No, señor. Solo mi novia y usted.

Se recuesta en su silla y se restriega la cara con las manos.

—¿Sabes lo serio que es esto, Bruno? Podrían haberte pillado en un control de dopaje, y entonces los dos estaríamos muertos. Has puesto en riesgo tu salud. Tu carrera. Y nuestra confianza en ti.

—Lo siento, señor —susurro entre lágrimas—. Yo solo quería ser bueno, que se sintieran orgullosos de mí. Solo quería sentirme bien conmigo mismo, y con esto, conseguí lo contrario. Porque le

prometo que no me he sentido peor conmigo mismo que en todo este tiempo tomando esas malditas pastillas.

Alza la mano, pidiéndome con el gesto que me calle y le deje hablar.

—Lo primero, eres un idiota.

—Lo sé. —Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano e intento aguantarle la mirada.

—Pero un idiota de los de verdad. Mira que pensaba que Charlie era tonto, pero tú le ganas por una goleada. Esas pastillas, son estimulantes; te hacen rendir más en el campo, sí, pero no definen tu talento. Has estado siendo más rápido e incluso haciendo mejores jugadas o cansándote menos que el resto, sí. Pero esas malditas pastillas, no definen tu talento. Han sido una pequeña ayuda para ti que te han ayudado a destacar. Una pequeña ayuda que nadie aprueba y que tendrá su castigo —aclara antes de continuar con su pequeño discurso—. Pero el que jugabas eras tú. Y el talento, era el tuyo, Boissieu.

—No. Sin pastillas no soy capaz de jugar bien.

—¿Y durante los otros diecisiete años de tu vida, también has tomado pastillas?

—No, señor.

—Lo que decía, que eres tonto. Las grabaciones que vi tuyas, eran de mucho antes de que empezaras a tomar pastillas, porque tienes talento desde que eras un maldito niño, Bruno. Siempre has tenido un talento innato, que cualquiera de tus compañeros pagaría millones por tener. Pero tú tienes la suerte de haber nacido con él, de tener ese don. Tu único problema ha sido hacerle más caso al imbécil de tu padre que a ti mismo. Dudar de ti ha sido tu debilidad y lo que en ocasiones te ha hecho jugar peor o rendir menos.

Asiento con la cabeza, con los ojos aguados.

—Dicho esto, hay que sacarte de esto. Esas pastillas tienen muchos efectos secundarios que seguro has estado enfrentando tú solo. Pero no queremos que te creen una adicción, ¿verdad?

—Claro que no, señor. Quiero hacer las cosas bien. Y hacerlo por mí mismo.

—Bien. Porque no vas a volver a tomar una pastilla en tu puñetera vida, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo, señor.

—Deja de llamarme señor si no quieres tragarte mi puño. Llámame solo Grayson si no quieres que te eche de aquí a patadas—gruñe—. No voy a dar aviso de esto a mis superiores, y puede quedarse entre nosotros siempre que te comprometas a dejarlo de verdad y no volver a recurrir a ellas jamás.

—Tiene mi palabra, entrenador Grayson.

—Pero como comprenderás, todo acto tiene consecuencias.

—Sí —respondo antes de tragar saliva.

—A partir de hoy, no formas parte del equipo, Bruno. Lo siento.

—Pero, yo… —Mi voz se quiebra. Los ojos del entrenador me miran compasivos—. Yo quiero seguir jugando. Quiero hacer las cosas bien, se lo prometo. Mi vida es el fútbol, no sé hacer otra cosa.

—Pues tendrás que buscar otra cosa que también se te de bien, muchacho, porque por el momento, no vas a volver a llevar nuestra camiseta. No necesitas jugar, sino sanar un poco antes de volver a hacerlo. Tienes que poner límites a lo que te hace mal o te frena como jugador, dejarlo atrás si quieres avanzar y jugar de verdad. No estás solo. Hablaré con los servicios médicos de la universidad, y podrás dar algunas sesiones de psicoterapia. Te vendrá bien.

—Sí, señor…

—No es un adiós, es un hasta que te recuperes, Bruno.

De nuevo, soy una decepción para alguien.

Pero esta vez, no para mí.



La tarde cae lentamente sobre el cielo gris de Londres. El aire húmedo se cuela por el cuello de mi abrigo, recordándome que la próxima vez que salga de casa a esta hora, debería coger una bufanda.

Camino con las manos en los bolsillos, y la cabeza gacha, completamente cabizbajo. No he querido coger la moto y pasear como siempre hago para distraerme, porque necesitaba caminar y despejarme un poco con el aire fresco.

Las casas de colores se alzan a mi alrededor, a ambos lados de la calle, y son testigos de mis lágrimas, unas pocas de las muchas que he derramado en el día de hoy, llenas de manchas húmedas en sus fachadas, mojadas por la lluvia. Las ventanas empiezan a estar iluminadas y atisbo en algunas, las chimeneas de mis vecinos ya encendidas, para contrarrestar así el frío de finales de enero.

Las palabras del entrenador resuenan en mi cabeza una y otra vez cuando mi teléfono vibra desde el bolsillo trasero de mi pantalón.

Papá.

Dudo unos segundos antes de responder. Siento los dedos congelados, completamente entumecidos, y en este caso, no es por el frío.

—¿Papá? —pregunto en un hilo de voz. Llevo mucho tiempo sin saber nada de él. Y lo peor de todo, es que sabía que aun llevando tanto tiempo desaparecido, me llamaría en cuanto se enterara de lo que ha pasado.

—¿Qué narices has hecho, Bruno? —Es lo primero que escucho al otro lado de la línea. Su voz suena ruda, como un disparo en seco a través del teléfono.

—Lo siento, papá. Lo siento mucho. No debería haber tomado esas pastillas.

—¡Pues claro que no! Se supone que te he criado para que seas el mejor, no la decepción constante que eres.

Cierro los ojos y trago con fuerza, sintiendo un nudo en la garganta que cada vez es mayor.

—Deberías haber seguido tomando esas pastillas. Por lo menos, te ayudaban a no ser tan penoso como lo eres sin ellas. ¡Estabas llevando a tu equipo a la victoria! Eras uno de los mejores. ¿Por qué narices tuviste que estropearlo?

—¿Me estás hablando en serio?

—Por supuesto. Quiero que seas el mejor, y me da igual cómo lo consigas. Me has decepcionado. Otra vez.

Siento que algo se encoge en mi interior.

—No puedo seguir con esto, papá. No puedo seguir fingiendo que no me afecta hablar contigo, ni la presión que siempre has ejercido conmigo.

—Presión, dice… —Suelta una pequeña carcajada—. No tienes ni idea de lo que es la verdadera presión. Te lo he dado todo. Vi en ti algo que jamás nadie vio. Y me lo agradeces así, dejándome en vergüenza delante del entrenador.

—No, papá. Tú eres el único que nunca has visto nada bueno en mí. Siempre te has centrado en mis defectos, en todo lo que hacía mal. E incluso, me has humillado en repetidas ocasiones delante de mis compañeros, ¡cuando solo era un niño!

—Un niño que nació para ser el mejor.

—Un niño que nació para ser feliz jugando, papá.

Aprieto el móvil con fuerza cuando escucho un gruñido al otro lado de la línea.

—No sé cómo piensas arreglar esto para que vuelvan a aceptarte en el equipo —dice finalmente—, pero no cuentes con mi apellido para hacerlo.

—No quiero contar con tu apellido para nada, papá. No me hace falta. Voy a arreglar por mí mismo lo que ha pasado. —Tomo una pausa y trago saliva—. Voy a sanar. Y es por eso que no quiero volver a hablar contigo de fútbol. Eres mi padre, y te quiero. Pero me haces mal, y necesito poner límites.

—Eres igual de desagradecido que tu hermana —gruñe.

—¿Qué pinta mi hermana en todo esto? ¿Y de cuál de ellas hablamos?

—De Daphne. Eres igual de desagradecido que ella. Lo he dado todo por vosotros dos, y así me lo agradecéis. Sois unos malnacidos.

—¿Qué ha pasado con Daphne, papá? ¿Y por qué te has ido de casa y no contestas a ninguna llamada?

Se forma un silencio al otro lado. Incómodo. Pesado.

—Daphne no es mi hija, ni tampoco tu hermana.

CAPÍTULO 38

Bella

Querida Isabella:

Hoy quiero que sepas, que no había nada malo en ti, que tan solo se trataba de las propias inseguridades de los demás. Que papá y mamá te querían, aunque lo hicieran a su manera. Y que, de no ser así, tampoco necesitas el cariño ni la aprobación de nadie, porque eres lo suficientemente valiosa como para amarte por ti misma.

Aunque también tienes gente que te ama de forma incondicional, y eres muy afortunada. Tienes un hermano que te quiere por encima de todo, y que ha pasado toda su vida cuidándote, incluso anteponiendo tus intereses a los suyos propios. No seas egoísta y recuerda eso cada vez que él decida mirar por su bienestar y su nueva familia. Tienes a un chico que está loco por ti, y que te lo lleva demostrando desde que te conoció. No le ha hecho falta hacer ninguna muestra de amor como en los finales de las películas románticas que tanto te gusta ver, o tus protagonistas literarios

favoritos; porque él te ha demostrado su amor cada día, con pequeños actos que son incluso más valiosos que una gran muestra de amor verdadero, y que a veces, los pasamos por alto.

Estás aprendiendo a estar sola, incluso rodeada de personas que te quieren, y eso te está haciendo crecer muchísimo. Eres fuerte y valiente, nunca lo olvides. Has pasado por mucho, pero has aprendido del dolor para poder seguir adelante; estás aprendiendo a amar tu reflejo, aunque todavía te cueste hacerlo y sigas luchando cada día por conseguirlo (no te rindas, por favor), y lo más importante, estás empezando a abrazar tus cicatrices, esas heridas que un día dolieron tanto, pero que por fin has dejado sanar, esas que ya no duelen tanto.

Isabella, eres mucho más que un número: eres fuerte, valiente, decidida, creativa, amable, amorosa… Eres todo lo que quieras ser, siempre que dejes de ponerte limitaciones a ti misma. Eres poderosa, y puedes conseguir cualquier cosa que te propongas. Eres más que lo que te hicieron creer, y mucho más que lo que la voz de tu cabeza, esa que refleja las heridas que todavía quedan por cicatrizar del todo, te hace creer. Lo estás haciendo bien, sobre todo, porque no estás dejando de luchar.

Eres muy afortunada por el simple hecho de estar viva. Así que valora tu vida, y valora la oportunidad que tienes de vivirla.

Y como esta es mi carta y nadie más va a leerla, hoy, mi último día en este ingreso y el primero de

mi nueva vida, quiero dedicarle estas palabras a alguien más.

A quienes le robaron a una niña llena de sueños, la confianza en sí misma y las ganas de vivir.

A quienes convirtieron cada día de su semana, en una batalla contra su mente y su propio cuerpo.

A quienes intentaron silenciar su risa, y a todos los que la hicieron pensar que nunca sería suficiente.

Ahora sé que el problema nunca estuvo en mí, sino en vosotros.

Os perdono.

Y por fin, me perdono a mí también.

CAPÍTULO 39

Bella

La puerta metálica se cierra con fuerza a mi espalda. Respiro hondo y observo mi alrededor. Todo parece mucho más brillante, más lleno de vida que cuando me fui. Hasta ha salido el sol. Es como si Londres quisiera recibirme con los brazos abiertos, como si también hubiese sufrido, al igual que yo, una metamorfosis y ahora me recibiera su mejor versión. El cielo no luce un azul brillante, pero tampoco un color grisáceo como la última vez. Me recuerda a mí.

No estoy curada del todo, pero ya no soy la chica que se fue llena de heridas. Ahora vuelvo a casa llena de cicatrices, pero aprendiendo a abrazar y amar cada una de ellas.

Tomo aire de nuevo. Me encanta hacerlo. Desde que he aprendido a hacer algo tan simple como disfrutar del momento presente y respirar, no puedo evitar tomar pequeñas pausas y simplemente respirar, con una sonrisa. El aire frío refresca mi rostro cansado, y me llena los pulmones de una mezcla de alivio y vértigo. No voy a negar que tengo un poquito de miedo.

—Pero mira quién ha terminado su retiro de lujo ya, mi pequeña Brownie.

Sonrío ampliamente al escuchar la voz de mi mejor amigo, de mi segundo hermano. Giro la cabeza y me lo encuentro junto a Eric, apoyados en el lateral de su coche; ambos con las manos en los bolsillos y las piernas estiradas, con los tobillos cruzados.

—Ven aquí y danos un abrazo de oso ahora mismo, antes de que vayamos nosotros y te avergoncemos en medio de la calle.

Abro los brazos de par en par, dejando que enseguida los dos hombres fuertes y grandes que tengo frente a mí, se vuelvan pequeños y vulnerables al envolverme en un abrazo tan fuerte, que siento que me cuesta respirar, pero que no quiero que termine jamás.

Huelen a hogar. Huelen a vida.

Y no puedo estar más feliz de verles de nuevo.

Cuando nos separamos, los tres tenemos el corazón encogido, y los ojos llenos de lágrimas. Mi hermano sigue sin decir nada. Tan solo me observa; me estudia por completo, como si intentara encontrar algún daño visible, o como si quisiera cerciorarse de que realmente estoy aquí.

—¿No me dices nada? —pregunto acariciando uno de los rizos de su larga melena.

—Te he echado muchísimo de menos —musita antes de abrazarme de nuevo. Me agarra con fuerza, como si tuviera miedo de perder el contacto; como si necesitara sentir que es real—. Estás distinta —me dice cuando nos separamos, sin dejar de escrutarme.

—¿Eso qué quiere decir? —Elevo ambas cejas cuando lo miro.

—Ya no tienes la mirada triste —responde con la voz entrecortada —. Ahora está llena de luz.

Sonrío como respuesta. Y siento una pizca de esperanza en mi interior. Aunque los días se vuelvan grises de nuevo, siempre los

tendré a ellos para recordarme que después de la tormenta, siempre sale el sol.

—Venga, vámonos antes de que tu hermano empiece a llorar otra vez. Se ha tirado todo el camino manchando mi coche con sus lagrimitas.

—En cuanto me recomponga, te daré un puñetazo —amenaza mi hermano, ante la mirada burlona de nuestro amigo.

—Lo estoy deseando.

—Verás cuando te pille.

Liam agarra mi maleta y sale corriendo hacia el otro lado del coche. Mi hermano me suelta y enseguida rodea el vehículo, dispuesto a atraparle, pero mi amigo usa nuestra maleta como escudo, haciéndome reír.

Qué alegría volver a casa.

———♥♥♥———

He querido recorrer las últimas dos manzanas caminando, a pesar de la insistencia de mi hermano por dejarme en la puerta de casa, e incluso entrar conmigo para asegurarse de que me quedaba sana y salva en mi habitación.

Entre todas las casas de colores, me detengo frente al número 21, agarrando la maleta con una de mis manos, y con el corazón desbordado.

Miles de recuerdos del último año aparecen por mi mente. Y aunque he vivido muchos momentos malos aquí, la mayoría han sido buenos, y todos han sido junto a Bruno. Así que me quedo con esos. Con los que me hicieron reír a carcajadas; los que me hicieron sentirme afortunada; los que disfruté tanto que me hubiera gustado parar el tiempo para quedarme en ellos toda la vida; los que me

llenaron el corazón y los que me dieron motivos para seguir luchando.

Porque la vida vale la pena. Solo hay que saber vivirla.

Al entrar, me invade el olor a madera del parquet mezclado con el aroma a limpio del ambientador de lavanda que siempre utilizamos. La luz entra por los grandes ventanales, llenando la casa de un brillo que no recordaba, pero que es muy cálido y reconfortante. Me quito los zapatos y dejo la maleta a un lado, cerca del zapatero, antes de empezar a hacer un pequeño recorrido por la casa, donde cada rincón, es un recuerdo que llevo en el corazón.

Todo está en completo silencio, salvo el suelo, que cruje bajo mis pies con cada uno de mis pasos.

Se me acelera el corazón cuando veo un trozo de papel en color verde pastel, pegado en uno de los cuadros que hay colgados en la pared del pasillo.

Me acerco de forma sigilosa y, con las manos temblorosas, arranco el trozo de papel, fijándome en su contenido.



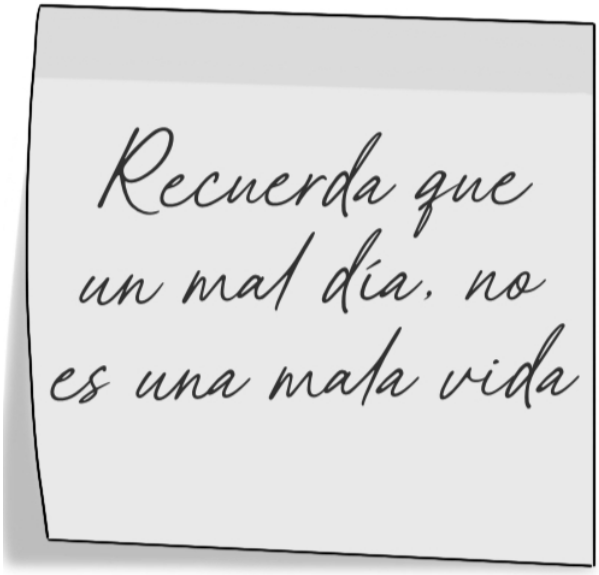
Podría ser una simple coincidencia, una nota que Eric ha dejado antes de recogerme para darme una sorpresa, pero la letra ilegible

que hay trazada en el papel, me confirma que se trata del chico que hace latir mi corazón, el que me hace sentir viva.

Vislumbro otro trozo de papel en la barandilla de la escalera.

Siento el corazón en la garganta.

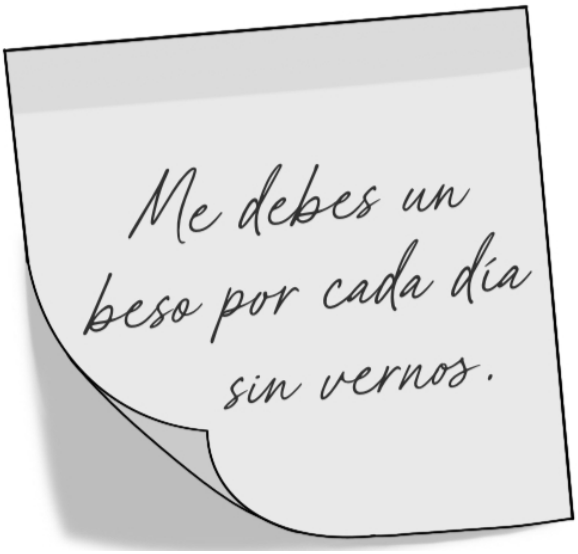
Me acerco rápidamente y agarro el trozo de papel entre mis manos.



Subo los escalones de dos en dos cuando veo otro trozo de papel pegado en la pared donde acaba la escalera, cerca de un pequeño espejo que cuelga.



La siguiente nota está pegada en la puerta del cuarto de baño.



Me quedo paralizada durante un rato, con las notas en mis manos, sin saber qué hacer. En este cuarto de baño fue donde toqué fondo, donde me derrumbé entre sus brazos. No me hace falta ni siquiera cerrar los ojos para recordar todo lo que pasó. Todavía siento el frío de las baldosas en mi piel, y el olor a metal por todo mi cuerpo.

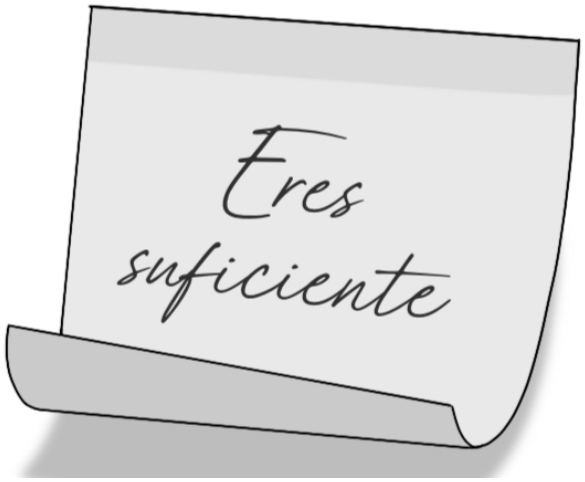
Mi respiración se hace más densa cuando toco el pomo de la puerta, que parece estar congelado. O quizás son mis manos, que

están a una temperatura más alta de lo habitual.

No es que tenga miedo de entrar, sino de lo que pueda producir en mí, en que pueda llegar a afectarme ahora que estoy bien, ahora que estoy sanando por fin. Pero gracias a lo que pasó ese día, he llegado a ser la clase de persona que soy ahora mismo, de la que me empiezo a sentir orgullosa. No puedo huir de mi pasado, por mucho que me gustara hacerlo. Tengo que enfrentarme a él con orgullo, con la cabeza bien alta, porque yo soy la que ha ganado la batalla.

Giro el pomo despacio, sin ninguna prisa, pero con el corazón en un puño. Casi todo está igual que la última vez; las baldosas de mármol blancas, los grifos dorados, los muebles repletos de productos que nunca llegaremos a utilizar por completo. Hay algo diferente que llama mi atención. El enorme espejo de forma rectangular, está lleno de notas de color verde, con un mensaje en cada una de ellas.

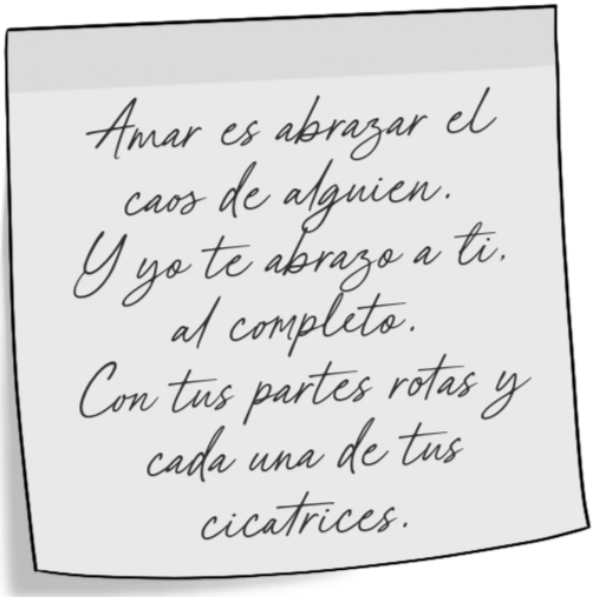
Cierro los ojos y una lágrima resbala por mi mejilla cuando cojo la primera nota.




Eres mucho más
que un simple
número.
Brillas como las
estrellas.
Pero entre todas,
tú eres mi
favorita


Mañana será más
bonito.
Te lo prometo
Eres mi
lugar feliz.





Sigo cogiendo notas del espejo, algunas prácticamente están despegadas, y no me cuesta nada arrancarlas del cristal. Cada vez voy viendo mejor mi reflejo entre las notas, y la verdad es que, por primera vez, no me desagrada lo que veo, porque me siento plena.

Mi corazón rebosa de amor y mis ojos se siguen llenando de lágrimas cuando compruebo la cantidad de post its que hay en el espejo.

Cuarenta y cinco.

Los mismos días que hemos estado separados.

Siento un cosquilleo en el estómago. Miles de mariposas revolotean libres por todo mi cuerpo, y el hormigueo es tan agradable, que me encantaría acostumbrarme a él.

Corro hasta mi habitación y no sé por qué, a pesar de que la puerta está cerrada y no puedo ver el interior, noto su presencia. Sé que está aquí, y que está esperándome.

Tomo aire y abro la puerta.

Mis labios se curvan en la sonrisa más grande que recuerdo haber tenido nunca cuando veo a Bruno sentado en los pies de mi cama, con el regazo lleno de mis bocetos sin terminar, en los que solía dibujarlo mientras él estaba distraído con alguna cosa y no se daba cuenta. Siento mis mejillas ruborizarse, pero es más fuerte el sentimiento de poder respirar su mismo aire, después de tanto tiempo.

—Ya has vuelto —murmura con los ojos brillantes. Se levanta de la cama y se acerca a mí, acelerando aún más mi corazón ante su inminente cercanía.

—Me has esperado —musito cabizbaja.

—Te dije que lo haría. —Me agarra por el mentón y solo con el roce de sus dedos en mi barbilla, ya siento que mi cuerpo está ardiendo como respuesta.

—He visto las notas. —Mi voz suena entrecortada. Se rasca la nuca con nerviosismo.

—Te he echado mucho de menos, Isabella —dice por fin—. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy muy bien —respondo—. Estoy sanando por fin. Y también te he echado de menos. Muchísimo.

—No ha habido ni un solo día en el que no haya pensado en ti.

—Ni yo en el que haya dejado de pensar en ti. Has sido mi motor.

Sus ojos aguados cada vez están más brillantes y temo que se ponga a llorar en cualquier momento, porque no sé si sería capaz de contenerme en ese caso.

Nuestras miradas se entrelazan. Nos miramos como si el tiempo se hubiera detenido, como si solo estuviéramos él y yo en el mundo. Como si no importara todo lo que ha pasado, ni lo que pasará, porque por fin estamos disfrutando nuestro ahora, nuestro para siempre.

Por fin sus brazos me abrazan con fuerza. Por fin puedo inhalar las notas de su perfume, y el aroma de su piel. Por fin estoy en casa.

Me mira a los ojos, pidiéndome permiso para lo que está a punto de hacer.

Me toma por la nuca y une nuestros labios, con una delicadeza que me pone la piel de gallina, pero con una intensidad que me enciende por momentos. Me besa y me toca con suavidad, como si tuviese miedo de romperme, pero no pudiera evitar tocarme.

Sus dedos se enredan en mi pelo, que vuelvo a llevar suelto y rizado, al natural, y los míos, en los mechones rubios que caen por su nuca.

Es un beso lento al principio, como si quisiéramos hacerlo eterno. Pero poco a poco, como una brasa de fuego que va creciendo y haciéndose más intensa, va haciéndose más profundo, más necesitado.

Es un beso en el que nos decimos todo lo que hemos callado en este tiempo, en el que compensamos las noches que hemos dormido separados, o las lágrimas que hemos derramado por el otro.

Es un beso que duele y cura a la misma vez.

Me aferro a su sudadera con fuerza y él me agarra por las caderas, sin dejar de besarme con ese hambre que me pone la piel de gallina, con esa intensidad que me provoca tantas cosquillas por el cuerpo.

Me coge en brazos y me tira sobre el colchón de la cama. Mi respiración está acelerada y me tiemblan las piernas, pero necesito más.

Me aparta el pelo de la cara y besa cada parte de mi rostro, bajando poco a poco y creando un camino por mi cuerpo de besos húmedos, en los que ama cada parte de mi cuerpo, y se detiene expresamente en cada una de mis cicatrices, para besarlas con tanta dulzura, que se siente como una curita al corazón.

—Bienvenida a casa —musita con voz ronca, antes de seguir repartiendo besos por todo mi cuerpo—. Me debes un beso por cada día sin vernos —me recuerda antes de volver a unir nuestros labios, haciéndome reír en medio del beso.

CAPÍTULO 40

Bella

Me miro al espejo y sonrío al darme cuenta de que llevo un rato jugando con el colgante que Bruno me regaló el otro día.

Uno del que cuelga una pequeña estrella de plata.

Hoy cumplimos dos meses desde que nos reencontramos después de mi ingreso, y yo también quiero tener un detalle con él.

Él siempre es muy detallista conmigo; no le hace falta grandes muestras de amor, porque cada día, son los pequeños detalles que me regala como interesarse por mi libro favorito; escucharme hablar durante horas sin parar; ver una y otra vez las mismas películas conmigo; dejar que le apriete la mano cuando tengo ansiedad; quedarse despierto hasta que me quede dormida porque sabe que si no, no lograré dormir; asegurarse de que siga comiendo de forma saludable sin agobiarme; haberse interesado e investigado sobre mi enfermedad para poder ayudarme mejor…

A mí no se me da igual de bien demostrar mis sentimientos, yo soy más de preocuparme de forma excesiva por la otra persona y ser como una pequeña lapa, que necesita todo el tiempo muestras de cariño y atención.

Supongo que cada uno tiene su propio lenguaje del amor, y por eso nos compenetramos tan bien.

Bruno aparece y se apoya en el marco de la puerta, observándome con una mirada de orgullo y admiración que me provoca un pequeño nudo en el estómago.

—Estás preciosa —murmura con esa voz ronca y sonrisa traviesa que siempre me acaban derritiendo.

Hoy he conseguido ponerme una falda corta después de mucho tiempo, dejando más piernas al aire de las que me gustaría —pese a que llevo unas medias por encima—, pero es una forma de dar otro paso más hacia adelante. Y no pienso seguir dejando pasar el tiempo, y evitando hacer cosas que me gustan y ponerme ropa que me encante solo por el qué dirán.

La gente va a hablar de todas maneras.

Pues que hablen, pero de lo bonita que es mi falda.

Lo acompaño con un jersey fino y unas botas. Y me pongo una chaqueta de Bruno por encima.

—¿Otra vez robándome ropa, pequeña ladrona?

—No es mi culpa que a mí me quede mejor que a ti. —Me encojo de hombros.

—Estás muy contestona tú últimamente. —Se acerca a mí y me sujeta por las caderas, abrazándome por detrás y apoyando la barbilla en mi hombro, quedando los dos frente al espejo—. Y estás preciosa.

—Eso ya lo has dicho —reprocho de forma burlona—. Y ya lo sé.

—¿Te he dicho ya lo mucho que me gusta la Isabella que empieza a estar segura de sí misma? —Me da una vuelta de forma brusca, quedando frente a él, y me besa de forma voraz, como si mis besos fueran insaciables para él.

—Me puedo hacer una idea —le digo cuando nos separamos, con las respiraciones agitadas.

Me acaricia la cara con la yema de los dedos, provocándome un cosquilleo por todo el cuerpo, y sin dejar de mirarme los labios, lleva su mano hasta la coleta que llevo atada en mi pelo. Tira de la goma y deja caer mi cabello por mi espalda.

—Así mejor. —Me da un pequeño beso en la nariz—. Me gusta mucho tu pelo al natural.

—Vas a pagar por esto —le advierto, señalándolo con el dedo—. He pasado más de veinte minutos intentando que me quedara bien el peinado.

—¿Y cómo me vas a castigar? —Alza una ceja—. ¿Me vas a obligar a ver *Shrek* contigo por millonésima vez?

—No, cariño, será algo mucho peor. —Me cruzo de brazos.

—No se te ocurre nada, ¿verdad? —pregunta sonriente.

—Idiota. Déjame. —Me acabo riendo, contagiada de sus carcajadas—. Te vas a quedar sin sorpresa.

—Pues entonces tú te quedarás sin la tuya.

—¡Eso no vale! Yo no he hecho nada malo.

—Sí —responde, mirándome de arriba a abajo de forma voraz—. Ser tan sexy debería ser ilegal, Isabella.

—Y ser tan tonto como tú también —bromeo, antes de darle un pequeño manotazo en el hombro.

———♥♥♥———

El Estadio de Wembley se alza bajo el cielo nublado de la tarde, con sus enormes arcos blancos, que dibujan la mitad de una esfera

inconfundible, contra el azul suave que empieza a mezclarse con el naranja del atardecer.

La multitud resuena bulliciosa por los pasillos. Me siento un poco tensa al estar en un sitio con tantas personas, pero llevo practicando los ejercicios de relajación que me ha enseñado la psicóloga desde que llegamos y, de momento, creo que lo tengo controlado.

Lo guío entre la gente, con una sonrisa de satisfacción en el rostro, por saber que esta va a ser una experiencia inolvidable para él. El estadio no solo parece un templo para los amantes del deporte, sino también un lugar en el que cada esquina esconde una historia brillante.

—¡Esto es increíble! —exclama entusiasmado, observando cada pequeño detalle mientras caminamos, intentando hacernos paso entre la multitud—. ¿Seguro que estás bien? Si te agobias, podemos irnos a casa.

—¿Te irías así, sin más?

—Si estás mal, claro que sí.

—Mentiroso —me burlo, aunque me siento conmovida por su sinceridad—. No hay nada que logre sacarte de aquí hasta que veas el partido de esta tarde.

—Puede ser. —Me abraza por detrás y deposita un pequeño beso en la zona sensible de mi cuello, provocando un escalofrío por toda mi columna—. Pero no se lo digas a mi novia.

Le agarro de la mano y entrelazo nuestros dedos, tirando suavemente de él hacia la zona de nuestros asientos, que justo es una zona vip, con una vista panorámica perfecta de todo el campo.

Bruno no es capaz de contener su emoción. Su sonrisa ilumina todo el estadio, y está a rebosar de felicidad.

El estadio estalla en vítores cuando el árbitro da el silbatazo inicial. Y yo no sé ni siquiera quiénes son los equipos que juegan, ni el nombre de ningún jugador. Tampoco puedo prestar atención al partido teniendo a tremendo partidazo agarrándome de la mano, y sonriéndome como si fuera su cosa favorita en el mundo, pese a estar en el estadio que es conocido como la catedral del fútbol, con su equipo favorito jugando a tan pocos metros de distancia.

Bruno

Nos tumbamos sobre una manta, en la zona de la batea de la camioneta que me ha prestado Charlie para el día de hoy, que he preparado con una guirnalda de pequeñas luces y muchos cojines para que podamos estar cómodos.

He aparcado en el borde del parking, justo sobre la colina. Desde aquí, tenemos unas vistas panorámicas de Londres, con sus luces doradas haciendo sombras en medio de la noche, extendiéndose hasta el horizonte.

Le paso el brazo por los hombros y se acurruca junto a mí, apoyando la cabeza en mi pecho y acariciándolo con suavidad, provocándome miles de descargas eléctricas con cada uno de sus roces.

El murmullo lejano de la ciudad, los crujidos de la camioneta con cada uno de nuestros movimientos, las luces que nos alumbran en medio de la noche, y la calidez de la manta suave que nos envuelve, crean un ambiente romántico perfecto.

—Mira —susurro cerca de su oído, animándola a mirar hacia arriba, hacia el cielo iluminado por pequeñas motas brillantes que lo adornan—. Sé que Londres no es el mejor sitio para ver las estrellas, pero un día te prometí que en algún momento veríamos las estrellas de verdad, y no solo las del techo de tu habitación.

—Esto es perfecto —murmura.

—Espera, se me olvidaba algo.

Me inclino un poco hacia adelante, y rebusco hasta dar con el altavoz portátil que he traído desde casa. Lo conecto a mi móvil, y busco en la lista de reproducción que he preparado para esta noche.

Me abraza con fuerza. Me siento en paz. Me vuelvo a sentir en casa, aunque esté a tantos kilómetros de donde vivo.

—Siempre me han gustado las estrellas, pero desde que te conocí, opacaste a toda una galaxia, porque eres, con diferencia, la estrella que más brilla. Mi favorita.

—Te amo —susurra contra mis labios—. Gracias por ver la peor versión de mí y aun así, quedarte a mi lado, ayudándome a ser mi mejor versión de nuevo. Gracias por amar cada una de mis versiones, y por enseñarme a abrazar mis cicatrices con orgullo y cariño. Ojalá siempre, Bruno.

—El ojalá siempre ha pasado a ser un para siempre de verdad, Isabella.

De repente suena *Flaws*, de Calum Scott, la canción que lleva días en mi cabeza.

—¿Y esta canción?

—Es nuestra canción a partir de ahora. No puedo evitar pensar en ti cada vez que escucho la letra —murmuro contra su pelo, antes de darle un pequeño beso en la coronilla.

Carraspeo antes de comenzar a cantar.

—Hay un millón de razones por las que te amo… —comienzo a cantar en un susurro—. Y estoy seguro de que podría encontrar un millón más… No hay ni una sola cosa que cambiaría de ti. —La agarro por el mentón y levanto su cabeza con suavidad, cruzando nuestras miradas mientras sigo cantándole, sin importarme el desafinar—. Eres perfecta tal y como eres —sigo diciendo, al ritmo de la canción, perdiéndome en esos ojos casi como lo hice la primera vez que los vi—. Así que muéstrame cada marca y cada

cicatriz. —Una lágrima se desliza por su mejilla. La limpio con un suave beso. No me responde con palabras, aunque tampoco las necesito. Me agarra la cara con las manos temblorosas y me mira como si fuera una obra de arte, sin ser consciente de que eso es justo lo que ella es. Acorta la distancia que nos separa y une nuestros labios en un beso tierno—. Porque te quiero —termino de cantar.



EPÍLOGO

Bruno

El silbato pita, llenando el estadio de ese sonido que marca el principio del final. La gente estalla en vítores y aplausos cuando nos ven colocarnos en nuestros puestos.

El cielo está nublado, dejándonos un día gris, como si el propio clima supiera que hoy es un día triste a la vez que importante. Es la última vez que vestiré los colores blanco, azul y dorado de la equipación de la universidad, la última vez que jugaré un partido oficial con mis amigos, aunque nunca dejaremos de vernos y jugar por nuestra cuenta; la última vez que luzco con orgullo el escudo del león que he llevado sobre mi pecho en los últimos tres años.

Hoy termina mi etapa como jugador en la universidad, y en tan solo unos meses, comienza una nueva como jugador profesional.

Y todo esto gracias al entrenador, que desde el primer momento vio algo en mí más allá de mi apellido y, a pesar de mis fallos y de lo mucho que la lie hace unos años, nunca dejó de confiar en mi talento y en mi capacidad de superar mis propios obstáculos, que en mi caso, principalmente era la inseguridad que me había creado mi padre a lo largo de los años.

El tiempo empieza a correr y el balón a deslizarse por el campo, entre decenas de pies que luchan por conseguir el control, pero mi cabeza ahora mismo, está en otra parte. No está en intentar

disimular los síntomas que me producen unas pastillas que desde dos años no tomo, ni pensar en la reacción de mi padre ante cada uno de mis movimientos; sino en los pasillos de mi edificio en el campus, en los descansos tirado en el césped, disfrutando de la compañía de mis amigos y de los besos dulces de Isabella; en cada partido jugado, con sus victorias, y sus muchas derrotas; en lo mucho que me ha costado, pero lo orgulloso que me siento de confiar en mí mismo, y en ser capaz de amar lo que hago y disfrutar lo que gano, sin sentirme mal por no merecerlo.

—¡Vamos, Boissieu! —grita uno de los delanteros, sacándome de mis pensamientos y haciéndome volver a la realidad, una en la que estoy en medio del campo, jugando el partido que cambiará mi vida.

Me empiezo a concentrar y, en cuestión de segundos, mis pies se empiezan a mover solos, haciéndome con el control de la pelota y defendiendo mi jugada, hasta que uno de los jugadores del equipo contrario, me roba la pelota en un hábil y rápido movimiento que me pilla desprevenido.

Jugamos contra un rival fuerte pero, como el entrenador siempre dice, nosotros somos mejores. El hombre me mira desde la línea con una mezcla de orgullo y tristeza que me pone los pelos de punta.

Sigo corriendo por el campo, mientras los minutos pasan, y cada vez estamos más igualados, esquivando jugadores y luchando por conseguir el control del balón.

Charlie se hace con el control. Corre con la pelota deslizándose sobre sus pies y, cuando me ve cerca de la portería, marca el pase que puede llegar a desempatar el marcador.

No lo pienso demasiado. Lanzo la pelota en un movimiento rápido, hacia el lado contrario en el que el portero se tira. Casi la frena el palo, pero parece que ha entrado dentro.

Se hace un silencio en todo el estadio antes de que los aficionados estalles en gritos y vítores cuando el árbitro da por

válido el gol.

Corro hacia la banda, con mis dos mejores amigos abrazados a mí, y con los brazos en alto, antes de tocarme la zona izquierda del pecho, donde está el corazón, y hacer la forma de medio corazón con la mano, dedicándole el gol a mi otra mitad, celebrando mi propia victoria, esa en la que no necesito ningún tipo de sustancia para ser yo mismo, para poder jugar como siempre he sabido hacer; para ser suficiente.

Me tiemblan las piernas y tengo el corazón desbocado, pero esta vez, el motivo, es una victoria. Sé que ha sido mi último gol con esta camiseta, pero también sé que será el primero de muchos en esta nueva etapa en la que llevaré un catorce grabado en la espalda.

El árbitro pita de nuevo, y da por finalizado el segundo tiempo del partido, dejando el marcador en un 3-2 que nos hace ganar el último partido de esta temporada.

El estadio estalla. Mis compañeros gritan, y algunos, como Charlie, lloran desconsolados. Yo, solo puedo buscar entre la multitud a una única persona, la única que me importa que se sienta orgullosa de cómo he jugado hoy, y de haberlo hecho por mí mismo.

Vislumbro en la distancia una chica hermosa, con unos rizos rebeldes que abultan demasiado por culpa del frizz, pero que parece importarle lo más mínimo, porque los luce orgullosa, con un rostro perfecto que podría dibujar con los ojos cerrados, puesto que me sé cada una de sus facciones de memoria. Parece feliz y lo más importante es que, después de mucho tiempo, por fin luce sana, tanto física como mentalmente. Pero lo que más me atrapa de lo que veo, es que lleva puesta mi camiseta, y algo se enciende en mi interior cuando se da la vuelta para que pueda ver bien el número tres sobre su espalda.

Mason se acerca a mí con una pancarta doblada entre las manos.

—El entrenador dice que es ahora o nunca —musita cerca de mi oído, para que solo yo pueda escucharle a pesar de los gritos. Asiento con la cabeza y me entrega la pancarta—. Y que le debes un viaje caro cuando te hagas famoso.

Suelto una pequeña carcajada.

—Dile que eso está hecho.

—Y otro para mí, ya que estamos —murmura.

—Oye, y para mí también. —Charlie le pasa el brazo por los hombros.

Voy a echar de menos a estos dos idiotas.

—No, si ya sabía yo que me costará perderos de vista aunque nos separemos.

De repente, empieza a sonar una melodía que llena todo el campo y hace que la gente, sorprendida, lo mezcle con el silencio.

Sonrío cuando el rostro de Isabella se pone pálido, y mira hacia los lados, meditando cuál es mejor para salir corriendo y evitar pasar vergüenza. Pero ya es tarde. Está todo planeado, y las personas que están sentadas a su lado, lo saben bien.

La canción *18*, de One Direction, resuena por todo el estadio, y aunque está a rebosar de gente, mis ojos solo son capaces de ver a la chica sonrojada y con los ojos aguados que tengo frente a mí, mirándome expectante.

Dejo que corra la primera estrofa de la canción, cantando en voz baja sin dejar de mirarla.

—Bella te va a matar por hacer esto —masculla Mason a mi lado, ya preparado.

—Ya lo sé.

—Mírala, se está muriendo de vergüenza —se ríe Charlie.

—Ni se te ocurra volver a reírte de mi novia—murmuro, dedicándole una mirada fulminante.

—Tranquilo, me reiré de ti dentro de un rato. Todo tuyo. —Me entrega el micro que tenía hasta ahora escondido detrás de su espalda y lo acepto con las manos temblorosas. La verdad es que estoy un poco nervioso por lo que estoy a punto de hacer.

El resto de jugadores se han puesto en fila detrás de mí, y viéndolo desde su perspectiva, debe imponer un poco.

Carraspeo antes de hablar por el micro.

—Hola a todos —comienzo a decir, recibiendo cientos de aplausos y vítores en cuanto escuchan mi voz a través del aparato—. Lo primero, muchas gracias a todos por venir, y por animarnos tanto en cada partido. Algunos lleváis años acompañándonos. Muchas gracias. —Vuelvo a carraspear cuando llega la parte importante de la canción, mientras Isabella parece empezar a relajarse en el asiento, como si lo que estoy a punto de hacer, no tuviera nada que ver con ella.

—*Kiss me where I lay down…* —comienzo a cantar, desentonando en cada palabra y sintiéndome ridículo justo después—, *my hands pressed to your cheeks… A long way from the playground…* —Abro la pancarta, en la que tengo escrito a mano lo que estoy a punto de cantar antes de continuar—. *I have loved you since we were eighteen.* Isabella, te he amado desde que teníamos dieciocho años, y me gustaría seguir amándote y abrazando cada una de tus cicatrices, durante otros dieciocho más. ¿Quieres seguir siendo mi otra mitad y que tu ojalá siempre, se convierta en nuestro para siempre de verdad?

Nuestras miradas aguadas no se apartan de la otra ni por un segundo. Sus ojos, que durante tantos años han cargado con el peso de su oscuridad, están llenos de luz.

Siento el corazón latir demasiado rápido sobre mi pecho, y cuando veo que Isabella esquiva a las dos personas que tiene a su lado y baja de las gradas casi en un salto, se me ponen los pelos de punta.

Casi no tengo tiempo de abrir los brazos para recibirla cuando se abalanza sobre mí y me rodea el cuello con sus brazos. La agarro por la cintura, dejando que la cartulina caiga al suelo, y ella me rodea con las piernas. Entierra el rostro húmedo por las lágrimas en mi cuello y asiente varias veces con la cabeza.

—Sí —susurra—. Yo también te amo, desde que teníamos dieciocho. Y lo haré para siempre, Bruno.

—Quiero que sepas que esto no es una pedida de mano formal, ni siquiera he comprado el anillo que te mereces lucir, solo tengo una pequeña alianza de plata en el bolsillo, y me encantaría ponértela ahora mismo como recordatorio a nuestra promesa.

—Hazlo.

La bajo con cuidado y saco la caja del interior de mi bolsillo. Le coloco la alianza en el dedo anular y lo sello con un beso rápido y suave en los labios.

A nuestro alrededor se oyen gritos, felicitaciones, silbidos, aplausos… Pero yo solo puedo verla a ella, que me mira con los ojos llenos de ilusión.

—Vale. —La voz del entrenador me saca de mis pensamientos cuando me agarra por el hombro con una de sus manos—. Después de este numerito que has montado y por el que me debes como mínimo un crucero, tenemos que continuar.

—Oh, yo no puedo.

—¿Qué pasa ahora? —refunfuña.

—Tenemos que coger un vuelo a París en una hora. ¡Nos vamos de boda!



PLAYLIST

♡ Torn - Natalie Imbruglia
♡ Warrior - Demi Lovato
♡ Chasing Cars - Snow Patrol
♡ Hall of Fame - The Script
♡ Titanium - David Guetta, Sia
♡ Girl Crush - Little Big Town
♡ You Don’t Know - Katelyn Tarver
♡ 18 - One Direction
♡ What Makes You Beautiful - One Direction
♡ Complicated - Avril Lavigne
♡ Demons - Imagine Dragons
♡ Every Breath You Take - The Police
♡ Accidentally In Love - Counting Crows
♡ She Looks So Perfect - 5 Seconds of Summer
♡ Little Things - One Direction
♡ Scars To Your Beautiful - Alessia Cara
♡ Flaws - Calum Scott
♡ Believe in me - Demi Lovato

AGRADECIMIENTOS

Nunca pensé que estaría publicando esta historia y abriendo mi corazón así al mundo, pero ahora, también es vuestra, y la cualquier persona que haya podido vivir una situación parecida a la de Bruno e Isabella.

No estáis solos. Pedid ayuda. Vale la pena vivir.

Esta novela está escrita desde el dolor, pero también desde el amor y el respeto, por lo que pido disculpas si en algún momento alguien se ha podido sentir ofendido con alguna de las palabras que ha leído. Mi intención nunca ha sido esa, ni tampoco promover ningún mal hábito. Todo lo contrario, he querido transmitir un mensaje positivo, una esperanza a todas las personas que puedan estar pasando por algo parecido.

Quiero dar las gracias, en primer lugar, a mi familia. Por apoyarme siempre y quererme de forma incondicional y por ayudarme en lo que habéis podido con esta historia.

Papá, mamá, gracias por existir. Gracias por darme siempre un motivo para no rendirme. Gracias por creer en mí. Gracias por nunca darme por perdida. Sois mi fuerza.

Álvaro, nuestro ojalá siempre se ha convertido en un «para toda la eternidad». Gracias por ser tú.

Gracias a Cristina, Esther, Sonia, Irene y Noelle, mis lectoras beta, por confiar en mí y ayudarme tanto con esta historia. También a mi grupo de escritoras por todos sus consejos y ayuda en esta historia, y por animarme en los días malos de escritura.

Gracias a Bea, por sus consejos para abordar lo mejor posible el tema, y su paciencia infinita conmigo. Gracias a FEAFES (o Confederación Salud Mental España), una entidad no lucrativa que trabaja para mejorar la vida de personas con problemas de salud mental y sus familias, promoviendo sus derechos y representando al movimiento asociativo, la cual me ha servido de inspiración en uno de los capítulos del libro. Gracias por vuestro trabajo y por ayudar a tantas personas que tienen problemas de salud mental.

Gracias a todas las que confiasteis en mí en el primer libro, sin apenas conocerme, y le disteis una oportunidad. Gracias a las que os habéis quedado conmigo en el camino y estáis leyendo esto. Gracias por ayudarme a estar más cerca de cumplir mi sueño.

Gracias a mi ilustradora Ana, por plasmar de forma tan bonita mis escenas favoritas del libro, y por su paciencia conmigo (jajaja).

Me vuelvo a dar las gracias a mí. Por no rendirme y por escribir esta historia, a pesar del dolor y las lágrimas que ha supuesto hacerlo.

Y por último, le doy las gracias a todas las personas que me hicieron sufrir a la niña que fui en el pasado. Sin vosotros, no sé si hubiera sido capaz de convertirme en la mujer fuerte y valiente que soy ahora.

SERIE BOISSIEU

La Chica Que Amaba Con El Corazón Roto

¿Puede el amor ser más fuerte que el dolor y ayudar a reconstruir un corazón roto?

Eric es un escritor bloqueado que, después de recorrer Europa, decide darse una última oportunidad visitando Francia en busca de inspiración para su nuevo libro.

Allí conoce a Janelle, una chica marcada por el dolor que prometió no volver a enamorarse.

A pesar de no empezar con buen pie y de sus muchas diferencias, la química entre ambos es instantánea. Y cuando se ven obligados a convivir juntos, la atracción se transforma en algo mucho más profundo: una bonita historia de amor que sellarán con un candado y que les ayudará a sanar sus heridas del pasado.

Pero, ¿será el amor suficiente para superar cualquier prueba, y demostrar que el dolor no siempre tiene la última palabra